A black and white portrait of Gyles Brandreth, a man with long, dark, wavy hair, wearing a dark coat with a white collar and a dark tie. He is resting his chin on his hand, looking directly at the camera with a serious expression.

**Gyles Brandreth**

**OSCAR WILDE**

**Y LA SONRISA DEL MUERTO**



**Lectulandia**

En 1882, cuando llega a Estados Unidos para realizar una gira de conferencias, Oscar Wilde asegura que no tiene nada que declarar salvo su genio. Algunos meses más tarde, de regreso al Viejo Continente, el escritor carga con un equipaje bastante más pesado: ha sobrevivido a un asalto en el casino de Leadville, Colorado; se ha ganado la amistad del célebre empresario teatral Edmond La Grange y, mientras desembarcaba, ha visto cómo un caniche aparecía muerto en una de sus maletas.

Pero este pequeño drama canino no va a ser más que el preludio de una tragedia mucho más terrible. Como habían acordado, Wilde viaja a París para ayudar a La Grange con la traducción y el montaje de una ambiciosa representación de «*Hamlet*». Y allí, en la Ciudad de la Luz, se convertirá en testigo de excepción de la epidemia de extraños suicidios que comienza a cebarse en los miembros de la compañía. A menos, claro está, que haya una mano negra detrás de todo el asunto...

Oscar Wilde, Sir Arthur Conan Doyle y la gran intriga victoriana regresan a la actualidad en este tercer episodio de la saga creada por Gyles Brandreth, quien una vez más demuestra que su ingenio y dotes de sabueso no tienen nada que envidiar a las de sus famosos protagonistas. «*Oscar Wilde y la sonrisa del muerto*» es un festival del entretenimiento y el misterio más lúdico e inteligente.

**Lectulandia**

Gyles Brandreth

# **Oscar Wilde y la sonrisa del muerto**

**Saga: Los misterios de Oscar Wilde - 3**

ePub r1.0

SebastiánArena 10.05.14

Título original: *Oscar Wilde and the Dead Man's Smile*

Gyles Brandreth, 2009

Traducción: Alejandro Palomas

Retoque de cubierta: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

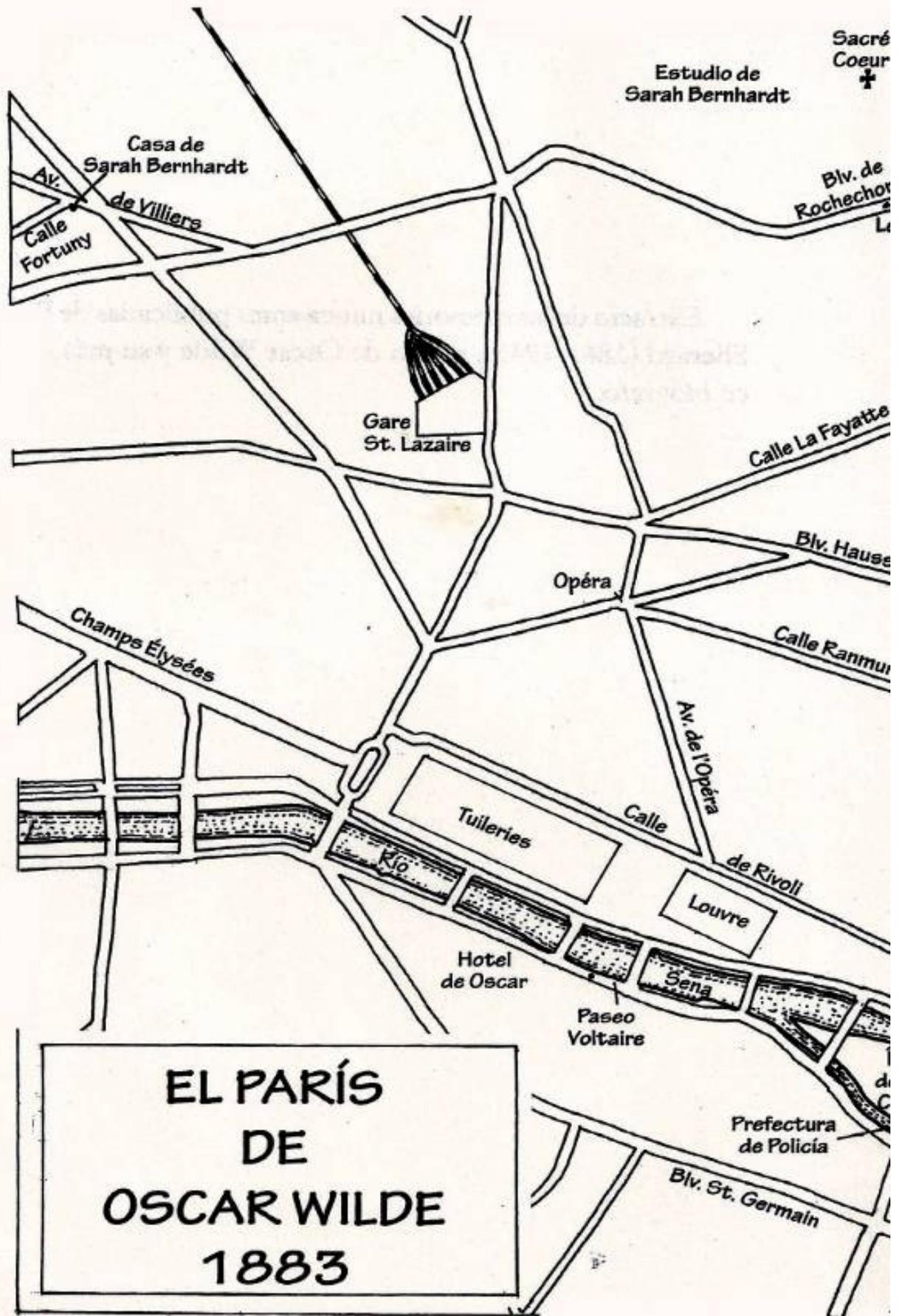
---

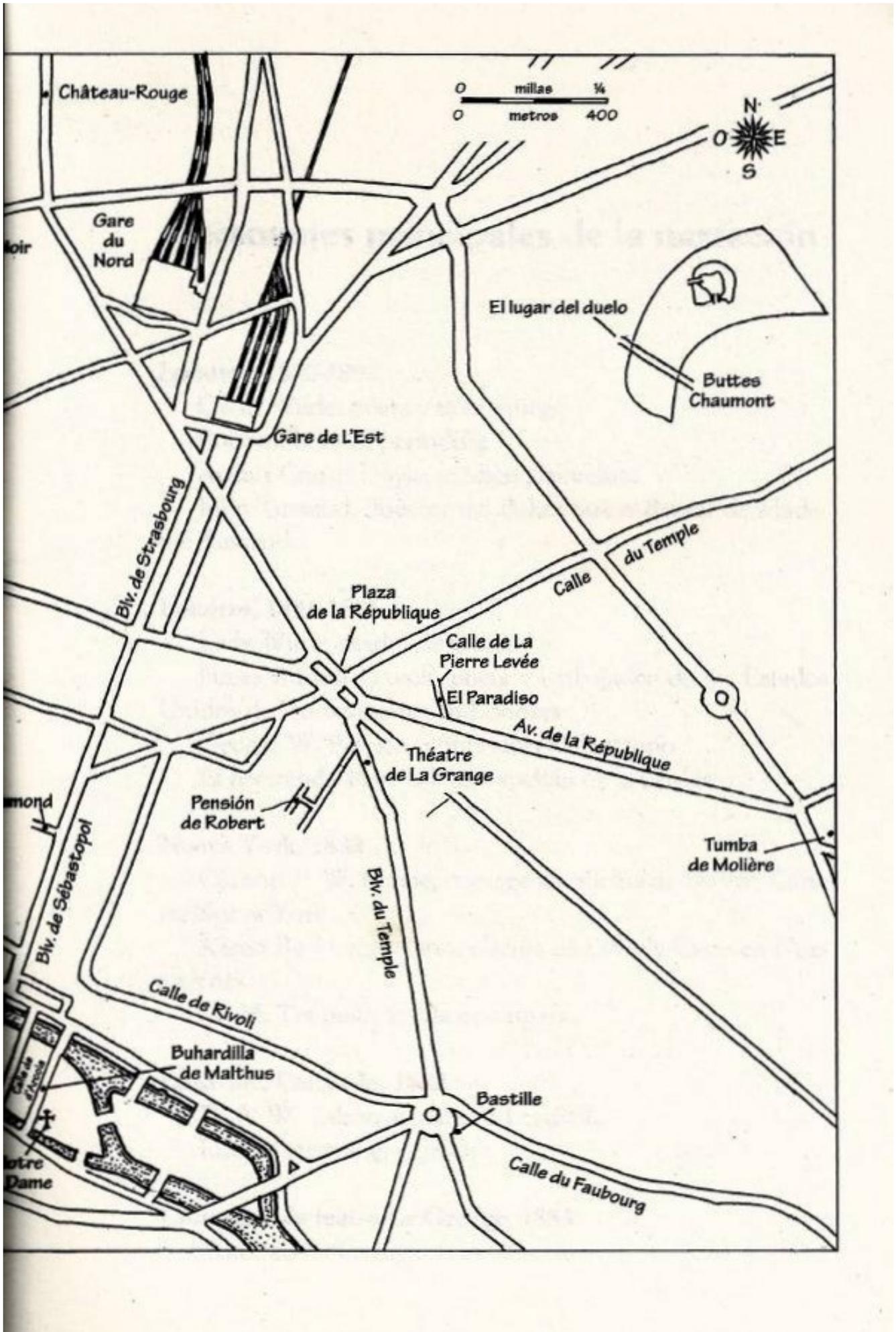
Para Jill.  
En recuerdo de Simon.

«Quiero comer del fruto de todos los árboles del jardín del mundo».

OSCAR WILDE (1854-1900).

Extracto de las memorias nunca antes publicadas de Robert Sherard (1861-1943), amigo de Oscar Wilde y si más prolífico biógrafo.





# Personajes principales de la narración

## **Londres, 1890-1891**

Oscar Wilde, poeta y dramaturgo.

Robert Sherard, periodista.

Arthur Conan Doyle, médico y novelista.

John Tussaud, director del Baker Street Bazaar de Madame Tussaud.

## **Londres, 1881-1883**

Lady Wilde, madre de Oscar.

James Russell Lowell, poeta y embajador de los Estados Unidos de Norteamérica en Londres.

George W. Palmer, empresario y filántropo.

El reverendo Paul White, capellán de la prisión.

## **Nueva York, 1882**

Coronel F. W. Morse, encargado, oficina de D'Oyle Carte en Nueva York.

Aaron Budd, secretario, oficina de D'Oyle Carte en Nueva York.

W. M. Traquair, ayuda de cámara.

## **Leadville, Colorado, 1882**

H. A. W. Tabor, alcalde de Leadville.

Eddie Garstrang, jugador.

## **Compañía de teatro La Grange, 1883**

Edmond La Grange, actor-director.

Liselotte La Grange, su madre.

Bernard La Grange, su hijo.

Agnès La Grange, su hija.

Gabrielle de la Tourbillon, su amante.

Carlos Branco, su actor protagonista.

Richard Marais, el gerente de la compañía de Edmond.

Pierre Ferrand, el médico de la compañía.

## **París, 1883**

Sarah Bernhardt, actriz.

Maurice Rollinat, poeta.

Jacques-Émile Blanche, pintor.

Émile Blanche, médico.

Felix Mathus, de la Prefectura de policía.

# Prólogo

*Londres, Navidad de 1890.*

—¿Le reconoces?

—No estoy seguro.

—Tiene todo el aspecto de un asesino, ¿no te parece?

—¿De verdad lo crees?

—Sí. Es su sonrisa, Robert. Nunca confíes en un hombre que enseña los dientes inferiores cuando sonrío.

—Pero el pobre diablo está muerto, Oscar.

—Eso en nada altera la regla.

—Y no es más que una figura de cera.

—Que ha sido esculpida a partir de la vida, Robert, o al menos directamente a partir de un cadáver. Es un motivo de orgullo para la familia Tussaud, que tuvo acceso al cuerpo apenas unas horas después de la ejecución.

Era media mañana de la víspera de Navidad, un viernes, 24 de diciembre de 1890, y me hallaba visitando en compañía de mi amigo Oscar Wilde la célebre Cámara de los Horrores de lo que en aquel entonces era la atracción más popular no sólo de Londres, sino de Inglaterra e incluso del Imperio entero: el Baker Street Bazaar de Madame Tussaud.

Oscar bullía de entusiasmo. Durante nuestro recorrido por las diferentes salas, mientras contemplábamos a la parpadeante luz de las bujías las efigies de cera de los asesinos más notables de los últimos tiempos, el rostro alunado de mi amigo resplandecía encantado. Le brillaban los ojos. Su enorme cuerpo —medía más de un metro ochenta y, cumplidos ya los treinta y seis años, tendía a la corpulencia— se inflamaba de puro deleite. No había nada que hiciera tanto las delicias de Oscar Wilde como lo absolutamente improbable.

—Es época de estar alegres y henos aquí empecinados en el horror, Robert —dijo, riéndose entre dientes. Miró a la multitud congregada a nuestro alrededor y me sonrió—. Es el aniversario del nacimiento de Nuestro Señor y al parecer todo Londres ha salido en procesión a visitar el santuario del crimen infantil.

Así era. En sus sesenta años de historia, el Baker Street Bazaar jamás había estado tan concurrido. Treinta mil personas habían hecho cola para ver la última sensación de Madame Tussaud: una reproducción exacta del salón en el que, tan sólo diez semanas antes, Eleanor Pearcey había matado a golpes a la esposa y al bebé de

su amante. La señora Pearcey había amontonado los cadáveres de sus desventuradas víctimas en el carrito del bebé y los había arrojado a un basural cercano a su casa de Kentish Town. John Tussaud se había gastado doscientas libras —el precio de una pequeña casa— en adquirir el carrito y otros recuerdos del asesinato, incluidos el cárdigan ensangrentado de la asesina y el dulce hervido que el bebé chupaba mientras la mujer terminaba con su vida. La inversión de John Tussaud había obtenido una sustancial recompensa. En esos días, la entrada al Baker Street Bazaar costaba un chelín por cabeza.

No obstante, ni Oscar ni yo habíamos pagado el precio de admisión, como tampoco habíamos hecho cola para entrar. Habíamos accedido al Bazaar por la entrada de personal de Marylebone Road en calidad de invitados especiales de la dirección del establecimiento. Íbamos a encontrarnos allí con nuestro amigo Arthur Conan Doyle, amigo de John Tussaud, nieto y heredero de Madame Tussaud. Arthur había concebido la visita como un regalo de Navidad para Oscar, quien a su vez había llegado con un regalo para Doyle. Aunque los dos hombres se conocían desde hacía tan sólo dieciséis meses, eran grandes amigos. La intimidad entre ambos —lo a gusto que se sentían el uno con el otro— me sorprendía porque las suyas eran personalidades profundamente distintas. Oscar era irlandés, un esteta y también un romántico. Oscar era extravagante: se refocilaba en lo escandaloso. Arthur, por su parte, era escocés, médico de provincias y un pragmático confeso. Arthur era flemático: respetaba los convencionalismos. Sin embargo, los dos eran escritores de gran ambición, dotados de avezados intelectos y vivaz sensatez, y ambos sentían absoluta fascinación por los caprichos del corazón humano y los mecanismos del funcionamiento de la mente criminal.

Oscar era cinco años mayor que Arthur y, en 1890, era sin duda el más conocido de los dos. Les había presentado un editor norteamericano, J. M. Stoddart, quien, en el curso de la misma tarde, en agosto de 1889, había encargado a cada uno de ellos una «aventura de misterio». Stoddart convenció a Doyle de que escribiera para él su segunda historia de Sherlock Holmes y Oscar evocó su novela sobre la belleza y la decadencia, esto es, *El retrato de Dorian Gray*. La aventura de Holmes que Doyle escribió, titulada *El signo de los cuatro*, obtuvo una gran acogida y ayudó a consolidar la creciente reputación del joven autor como un habilidoso urdidor de satisfactorias tramas. A su modo, *Dorian Gray* ayudó también a consolidar la reputación de Oscar. El libro fue denunciado por inmoral. El *Athenaeum* lo tildó de «pusilánime, vicioso y repugnante», el *Daily Chronicle* lo calificó de «relato engendrado a partir de la leprosa literatura de los decadentes franceses [...], un autocomplaciente estudio de la corrupción física y mental». Los librereros W. H. Smith prohibieron su venta.

Oscar envidiaba de Arthur su creación de Sherlock Holmes. Arthur, a su vez,

admiraba sin reservas *Dorian Gray*. La consideraba una obra sutil, honesta y de gran calidad artística. Respetaba a Oscar como escritor y como caballero. Y, por divertido que pueda resultar, admitía que era poseedor de las cualidades esenciales de las que debe hacer gala cualquier detective privado que se precie: «una mente dotada de una gran retentiva, una mirada observadora y la capacidad de mezclarse con hombres de toda suerte y condición». Arthur había dicho a Oscar que si escribía en algún momento una nueva historia de Sherlock Holmes se inventaría a un hermano mayor del gran detective y basaría el personaje en él.

—Hágalo, Arthur. Se lo ruego —había sido la respuesta de Oscar—. Sus historias soportarán la prueba del paso del tiempo y yo anhelo la inmortalidad.

Aunque la mañana de la víspera de Navidad el museo de Madame Tussaud estaba lleno hasta la bandera, ni la muchedumbre allí agolpada ni la penumbra que iluminaba la Cámara de los Horrores impidió que los señores Doyle y Tussaud nos encontraran con relativa facilidad mientras deambulábamos entre la reproducción del salón de la señora Pearcey y la espantosa reproducción en cera de la sonriente asesina con sus dientes a la vista. Oscar no sólo era el hombre más alto de la sala, sino también el más conspicuo. Iba vestido acorde con la estación del año: una elaborada pajarita de color rojo acebo, la peripuesta casaca de color verde hiedra y, en el ojal, un sustancial ramillete de muérdago.

—¡Feliz Navidad, Oscar! —gritó Conan Doyle, abriéndose paso hacia nosotros entre la multitud—. Felicidades, Robert.

Doyle tendió la mano derecha a Oscar, que la ignoró por completo y, dándome el paquete marrón que contenía el regalo de Navidad que tenía a su amigo como destinatario, envolvió al buen doctor en un abrazo osuno. Si bien es cierto que sabía que esa suerte de abrazos avergonzaban a Conan Doyle, era el modo en que siempre le saludaba: el apretón de manos de Arthur era prácticamente insoportable. Aunque no de gran altura, Doyle era corpulento y fornido, un hombre fuerte que gozaba de un buen estado de forma y cuyo atenazador apretón de mano resultaba tan imponente como su feroz bigote. Sus oscuras patillas, tan semejantes a las de una morsa, eran dignas de un general de los cosacos.

—Siento llegar tarde —se excusó el joven médico, deshaciéndose, no sin esfuerzo, del cálido abrazo de Oscar—. El tren de Southsea ha llegado con retraso. Un cuerpo en la vía. Una auténtica desgracia.

—Hay gente que es capaz de hacer cualquier cosa por evitar una Navidad en familia —murmuró Oscar.

Arthur sorbió por la nariz y frunció el ceño en una mueca de patente desaprobación.

—Permita que les presente a nuestro anfitrión, el señor John Tussaud —dijo, dando un paso atrás para presentarnos a su acompañante. El señor Tussaud se puso

brevemente de puntillas al tiempo que asentía con la cabeza hacia cada uno de nosotros. Con su prominente bigote y los anteojos de montura metálica, parecía más un profesor de suaves modales que un proveedor de horror a las masas.

—Gracias por su hospitalidad, señor —saludó Oscar, acompañando sus palabras con una ligera inclinación de cabeza—. Y felicitaciones por el espectáculo. —Recorrió con los ojos la muchedumbre que nos rodeaba y que, en filas de dos y de tres (hombres y mujeres, gentes de bien y simples obreros, niños y bebés en brazos de sus progenitores) desfilaban con paso firme por delante de las distintas escenas expuestas, en su mayoría en silencio—. Es todo un triunfo.

John Tussaud se ruborizó, encantado, y empujó sus anteojos nariz arriba.

Oscar prosiguió:

—Lo que más me ha llamado la atención ha sido el dulce chupeteado extraído de la boca del difunto bebé.

—Sí —respondió encantado Tussaud—, el dulce parece haber llamado la atención general. No sé si sabe que es de frambuesa.

—Santo Dios, hombre —exclamó Conan Doyle—. ¿Acaso lo ha probado?

—Brevemente —contestó Tussaud con una risilla nerviosa—. He creído que debía hacerlo. A los visitantes les gusta conocer cuantos más detalles mejor.

—Lo entiendo perfectamente —terció Oscar con tono apaciguador—. Sus visitantes tienen que saber que lo que contemplan sus ojos es un artículo genuino. Cuantos más detalles corroborativos pueda darles, mucho mejor.

Tussaud alzó hacia Oscar una mirada colmada de agradecimiento.

—Lo entiende usted, señor Wilde.

Oscar sonrió a John Tussaud al tiempo que le tocaba en el hombro.

—Le decía a mi amigo Sherard que sus modelos de cera son una auténtica imitación de la vida... o de la muerte, para ser más exactos.

—Sin duda —respondió Tussaud muy serio—. Insistimos en ello... siempre que nos es posible. Naturalmente, en el caso de los asesinos estamos por completo en manos de las autoridades. Los directores de algunas prisiones nos permiten el acceso antes de que tenga lugar la ejecución, y así podemos crear un modelo del asesino mientras éste está aún con vida. Otros no nos dejan entrar... o solamente nos permiten acceder al cuerpo del asesino tras la ejecución, lo cual, si he de serle sincero, no resulta demasiado satisfactorio.

—¿Acaso la horca distorsiona los rasgos del modelo? —sugirió Oscar.

—Me temo que eso es algo que puede ocurrir —señaló Tussaud, bajando la voz al tiempo que un grupo de jóvenes damas pasaban junto a nosotros—. Desde el punto de vista de un modelador de figuras de cera —prosiguió, *sotto voce*—, el método de ejecución ideal debe ser la guillotina. Mi bisabuela fue muy afortunada en ese aspecto. El Tribunal Revolucionario de París sentenció a muerte a dieciséis mil

quinientas noventa y cuatro personas. La guillotina se inventó para facilitar las ejecuciones masivas.

—No hay duda de que es usted un gran observador del detalle —comentó Oscar con una sonrisa.

—Tengo la lista completa —murmuró Tussaud—. Todos los nombres.

—Seguro que su bisabuela no daba abasto —intervino Conan Doyle, taciturno.

—Y levantaba pasiones —añadió el bisnieto de la señora—. Las familias querían máscaras mortuorias de sus seres queridos. Los que iban a morir deseaban ser inmortalizados en cera. La demanda era increíble..., una cabeza tras otra. Supongo que saben que tenemos aquí la guillotina original.

—Sí —dijo Oscar—. El señor Sherard y yo hemos estado admirándola... junto con la última cabeza que se cobró.

—No sabe cuánto me alegro —ronroneó el anfitrión—. A su modo, es un objeto hermoso; aunque tiene casi un siglo de antigüedad, sigue en perfecto funcionamiento. El acabado es extraordinario. Estuvo en pleno uso hasta hace tan sólo tres años. La adquirí de las autoridades francesas por una buena suma. Sabía en lo más profundo de mi ser que mi bisabuela habría querido que la tuviéramos aquí. Era una mujer extraordinaria. ¿Ha visto ya la máscara mortuoria de María Antonieta? Es una de sus mejores obras. —Los anteojos de Tussaud brillaron a la luz de las bujías cuando alzó las manos y nos invitó a seguirle.

Nos alejamos de la multitud tras él y, después de pasar por una puerta inadvertida, cruzamos un pasillo sumido en la oscuridad hasta franquear una segunda puerta. Entramos entonces a una sala de exposición de menores dimensiones y completamente iluminada por la luz de las velas. No había en ella multitud alguna, sino apenas una media docena de visitantes que, de pie tras un grueso cordón, contemplaban un surtido de cabezas humanas depositadas en sus respectivos cojines de color escarlata.

—Ésta es mi sala favorita —declaró nuestro anfitrión, bajando la voz una vez más y señalando orgulloso con un gesto las piezas exhibidas—. Miren. A la izquierda tenemos a los revolucionarios. Robespierre es el tercero. Y a la derecha, ligeramente en alto, como podrán observar, tenemos a Luis dieciséis y a su reina.

—Sus rostros parecen más grandes que los de los revolucionarios —observó Conan Doyle, contemplando las caras de la real pareja.

—Son más grandes, Arthur —dijo Oscar en voz baja—. Estaban mejor alimentados.

—Y, detrás de ustedes —anunció Tussaud con un entusiasta y actuado susurro—, tenemos al ciudadano Marat, asesinado en la bañera por Charlotte Corday.

—Santo Dios —murmuró Oscar, volviéndose de espaldas—. Es realmente fidedigno.

—Marie Tussaud fue de las primeras en llegar al lugar de los hechos.

—Al pie del cañón —susurró Oscar, claramente impresionado.

—Hizo de ello su profesión —señaló Tussaud sin ocultar su entusiasmo—. De hecho, era su profesión. Mi bisabuela narró la historia de su tiempo. Era una artista..., una retratista que trabajaba la cera en vez de utilizar el óleo. El famoso cuadro que *monsieur* David pintó de esa escena está basado en la obra de cera de mi bisabuela. También el de Marat. Y el de Rousseau. Y el de Benjamin Franklin. Marie creó modelos de todos ellos. Conoció a todos los grandes hombres de su tiempo. Y también a las mujeres.

—Cómo la envidio —dijo Oscar entre dientes, volviéndose de espaldas a la bañera y supervisando una vez más la fila de cabezas guillotinas—. Me habría gustado conocer a la reina María Antonieta.

—Ha conocido a la reina Victoria, ¿verdad? —preguntó Arthur con sorna.

—No es exactamente lo mismo —replicó Oscar.

—Marie Tussaud conoció a todo el mundo —repitió orgulloso su bisnieto.

—Oscar también ha conocido a todo el mundo —dijo, claramente a la defensiva. Él sonrió.

—Desgraciadamente, a Robespierre no.

—Pero sí conociste al hombre que intentó asesinar a la reina Victoria, ¿verdad? —insistí.

—Así es, Robert. Una vez. Aunque muy brevemente. —Se volvió hacia John Tussaud y añadió a modo de explicación—: El hombre en cuestión era un desquiciado versificador llamado Roderick Maclean. Un pobre poeta y peor tirador.

El señor Tussaud se rió y miró su reloj.

—Es la hora del almuerzo, caballeros. Me gustaría oírlo todo sobre el fracasado asesino de la reina Victoria mientras disfrutamos de nuestra ensalada de langosta y nuestro faisán asado.

—¿Ensalada de langosta? —repitió Oscar, feliz—. ¿Faisán asado? —Miró a Conan Doyle con ojos brillantes—. Es usted el mejor de los amigos, Arthur, y tiene usted los mejores amigos que tenerse pueda.

—Voy a llevarles a nuestro nuevo restaurante —explicó John Tussaud—. Comeremos con luz eléctrica y deleitándonos con la música a cargo de la Orquesta de Damas de la señorita Graves. Han prometido ofrecernos una selección de melodías de las óperas del Savoy.

—Gilbert y Sullivan —fue el genial comentario de Oscar—. Les he conocido a ambos.

—Oscar conoce a todo el mundo —repetí—. Poetas, príncipes, artistas, asesinos...

John Tussaud nos conducía en ese momento hacia la escalera sita al final de la

sala de exposición. Pasamos de pronto por delante de un perfil que nos resultó familiar.

—Sí —dijo Tussaud, asintiendo con la cabeza hacia el busto—: Voltaire. Marie Tussaud conoció a Voltaire.

# 1.

## Norteamérica

El 24 de diciembre de 1881, Oscar Wilde zarpó con destino a los Estados Unidos de Norteamérica. Fue en busca de aventura y oro. En cuestión de semanas, había encontrado una buena porción de ambas cosas.

Oscar acababa de cumplir veintisiete años y, en Inglaterra, se atribuía su fama a que era un hombre famoso por ser famoso. Era sin duda una celebridad en la tradición de lord Byron y de Beau Brummel, aunque más de Brummel que de Byron, con más estilo que sustancia.

«Es indudable que soy “alguien” —declaraba él en la época—. Pero ¿qué he hecho para merecerlo? Simplemente que han “reparado” en mí. Supongo que eso ya es algo. Y, además, he publicado un libro de poemas. Eso no es mucho, la verdad».

Durante sus años de juventud, primero en el Trinity College de Dublín y después en el Magdalen College de Oxford, Oscar había obtenido todos y cada uno de los honores académicos que había tenido a su alcance. Como colofón a su periplo universitario, consiguió menciones de honor en dos asignaturas distintas en Oxford y recibió el codiciado Newdigate Prize, el principal premio universitario de poesía. Pero ¿cuál era su auténtica ambición en la vida?

«Sólo Dios lo sabe —decía cuando se le preguntaba—. De todos modos, jamás llegaré a ser catedrático de Oxford. Seré poeta, escritor o dramaturgo. De algún modo u otro, alcanzaré la fama, y si no lo logro, seré al menos notorio. O quizá lleve una vida abocada al placer durante un tiempo y después —¿quién sabe?— descansaré y no haré nada. ¿Cuál es, según Platón, el fin más alto al que puede aspirar el hombre aquí abajo? “Sentarse y contemplar el bien”. Quizá sea ése también mi final».

Cuando Oscar dejó Oxford, apoyado en su decisión por un modesto legado de su padre, desembarcó en Londres, capital del Imperio británico, y dejó su impronta en la metrópoli a partir de sus estrambóticas opiniones y de su escandalosa apariencia.

«Tan sólo los superficiales no juzgan», declaraba. Siempre había mostrado predilección por los disfraces. Durante su último semestre en Oxford había aparecido en un baile disfrazado como el príncipe Rupert del Rin. En el curso de su primera temporada en Londres, a menudo se dejaba ver con una chaqueta de esmoquin de terciopelo de color verde botella con terminaciones de lazo y con una camisa de color

crema con cuello festoneado y una corbata de color naranja a todas luces excesiva, calzones de tafetán hasta las rodillas, medias de seda negras y zapatos de hebilla de plata. Se convirtió en un campeón de la belleza y en un autoproclamado profesor de estética. «La belleza es el símbolo de los símbolos —declaró en una ocasión—. La belleza lo revela todo porque no expresa nada. Cuando se nos muestra, nos muestra el mundo de vivos colores en su totalidad».

El joven Oscar Wilde estaba firmemente decidido a no pasar desapercibido.

Y lo consiguió. Poco después de su llegada a Londres, las publicaciones satíricas del momento empezaron a publicar parodias y sátiras a sus expensas. Le satirizaron en episodios de *music-hall*, en sainetes y, más adelante —y alcanzando con ello una repercusión sin duda mayor—, en abril de 1881, en la exitosa producción de Richard D'Oyly Carte de *Paciencia*, la opereta cómica firmada por W. S. Gilbert y Arthur Sullivan. Oscar asistió al estreno y se mostró agradablemente divertido. Valoró la obra por lo que era: no un ataque personal contra él, sino una sátira complacientemente armoniosa sobre la absurda naturaleza del movimiento estético.

El éxito de *Paciencia* cambió la vida de Oscar. El 30 de septiembre de 1881 recibió un telegrama del coronel F. W. Morse, el gerente de Richard D'Oyly Carte en Nueva York, en el que le invitaba a participar en una gira de conferencias que debía coincidir con la producción norteamericana de la opereta. Oscar no lo dudó. El 1 de octubre de 1881 envió un telegrama con su aceptación al coronel Morse. El joven poeta necesitaba dinero y estaba entusiasmado con la perspectiva de cruzar el océano y descubrir un nuevo continente.

«Ya hablo inglés, alemán, francés e italiano —explicó a su madre—. Ahora tendré la oportunidad de aprender el norteamericano. Será sin duda un reto, lo sé, pero debo intentar hacerle frente».

Escribió a James Russell Lowell, el embajador de los Estados Unidos en Londres, y, aprovechó la mínima relación que les unía —eran apenas unos simples conocidos— para pedirle algunas cartas de presentación. El venerable Lowell, que en ese entonces había cumplido ya los sesenta años, respondió que «los hombres inteligentes y cabales precisaban de presentación tanto como un día soleado». Aun así, Oscar le caía bien, le encontraba divertido y, siendo también él poeta, admiraba los versos del joven, de modo que le ayudó encantado.

Además de las cartas de presentación, Oscar se equipó con un nuevo guardarropa que incluía una cálida gorra polaca y un abrigo verde con cierres acordonados y maravillosamente forrado de piel. Lowell le había advertido de lo duros que eran los inviernos en Nueva York. Y, como el coronel Morse le había adelantado que sus conferencias tendrían lugar ante «públicos muy numerosos en inmensos auditorios», durante las semanas previas a la partida, Oscar contrató los servicios de un caro experto en oratoria para que le diera lecciones de locución.

«Quiero un estilo natural —dijo a su instructor—, con un toque de afectación». Oscar Wilde se preparó cuidadosamente para su aventura por tierras norteamericanas. Esperaba que el periplo por el nuevo continente supusiera su «despegue» definitivo.

Oscar zarpó de Liverpool la tarde del día de Nochebuena de 1881 a bordo del SS *Arizona*. No las tenía todas consigo. En aquel entonces el *Arizona* era el vapor más veloz de cuantos hacían la ruta del Atlántico y poseedor además de la famosa Banda Azul, y lo cierto es que el joven esteta no era muy amigo de la velocidad. El *Arizona* había además sobrevivido recientemente —aunque por muy poco— a una colisión contra un iceberg en pleno océano.

La travesía transcurrió al fin sin novedad y libre de peligros. Fue la llegada lo que se convirtió en algo más parecido a una aventura. El *Arizona* atracó en el puerto de Nueva York la tarde del día 2 de enero de 1882. Debido a que era ya demasiado tarde para los trámites de aduanas, Oscar y sus compañeros de travesía se vieron obligados a pernoctar una noche más en el barco. Sin embargo, los caballeros de la prensa neoyorquina esperaban impacientes poder disfrutar de una primera impresión del tan pregonado señor Wilde y no estaban dispuestos a aguardar hasta la mañana siguiente. Fletaron una lancha, salieron a alta mar y, según palabras del propio Oscar: «Con las plumas todavía en salmuera, me pidieron que me pavoneara delante de ellos como un preciado gallo en una feria agrícola».

Los periodistas quedaron ligeramente desconcertados ante lo que encontraron a bordo. Oscar no era el delicado y exótico ejemplar que habían estado esperando. Según palabras del periodista del *New York Tribune*:

*Lo que resulta más llamativo del aspecto del poeta es su altura, que debe de superar en varios centímetros el metro ochenta, y lo siguiente que llama la atención es su pelo: de un color marrón oscuro, prácticamente le cubre los hombros. Cuando se ríe, separa ostensiblemente los labios, mostrando una reluciente fila superior de dientes, que resultan además superlativamente blancos. La piel, en vez de esa sombra rosada tan común entre los hombres ingleses, está tan absolutamente desprovista de color que lo más que puede decirse de ella es que parece masilla. Tiene los ojos azules, o quizá de un gris claro, y en lugar de resultar «soñadores», como muchos de sus admiradores los habían imaginado, son brillantes y raudos..., en absoluto propios de quien es dado a la cavilación perpetua sobre lo inefablemente hermoso y veraz. En vez de unas manos pequeñas y delicadas, diseñadas tan sólo para acariciar el lirio, sus dedos son largos y cuando los dobla forman un puño que podría propinar sin duda un duro golpe, siempre que su dueño se vea en la tesitura de rebajarse a semejante suerte de argumento.*

Aunque Oscar no se enfrentó a sus interlocutores a puñetazos, por norma general tampoco logró granjearse su cariño.

«Intenté mostrarme divertido —confesaría más adelante—, y provoqué confusión allí donde pretendía provocar sonrisas. Tomaron por muestras de desprecio mis esfuerzos por regalarles algunas payasadas». Le preguntaron si había disfrutado de la

travesía por el Atlántico. Él respondió: «El mar se me antoja manso. El rugiente océano no ruge. Y no es tan mayestático como lo había imaginado». Sus comentarios aparecieron citados bajo el titular: «*El señor Wilde decepcionado con el Atlántico*». Dio una impresión de arrogancia.

Y no hizo sino empeorar esa primera impresión la mañana siguiente a la rueda de prensa celebrada en la cubierta del barco. Al desembarcar del *SS Arizona* y pasar por la aduana, respondió a la más que predecible pregunta del funcionario de aduanas: «¿Algo que declarar, señor Wilde?», con una respuesta de antemano preparada: «No tengo nada que declarar salvo mi genio».

A algunos la respuesta les pareció de lo más divertida. Otros consideraron que el joven Wilde estaba labrándose su propia desgracia. Y, hasta cierto punto, así era. Sus primeras conferencias no fueron exactamente un éxito. Dijo demasiado, lo hizo demasiado deprisa, y hablando en voz demasiado baja. No consiguió captar la atención del numeroso público, que quedó a todas luces decepcionado. Los críticos fueron crueles con él.

En público, Oscar se mostraba audaz. En privado, reconocía que tenía trabajo por delante. Simplificó su charla, mejoró la presentación, moderó el lenguaje y añadió algunas bromas para que todos pudieran comprenderlas. Logró transformar un desastre potencial en un triunfo incuestionable. Por fin, durante el transcurso de 1882, Oscar dio un total de más de doscientas charlas en ciento sesenta ciudades y pueblos de Norteamérica, desde Nueva Orleans a Nueva Escocia, desde el norte de Massachusetts al sur de California.

«Ah, sí —diría años más tarde—, también yo fui adorado en un tiempo. En los Estados Unidos me vi obligado a contratar a dos secretarios para que atendieran a la correspondencia: uno era responsable de las peticiones de fotografías, y el otro, de los mechones de mi pelo. En el plazo de seis meses, el primero había muerto víctima de los calambres que aquejan al escritor y el otro se quedó totalmente calvo».

De hecho, Oscar tuvo dos compañeros durante sus viajes, aunque ninguno de ellos fue su secretario. El coronel Morse le proporcionó a un «hombre de negocios», un empleado de la oficina neoyorquina de D'Oyly Carte llamado Aaron Budd, y un asistente personal, un joven negro llamado W. M. Traquair.

«Nunca sentí el menor aprecio hacia el señor Budd —dijo Oscar—. Se ocupaba de nuestros billetes de tren y llevaba la contabilidad de los ingresos. Era eficiente, aunque no interesante. Raras veces hablaba, nunca sonreía y la palidez de su piel era cuanto menos desconcertante. Creo que era además abstemio y vegetariano. En cambio, le tenía mucho aprecio a Washington Traquair. Su padre había sido esclavo. Traquair no era sólo mi sirviente, sino también mi amigo. No era muy hablador y no sabía leer ni escribir, pero tenía una sonrisa maravillosa y se reía de mis chistes. Es imposible no querer a un hombre que se ríe con tus chistes».

En el curso de su gira, Oscar ganó mucho dinero y, según sus propias palabras: «Un variado surtido de nuevos conocidos». En Nueva York conoció a la célebre novelista Louise May Alcott, que ya había cumplido los cuarenta años y estaba en la cumbre de su fama.

«Era una mujer menuda, pero profundamente apasionada —recordaría—. Me contó el argumento de una historia que en ese momento estaba revisando. Se titulaba *Una larga y fatal persecución del amor*. Mientras me contaba la historia, tomó mi mano en las suyas y se le llenaron los ojos de lágrimas. Le pregunté por qué no se había casado.

»—Oh, señor Wilde —respondió—. Si se lo digo, ¿me guardará el secreto? Es porque me he enamorado de muchas jóvenes, pero jamás ni un ápice de ningún hombre».

Fue también en Nueva York donde conoció al gran *showman* Phineas Taylor Barnum. Oscar estaba dando una conferencia en el teatro Wallack's de Broadway y Barnum apareció en compañía de un grupo de amigos «para ver cuál era la causa de tanto revuelo». A pesar de que no hay testimonio escrito que dé fe de lo que Barnum opinó sobre la disquisición que Oscar hizo acerca de «El arte y el Renacimiento inglés», al escritor el encuentro de ambos le pareció un éxito.

«Cuando hablé con el señor Barnum de Georgione, de Mazzini y de Fra Angélico, dio por hecho que se trataba de un trío de acróbatas italianos. El señor Barnum carecía por completo de cultura, aunque no así de estilo. Asistió a mi charla y yo fui a verle a su circo. Tras el espectáculo, y respondiendo a mi insistencia, me presentó a su principal atracción: *Jumbo*, un elefante africano.

»—Tengo que conocerle —le dije al señor Barnum—. Su nombre será recordado mucho después de que los nuestros hayan caído en el olvido.

»—Eso espero, señor Wilde —respondió Barnum—. Me costó diez mil dólares».

Oscar regresó del año que pasó de gira dando conferencias por Norteamérica con un sinnúmero de buenas historias. Probablemente su conjunto de anécdotas preferido hiciera referencia al período que pasó en Leadville, Colorado, en las cumbres de las Rocosas. Allí se dirigió a un público de simples trabajadores, en su mayoría obreros y mineros. Puesto que los mineros trabajaban en las minas de plata, Oscar decidió leerles extractos de la autobiografía de Benvenuto Cellini, el gran escultor de la plata del Renacimiento.

«Mi público me recriminó por no haber llevado a Cellini conmigo. Les expliqué que Cellini llevaba tiempo muerto y la información provocó la consecuente pregunta: “¿Quién le disparó?”».

Cuando, más tarde, preguntaron a Oscar si los mineros le habían parecido «un tanto toscos y despiertos». Su respuesta fue:

«Despiertos, sí. Toscos, en absoluto. No hay lugar para la tosquedad en las Rocosas. El revólver es su libro de etiqueta, y eso enseña lecciones que no se olvidan con facilidad».

El alcalde de Leadville, un tal H. A. W. Tabor, apodado «El Rey de la Plata», invitó a Oscar a visitar la mina Matchless y abrió en su honor un nuevo filón llamado Oscar. Oscar se mostró encantado con la deferencia y, vestido con las galas propias de un esteta, descendió ceremoniosamente hasta las entrañas de la mina en el interior de un cubo inmenso. En cuanto el nuevo filón quedó inaugurado, empleando para ello una barrena de plata especial, los mineros le invitaron a comer con ellos en las profundidades de la mina.

«El primer plato fue whisky; el segundo, whisky, y el tercero, whisky. Poco es lo que puedo recordar del postre».

Esa noche, el alcalde Tabor le ofreció una nueva diversión en el casino de Leadville. Según palabras del propio Oscar:

«La bebida, y no el juego, parecía ser la verdadera fuente de ingresos del local. El casino estaba abarrotado de mineros y de sus amigas. Todos los hombres vestían camisas rojas, pantalones de pana y botas altas. Las mujeres, por su parte, lucían vestidos de noche de colores chillones tan escotados que prácticamente dejaban a la vista sus pechos. El suelo estaba cubierto de serrín y en las paredes colgaban inmensos espejos con marcos dorados. En un rincón del salón principal había un pianista sentado en un piano de pared sobre el que se leía una nota que decía así: “No disparen al pianista. Hace lo que puede”».

Durante su segunda (y última) noche en Leadville, Oscar regresó al casino. Esta vez fue solo. El alcalde Tabor tenía que atender unos asuntos en Denver. Aaron Budd, el gerente de Oscar, no era un hombre aficionado a la bebida, y Traquair, el criado, tenía prohibida la entrada debido al color de su piel. Oscar empezó la noche junto al piano, rodeado de jóvenes con camisas rojas y de muchachas de rebosantes pechos. Les hizo reír y ellos provocaron en él la sonrisa. Cuatro horas y media más tarde, sin haber comido nada y habiendo bebido en demasía, se encontró en un rincón distinto y más oscuro del salón, sentado a solas con dos hombres que vestían sendas camisas de cuadros y con una joven que se inclinaba hacia él desde el otro lado de la mesa al tiempo que se secaba los senos juguetonamente con un pequeño pañuelo de encaje. Mientras uno de los hombres no dejaba de servirle bebida y el otro le quitaba la cartera del bolsillo del abrigo, sonaron dos disparos de pistola en la habitación. Uno de los disparos arrancó el vaso de whisky de la mano de Oscar. El otro hizo saltar su cartera por los aires.

Al instante, en cuanto tuvieron lugar los disparos, el trío de compañeros de bebida de Oscar huyó del lugar y él, desconcertado aunque ileso, se arrojó despacio al suelo. El autor de los disparos cruzó la sala, ayudó a Oscar a levantarse, le acompañó fuera

del casino y desde allí, por la calle desierta, hasta su hotel. El nombre de ese hombre era Eddie Garstrang.

## 2.

### Eddie Garstrang y Edmond la Grange

Eddie Garstrang tenía treinta y siete años, diez más que Oscar. Era varios centímetros más bajo que él, más delgado y enjuto y tenía una cabeza pequeña, el pelo rubio ceniza, unos ojos de color azul celeste y una irresistible y franca sonrisa. Jugador profesional, era además tirador profesional, y estaba dotado de una habilidad y de un arrojo excepcionales con las armas. Al menos, eso era lo que él afirmaba, y Oscar no tenía motivos para dudar de su palabra. Garstrang fanfarroneaba de que el gran P. T. Barnum le había visto en acción una vez y le había ofrecido un papel protagonista en su circo. Eddie Garstrang había decidido no trabajar para el señor Barnum. Según decía, estaba decidido a ser su «propio señor». Sin duda alguna, había declinado cortésmente la oferta del señor Barnum. Era un hombre de voz suave, además de convencido creyente en lo que él calificaba de «cortesía del viejo mundo». Garstrang no era como los demás hombres de Colorado. No masticaba tabaco ni bebía whisky. No llevaba camisas rojas ni pantalones de pana. Vestía trajes de lana hechos a medida de sobrios cuadros y siempre lucía una aguiluña de color lavanda y blanco en el ojal de la chaqueta. Oscar lo encontraba fascinante.

La mañana siguiente al incidente que tuvo lugar en el casino, los dos hombres se encontraron para desayunar. No fue, sin embargo, un encuentro fijado de antemano. Alrededor de las diez, Oscar, todavía sin afeitarse y aturdido tras los acontecimientos de la noche anterior, se dirigió al comedor del hotel en busca de un café y encontró allí a Garstrang sentado a su mesa.

—Buenos días, señor Wilde —saludó Garstrang, levantándose ágilmente y tendiéndole la mano.

—Buenos días tenga usted, señor —respondió roncamente Oscar—. Debo darle las gracias. Le reconozco. Es usted el hombre que me rescató anoche, ¿me equivoco?

—Tengo ese honor, así es —dijo Garstrang. Acto seguido inclinó la cabeza hacia el escritor con una sonrisa en los labios.

Oscar tomó asiento a la mesa.

—¿Hay café? —preguntó, frotándose febrilmente los ojos con los puños.

—Hay café, sí —respondió Garstrang, sirviéndole una taza—. Y está caliente.

—Espero que además esté cargado —apuntó Oscar, levantando su taza y tomando un sorbo. Alzó entonces los ojos hacia Garstrang, que seguía de pie y sonreía al desconocido—. Estoy en deuda con usted, señor. Lo sé. ¿Qué le debo?

—Nada, señor Wilde.

—Algo debe de querer. ¿Cuánto? —Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una cartera de piel de serpiente de color verde. Era una de sus pertenencias favoritas, el regalo que le había hecho su madre por su vigésimo primer cumpleaños. Examinó la quemadura bien visible en uno de los bordes de la cartera. La bala de Garstrang apenas había logrado mellar superficialmente la piel de serpiente.

—El placer de su compañía durante el desayuno es todo cuanto pido —dijo Garstrang.

—El whisky fue mi única cena —apuntó Oscar, volviendo a guardarse la cartera en el bolsillo—, y el café será mi desayuno. Aun así, me alegrará compartirlo con usted. —Sonrió y asintió con la cabeza en dirección al hombre mayor que él—. Siéntese, se lo ruego. Y recuérdeme su nombre. Me temo que el recuerdo que conservo de la aventura que tuvo lugar anoche es más bien borroso.

—Garstrang... Edward Garstrang. No llevo encima ninguna tarjeta.

—Pero sí lleva usted una pistola —señaló Oscar con una nueva sonrisa—. De eso sí me acuerdo. —Tomó un nuevo sorbo de café y recorrió con los ojos el comedor desierto. Luego se inclinó sobre la mesa hacia Garstrang y añadió con cierto aire conspirador—: ¿Hubo anoche algún herido?

—No, soy un buen tirador... y mi radio de acción estaba claramente limitado.

—¿Por qué acudió en mi rescate, si me permite la pregunta?

—Es usted un visitante, y desde luego un visitante hartamente distinguido. No suelen pasar por Leadville muchos poetas que vistan calzones de terciopelo. Anoche se estaban aprovechando de usted en el casino, señor Wilde, y eso no está bien. —Garstrang guardó unos instantes de silencio y esbozó su irresistible sonrisa, dejando a la vista una pared de diminutos dientes blancos muy juntos. Luego sirvió más café en la taza de Oscar y añadió con suavidad—: Ni que decir tiene que, a mi manera, me estaba aprovechando de usted.

Oscar frunció el ceño al oír semejante declaración.

—¿Es eso cierto, señor Garstrang? ¿Cómo?

—Con mi pequeña pistola acudí al rescate del gran Oscar Wilde. Lo acontecido se convertirá en un párrafo del periódico que ha de serme de gran utilidad. La publicidad me irá bien. Necesito llamar la atención sobre mi persona. Me gusta que se hable de mí.

—¿Por motivos empresariales o por una simple cuestión de autoestima? —preguntó Oscar, reclinándose en la silla y abriendo su pitillera de plata. El café caliente había empezado a reanimarle.

—Por ambas cosas —fue la respuesta de Garstrang, que en ese momento encendía una cerilla y se inclinaba hacia delante para dar fuego a Oscar—. ¿Lo

entiende usted? Lo cierto es que si hay alguien capaz de entenderlo, ése debería ser usted.

—Lo entiendo perfectamente, señor Garstrang. Un hombre del que se habla mucho resulta siempre atractivo, sea cual sea la verdad de las habladurías que circulen sobre él. Impera la sensación de que, a fin de cuentas, algo debe de tener. —Aspiró lentamente el humo del cigarrillo y clavó la mirada en los ojos azules de Garstrang. A pesar de que Oscar era más joven, ambos estaban sentados mirándose a los ojos como dos iguales—. ¿Qué le trae a Leadville, señor Garstrang? —preguntó por fin.

El hombre se rió.

—Nací en Leadville.

—Nadie diría que es usted originario de esta tierra.

—Me complace oírlo. He recorrido mucho mundo.

—¿Ha viajado usted a Europa?

—A Nueva Orleans. Trabajo en los vapores que recorren el Misisipi y el Ohio. Los barcos más grandes tienen todos casino y es allí donde me gano la vida. Soy jugador profesional, señor Wilde. Juego a las cartas.

—¿Y es eso excitante? —preguntó Oscar—. Supongo que debe de serlo.

—No busco excitación en el juego. Juego por dinero. Soy jugador porque, cuando era niño, me di cuenta de que no tenía el físico adecuado para ser vaquero ni tampoco minero, y tampoco deseaba ser un comercial de ventas como lo había sido mi padre. Mi padre era como la mayoría de los hombres..., poca cosa. Vivió, murió... sin dejar el menor rastro en el mundo de su paso por él: de hecho, bien podría no haber nacido. Yo tenía quince años cuando murió. ¿Y qué me dejó en herencia? Una gran facilidad para la aritmética mental y un viejo Colt, eso es todo. Nunca he sabido por qué tenía el revólver. Nunca lo utilizó. Cuando murió, me quedé con el Colt, con unos cuantos muebles, una habitación alquilada y una muda de ropa. Fue entonces cuando decidí hacer fortuna, cuando decidí que me haría rico. Y famoso. O, si no famoso, al menos notorio. —Volvió a llenar de café la taza de Oscar y ocupó una vez más su silla, cruzándose de brazos—. ¿Entiende usted lo que digo, señor Wilde?

—Yo no podría haberlo expresado mejor —respondió Oscar—. Todo hombre ambicioso debe luchar contra el siglo en que le ha tocado vivir con las armas que dicho siglo le ofrece. La fama y la fortuna son lo que nuestro siglo venera. A fin de triunfar en él debemos conseguir celebridad y oro. Lo demás no sirve.

Se hizo el silencio en la mesa. Garstrang lo rompió, cambiando de tema y comentando lo mucho que había disfrutado de la conferencia de Oscar. Le había oído ya antes en Denver a principios de la semana. Hablaron de esto y de aquello: de la poesía de Oscar, de la autobiografía de Cellini, de la destreza de Garstrang en el póquer y de la facilidad con la que manejaba la pistola. Por fin, un nuevo silencio se

instaló entre ambos. Oscar apagó su segundo cigarrillo y contempló con suma cautela a su compañero de mesa. Decidió que era el aspecto lechoso de los ojos azules de Garstrang lo que le daba ese aspecto tan débil. Y el hecho de que su rostro delgado fuera suave, pálido y lampiño. Se le ocurrió que Edward Garstrang y él eran ese día probablemente los únicos dos hombres en todo el estado de Colorado que no llevaban patillas, bigote o barba.

—¿Su madre vive todavía? —preguntó Oscar.

—No —fue la respuesta de Garstrang—. No llegué a conocerla. De hecho, sí la conocí, aunque no me acuerdo de ella. Murió cuando yo era todavía muy pequeño.

—¿Tiene usted hermanos? ¿Hermanas? ¿Tíos? ¿Tías?

—No tengo familia, señor Wilde. Viajo solo. Me gusta hacerlo así. Soy un alma solitaria, libre de cualquier obligación moral.

—Algo me dice que usted y yo tenemos mucho en común —dijo Oscar en son de broma al tiempo que retiraba la silla de la mesa y se levantaba—. Somos un par de intrusos que se dedican a observar sus propias vidas al mismo tiempo que las viven, señor Garstrang. —Tendió la mano a su nuevo amigo—. Tengo la impresión de que al convertirnos en espectadores de nuestras propias vidas pretendemos simplemente escapar del sufrimiento que éstas provocan en nosotros.

Oscar se había puesto en pie porque, por encima del hombro de Garstrang, y por la puerta abierta del comedor, había visto la silueta de Washington Traquair, su asistente, que rondaba ansioso al otro lado de la puerta de cristal que conectaba el vestíbulo de la entrada principal con el hotel propiamente dicho. Debido al color de su piel, Traquair tan sólo tenía permitido el acceso al vestíbulo exterior del edificio.

—Mi hombre me espera —explicó Oscar—. Kansas me llama.

—Gracias por su compañía —dijo Eddie Garstrang, levantándose a su vez y estrechándole afectuosamente la mano.

—Gracias por la suya —respondió Oscar—, tanto por la de esta mañana como por la de anoche. Esta mañana me ha entretenido usted. Anoche, me salvó la vida.

—Le salvé la cartera, eso es todo —replicó Garstrang, riéndose—. Y quizá también la dignidad.

—Mi cartera y mi dignidad..., eso es mucho. Se lo agradezco. No le olvidaré, señor Garstrang.

Oscar continuó con su gira. Viajó desde Colorado a Kansas, y de ahí a Iowa y Ohio, para subir a continuación por la costa Este hasta Canadá y bajar después hasta Memphis y Nueva Orleans, cruzar hasta Texas y volver a subir a Nueva Inglaterra y a Canadá. Hubo más encuentros memorables durante el viaje. En Salt Lake City (Utah), le presentaron al presidente de la Iglesia Mormona de Jesucristo de los Santos del Último Día y conoció a cinco de las siete esposas de ese distinguido caballero y a uno de sus treinta y cuatro nietos. Oscar reparó en que la ópera de Salt Lake City era

del tamaño de Covent Garden y que «da cabida fácilmente a al menos catorce familias mormonas». En Atlanta (Georgia), a punto estuvo de llegar a las manos con el camarero del vagón Pullman cuando éste le comunicó que, aunque Traquair, su sirviente, estaba efectivamente en posesión de un billete válido de coche cama, por ser un hombre negro no podía utilizarlo, pues iba en contra de las normas de la compañía del ferrocarril.

En Lincoln (Nebraska), Oscar pisó por primera vez la cárcel. Le llevaron a visitar la penitenciaría de Lincoln y le presentaron a un buen número de sus internos.

«Tenían todos ellos una apariencia mezquina, lo cual a decir verdad me consoló, pues odiaría ver a un criminal con un rostro noble», dijo. Le mostraron la celda de un convicto que debía enfrentarse a la horca en cuestión de semanas. «¿Sabe usted leer, hombre de Dios?», le preguntó. «Sí, señor», replicó el convicto, mostrando a Oscar un ejemplar de *El heredero de Redclyffe*, la novela sentimental de Charlotte M. Yonge.

Al salir de la celda, Oscar murmuró, dirigiéndose al alcaide de la prisión: «Aunque los ojos del condenado me han encogido el corazón, si lee *El heredero de Redclyffe* quizá lo mejor sea dejar que se cumpla la ley».

La gira concluyó en la ciudad de Nueva York a mediados de octubre de 1882. En términos generales había sido todo un éxito. Oscar había ganado una cuantiosa suma de dinero (unos cinco mil dólares, después de gastos) y había además dado alas a su nombre a ambos lados de Atlántico. Su madre le escribía desde Londres: «Eres la comidilla de la ciudad. Los cocheros me preguntan si soy pariente tuya. ¡El lechero me ha traído tu fotografía! De hecho, cualquiera diría que eres lo único que se celebra en Londres. Creo que entusiastas muchedumbres te asediarán a tu regreso y que deberás buscar refugio en la seguridad de los coches».

Oscar decidió entonces no apresurar su regreso. Disfrutaba siendo agasajado en Nueva York.

«Si mi presencia se anuncia con antelación —informaba a lady Wilde sin ocultar su satisfacción—, encuentro las calles bloqueadas por multitud de admiradores al tiempo que los policías esperan mi llegada para abrirme paso. Entiendo ahora por qué el príncipe de Gales siempre está de tan buen humor: ser un *petit roi* es una auténtica delicia».

Sin embargo, Oscar alargó su estancia en Norteamérica por otra razón. Aunque indudablemente encantado con su recién adquirida celebridad, estaba también haciendo planes para el futuro. Tenía ideas para dos obras de teatro que deseaba escribir —dramas de época que esperaba ver representados en Nueva York el año siguiente— y fue el beneficiario de un inusual encargo literario procedente de una fuente cuando menos inesperada. Edmond La Grange, el actor y director francés, estaba preparando una nueva producción de *Hamlet* y sugirió a Oscar que quizá le

gustaría ayudarle con la traducción.

Edmond La Grange era uno de los héroes de infancia de Oscar. Le había visto en escena en Londres y en Dublín en varios de sus papeles de mayor encumbre. También le había visto en París, en el Théâtre La Grange del bulevar del Temple, en *El rey Lear*. Había llegado incluso a hablarle en una ocasión, aunque muy brevemente, en el paseo marítimo de Dieppe, en agosto de 1879. Oscar se había atrevido a presentarse porque conocía a la actriz Sarah Bernhardt —¡Oscar veneraba a Sarah Bernhardt!— y Bernhardt y La Grange habían aparecido recientemente en el *Anfitrión* de Molière. Ya en Nueva York, en otoño de 1882, por fin logró conocer al gran hombre. Fue entonces cuando Oscar Wilde, de veintiocho años de edad, y Edmond La Grange, de sesenta, se hicieron amigos.

La Grange hacía en Norteamérica lo mismo que Sarah Bernhardt había hecho antes que él: tomar el continente por asalto. Huelga decir que había diferencias entre los dos grandes actores: el asalto de Sarah fue sin duda mucho más espectacular que el de La Grange. Si bien éste era un actor notable, Sarah era sencillamente divina. Y además era mujer. Cuando la diva recorrió Norteamérica de gira en 1880, su equipaje personal constaba de cuarenta baúles de vestuario para salir a escena y de setenta destinados a su uso personal: vestidos, abrigos, pieles, fragancias y sus doscientos cincuenta pares de zapatos. La Grange viajaba con tres maletas y una caja de maquillaje. El servicio de Sarah Bernhardt incluía a dos criadas, dos cocineras, un camarero, su propio *maître d'hôtel* y una *bonne p'tite dame* que hacía las veces de acompañante y de secretaria. La Grange iba acompañado de un anciano asistente de vestuario y de *Maman* —su madre—, que en aquel entonces tenía ochenta y dos años.

El repertorio de Edmond La Grange era menos extenso que el de Sarah Bernhardt. Llevó cinco producciones a Norteamérica, y ella, ocho. Y su celebridad, su «estatus de estrella», como lo llamamos hoy, no eclipsaba al de la gran dama. Sin embargo, en cuanto a actores y maestros de su profesión, pertenecían a la misma liga y, según la crítica, la compañía que acompañaba a Grange, aunque de menor envergadura, era superior a la de ella, y con sus obras de Molière, Racine y Corneille en el teatro Wallack's de Nueva York, la recaudación conseguida por él nada tenía que envidiar a la de Sarah Bernhardt. Como ella, La Grange cobraba en metálico.

Quizá resultara sorprendente que los caminos de Oscar y de La Grange no se hubieran cruzado antes. La temporada de cuatro semanas de La Grange en Broadway fue la culminación de una gira de cuatro meses por el continente y el gran actor francés y el joven esteta irlandés aparecían bajo los auspicios de Richard D'Oyly Carte. Fue en efecto el coronel Morse, el hombre de Carte, quien hizo las presentaciones.

«Edmond La Grange habla un inglés condenadamente correcto, aunque se niega condenadamente a utilizarlo —se quejó Morse a Oscar al tiempo que mordisqueaba

el pequeño cigarro que llevaba permanente colgando de la comisura de la boca—. La Grange afirma que el francés es la lengua oficial de la diplomacia y por tanto la única que debe utilizarse en el seno de las relaciones internacionales. Siempre que ceno con él después del espectáculo, parlotea a toda velocidad y no entiendo una sola palabra de lo que dice. Usted habla francés, Wilde. Puede cenar con él. Y hablar con él. Él le entenderá. Quién sabe: quizás hasta logre usted comprenderle».

Edmond La Grange y Oscar Wilde se entendían estupendamente. Se llevaron a la perfección desde un buen principio. Oscar hablaba un francés fluido y sin tacha y estaba empapado de la cultura y de la herencia de la *Belle France*. Se sentía honrado ante la oportunidad de cenar con su héroe y más que feliz de hablar con él. Más feliz le hacía todavía arrellanarse en la silla con los ojos como platos de pura admiración a escuchar las palabras del gran hombre. Adoraba el timbre rico y grave de la voz de La Grange; disfrutaba con los giros sintácticos grandilocuentes y algo arcaicos que utilizaba el actor y veneraba las mil y una historias del teatro con que le deleitaba La Grange: «Naturalmente, están plagadas de viles mentiras, pero contienen una verdad aún más elevada». Aunque en esa época La Grange estaba a punto de cumplir sesenta y un años, rebosaba energía. Si bien no era demasiado alto, su porte era impecable, como innegable su presencia. No era particularmente delgado, aunque sí tenía los miembros laxos y se movía con la elegancia de un bailarín. Tenía además un pelo abundante y blanco que llevaba peinado hacia atrás sobre una frente alta y colmada de arrugas. El suyo era un rostro curtido por el tiempo, aunque no desprovisto de un delicado perfil: fuertes pómulos, nariz romana y unos inmensos y burlones ojos marrones. La Grange era un actor hasta la médula, tan dramático en sus modales dentro del escenario como fuera de él, un jugador, un amante del riesgo, enamorado del teatro, enamorado de la vida.

La Grange y su compañía habían planeado regresar a Europa a bordo del *SS Bothnia* el 27 de diciembre de 1882. La Grange propuso a Oscar que regresara a Europa en el mismo barco: un viaje en un vapor hasta Le Havre, vía Liverpool. Durante el viaje podrían trabajar juntos en la traducción de *Hamlet*. Y Oscar, al enterarse de que desafortunadamente, durante su periplo americano, el viejo ayudante de vestuario de La Grange —un fiel criado que llevaba más de treinta y cinco años en la compañía— había muerto, propuso al actor que contratara al joven camarero negro, Traquair, como su nuevo ayudante de vestuario.

—Respondo por él en todos los aspectos. Ha sido el único responsable de tener a punto mis camisas desde Peoria a Pawtucket. Conoce el oficio y puede usted confiarle su vida. Tiene un rostro de azabache y un corazón de oro.

—¿Habla francés? —preguntó La Grange.

—Habla el lenguaje de la devoción —respondió Oscar.

El día de la partida —el miércoles, 27 de diciembre de 1882— Oscar fue uno de

los últimos pasajeros en subir al barco.

«Despedirnos de un continente no es algo que pueda hacerse apresuradamente», explicó. Además, en el muelle había admiradores —y la prensa— a los que atender. Cuando, por fin, coincidiendo con la caída del crepúsculo, Oscar subió a bordo, encontró a La Grange y a su séquito cómodamente instalados en el magnífico salón del *Bothnia*, tomando champán. Para sorpresa de Oscar, había habido una adición al grupo. De pie inmediatamente detrás de La Grange, apoyado sobre su hombro y susurrándole algo al oído, estaba el amigo de ojos azules que Oscar había conocido en Leadville, Colorado: Eddie Garstrang, el jugador profesional.

Garstrang se incorporó y saludó a Oscar con una formal inclinación de cabeza.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí? —preguntó el poeta, perplejo.

Edmond La Grange le miró y sonrió.

—El señor Garstrang es mi nuevo secretario personal, Oscar. Me lo he ganado a las cartas.

### 3.

## La travesía del Atlántico

Cierto: Edmond La Grange había «ganado» a Eddie Garstrang a las cartas. Oscar se enteró de toda la historia en menos tiempo de lo que se tardaba en tomar una copa de champán. Mientras un distante clamor se elevaba desde la cubierta principal del *Bothnia*, sonaba la sirena del barco y, al fondo, los mozos y los camareros se afanaban de un lado a otro, La Grange estaba sentado ceremoniosamente y, convertido en el centro absoluto de atención, rodeado de media docena de miembros de su compañía (damas y caballeros acompañantes), narraba lo ocurrido. Hablaba con gaélico entusiasmo y acompañándose de extravagantes gestos mientras Garstrang montaba guardia en silencio a su lado.

—¿Se acuerda usted del Tabor Grand Opera House de Leadville, Colorado, Oscar? —empezó La Grange—. Una gema de teatro dotado de una acústica perfecta. También allí triunfamos. Varios meses después de su visita, hacia el final de nuestra gira, actuamos durante una semana en Leadville... y conseguimos unos ingresos notablemente sustanciosos. Al parecer, los mineros del Medio Oeste sienten cierta predilección por Molière y por la *Renaissance* inglesa. —El sexagenario actor se recostó contra el respaldo de la silla y de pronto cruzó y descruzó las piernas como si ejecutara una pequeña danza de deleite. Los cortesanos que le acompañaban sonrieron—. Después de nuestra primera noche (fue *L'avare* y les encantó) me llevaron al casino que estaba justo al lado del teatro, donde tuvo lugar una pequeña celebración. Fue allí donde conocí al temible señor Garstrang.

La Grange guardó silencio y alzó los ojos hacia su nuevo secretario al tiempo que elevaba su copa hacia él.

—Tomamos una copa y jugamos a las cartas. Siguiendo la sugerencia del señor Garstrang, jugamos una partida de lo que él llamó Desbancar al Tigre, también llamado Faro durante mi infancia. Es un juego francés, inventado para divertir a Luis catorce. Jugué al Faro con el caballero en Leadville y gané. Pareció sorprendido. Yo no. Acababa de salir a saludar trece veces a escena y esa noche estaba sin duda en vena. —Indicó con un gesto de la mano a un camarero que volviera a llenarle la copa y bebió con avidez.

»La noche siguiente regresé al casino y allí estaba el señor Garstrang, esperándome —continuó La Grange—. Volvimos a jugar. Volví a ganar. Acordamos encontrarnos una tercera noche para jugar a las cartas, aunque en esa ocasión el señor

Garstrang propuso que jugáramos al póquer. Según dijo, era un juego que había nacido en el río Misisipi. Jugamos... y, aunque él jugó bien, yo fui mejor. Gané. Y gané contra todo pronóstico. Esa noche había ofrecido *Le Cid* a Leadville y en las Rocosas no tienen el mismo apetito por Corneille que por Molière.

La Grange se rió entre dientes y vació su copa.

—Volvimos a encontrarnos durante las tres noches siguientes. Volvimos a jugar al póquer y cada vez que jugamos aumentamos las apuestas. El señor Garstrang jugaba al póquer casi como Sarah Bernhardt encarnaba a Fedra..., con una intensidad aterradora. Lo daba todo. Estaba decidido a recuperar sus pérdidas. Sin embargo, hasta la divina Sarah pierde a veces alguna partida. Durante seis noches consecutivas el señor Garstrang perdió y mucho. Y, el domingo por la mañana, el día en que teníamos previsto abandonar Leadville, vino a verme al hotel. Desayunamos juntos y me dijo que no podía pagarme lo que me debía. Me dijo también que en realidad no podía pagarme un solo centavo de lo que me debía y que tenía una pistola que podía utilizar para quitarse la vida. Le expliqué que mis especialidades son la tragedia y la comedia. El melodrama es un género que desprecio. Y fue entonces cuando llegamos a nuestro acuerdo.

—¿A su acuerdo? —repitió Oscar, mirando ora al gran actor francés, ora al pálido norteamericano que estaba de pie a su lado.

—Como bien sabe, perdí a mi asistente de vestuario durante esa gira, Oscar. Murió en Chicago. Era ya muy viejo. De hecho, lo era ya durante su juventud. Pero el viejo Poquelin era para mí mucho más que un simple asistente de vestuario. Era un amigo. Jugábamos juntos a las cartas... y él lo hacía francamente bien. Cuando yo actúo, quiero hacerlo en compañía de buenos actores. Cuando juego a las cartas, quiero hacerlo con los mejores. Usted ha tenido la amabilidad de encontrarme un nuevo asistente de vestuario, Oscar, y le estoy inmensamente agradecido. Sin embargo, dudo mucho que juegue a las cartas. El señor Garstrang sí lo hace. Se ha unido a la Compagnie La Grange para ejercer las funciones de secretario durante el día y jugar conmigo a las cartas durante la noche.

Edmond La Grange tendió su copa vacía hacia Eddie Garstrang. El norteamericano la tomó y la sostuvo delante de él como si se tratara de un cáliz. El actor estampó los puños en los brazos de la silla y se levantó. Al hacerlo, todas las damas y los caballeros le imitaron.

—Es una historia maravillosa, ¿no le parece, Oscar? —preguntó.

—Sin duda, a su modo —respondió el poeta—. Me extraña que no me la contara antes.

—Ah —respondió La Grange, dando un paso hacia él y poniéndole la mano en la manga—, no podía. Una deuda de juego es una deuda de honor: su pago no puede ser reclamado por ley. El señor Garstrang y yo llegamos a un acuerdo hace dos meses en

Leadville. Lo cerramos con un apretón de manos. Acordamos que tras dejar resueltos sus asuntos en Colorado se reuniría con nosotros aquí, en Nueva York. Si he de serle sincero, no estaba del todo seguro de que apareciera. Pero lo ha hecho. Y le felicito por ello. Aunque es sin duda un caballero, por desgracia no puedo permitirme que viaje como tal.

La Grange se rió y abrió ligeramente aún más los ojos al mirar a su alrededor: a Garstrang, que seguía acunando la copa vacía de champán, y a las damas y caballeros que le escuchaban y que iban poco a poco desplazándose hacia las puertas del salón.

—Aunque nos ha ido bien en Norteamérica, debemos economizar recursos. El Théâtre La Grange está siendo remodelado en nuestra ausencia. Los decorados del *Hamlet* no van a ser baratos. Y, aunque me gusta pensar que tengo una compañía de primera clase, lo cierto es que desgraciadamente la mayoría de sus miembros deben viajar en el entrepuente.

Dio una palmada. Era la señal de despedida.

—El barco se mueve. ¿Qué le parece si salimos a despedirnos de Nueva York antes de cambiamos para cenar? Cenará conmigo, ¿verdad, Oscar? ¿A las ocho en mi camarote? Venga maravillosamente vestido... y con algo entretenido que contar.

Dos horas más tarde, Oscar llegó a cenar al camarote de Edmond La Grange vestido con una casaca violeta oscuro forrada de satín de color lavanda. Llevaba calzones de terciopelo, medias de seda negras, zapato bajo con relucientes hebillas de plata, volantes de encaje de color marfil en el cuello y muñecas y un ramillete de ciclámenes de floración invernal en el ojal (la florista del 61 de Irving Place, en la esquina de la calle Diecisiete, le había equipado con distintas flores para el ojal que había envuelto en un trapo mojado para mantenerlas frescas, destinadas a todas y cada una de las noches de la travesía). Oscar llevaba una versión del atuendo que había lucido cuando daba sus conferencias.

La Grange estuvo encantado al ver el aspecto de su joven amigo.

—Está usted maravilloso —dijo, invitándole a pasar al camarote con una mano y dándole un platillo de cristal de Perrier-Jouët del 78 con la otra—. ¿Y viene usted con talante divertido? —preguntó.

—Llego con talante receptivo —respondió Oscar con una sonrisa—. El espectador debe ser receptivo. Es el violín que debe tocar el maestro.

La Grange se rió.

—Es usted un tipo listo, Oscar. Ya veo que debo vigilarle de cerca. Mucho me temo que nuestro pequeño círculo vaya a resultarle un poco aburrido. En cualquier caso, le agasajaremos con un buen vino y le daremos bien de comer, se lo prometo.

La cena que tuvo lugar a bordo del *SS Bothnia* resultó ser cuando menos sustanciosa, o al menos eso es lo que opinaron la media docena de pasajeros de primera clase reunidos para la ocasión en el camarote de La Grange. En el diario que

llevaba de un modo intermitente (y que utilizaba tanto para probar nuevos versos como para llevar un registro de los acontecimientos del día), Oscar así lo hizo constar. A continuación reproduzco enteramente sus palabras:

27/XII/82. Cena con ELG *en famille*. Servicio *à la française*. Menú *à la Weybrisge* hasta que llegamos a los postres. ELG habló de Rabelais y comió como Gargantúa: sopa de pimienta aguada, pescadilla frita, rodaballo con gambas, costillas de cerdo, *tomates fardes*, pavo hervido en salsa de rábano, liebre al curri, pollo asado con todas sus guarniciones. Yo asumí el papel de Pantagruel (como era de rigor) y comí primorosamente hasta que aparecieron las gelatinas, los merengues y el budín *à la reine*. Entonces sucumbí. Puedo resistirme a todo, salvo a la tentación. Los vinos era excepcionales, en particular un Cambertin 1870, un Château d'Yquem de 1880 y un curioso licor ruso que llegó con los hielos. Dadme los lujos: cualquiera puede quedarse con lo imprescindible.

Oscar describió también a sus compañeros de cena:

Un grupo variopinto. Ya les había conocido antes y de ahí que me sintiera doblemente agradecido con mi anfitrión por haberme sentado como lo hizo, entre *mademoiselle* de la Tourbillon y él. Ésta era la disposición de nuestros lugares en la mesa:

ELG.

Liselotte La Grange (*Maman*).

OW.

Richard Marais.

Gabrielle de la Tourbillon.

Carlos Branco.

ELG sentó a su madre a su derecha. Liselotte La Grange (universalmente conocida como «Maman») es una vieja grulla insufrible: malcriada, egoísta, pagada de sí misma, infantil, obstinada, testaruda. Su excusa es que tiene la edad del siglo. Al parecer, nació el 5 de enero de 1800. Es una de esas mujeres estridentes que predicán la importancia de las virtudes que ella jamás ha de ejercer. Como no desea nada, denosta el valor del ahorro. Al no hacer nada, se muestra elocuente acerca de la dignidad del trabajo. Su hijo se lo consiente todo hasta el punto de malcriar a su repelente caniche, una engorrosa criatura absurdamente conocida como *María Antonieta* porque, según decían, descendía de uno de los caniches originales criados por el propio Luis XIV (*Maman* está obsesionada con el linaje, con el propio y con el del mundo entero). Lo cierto es que el perro carece por completo de crianza y estuvo toda la cena tirándose pedos, rascándose y escarbando debajo de la mesa, haciendo tropezar a los camareros y pidiendo restos de comida de los platos de *Maman* y del vecino de ésta, Richard Marais.

Marais. Difícil describir a Marais. Es el gerente de la compañía de La Grange y lo ha sido desde hace más de veinte años. Calvo y de aspecto vulgar, parece carecer de cualquier sombra de personalidad. Además, el pobre hombre es sordo, una discapacidad que La Grange considera esencial para un gerente. «Cuando viene a vernos el cobrador de impuestos, el señor Marais puede decir con absoluta sinceridad que nunca le oyó llamar a la puerta». Aunque sordo, Marais no es mudo. Puede hablar, aunque lo hace en raras ocasiones. Y, cuando lo hace, lo que dice carece por completo de interés. Creo que no seremos amigos. No soy capaz de escuchar a nadie a menos que me atraiga su elegante estilo o la belleza de su discurso.

Carlos Branco consigue ambas cosas. Y además es un hombre ingenioso. Esta noche ha dicho: «Me encanta actuar. Es mucho más real que la propia vida».

Branco es el mejor amigo y también el más antiguo de La Grange, el vástago de una distinguida familia portuguesa del mundo del teatro (¡el «linaje» lo es todo para esta gente!). Tiene sesenta años y es un hombre guapo, inteligente y tan sofisticado como vulgar es *Maman*. Lleva toda la vida representando papeles protagonistas en las producciones de la compañía de La Grange.

«Polonio es mi destino», ha dicho esta noche. Está dotado de humor y de humanidad y es poseedor de unos cálidos ojos de color avellana. Siento hacia él una gran simpatía.

Adoro a Gabrielle de La Tourbillon. Es alta como un chopo, delgada como un carrizo, y su belleza, aunque real, está lejos de resultar obvia. Tiene la figura y el rostro de un muchacho, pero la energía y la astucia de una mujer ambiciosa. Cuando la conocí hace unas semanas, lo primero que dijo fue: «Soy la actriz protagonista de Edmond La Grange y también su amante. Edmond ha tenido ya a varias antes, me refiero a actrices protagonistas y también a amantes. Ahora tiene ya sesenta años, y yo, treinta. Soy la que ha llegado para quedarse».

Esta noche, durante la cena, mientras La Grange mimaba en exceso a *Maman* y a la lastimera *María Antonieta*, Gabrielle me habló de sus otras amantes —y también de su esposa, Alys Lenoir, la madre de los gemelos, que se había quitado la vida hacía veinte años después del nacimiento de sus hijos—, todas, salvo una, mayores que ella. Mientras hablaba de ellas y apuntaba que «una actriz necesita amigos», me tomó la mano por debajo de la mesa y la estrechó con fuerza.

—Me gustan los jóvenes con futuro —susurró.

—Y a mí las jóvenes con un pasado —respondí.

Esa noche, cuando la cena estaba a punto de tocar a su fin, y disfrutábamos ya de los refrigerios y de los licores rusos, la conversación se centró en el regreso de la Compagnie La Grange a París y en los planes para la próxima producción de *Hamlet*. Cuarenta años antes, cuando ambos tenían veinte, Edmond La Grange y Alys Lenoir habían encarnado juntos a Hamlet y a Ofelia. Así era como se habían conocido.

Mucho tiempo después, sus gemelos tenían ya veinte años, su hijo Bernard sería Hamlet, y su hija Agnès, Ofelia.

—Muy propio del gran legado de los La Grange —declaró *Maman*, repicando contra el borde de su plato de postre con la cucharilla—. Bernard será un maravilloso príncipe Hamlet. Tiene el perfil y la voz idóneos. Y Agnès, nuestra pobre y frágil niña, nació para encarnar a la condenada Ofelia. Todo París estará allí.

Cuando hablaba, Liselotte La Grange no se dirigía a nadie en particular. Su declaración fue a todas luces una declamación general.

—Cuando Edmond encarnaba a Hamlet —prosiguió—, su padre era Claudio, y yo, la reina Gertrudis. Todo París vino a verlos. Edmond será ahora Claudio. Carlos, el viejo loco Polonio, claro. ¿Quién será Gertrudis?

—Gabrielle será Gertrudis, *Maman* —dijo La Grange amigablemente al tiempo que ponía la mano en el puño cerrado de su madre—, como bien sabes.

—Es demasiado joven —siseó la mujer, retirando el puño de la mano de su hijo y estampándolo con fuerza sobre la mesa.

—Es demasiado joven, cierto —repitió La Grange con ánimo apaciguador—, pero es actriz. Puede parecer mayor de lo que es en realidad.

—Está demasiado delgada —insistió la anciana—. Demasiado. Su delgadez es asquerosa.

En el rincón del camarote, *María Antonieta* empezó a ladrar y a intentar morderse la cola. Gabrielle de la Tourbillon no dijo nada. Tampoco dio muestras de desconsuelo. Parecía acostumbrada a las pullas de *Maman*.

Edmond La Grange miró a su amante y sonrió antes de volverse hacia su madre.

—Gabrielle está delgada, sin duda.

—No tiene pechos —refunfuñó la anciana.

Oscar se agitó.

—¿Acaso los pechos son esenciales para representar el papel de la reina Gertrudis? —preguntó.

—Sí —rugió la señora La Grange—. Lo son, señor. Gertrudis es madre. Una madre tiene pechos.

—Pues habrá pechos —aseguró Edmond—. Hablaré con la jefa de vestuario.

Tras esa primera noche en el mar, con aquellas aguas plácidas y el cielo nocturno visiblemente despejado, el tiempo cambió. El resto de la travesía del Atlántico fue una réplica exacta del humor de *Maman*: inquietante en sus mejores momentos, tempestuosa en los peores. Las tormentas aparecían y desaparecían de pronto, pero el enconado viento era constante y la abundante lluvia implacable. Incluso a mediodía la oscuridad reinaba en el cielo. Tan sólo los más temerarios —a los que cabría sumar a Richard Marais cuando sacaba a la lastimera *María Antonieta* a dar su obligado paseo dos veces al día— se atrevían a desafiar las cubiertas del *SS Bothnia*. Oscar, que, para

su propio alivio, había descubierto que era mejor marinero de lo que imaginaba, se pasó la mayor parte del viaje encerrado con La Grange en el camarote del actor, escuchando las historias del gran hombre sobre los gloriosos días del teatro francés y trabajando con él, línea a línea, en la traducción de *Hamlet*, una labor del todo absorbente. Oscar mostraría durante toda su vida una patente fascinación por la melancolía de *Hamlet*.

De vez en cuando, intercambiaba una o dos palabras con Traquair, su antiguo *valet*, cuando el joven subía desde su camastro de tercera clase situado en las entrañas del barco para ocuparse de la colada del señor La Grange y preparar la ropa de noche de su amo. Aunque hablaba poco, Traquair parecía realmente contento. Eddie Garstrang hablaba todavía menos que él.

Oscar veía brevemente a Garstrang a diario después de la cena. Y es que todas las noches disfrutaba de una cena similar en el camarote del actor, en compañía de las mismas cinco personas: La Grange, su madre, su amante, su gerente y su viejo amigo. Todas las noches, tras dar por terminada la cena, La Grange acompañaba a *Maman* a su camarote y, no sin cierta alharaca, la ayudaba a tomarse sus píldoras y sus pociones, tras lo cual regresaba a su camarote e invitaba a Oscar a jugar a las cartas con él, con Richard Marais y con Carlos Branco.

«Jugamos al *euchre*, Oscar. Es un juego muy sencillo. La clase de juego que sin duda le gustará. Es el juego para el que se inventó el *joker*».

Todas las noches, Oscar vacilaba (no, no es que las cartas le provocaran aversión) y después declinaba jugar (reconociendo que era eso lo que se esperaba de él), momento en el cual La Grange enviaba a un camarero a buscar a Garstrang al salón de segunda clase para que completara el cuarteto. Garstrang llegaba, sonreía, inclinaba la cabeza y ocupaba su lugar a la mesa. Todas las noches, cuando él llegaba y Oscar intentaba darle conversación, el norteamericano ponía reparos al tiempo que explicaba en voz baja: «Me debo ahora a *monsieur* La Grange. No puedo hablar. Tengo que jugar a las cartas».

La travesía del Atlántico se alargó durante diez días. En todo ese tiempo el ritual nocturno de La Grange varió sólo en una ocasión. La noche del 31 de diciembre, el capitán del *SS Bothnia* dio una serie de fiestas de Nochevieja para los pasajeros de todas las clases. Edmond La Grange no salió en toda la noche del salón de primera clase, donde permaneció en compañía de su madre y de *María Antonieta*. Oscar, a su vez, animado por La Grange, acompañó a Gabrielle de la Tourbillon a las celebraciones del comandante, organizadas en el interior de una inmensa carpa levantada en la cubierta principal del barco. Allí la joven pareja —Oscar tenía veintiocho años y la amante de La Grange, treinta— desafió a los elementos y bailó durante toda la noche al son de la música ofrecida de modo alternado por una orquesta de salón y una banda de negros.

Para deleite de la señorita de la Tourbillon, Oscar estaba deseoso de bailar. La joven no ocultó su sorpresa al comprobar que su compañero era ágil con los pies, ni su desconcierto cuando la banda de negros empezó a tocar «Oh, Dem Golden Slippers» y Oscar declaró:

—¡Ésta es mi canción favorita!

—¿Y eso por qué, Oscar? —preguntó ella, riéndose.

—Porque la escribió un amigo, un hombre llamado Jimmy Bland —respondió él, haciéndola girar a su alrededor al tiempo que ambos se deslizaban por la concurrida pista de bañe—. Le conocí en Nueva York y enseguida me gustó. Nacimos la misma semana del mismo año. Sentí que, muy a pesar de la diferencia de nuestro color de piel, éramos hermanos. Ni que decir tiene que él es negro y yo soy blanco.

—Y usted es Wilde —apuntó ella, sin dejar de reír— y él, Bland<sup>[1]</sup>.

—Exacto —respondió Oscar—. Los nombres obran sobre mí una inmensa fascinación. —Mientras la música les impulsaba alrededor de la carpa barrida por el viento, la estrechó un poco más entre sus brazos y dijo—: Me colma de deleite la belleza de su nombre, Gabrielle. Hay en él una sencillez forestal y exquisita, y desafina dulcemente con este tosco y expedito mundo en el que vivimos. ¡Como una margarita en el margen de las vías del tren!

—¡Es usted absurdo, Oscar!

—Eso espero —respondió él, besándola en la frente al tiempo que la banda seguía tocando.

Oscar disfrutó de la Nochevieja a bordo del *SS Bothnia*. Después anotaría en su diario:

Flirteé con la amante de ELG durante toda la noche, hice sus delicias (creo) y me sentí gratificado por ello (lo sé). Cortejar a una mujer hermosa es siempre excitante. Naturalmente, no la amo. ¿Ama ella a La Grange? Aunque, según dice, así es, lo dudo. ¿La ama él? Apenas le presta atención.

El recuerdo que conservaba de la última noche a bordo del *SS Bothnia* era menos feliz:

Era el cumpleaños de *Maman* —su ochenta y ocho cumpleaños— y, en el magnífico salón de primera clase, La Grange celebró una recepción en su honor. La fiesta no fue un éxito. El mar estaba en calma (la costa irlandesa estaba ya a la vista), el bufé era generoso, el vino corría libremente y ELG dedicó a su madre un gracioso tributo. Liselotte La Grange no es querida por quienes la conocen bien. Vi cómo los miembros de mediana edad de la compañía se acercaban a ella para mostrarle sus respetos. Cumplieron con su deber y se retiraron en cuanto les fue posible hacerlo. Cuando se inclinaban sobre ella para besarle la mano o la mejilla, se aseguraban de que sus labios no entraran en contacto con la marchita piel de la anciana señora. Los actores más jóvenes mantuvieron las distancias. *Maman* es una mujer arrogante,

irritante, tediosamente obsesionada por su perro lastimero y por la gloria del linaje de los La Grange, aunque a decir verdad es su edad lo que la hace especialmente indeseable. La vejez no tiene consuelo que ofrecernos. El pulso de la felicidad que palpita en nosotros a los veinte años se ha aletargado. Los miembros fallan, los sentidos se pudren. Degeneramos para convertirnos en odiosas marionetas, atormentados por los recuerdos de las pasiones a las que temimos demasiado y de las exquisitas tentaciones a las que no tuvimos el valor de abandonarnos. Liselotte La Grange está enfadada con el mundo y no sin razón. Hubo una época en que fue joven.

La mañana siguiente a la fiesta celebrada en honor de *Maman*, al despuntar el alba, el *SS Bothnia*, cuyo destino final era Le Havre, recaló en Liverpool a fin de permitir el desembarco de los pasajeros británicos. Envueltos en gruesos abrigos y enguarnaldados con bufandas, Edmond La Grange, Gabrielle de la Tourbillon y Carlos Branco se reunieron en la cubierta gris y sumergida en la espesa niebla para despedir a Oscar. La Grange le dio un abrazo osuno como el que habría dado un padre a un hijo. Gabrielle le besó tiernamente como lo habría hecho una hermana. Carlos Branco le estrechó la mano con fuerza entre las suyas y después, en son de broma, le tiró de las orejas:

—*Au revoir, mon brave* —dijo—. Venga a vernos a París muy pronto.

—Vendrá dentro de tres semanas —declaró La Grange—. Simplemente le liberamos unos días para que pueda volver a ver a su madre y se ocupe de sus asuntos en Londres. Le tendremos en el bulevar del Temple a finales de mes, a tiempo para nuestro primer ensayo. Allí conocerá a mis hijos y nos ayudará con la producción. — El gran actor alzó los ojos para mirar al poeta y sonrió—. Ahora que le hemos encontrado, no vamos a perderle, ¿verdad, Oscar?

—No —se limitó a responder él—. No van ustedes a perderme.

Carlos Branco puso una mano en el hombro de Oscar; Gabrielle se quitó el guante y le acarició la mejilla con los dedos; Oscar y La Grange volvieron a abrazarse. Había lágrimas en los ojos de todos.

El instante sentimental fue interrumpido por la llegada de un oficial de aduanas inglés.

—¿Es éste su baúl, señor? —preguntó el hombre, señalando una gran maleta de piel marrón que rodeaban pesadas correas negras. Cargaban el baúl dos jóvenes mozos que parecían debatirse con su peso.

Oscar dedicó al baúl una mirada apresurada.

—Así es —dijo.

—¿Es usted el señor Wilde? —preguntó el oficial de aduanas, acompañando sus palabras con un guiño aparente.

—Lo soy.

—¿Tiene algo que declarar esta mañana, señor? —preguntó el oficial con una

pequeña sonrisa—. ¿Algo propio de un genio, quiero decir?

Oscar sonrió y el oficial de aduanas soltó una risilla.

—Como verá, sabemos quién es, señor.

—La noticia me congratula.

—El baúl nos resulta extrañamente pesado, señor.

—Está lleno de libros —respondió Oscar.

—¿De modo que no es usted un amante de la lectura ligera? —preguntó el oficial con una sonrisa de oreja a oreja. Parecía especialmente complacido con su comentario. Dio una palmada y el frío aire de la mañana se llenó con un chorro de su aliento caliente—. ¿Le importa si echamos una mirada dentro, señor?

Los maleteros dejaron el baúl sobre la cubierta.

—En absoluto —dijo Oscar.

—¿Tiene usted la llave, señor? —preguntó el oficial de aduanas.

—No está cerrado. Solamente tienen que desatar las correas y abrir la cerradura con la mano.

Uno de los jóvenes mozos se arrodilló y, sin dificultad alguna, desató los correajes que aseguraban el baúl y abrió la tapa.

—Vaya, vaya —dijo el oficial de aduanas sin apartar los ojos del baúl abierto—. Esto nada tiene que ver con lo que habíamos esperado encontrar...

No había libros a la vista. El baúl estaba lleno hasta la tapa de tierra suelta y negra..., tierra de jardín.

El oficial de aduanas se inclinó hacia delante y, acuclillándose, escarbó en la tierra negra con la mano enguantada.

—Vaya, vaya —repitió al tiempo que, despacio, desplazaba la tierra para dejar a la vista el hocico de un perro y a continuación, una tras otra, cuatro patas vueltas hacia arriba.

Era el cuerpo de *María Antonieta*, la caniche de *Maman*.

## 4.

### Liverpool, Londres, París

Segundos más tarde tuvo lugar una extraordinaria escena en la cubierta del SS *Bothnia*.

Justo en el preciso instante en que el oficial de aduanas se levantó, apareció Liselotte La Grange: una diminuta figura envuelta en un abrigo de piel que se apoyaba en Richard Marais y en Eddie Garstrang.

—He venido a despedirme del señor Wilde —empezó imperiosamente, soltando a sus acompañantes y abriéndose paso hacia el interior del grupo que rodeaba el baúl abierto de Oscar—. Quiero decirle algo importante —continuó. Luego, cuando sus ojos cayeron repentinamente sobre el plano baúl rebosante de tierra y vio a su pobre caniche semienterrado en la tierra, sin pausa alguna sus palabras se transformaron en un largo y lacerante grito. Al tiempo que chillaba, cerró los ojos y volvió la cabeza, no bajándola hacia el perro, sino alzándola hacia el cielo. Por fin, tras lo que a Oscar se le antojó un eterno alarido, hizo una pausa para recobrar el aliento, abrió los ojos y miró a su alrededor presa de la desesperación—. ¿Es mi *María Antonieta*? —jadeó—. ¿Es eso posible?

—Lo es, *Maman* —dijo La Grange, tendiéndole con suavidad la mano. El viejo actor se adelantó y tomó a su anciana madre entre sus brazos—. Vamos, *Maman* —susurró—. Cuidaré de usted. —Dio media vuelta y la condujo, sollozante, a lo largo de la cubierta en dirección a los camarotes. Richard Marais y Eddie Garstrang les siguieron como mudos asistentes a un funeral.

—Está histérica —apuntó el oficial de aduanas.

—Es actriz —dijo Carlos Branco con un hilo de voz—. En su tiempo fue una de las mejores.

Gabrielle de la Tourbillon contemplaba el cuerpo rígido del desventurado caniche que yacía grotescamente en la pequeña caja que hacía las veces de tumba.

—Tengo frío —declaró.

—Vamos —dijo Branco—. Le traeré un brandi —se ofreció, rodeándola con el brazo.

—¿Quién puede haber hecho una cosa así? —preguntó ella sin dejar de temblar.

—¿Y por qué? —añadió Oscar, mirando al perro muerto y buscando su pitillera en el bolsillo del abrigo.

—Ésas son sin duda las preguntas —intervino enérgicamente el oficial de

aduanas—. Si no le importa acompañarme, señor Wilde, dejaremos que este caballero cuide de la joven dama mientras investigamos lo ocurrido. Por aquí, señor. Los muchachos se encargarán de traer su baúl... y su desafortunada carga.

Esa fría mañana de enero del memorable comienzo de 1883, Oscar Wilde estuvo poco más de cinco horas encerrado en el camarote del primer oficial a bordo del SS *Bothnia* con un perro muerto por única compañía. Durante la mayor parte del tiempo estuvo solo y desatendido, con la mirada fija en el imperturbable animal, bebiendo el café amargo del barco y fumando sus cigarrillos turcos. Intermitentemente, era interrogado: primero por el oficial de aduanas, luego por dos representantes no demasiado alegres (y, a juicio de Oscar, no demasiado brillantes) de la policía portuaria de Liverpool, y por último, y de un modo más informal, por el capitán del barco.

Ante cada uno de sus interrogadores Oscar expresó su más sincero pesar: aunque le habría gustado ser de más ayuda, no pudo serlo. Aunque por supuesto estaba horrorizado por lo acontecido, afirmó no tener la menor idea —ninguna en absoluto— de quién podía ser el responsable de semejante atrocidad ni de cuál podía haber sido la causa. Sí, el baúl que contenía el cadáver del perro era sin duda el suyo. Sentía además por él un cariño especial, pues había sido el regalo de su madre por su vigésimo quinto cumpleaños. Lo había utilizado para almacenar la modesta biblioteca que había sido su compañera durante toda su gira norteamericana. Y, aunque en el curso de sus viajes había abierto el baúl, la mayoría de los días, nunca había llegado a vaciarlo del todo. Recordó que la noche anterior, antes de asistir a la fiesta de cumpleaños celebrada en honor de la señora La Grange, había supervisado personalmente el embalaje de todas sus maletas y del resto de su equipaje. Había conservado una pequeña bolsa de viaje con lo imprescindible para pasar la noche en el camarote, pero el resto del equipaje —incluido el baúl en el que viajaban los libros— se había guardado en la consigna del barco antes de que Oscar desembarcara en Liverpool a la mañana siguiente. Dio por hecho que cualquiera podía haber tenido acceso a él durante la noche.

—¿Es la señora La Grange una anciana muy querida? —preguntó el capitán del barco durante el interrogatorio al que sometió a Oscar. El modo en que el capitán hizo la pregunta, con una ceja arqueada y un destello de agudeza en la mirada, sugería que a su juicio probablemente no lo fuera.

—Es muy respetada —respondió Oscar con mucho tacto.

—¿Y el perro? ¿Era un animal muy querido? —preguntó el capitán.

—Por su dueña —respondió— y por el señor Marais, el gerente de la compañía...

—Pero ¿en general? —le interrumpió el capitán.

—Quizá no «en general» —dijo Oscar—. La pobre perra estaba sin duda discapacitada por lo absurdo de su nombre y por el modo en que su dueña la

malcriaba. —Lanzó una fugaz mirada en dirección al caniche muerto.

—¿Podría haber sido el animal víctima de alguien que abrigara rencor hacia la señora La Grange? —sugirió el capitán—. ¿O de alguien que deteste a los perros?

—Ambas son posibilidades harto plausibles, supongo —respondió Oscar, encendiendo otro de sus cigarrillos turcos y volviendo a mirar el cuerpo tumbado boca arriba de la desafortunada *María Antonieta*.

—¿Acaso no ha dicho usted en una ocasión que estaría dispuesto a estrangularla con sus propias manos, señor Wilde?

Oscar se volvió abruptamente hacia el capitán, sin disimular su perplejidad.

—No me lo parece.

—Creo que sí lo ha hecho, señor Wilde.

—No recuerdo haber dicho nada semejante.

—Pues yo le he oído, señor Wilde..., anoche. En la fiesta. La perra se deslizó entre sus pies, molestando como era habitual en ella. Le oí decir que con gusto la estrangularía. Se lo dijo a la señorita de la Tourbillon. Le oí hacerlo. Un capitán tiene oídos.

—¿Eso dije? —preguntó Oscar, visiblemente turbado—. Si lo hice, no hablaba en serio. Era simplemente una expresión... expresión de irritación, no de intenciones. —Apagó el cigarrillo—. En cualquier caso, la perra no ha sido estrangulada.

—¿Ah, no?

Se hizo un silencio entre los dos. Oscar abrió su pitillera. Estaba vacía. Se llevó la taza de café a los labios. Estaba frío.

El capitán clavó en él una firme mirada.

—Éste es mi barco, señor Wilde. Lo que ocurre a bordo del *SS Bothnia* es responsabilidad mía. Debo aclarar este suceso cuanto antes a fin de que podamos seguir rumbo a Le Havre. Por mi bien, tanto como por el suyo, dígame todo lo que sabe.

—¡Pero si no sé nada! —exclamó Oscar.

—Y aun así dice usted que la perra no ha sido estrangulada, señor Wilde. ¿Cómo lo sabe?

—Los poetas tenemos ojos en la cara, capitán. No hay más que ver al pobre animal. Mire el golpe que tiene en la cabeza, sobre los ojos. Cualquiera, por poco observador que sea, se daría cuenta de que le han golpeado en la cabeza, derribándola de un solo golpe para después enterrarla con vida y dejarla morir asfixiada en este baúl lleno de tierra. Es obvio, ¿no le parece?

El capitán se acercó al baúl lleno de tierra y lo estudió con los ojos al tiempo que se rascaba la descuidada barba.

—Veo el golpe —dijo, metiéndose la mano en el bolsillo y sacando su propia pitillera. La abrió y ofreció un cigarrillo a Wilde—. Es un Lucky Strike. Le gustará.

Es nuevo. Y fuerte. Tabaco tostado, no secado al sol.

Oscar aceptó el cigarrillo que el capitán le ofrecía.

—Gracias, capitán.

—Dígame, señor Wilde —prosiguió el hombre, encendiendo el cigarrillo de Oscar al hablar—. ¿Por qué cree usted que han ocultado el cuerpo de este pobre animal en su baúl?

—No tengo la menor idea —respondió el escritor, levantando la cabeza y aspirando agradecido el humo del cigarrillo—. Sinceramente.

—Hay gente que no le tiene simpatía, señor Wilde.

—Tengo a mis detractores, es cierto —corroboró Oscar, mirando al capitán a los ojos.

—Tiene usted enemigos.

Oscar se rió.

—No preste atención a los periódicos, capitán. Están escritos por los salaces para que los lean los ignorantes.

—¿Sabe lo que dijo el señor Henry James sobre usted... sentado a mi mesa, a bordo de este mismo barco, hace apenas un mes?

—Confío en que dijera que es amigo mío. Es un autor hacia el que siento una gran admiración.

—Le tildó de «fatuo estúpido», señor Wilde, de «escritor de cuarta» y de «bestia desaseada».

El rostro pálido de Oscar se encendió.

—Me sorprende usted —dijo. A continuación se volvió a mirar una vez más al perro muerto al tiempo que aspiraba profundamente el humo del cigarrillo—. Aun así, dudo mucho que haya sido un agente del señor James quien, buscando mi humillación, haya golpeado a la caniche de la señora La Grange y haya enterrado el cuerpo de la pobre criatura en el baúl donde viajan mis libros. Sin duda es posible, capitán..., aunque poco probable, ¿no le parece?

Mientras el capitán del barco seguía interrogando a Oscar, el oficial de aduanas y los dos policías de Liverpool se movían implacables por el *SS Bothnia* interrogando por separado a los miembros de la Compagnie La Grange y a otros miembros de la tripulación del barco. A las dos de la tarde —dos horas después de la hora en que el barco tendría que haber zarpado desde Liverpool rumbo a Le Havre— regresaron al camarote del primer oficial.

—Hemos encontrado sus libros, señor Wilde —anunció el encargado de aduanas.

—Me alivia saberlo —respondió Oscar, que en ese momento fumaba el último Lucky Strike del capitán—. ¿Dónde, si me permite la pregunta?

—Detrás de unas palmeras del alcázar, junto a la consigna. Al parecer, su baúl no estuvo guardado durante la noche. Según el camarero que lo recogió de su camarote,

lo dejaron apartado en el alcázar junto con otros baúles y demás equipaje. Cualquiera pudo haber cogido el baúl, vaciarlo y llenarlo de tierra. La tierra procede precisamente de la que llenaba las macetas donde estaban plantadas las palmeras.

—¿Han encontrado al culpable? —preguntó Oscar.

—No —respondió el oficial de aduanas.

—No —repitieron los agentes de policía del muelle—. No.

—Vieron a la perra por última vez de madrugada. Estaba dócilmente tumbada delante del camarote de su dueña. El señor Richard Marais es testigo. Dice que la perra dormía y roncaba. Está dispuesto a jurarlo. Aparte de eso, nadie ha visto ni ha oído nada.

—Nadie sabe nada —corroboró uno de los agentes.

—Nada —repitió el otro.

—¿Y ahora? —preguntó Oscar—. ¿Qué ocurrirá ahora?

—¿Continuamos rumbo a Le Havre? —sugirió el capitán del barco, dedicando una mirada inquisidora a los representantes de Aduanas de Su Majestad y a la policía local de los muelles de Liverpool.

—Así es —respondió uno de los agentes—. Matar a un perro en alta mar no es un delito criminal.

—Aunque importar carne de perro muerto sin permiso sí lo es —dijo el oficial de aduanas, guiñando un ojo a Oscar. Se volvió entonces hacia el capitán del barco—. ¿Puedo sugerir que se entierre al perro en el mar, capitán? Así lo ha solicitado la anciana señora La Grange. —Miró a Oscar y asintió con la cabeza hacia la caniche muerta que seguía boca arriba en el baúl—. Puede usted recuperar su baúl, señor Wilde.

Oscar dedicó una última mirada al baúl y a su espantoso contenido.

—Es usted muy amable, pero creo que mi baúl debería utilizarse como féretro de *María Antonieta*, ¿no cree?

—Si usted lo dice —respondió el oficial de aduanas con una sonrisa—. Hemos metido sus libros en un saco. Había un total de cuarenta. Están a buen recaudo. Los hemos bajado con el resto del equipaje. Puede usted irse, señor Wilde. Permita que le exprese mis disculpas por haberle retenido.

—No se preocupe —dijo Oscar, levantándose—. Usted tiene que hacer su trabajo, me hago cargo. —Estrechó la mano del oficial de aduanas, asintió brevemente con la cabeza a los dos policías y salió tras el capitán del camarote del primer oficial a la cubierta principal. Aunque el aire era frío, brillaba un sol invernal.

—Adiós, señor Wilde —dijo el capitán—. Lamento este incidente con el perro. Un asunto francamente desagradable. Supongo que ha sido una broma pesada de alguien.

—Sin duda —respondió Oscar.

—Y discúlpeme si he dicho alguna inconveniencia. Ha sido un auténtico privilegio tenerle a bordo. Estoy seguro de que tiene usted muchos más amigos que enemigos.

—He sido bendecido con un exceso de todo —dijo Oscar claramente complacido al tiempo que estrechaba la mano del capitán—. Gracias por los cigarrillos —añadió—. Los buscaré. Ha dicho que era tabaco tostado y no secado al sol, ¿verdad?

Oscar bajó del barco, arrebuñándose en un abrigo de piel. Al llegar al pie de la pasarela, un mozo le esperaba con un carrito lleno hasta los topes con su equipaje. Oscar dio al muchacho un chelín y se volvió a mirar al *Bothnia* por última vez. Aunque el capitán había desaparecido, a unos metros a la izquierda de donde había estado, sobre la misma cubierta principal y semioculto tras uno de los botes salvavidas, reconoció a una figura que le resultó familiar. Era el joven negro, Traquair. Estaba apoyado en la barandilla del barco, a la espera de despedirse de él con la mano.

Oscar viajó desde Liverpool a Londres en tren y durante las semanas siguientes se sumergió en un frenético torbellino de actividad. Durante el día se reunía con su familia y amigos: su madre, su hermano, su sastre («el auténtico amigo de todo caballero es sin duda su sastre»), el actor Henry Irving (para hablar de *Hamlet*), el pintor James Whistler (para hablar de arte), su viejo amigo de Oxford, George W. Palmer, heredero de las galletas Huntley & Palmer (para hablar de la vida y del dinero). De noche, con un nuevo atuendo, Oscar visitaba los lugares que había frecuentado antes de su gira: sus clubes, bares, restaurantes, teatros, auditorios y *music-halls* favoritos. Había pasado fuera un año y estaba encantado con la vuelta. Su madre le recibió como al hijo pródigo y algunos de sus amigos fingieron no haberse dado cuenta de que se había ausentado.

Oscar tenía la impresión de que Londres no había cambiado. Aunque le resultó tranquilizador volver a encontrar los viejos olores y vistas como los había dejado a su partida, fue presa también de una ligera punzada de decepción.

—¿Ha habido alguna novedad desde que me fui? —preguntó a George Palmer.

—Un poeta desilusionado ha intentado terminar con la vida de nuestra soberana —respondió Palmer.

—Ah, sí —dijo Oscar—. Roderick Maclean. Lo leí en la prensa. Me gustaría conocerle. Por supuesto, doy gracias a Dios de que Su Majestad haya sobrevivido. Aun así, siento cierta compasión por cualquier poeta que fracase en su intento.

A pesar de que se alegraba de estar de regreso, también había en ello cierta dosis de anticlímax. Oscar visitó a James Russell Lowell, el embajador norteamericano, para darle las gracias por las cartas de presentación que le había facilitado y para informarle de su aventura por tierras norteamericanas. Lowell vio enseguida que estaba ávido de más.

«El destino adora a los valientes, señor Wilde», dijo. A Oscar le conmovió el aforismo del embajador. Lo anotó en su diario y lo adoptó como propio.

Estimulado por Lowell, decidió buscar nuevas fuentes de excitación.

«El Oscar del primer período ha muerto —declaraba a todo aquel que se detenía a escucharle—. Estoy preparado para seguir adelante y veo que no puede decirse lo mismo de Londres». Las calles conocidas de la gran metrópolis estaban cubiertas de un manto de nieve; las bujías de gas brillaban sobre las aceras, los perros correteaban entre las ruedas de los carros, de los carruajes y de los landós, y una densa niebla espesaba el aire. «En cierto modo, es pintoresco —dijo a su madre—, aunque es una escena descrita en su día por Charles Dickens, y el señor Dickens murió en 1870».

Oscar estaba satisfecho con su breve regreso a Londres, aunque agradecía también que el éxito de su gira norteamericana le permitiera viajar a París en primavera. Tenía trabajo que hacer y París era sin duda el lugar ideal donde llevarlo a cabo.

«El destino ama a los valientes —repetía—. En Londres estoy totalmente estancado; en París, puedo nadar contra corriente». Además de trabajar con la Compañía La Grange en su nueva producción de *Hamlet*, estaba decidido a escribir una obra propia. «Se titulará *La duquesa de Padua* —dijo a George Palmer—. El tema de la obra será la omnipresencia de la pasión pecaminosa... y su excusabilidad. Siendo cuáquero, George, debería resultarte un tema muy familiar».

En Londres, a principios de la tercera semana de enero de 1883, Oscar recibió en el mismo correo dos cartas procedentes de París que llegaron a la dirección de su madre en Oakley Street. La primera era una nota de Eddie Garstrang escrita en inglés.

Théâtre La Grange, Bulevar du Temple.  
París,  
13 de enero de 1883.

Querido señor Wilde:  
Realmente me fue imposible hablar con usted en el barco.  
Mi compromiso con el señor La Grange era reciente. Me sentía inhibido.  
Le ruego que acepte mis disculpas por lo que debe de haber parecido una descortesía de mi parte. Confío en que cuando, en el curso de este mes, venga usted a París podremos retomar la cómoda relación de la que disfrutamos durante el desayuno en Leadville, Colorado.  
Quedo a la espera.

Sinceramente,  
E. GARSTRANG

La segunda era una carta mucho más larga. Estaba escrita en francés, con tinta de color turquesa y en un papel impregnado de esencia de lavanda:

Oscar, mon cher.  
Es su amiga, Gabrielle de la Tourbillon quien le escribe. Naturalmente, ése

no es mi nombre auténtico, aunque usted lo sabe ya. ¿Lo adivinó quizá cuando dedicó esos extravagantes cumplidos a mi nombre? Soy actriz y debo tener un nombre adecuado a mi profesión. En cuanto a mi nombre verdadero, jamás lo sabrá. Toda dama tiene derecho a sus secretos... ¿Cuáles son los suyos, Oscar? ¿Quizá nunca llegue a conocerlos? ¿Me permitirá llegar a ver lo que alberga su secreto corazón?

¿Y cómo está, Oscar, *cher ami*? ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Y con quién? ¿Tengo acaso motivos para sentirme celosa? (¿O no cree usted en los celos? Alberga usted creencias ciertamente peculiares, Oscar..., de eso no me cabe duda).

¿Qué noticias tiene? Todas las novedades del bulevar del Temple son buenas. El Théâtre La Grange ha vuelto a abrir sus puertas, remodelado, y tiene un aspecto maravilloso. Además, el negocio va bien... ¡Al parecer París nos ha echado de menos! Estamos reponiendo los viejos favoritos hasta añadir *Hamlet* al repertorio. Estoy convencida de que Bernard y Agnès estarán extraordinarios como Hamlet y Ofelia, aunque quizá no sea de extrañar teniendo en cuenta su linaje. Fuera del escenario, son un par de salvajes..., ¡imposibles a veces!, pero en el escenario su disciplina y magnetismo le dejarán sin aliento. Cuando les conozca, le gustarán. Le gustan las cosas salvajes, ¿verdad, Oscar? Y ambos son muy bellos. Su madre era india... o medio india (¿se lo había dicho ya?). La familia de su madre era oriunda de Pondicherry, la colonia francesa en la India. ¡Intente encontrarla en el mapa! ¡Es la única parte de la India que no pertenece a su reina Victoria! Alys Lenoir era descendiente del primer gobernador francés de Pondicherry. Su madre fue una famosa bailarina india, Asha Aditi. No, yo tampoco había oído hablar de ella, pero *Maman* dice que era la «mejor bailarina de la India» ¡y sin duda merecedora de formar parte del linaje de la familia La Grange!

Le aliviará saber que *Maman* se ha recuperado completamente de la trágica pérdida de la pobre *María Antonieta*. La arrojamos al mar en su baúl (¡a *María Antonieta*, no a *Maman*!). El capitán del barco ofició una breve ceremonia en la cubierta principal cuando estábamos en mitad del Canal y luego Edmond, Richard Marais y él arrojaron su baúl por la borda. *Maman* sollozaba y gimoteaba mientras los demás nos esforzábamos por controlar la risa. Afortunadamente, soplaban un fuerte viento y todos parecíamos tener los ojos llenos de lágrimas.

El día después de nuestro regreso a París, Edmond encontró una nueva caniche para *Maman*. La ha llamado *Princesa de Lamballe* en honor de la mejor amiga y confidente de la reina María Antonieta. Personalmente, se me antoja un nombre de curiosa elección, especialmente teniendo en cuenta el destino que corrió la princesa de Lamballe original. Si mal no recuerdo, en el momento culminante de la Revolución, la desgraciada dama fue entregada al populacho, violada, golpeada y acuchillada hasta la muerte. Le cortaron la cabeza, los brazos, las piernas —creo que hasta los pechos— para después mostrarlos clavados en estacas. En cualquier caso, *Maman* está contenta y, por consiguiente, él también lo está. La gente dice que Alys Lenoir fue el amor de la vida de Edmond. Quizá fuera cierto. No lo sé. Nunca habla de ella. Por lo que yo sé, Edmond vive por y para *Maman*..., ¡para ella y para el gran linaje de los La Grange!

Naturalmente, también me quiere a mí... a su manera. Sé que usted no me cree, Oscar, pero yo también le quiero, y le estoy agradecida. Edmond es mi protector. No sé cómo funcionan las cosas en Inglaterra, pero en Francia toda actriz protagonista tiene que tener un protector, un gentil caballero que la alimente, que la vista, que le pague el alquiler. ¡En Francia, las actrices deben pagarse su vestuario! Y eso es algo que no pueden hacer sin la figura de un

protector. Hasta que Edmond me tomó bajo su ala, yo hacía lo que hacen otras chicas: subir todas las noches al escenario y estudiar desde allí los palcos. Cuando captaba la atención de algún caballero, él me hacía una señal... doblando el programa sobre el borde del palco y alzando los dedos para indicar el número de monedas de cinco francos que estaba dispuesto a ofrecer por esa noche. Edmond me ha librado de todo eso. Es un buen hombre... y un gran actor.

Y le quiere. Y le echa de menos. Lo único que desea de la vida son los aplausos... y las cartas... y la conversación. ¡Desea su conversación, Oscar! Y también su compañía. Todos la deseamos. Traquair, especialmente, pide que le dé recuerdos suyos. Trabaja duro en calidad de ayudante de vestuario de Edmond, pero se siente solo. Estoy intentando enseñarle francés. ¡Tengo que irme! Acaba de sonar la campana. ¡Debo cubrir mis pechos insuficientes y ponerme el vestido de Chimène! Esta noche toca Corneille..., no nos esperan muchas risas. Deseamos reír, Oscar, por eso le necesitamos. Venga a París, *cher* Oscar. Venga en cuanto le sea posible.

Oscar hizo lo que se le pedía. Viajó desde Londres a Le Havre en barco primero y después en tren a París el martes, 30 de enero de 1883.

## 5.

### ¿Cuál es su nombre?

Conocí a Oscar Wilde en París a principios de la primavera de 1883. En aquel entonces yo era un insensible joven de veintinueve años, rubio, pálido, lleno de sueños y tremendamente tímido. Él tenía veintiocho años y, a mis ojos, era un auténtico experto sobre todo aquello que caía bajo su estudio.

Nos conocimos por pura casualidad un viernes por la mañana de principios de febrero alrededor de las once en el remodelado vestíbulo del Théâtre La Grange, edificio sito en el elegante extremo del bulevar del Temple. Yo estaba junto a la taquilla. Acababa de comprar una entrada para la función de esa misma tarde de *El Cid*. Oscar entró al vestíbulo desde la parte posterior de la sala. Había estado presenciando un ensayo de *Hamlet*. Llevaba un traje rojo y un clavel blanco en el ojal. Se detuvo durante un instante a encender un cigarrillo y nuestras miradas se cruzaron. Sonreí, incómodo, al tiempo que sentía arder mis mejillas. Le reconocí al instante. Había visto a menudo su fotografía y tenía un ejemplar de sus *Poemas*.

—Me lleva usted ventaja, señor —dijo, acercándose a mí al tiempo que me tendía la mano—. ¿Dónde nos hemos visto antes? —Hablabas en francés—. ¿Quizás en el Parnaso en otra vida, o la semana pasada delante de la panadería de la calle de Turbigo? Refrésqueme la memoria, se lo ruego.

—No nos habíamos visto antes —mascullé en inglés mientras él me estrechaba la mano.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

Vacilé. Alcé hacia él los ojos. Era mucho más alto que yo.

—Sherard, señor —dije—. Robert Harborough Sherard.

Me soltó la mano yladeó ligeramente su magnífica y prominente cabeza antes de estudiar mi aspecto. A continuación echó una mirada al maltrecho portafolio que yo sostenía pegado a mi pecho. Entrecerró los ojos y se mordió durante un instante el labio inferior.

—No le creo, señor —dijo, sonriéndome—. Ése no es su nombre. Qué intrigante que haya decidido dar comienzo a nuestra amistad con una mentira. Porque creo que seremos amigos, ¿no le parece? ¿Cuál es su nombre?

—Robert Harborough Sherard —repetí con el rostro teñido de escarlata a causa de la vergüenza.

—Ése no es su nombre... o, si lo es, es tan sólo una parte. ¿Cuál es su nombre

verdadero, Robert?

—Robert Sherard es ahora mi nombre verdadero —repliqué—. Hasta hace un mes, mi nombre era Robert Kennedy.

—Ah —dijo Oscar, exhalando un largo penacho de humo gris azulado al aire y siguiendo su progreso con los ojos.

—Tuve una discusión con mi padre —tartamudeé—, una pelea por dinero y debo confesar que a eso obedece mi cambio de nombre.

Oscar me miró desde las alturas y me desarmó con su sonrisa.

—Una mentira y una confesión apenas instantes después de nuestro encuentro... Vamos a ser amigos, Robert, estoy seguro. ¿Dispone de media hora? ¿Le apetece que tomemos un café... o quizás un vaso de absenta? La absenta acelera los latidos del corazón.

Sin esperar mi respuesta, echó a andar delante de mí, saliendo del vestíbulo del teatro al bulevar del Temple. Al pasar por delante de un cartel que anunciaba a la Compañía La Grange, se detuvo y pasó el dedo por el nombre de Gabrielle de la Tourbillon.

—Éste tampoco es su nombre verdadero. Hoy en día todo el mundo finge ser quien no es. —Siguió caminando a paso rápido, dando por hecho que yo le seguiría. Cruzó la calle, serpenteando entre los carros que avanzaban lenta y pesadamente, arrojando la colilla del cigarrillo a la alcantarilla y dando una palmada como quien anticipa un placer especial. Me llevó por una estrecha callejuela hasta un callejón adoquinado.

—Ya hemos llegado —anunció, abriendo de un empujón la puerta de una pequeña y mugrienta taberna—. Aquí nos cuidarán bien. —Tomamos asiento, uno delante del otro, a una mesa diminuta situada junto a la barra—. Encantado de conocerle, Robert. El café es valón, la absenta es suiza, yo soy irlandés y usted es... ¿qué? Inglés, supongo.

—Inglés, sí, aunque me crié en Italia y en Alemania... y en Guernesey. Mi padre es un párroco anglicano.

—Guernesey —dijo Oscar con una amplia sonrisa en los labios. La idea parecía divertirse enormemente—. De donde vienen las vacas.

—Mis padres compartieron casa en Guernesey con Victor Hugo —comenté.

—¡Por todos los santos! —exclamó Oscar—. Cuénteme la historia de su vida, Robert..., y yo intentaré identificar las mentiras.

—Lo de Victor Hugo es del todo cierto —insistí—. No voy a mentirle.

—Lamento oírlo —dijo al tiempo que el camarero colocaba dos vasos vacíos, una jarra de agua y una botella de absenta en la mesa—. A menudo las mentiras son mucho más divertidas que la verdad.

—Precisamente es a Victor Hugo a quien le debo haberme convertido en escritor

—proseguí muy serio—. Y supongo que también a mi bisabuelo.

—¿Su bisabuelo? —repitió, sirviendo un par de centímetros de líquido verde en mi vaso.

Vacilé.

—William Wordsworth. —Sonrió.

—¿William Wordsworth, el poeta laureado? ¿Es eso cierto? —Cogió un pequeño terrón de azúcar de un cuenco que había encima de la mesa y lo sostuvo ligeramente entre el pulgar y el índice.

—Sí. Mi madre es la nieta de Wordsworth.

—¿Ah, sí? —Levantó la jarra de agua y despacio, con mucho cuidado, vertió unas gotas de agua sobre el terrón de azúcar que fueron a caer en mi vaso.

—Sí.

—Lamento oírlo, Robert. —Dejó la jarra y el terrón sobre la mesa y se inclinó sobre la mesa—. Lamento que no haya seguido como empezó... con sus mentiras —dijo mirándome seriamente a los ojos.

—¿Ah, sí? —pregunté, ansioso. Estaba confundido.

—Sí, Robert. Son muchos los jóvenes que empiezan en la vida dotados de un don natural para la exageración que, alimentado por un entorno agradable y comprensivo, o simplemente imitando a los mejores modelos, pueden convertirse en algo en verdad grande y maravilloso. Sin embargo, por norma general, suelen terminar en nada. O bien caen en los descuidados hábitos de la veracidad, como parece haberle ocurrido a usted, o tienden a frecuentar la compañía de los ancianos y de los bien informados. Ambas cosas son igualmente fatales para su imaginación, como sin duda lo serían para la imaginación de cualquiera, y poco tardan en manifestar un apetito mórbido y enfermizo por decir la verdad, empiezan a verificar todas las afirmaciones que se hacen en su presencia, no vacilan a la hora de contradecir a los más jóvenes y a menudo terminan escribiendo novelas tan fieles a la realidad que nadie puede bajo ningún concepto creer en su probabilidad. No estará usted escribiendo una novela, ¿verdad?

—Sí.

—Dios mío —suspiró—. ¿Una novela de tres tomos?

—Sí.

Cogió la botella de absenta y se sirvió generosamente.

—Terrible noticia, Robert. ¿La tiene ya muy avanzada?

—Está casi terminada —dije.

Oscar negó apesadumbrado con la cabeza y clavó en su vaso una mirada desapacible.

—También escribo poesía —añadí.

Se iluminó ligeramente.

—¿Al modo de Wordsworth?

—Espero que sea original —respondí, algo envarado.

—¿Nada de narcisos? —preguntó.

—No soy partidario del plagio —fue mi respuesta.

—No desprecie usted el plagio, Robert —dijo—. Ha leído mis poemas... y yo plagio. Y lo hago sin la menor vergüenza. El plagio es el privilegio de todo hombre agradecido. —Volvió a sonreírme e hizo entrechocar su vaso contra el mío—. En un poeta, el plagio es excusable, y la mentira, del todo esencial. La mentira (y me refiero con ello a contar cosas hermosas y falsas) es la auténtica misión del arte.

Ese viernes por la mañana de febrero de 1883, en un deslustrado café situado a pocos metros del bulevar del Temple, mientras el hada verde que moraba en el interior de la botella de absenta empezaba a urdir su hechizo, Oscar Wilde me deslumbró con paradojas y me convirtió en su amigo de por vida. Me sedujo como lo hacen los auténticos seductores: hizo que me sintiera como si fuera la única persona que importara para él. Yo no estaba acostumbrado a semejantes muestras de atención. Él me pidió que le contara mi historia y así lo hice. No llevó mucho tiempo.

Yo estaba solo en París, instalado en una pensión de la calle de Beauce, ganándome la vida con algunas traducciones. Aunque lingüista, mi carrera universitaria había terminado en nada. Había dejado Oxford primero porque mi padre había reducido mi asignación, y la Universidad de Bonn después, cuando él había decidido eliminarla por completo. Mi padre no veía con buenos ojos mis tendencias republicanas ni mi modo de vida bohemio. Despreciaba mi ambición. Yo albergaba la esperanza de dedicarme de lleno a la escritura. Ya había saboreado algún pequeño éxito como periodista a tiempo parcial. Había conseguido entrevistas con tres de las grandes figuras literarias del momento —Émile Zola, Guy de Maupassant y Alphonse Daudet— y había publicado artículos sobre mi encuentro con ellos. En París cultivaba la compañía de hombres de éxito y había descubierto que, cuando coincidía con ellos, me aceptaban, y no (de eso soy consciente ahora) porque fuera un hombre notable ni guapo (¡nadie ha opinado jamás que lo sea!), sino simplemente porque era joven. Como solía decir Oscar: «La juventud es una carta de presentación que te dará acceso a todas partes. Utilízala mientras puedas».

Cuando nos preparábamos ya para salir de la pequeña taberna, no sin antes haber dado buena cuenta de la botella de absenta (habíamos sobrepasado con creces la hora del almuerzo), dije a mi nuevo amigo:

—Oscar —insistía en que le llamara así—, cuando nos hemos conocido esta mañana, ¿cómo has sabido que Sherard no era mi nombre?

—Porque cuando te he preguntado por tu nombre te he visto vacilar, Robert. Ningún hombre alberga la menor duda sobre su nombre. Después, cuando me has dado tu respuesta, me has mirado a los ojos. Ha sido una mirada desafiante que decía:

«He aquí mi nombre. O lo tomas o lo dejas». Y, naturalmente, me he fijado en el maltrecho portafolio que llevabas agarrado y pegado al pecho con las iniciales RHSK pulcramente impresas bajo la cerradura. Has dicho llamarte «Robert Harborough Sherard». Sabía que la ka tenía que significar algo.

Me reí. Para entonces ya estaba ostensiblemente bebido.

—¿Así que Oscar Wilde no es sólo poeta, sino que también es detective?

—Correcto —respondió, vaciando su vaso y riéndose conmigo—. Y ¿por qué no? He venido a París. Admiro la obra de la última etapa del señor Edgard Allan Poe. ¡Dejemos que su caballero detective, el señor Dupin, sea mi modelo! —Se levantó, tambaleándose ligeramente, y me miró mientras yo tendía la mano hacia un lado de mi silla para coger mi portafolio antes de mirarle y devolverle la sonrisa.

—Ahora que lo pienso, Oscar: ¿por qué has venido a París? ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a escribir una obra..., una obra propia. Y también he venido a ayudar al gran Edmond La Grange con la producción de la obra de otro hombre: el *Hamlet* del gran maestro Shakespeare. —Guardó un instante de silencio y me tocó ligeramente el hombro—. Y también he venido porque el destino premia a los valientes y estoy investigando un asesinato.

—¿Un asesinato? —repetí perplejo, alzando la mirada hacia él.

—Sí —respondió, asintiendo con la cabeza al tiempo que entrecerraba los ojos—. El asesinato de un perro, una desafortunada criatura llamada *María Antonieta*.

A partir de esa mañana, Oscar y yo fuimos amigos. Durante nuestro siguiente encuentro —esa misma noche cenamos ostras con champán en su hotel del paseo Voltaire— me contó sus aventuras en Norteamérica y el drama que había tenido lugar cuando el *SS Bothnia* había atracado en Liverpool.

—El perro estaba muerto —dijo—, aunque a nadie le importó. Curioso.

También me dijo que nuestro encuentro había coincidido con un cambio radical en su vida. Acababa de adentrarse en una nueva era en un nuevo país, por lo que, naturalmente, necesitaba renovar su armario.

—Ahora quien nos ocupa es el Oscar Wilde del segundo período, Robert —explicó—. Permíteme que te asegure que nada tiene en común con el caballero que se paseaba por Picadilly con el pelo largo y un girasol en la mano. —Fuimos juntos a comprar ropa. Le ayudé a vestirse siguiendo las pautas marcadas por la sofisticada moda francesa del momento: una chistera de seda y un gabán cruzado de exquisito corte (de color gris paloma y oscuros botones azules). Le acompañé, a él y a su peluquero, al Museo del Louvre, donde Oscar nos mostró un busto del emperador Nerón y declaró que ése era exactamente el *look* que a partir de ese instante requería para sus rizos: «Romanos e imperiales».

A partir de entonces cenábamos juntos a diario. Siempre comíamos bien (Oscar

era el más generoso de los anfitriones) y, a menudo, bebíamos en demasía. Yo le divertía sugiriéndole que el vino blanco ostentaba un nombre equivocado y que en realidad debería haber sido llamado amarillo. Oscar hizo suya la idea y me recompensó diciendo que el amarillo claro de mi pelo también ostentaba un nombre erróneo: era, en realidad, del color de la miel.

Mientras comíamos y bebíamos, mientras paseábamos juntos por las orillas del Sena fumando nuestros cigarrillos tras una buena comida, hablábamos de la vida y del amor... y de las mujeres. Oscar me hablaba de las mujeres de su vida: de Florrie, de Lillie, de Violet y de Charlotte, jóvenes a las que había amado y a las que había perdido. También me habló de Constance, la muchacha de Dublín con la que, según creía, se casaría algún día.

—Tiene la belleza, el ánimo y el nombre que merece una esposa. Y, Robert, lee a Dante en italiano... ¡y lo entiende!

Yo le dije que nunca había estado enamorado.

Oscar me llevó al Théâtre La Grange y me presentó a los miembros de la compañía. Con permiso de Richard Marais, el omnipresente *homme d'affaires* de la *troupe*, me permitieron presenciar los ensayos de *Hamlet* en calidad de silente observador. Oscar me presentó con absoluta formalidad a Edmond La Grange y a sus hijos, los gemelos, las jóvenes estrellas de la producción: Bernard y Agnès La Grange. Eran una pareja cuando menos llamativa, morenos ambos y realmente bellos, con la piel como lustrosas aceitunas. Según palabras de Oscar, eran «criaturas extrañas y salvajes a las que prácticamente era imposible conocer». El muchacho, Bernard, le resultaba «malcriado y probablemente un caso perdido», aunque creía que Agnès «podía ser domesticada».

—Aunque poseedora de una delicada belleza y de una inteligencia feroz, es una joven frágil y turbada. Pretende encontrar el amor de un buen hombre. ¿Por qué no te enamoras de Agnès, Robert? Tienes veintiún años, eres un escritor con futuro y tienes el pelo de color miel. Ella tiene veinte años, es una princesa india, tiene mucho talento y no está comprometida. Aunque siente devoción por su padre, y él por ella, por lo que he podido ver, no tiene ningún pretendiente serio. Enamórate de Agnès La Grange, Robert. Vive peligrosamente. Vamos.

No seguí los consejos de Oscar. En vez de eso, cometí una estupidez que resultó mucho más peligrosa. No me enamoré de Agnès La Grange, sino de la amante de su padre. Me enamoré de Gabrielle de la Tourbillon.

## 6.

### Decadencia

Esa primavera, Oscar y yo pasamos a menudo los días y las noches en la órbita de la Compagnie La Grange. Él estaba deslumbrado por el actor protagonista, y yo, totalmente hechizado por los encantos de la amante del viejo actor. Durante los ensayos de *Hamlet*, Oscar y La Grange se sentaban juntos en el escenario a una pequeña mesa colocada delante de las candilejas. Cuando no se requería su presencia en escena, La Grange (que encarnaba a Claudio) dirigía la actuación desde la mesa, consultando constantemente con Oscar.

«Aunque es nuestra traducción, Shakespeare es su poeta, Oscar. Debe usted indicarnos dónde nos equivocamos».

Oscar se sentía halagado por la atención de La Grange, aunque también avergonzado por ella. Le preocupaba sobremanera la posibilidad de irritar a los demás actores. Todos eran grandes profesionales y sabían bien lo que se llevaban entre manos. Bernard La Grange, aunque sólo tenía veinte años, iba sin duda a ofrecer una actuación de elegancia e inteligencia extraordinarias. Ya en la primera lectura, Oscar se dio cuenta de que el Hamlet encamado por Bernard estaba llamado a convertirse en una de las grandes representaciones del momento. Decidió por tanto que, salvo en cuestiones que concernieran directamente al texto y a la traducción, limitaría en lo posible sus intervenciones. Agradeció poder ocupar un asiento en primera fila a medida que la producción avanzaba y decidió no extralimitarse en sus funciones.

Al término de los ensayos —que normalmente duraban desde las once de la mañana hasta las seis de la tarde—, Oscar y La Grange se retiraban juntos al camerino de éste, una espaciosa *cabine* del tamaño de una caravana y construida para ese propósito en el ala inmediatamente adyacente al escenario. Según Oscar, el interior del camerino tenía el aspecto del camarín de una meretriz. «Un derroche de espejos y de cortinajes de terciopelo, acanaladas velas y gastadas tumbonas».

Las noches en que La Grange actuaba, Oscar le hacía compañía mientras se maquillaba y se vestía para la función de la noche, fascinado ante la transformación que veía operarse en él. No tardó en apreciar que La Grange siempre parecía más joven cuando ejercía de actor que cuando era él mismo. En las escasas noches en que La Grange no actuaba —por ejemplo, en las que Gabrielle de la Tourbillon encarnaba a Fedra—, Oscar y él seguían encerrándose en el camerino, donde compartían una

botella (o dos) de vino blanco y fumaban unos cuantos Cabañas Havana, los favoritos del actor.

Cuando La Grange se vestía para salir a escena, Traquair, su camarero personal, le atendía como era de rigor. A Oscar le alegró comprobar que, aunque tímido, Traquair parecía encontrarse cómodo con su nuevo señor. Cuando La Grange y Oscar simplemente bebían y fumaban juntos, Traquair se retiraba a sus aposentos: un diminuto anexo independiente contiguo al camerino: «el dormitorio del asistente de vestuario», un cubículo sin ventanas no mucho mayor que el estrecho diván y que la jofaina que contenía.

Oscar disfrutaba sobremanera de sus conversaciones con el director de la compañía. En general, se limitaba simplemente a escuchar mientras que era La Grange quien hablaba. El gran actor hablaba de las grandes dinastías de actores de Francia —los Baptiste, los Deburau, los Thénard—. Contaba historias de los trabajos y triunfos de su propia familia, remontándose a los tiempos en que el fundador de la dinastía, Charles Varlet de La Grange, había sido no sólo alumno de Molière, sino también su amigo y primer biógrafo. Para deleite de Oscar, La Grange volvió a representar la emotiva descripción que su antecesor había hecho de la muerte de Molière. A Oscar se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Es usted un joven tierno y bobo —dijo La Grange, alzando hacia él su copa—. Cuando yo era niño, mi padre me llevó a ver el *Otelo* de Macready. Macready dio su última representación aquí, en París. Allí sí que hubiera llorado usted... y con razón. ¡Cuánto pesar había en esa obra, Oscar! ¡Cuánto pesar!».

Sobre todo hablaban de teatro. Como me explicó Oscar: «Eso es lo que hace la mayoría de la gente del teatro». Pero también hablaban de literatura y de filosofía y les entusiasmó descubrir un amor compartido por el mundo perdido de la Antigua Grecia. Mientras disfrutaban del Sancerre y los puros, con lágrimas de júbilo en los ojos, hablaban de Sócrates y de la virtud, de Platón y del amor, de Aristóteles y del alma, y de Epicuro y de los elementos. Edmond La Grange afirmaba vivir su vida según los dictados de Epicuro.

«Creo que así lo hace —dijo Oscar—. Epicuro buscaba la vida tranquila, caracterizada por la *aponía*, la ausencia de dolor y de temor. No temía a la muerte porque la muerte no es sino la nada misma. No temía a los dioses porque éstos ni nos premian ni nos castigan. Creía en la autosuficiencia y en rodearse de sus amigos. De ahí que La Grange —uno de los grandes hombres de nuestros días— viva su vida exclusivamente dentro de un teatro y juegue a las cartas todas las noches con sus amigotes».

Cuando Oscar se encerraba con La Grange, yo hacía lo imposible por pasar tiempo a solas con Gabrielle de la Tourbillon. Me había quedado prendado de ella desde el instante mismo en que nos habían presentado. Nos habíamos conocido en el

mismo lugar en que lo habíamos hecho Oscar y yo: en el vestíbulo del Théâtre La Grange. Oscar me la había presentado diciendo:

—Éste es mi amigo Robert Sherard. Tienen ustedes algo en común. También él utiliza un alias.

Ella se rió.

—Es demasiado joven para utilizar un alias —replicó, tendiendo la mano para estrechar la mía.

—No es tan joven como parece —remarcó Oscar, ladino—. ¡Ya casi tiene terminada una novela de tres volúmenes!

Gabrielle tomó mi mano en la suya.

—Está muy fría —observó, acercándosela a su cálida mejilla—. Tremendamente fría —añadió—. Tendremos que hacerle entrar en calor. —Juntó entonces mis manos y las cubrió con las suyas.

Durante los ensayos, mientras Oscar y La Grange se sentaban juntos en la parte delantera del escenario, yo me instalaba con Gabrielle en el anfiteatro, en un extremo de la quinta o de la sexta fila de sillas de la orquesta. Cuando se requería su presencia en alguna escena, ella se deslizaba de su asiento y cruzaba deprisa y en silencio la «puerta de acceso» al escenario. Me aceptó de inmediato como su compañero constante y devoto, como si mi compañía fuera lo más natural del mundo. No tardé en acostumbrarme a hacerle recados: le llevaba un vaso de agua, iba a buscar la copia del libreto que ella había dejado olvidada en su camerino, corría a la pastelería de la calle de Béranger a comprarle un cucurucho con sus bombones favoritos. Me limitaba a cumplir sus deseos y lo único que pedía a cambio era poder mirarla. A mis ojos, Gabrielle era como una diosa: alta, delgada, poseedora de un cuello largo y delicado y de un perfecto perfil. Tenía el cabello negro y sedoso, los ojos de color azul cobalto, y entre sus ojos y sus prominente pómulos se adivinaba la leve sombra de las patas de gallo..., esas líneas de vida que yo deseaba besar por encima de todo.

Siempre que, en la semipenumbra del anfiteatro, ella se volvía hacia mí y me sorprendía mirándola, me tomaba la mano y susurraba:

—Robert, no soy una pieza de museo. Soy su amiga. —Tomaba mi mano derecha entre las suyas y despacio, con extrema suavidad, acariciaba cada uno de mis dedos con los suyos. A veces, con mi mano sobre su regazo, tomaba mis dedos y, uniéndolos, presionaba con ellos su feminidad.

Cuando se lo conté, Oscar estalló en carcajadas.

—¿Es eso mentira? —balbuceó entre risas—. Una hermosa mentira... ¡por fin!

—No, es verdad —protesté, sonrojándome furiosamente y pasándome las manos por el pelo, muy avergonzado—. Es verdad. ¿No me crees?

Vio que mi malestar era sincero.

—Te creo, Robert —se apresuró a declarar. Luego me sonrió—. Debo entonces

darte mi más sincera enhorabuena. Gabrielle de la Tourbillon es una mujer muy atractiva.

—Pero ¿qué significa eso? —pregunté—. ¿Qué significa?

—Significa que es actriz. Eso es lo que hacen las actrices. Me temo que no tardarás en descubrir que significa muy poca cosa.

—¿«Lo que hacen las actrices»? —repetí, sin entender.

—Siguiendo una antigua costumbre, durante el curso de una producción teatral, la actriz protagonista mantiene un idilio con el actor protagonista. Es casi inevitable. Prácticamente compulsivo. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, existe cierta dificultad. La señorita de la Tourbillon ya es la amante del actor protagonista de más edad, al tiempo que el joven protagonista masculino es el hijo de su amante. —Me dedicó una sonrisa amable y me ofreció un cigarrillo—. En algún lugar tiene que poner su atención.

—Entonces, ¿no me ama? ¿Ni siquiera un poco?

—Está flirteando contigo, Robert.

—Yo sí la amo —dije. Hablé apasionadamente y en verdad así lo sentía.

Oscar encendió una cerilla y la acercó a mi cigarrillo.

—Ten cuidado, Robert. Tienes veintiún años. Ella, treinta. Ten mucho cuidado. Eres tan sólo una inocente polilla y su llama es demasiado luminosa.

Oí la advertencia de Oscar, pero no le hice caso. Mis momentos con Gabrielle de la Tourbillon, sentados en las sillas de la orquesta sumidas en la semioscuridad del Théâtre La Grange, resultaban simplemente demasiado embriagadores. También eran frustrantes, es cierto. Aunque había muchas cosas que yo quería decirle y eran muchas las preguntas que habría deseado hacerle, nunca encontraba la ocasión para ello. Cuando estábamos en las sillas del anfiteatro, ella concentraba su atención en el escenario y en los ensayos. Y si estábamos en algún otro lugar del teatro —en la calle que estaba delante o en alguno de los cafés de los alrededores—, siempre había allí más gente. Nunca estábamos solos. Gabrielle no tenía un espacio privado. Compartía camerino con otra actriz, una joven llamada Lisette que le hacía además las veces de suplente y que la ayudaba a vestirse. Compartía cama con Edmond La Grange. Vivían juntos en un apartamento situado justo encima del teatro. Era un apartamento inmenso construido en el tejado del edificio, dividido en una serie de *suites* independientes de distintos tamaños —Liselotte La Grange (*Maman*), Bernard y Agnès La Grange y Richard Marais, el gerente, además de Eddie Garstrang, como secretario de La Grange, tenían habitaciones en él— y, al parecer, desde sus altas y enormes ventanas se dominaba todo París hasta la Butte de Montmartre al norte y las orillas del Sena al sur. El apartamento era territorio de La Grange: jamás me invitaron a visitarlo.

A Oscar le invitaron a subir en raras ocasiones.

—Después de Racine —explicaba La Grange—, ya no deseamos conversaciones brillantes, sino una botella de Perrier-Jouët y una silenciosa mano de *euchre*. — Cuando jugaba a las cartas, el gran actor requería a Eddie Garstrang para que completara el cuarteto y a Gabrielle de la Tourbillon para que sirviera el vino y limpiara los ceniceros.

Huelga decir que Garstrang había terminado por convertirse en el hombre de confianza de La Grange. Por lo que Oscar podía ver, parecía haberse habituado de inmediato a los modos del gran actor francés y a su inusual séquito. El hecho de que *Maman* hubiera aceptado a Garstrang ayudaba considerablemente. Aunque sería exagerado decir que le había tomado afecto, lo cierto es que era indudable que no se oponía a su presencia. Cuando otros asuntos ocupaban a Richard Marais, Liselotte La Grange llegaba incluso a permitir que Eddie Garstrang sacara a su nueva caniche a dar uno de sus múltiples paseos diarios.

La integración de Garstrang en el seno de la Compagnie La Grange también se vio facilitada por el hecho de que hablara francés, aunque el suyo no fuera el francés clásico, sino un francés tosco y típico de Luisiana, aprendido en los casinos de Nueva Orleans y en las mesas de juego a bordo de los barcos fluviales que recorrían el Misisipi. Aun así, era más que suficiente. Washington Traquair no disfrutaba de semejante ventaja. Cuando estaba ocupado —lavando la ropa de La Grange, remendando los calcetines del gran hombre, planchando sus camisas, preparando su vestuario para la función de esa noche, ayudando al actor a ponerse o a quitarse las elaboradas vestimentas—, se mostraba relativamente satisfecho. Pero cuando no tenía nada que hacer, se sentía solo. No hablaba francés. No tenía amigos en París. Era un hombre negro en una ciudad de blancos. Pasaba su tiempo —casi todo su tiempo— oculto en sus diminutas dependencias, en la habitación sin ventanas (en realidad, era poco más que un vestíbulo) contigua al camerino de La Grange. Cuando se atrevía a salir a las calles que rodeaban el teatro, le observaban, en el mejor de los casos, como a una curiosidad, como un objeto de diversión; y, en el peor de ellos, como a un extraño: un objeto de burla.

Un día, no mucho después de su llegada a París, Oscar encontró a Traquair en su cuartucho. Sollozaba, tumbado en la cama. El joven añoraba su tierra. Así de sencillo. Oscar habló con él y le hizo reír. (Conversar con él podía curar un dolor de muelas). Logró —al menos, por el momento— alegrar a Traquair. Engatusado por él (había prometido enseñarle francés), el camarero negro concedió darse «seis meses». Si, al final del verano, seguía sintiendo que no se adaptaba, Oscar se comprometió a encontrar el dinero necesario para pagarle el pasaje de regreso a Norteamérica.

Durante ese mes de febrero, cuando no estábamos con Edmond La Grange y su compacto círculo, nuestra vida social giraba en torno a la residencia de otra luminaria teatral de la ciudad de París: Sarah Bernhardt. Sarah era extraordinaria. «La octava

maravilla del mundo», la llamaba Oscar. «La personalidad más poderosa que Francia ha tenido desde Juana de Arco». En 1883, la actriz tenía treinta y ocho años y estaba en la cumbre de su fama y de su fortuna. Aunque su aspecto no era especialmente extraordinario —delgada hasta rozar lo esquelético, con unas mejillas pálidas y hundidas y una rebelde mata de cabello de color jengibre—, su presencia lo era todo.

«Una fuerza de la naturaleza —decía Oscar—. Irresistible como la marea creciente, fascinante como un arco iris, misteriosa como la luna». Se sentía intrigado por Edmond La Grange, seducido por él y halagado ante la posibilidad de trabajar con él en su producción de *Hamlet*. Edmond La Grange era un gran actor y un compañero encomiable. «Aunque ¿qué es, a fin de cuentas? —decía—. No es más que un hombre. Sarah, por el contrario, es otra cosa: ¡Sarah es divina!».

La actriz tenía además un inmenso abanico de intereses que iban más allá del escenario y de la mesa de juego. Se mostraba tan apasionada por la escultura y por la pintura, por el tiro, por los viajes en globo, la pesca y la caza del caimán como por la actuación. Todo lo que hacía lo hacía a una escala magnífica. Liselotte La Grange tenía una caniche llamada *Princesa de Lamballe*. Sarah Bernhardt tenía un grifón enano llamado *Hamlet* (y un ocelote, un puma y, durante un tiempo, un león adulto en la casa que poseía en la esquina de la calle Fortuny y la avenida de Villiers). Adoraba los animales salvajes. Según le dijo a Oscar, había consultado con un cirujano si podía coserle la cola de un tigre vivo a la base de la columna para poder agitarla a un lado y a otro cuando se enfadaba.

El aspecto del carácter de la Bernhardt que más atraía a Oscar era su capacidad para contar «mentiras hermosas». Hablaba siempre dando muestras de una sinceridad tal que, en cierto modo, deseábamos creer cualquier cosa que nos contara. Cuando la conocí —fui a almorzar a su casa en calidad de invitado de Oscar al término de la segunda semana de los ensayos de *Hamlet*—, me dijo que el sah de Persia acababa de abandonar París y que Su Majestad había quedado tan impresionado con las bailarinas de la Ópera de París, que con la ayuda de Sarah había comprado hermosos tutús para cada una de las mujeres que vivían en su harén. ¿Era eso posible? ¿Podía ser verdad? Cuando Sarah me dijo que dormía todas las noches en el interior de su ataúd forrado de satén, le respondí que no la creía. Al instante, me tomó de la mano y, corriendo con los pies descalzos, me llevó por la casa hasta su habitación.

«¡Mire! —gritó, triunfal, mostrándome el ataúd abierto de palisandro con su camisón tirado a un lado—. Aquí es donde duermo todas las noches..., cómoda y sola».

Lo cierto es que eran raras las noches que Sarah dormía sola. Tenía muchos amantes. Se comentaba que había seducido a todas las cabezas coronadas de Europa, incluido Su Santidad el Papa.

«¡Soy la mujer de la que más mentiras se cuentan en el mundo entero!».

gimoteaba, poniendo los ojos en blanco. Cuando la conocí, estaba casada con un griego tan guapo como haragán, once años menor que ella: un mujeriego, manirroto y morfinómano de nombre Jacques Damala. Su especialidad era sacar su jeringa hipodérmica en la mesa durante la cena e inyectarse el narcótico en la pierna del pantalón a plena vista de su esposa y de sus invitados. Ése era el París de 1883, en la cumbre de «la *décadence*». Yo mismo me fumaba de vez en cuando una pipa de opio.

El de Edmond La Grange era un círculo reducido. Se pasaba el tiempo en su teatro, en compañía de su familia y de un puñado de amigotes. Sarah Bernhardt, por el contrario, se dedicaba a recibir y entretener al mundo. Tenía empleados a ocho criados y las puertas de su casa estaban siempre abiertas. Cuando Oscar y yo íbamos a visitarla, siempre había allí otros invitados. En ese primer almuerzo que tuvo lugar en febrero de 1883, yo estaba sentado entre Jacques-Émile Blanche, un joven pintor que todavía no se había hecho un nombre entre los grandes, y Maurice Rollinat, notable poeta y músico y uno de los descubrimientos más celebrados de Sarah. De inmediato sentí simpatía hacia Jacques-Émile Blanche: éramos contemporáneos exactos y había en él una amplitud de miras —una frescura y una libertad de espíritu— que me resultaban maravillosamente atractivas. Oscar se sintió a su vez atraído por Maurice Rollinat. Enseguida descubrieron que compartían la misma pasión por la obra de Charles Baudelaire. La poesía del propio Rollinat tenía como temas centrales la muerte, el asesinato, el suicidio, el entierro en vida, lo diabólico, la enfermedad y la putrefacción.

«Con Maurice Rollinat no hay posibilidad de muchas risas —decía Oscar—, pero para quien esté de humor para ponderar sobre la miseria, la degradación y la desesperación humanas, el cetrino Maurice es el hombre indicado».

La tarde que siguió a ese primer almuerzo *chez madame* Bernhardt, Oscar convenció a Rollinat para que nos organizara una visita guiada por lo que él llamó «los rincones más oscuros de la Ciudad de la Luz»: los tugurios de los criminales de peor ralea y de los más pobres descastados de la ciudad.

«Levante el velo, Maurice —dijo Oscar—. Muéstrenos lo mejorcito del infierno parisino».

Resultó ser una tarde triste, aunque inolvidable, soportable gracias a los vasos de absenta que consumimos en cada uno de los mugrientos bares que visitamos durante el camino. La expedición culminó en la infame taberna del Château-Rouge de Montmartre.

—El *tour* casi ha terminado —anunció Rollinat, en el oscuro umbral de la posada—. Les he traído aquí para mostrarles la *Salle des Morts*.

—¿La Sala de los Muertos? He oído hablar de ella —dijo Oscar.

Con una curiosa sonrisa jugueteando en sus labios finos y grises, Rollinat explicó:

—En Londres tienen ustedes la famosa exposición de Madame Tussaud. En París

tenemos las obras de cera del museo Grévin. Pero aquí, en el Château-Rouge, encontramos una atracción turística de orden distinto. *La Salle des Morts* es una cámara de horrores vivos donde los desesperados y los más necesitados (los sin techo, los lisiados y los cojos, las prostitutas y los drogadictos, los mendigos y los vagabundos) se amontonan, agazapados, acurrucados y tumbados juntos en la semioscuridad, para dejarse ver por media perra por los visitantes que buscan lo macabro.

—¿Es preciso que veamos esto? —pregunté.

—Creo que sí —respondió Oscar, mirándome—. Al menos, yo. Quiero comer toda la fruta del jardín del mundo. Debo, pues, probar el fruto amargo así como el dulce.

—No hay prisa —dijo Rollinat, sujetando abierta la puerta de la taberna—. Tenemos tiempo para una copa antes de entrar. Aquellos a los que hemos venido a ver no escapan.

Pasamos un rato en el bar abarrotado y lleno de humo situado en la planta baja del Château-Rouge, tomando absenta, hablando con ladrones y con las más tristes hijas del disfrute, escuchando las obscenas canciones de una aterradora y vieja bruja sin nariz, y viendo a un grupo de mendigos profesionales desplegar los trucos que empleaban para fingirse enfermos. Cuando el reloj dio la medianoche, el dueño del establecimiento asintió con la cabeza hacia Rollinat y nos invitó a seguirle. Avanzamos hasta una estrecha escalera de madera situada en la parte trasera del bar y seguimos al dueño, un hombre corpulento y de pesados movimientos, cuando éste empezó, despacio y con dificultosa respiración, a subir la escalera.

—Ésta es nuestra *pièce de résistance* —farfulló el hombre—. Es además un buen negocio. La gente paga por verla y los pobres desgraciados que viven aquí también pagan. Media perra por noche. No es más que una habitación en la buhardilla, pero es un lugar seguro, y el refugio y la compañía están asegurados.

La sala era tan amplia y profunda como el bar que ocupaba la planta baja, aunque estaba totalmente desprovista de muebles, tenía el techo bajo y carecía por completo de ventanas. Para llegar hasta allí tuvimos que subir por una segunda escalera, más estrecha y empinada que la anterior, que emergía por el suelo en el mismo centro de la habitación. El dueño iba delante, seguido de Rollinat. Yo iba detrás y Oscar cerraba el grupo.

—*Et voilà!* —declaró Rollinat casi sin aliento. El casero levantó la vela en el aire y despacio giró en círculo con ella para iluminar todos los rincones de la estancia.

Nos llevó un instante adaptarnos a la semioscuridad, y más de un simple instante adaptarnos al hedor reinante y asimilar el horror de lo que teníamos ante nuestros ojos. Era un espectáculo destinado a horrorizar la visión y desgarrar el alma. Tumbados en todas las posturas imaginables de dolor e incomodidad, la mayoría bajo

los efectos de la bebida y muchos mostrando horribles llagas, miembros amputados o el estigma de la enfermedad, todos cubiertos de harapos inmundos y malolientes, los durmientes de la Sala de los Muertos, con sus rostros pálidos, inmóviles y ciegos, parecían sin duda cadáveres. Oscar me leyó el pensamiento.

—Pero los muertos y enterrados descansan en paz porque están en el cielo —murmuró—. Estos pobres desgraciados son los muertos vivientes. Esto es el infierno en la tierra.

Mientras escribo esto, siete años después, sigo viendo el rostro de Oscar Wilde como lo vi esa noche. Puedo ver aún su gran cabeza neroniana emergiendo del suelo: sus pies se resistían a llevarle hasta lo alto de la escalera y más aún a adentrarle en la pestilente habitación. A la luz parpadeante de la vela del casero, había en los rasgos de su rostro el horror de quien mira a la Medusa: quizás una sombra de pena en los labios, aunque la expresión general era de horror..., el más puro horror.

Oscar no dijo nada hasta que salimos a la calle. Una vez allí, envueltos en el aire frío de la medianoche, se quedó muy quieto durante un instante con los ojos cerrados. Inspiró hondo y se volvió hacia mí en la oscuridad.

—¿No le has visto? —susurró, abriendo los ojos—. ¿No le has reconocido?

—¿A quién? —pregunté, desconcertado.

—Ahí arriba, en la Sala de los Muertos. ¿No le has visto?

—Pero ¿a quién? —repetí.

—A Bernard La Grange. Estoy seguro de que era él. ¿Por qué estaba allí, Robert? ¿Por qué?

## 7.

### Curiosidad

Era sábado por la mañana —el día siguiente a nuestra visita a la *Salle des Morts*— y Oscar había decidido que debíamos ir a ver a Sarah Bernhardt para desayunar con ella. Eran poco más de las once y encontramos a la gran actriz sentada a una pequeña mesa de bambú en el naranjal ornamental situado en la parte posterior de su casa y envuelta en un *peignoir* oriental de color verde y oro, el pelo alborotado y recogido sobre la coronilla, el rostro cubierto por una masa de polvos blancos (como si se hubiera sumergido en un saco de harina).

Cuando el criado nos llevó a su presencia, la señora Bernhardt estaba inclinada sobre la mesa dando de comer un grano de uva a una gran tortuga instalada en una bandeja de plata delante de ella.

—Estoy dando a *Methuselah* su desayuno. No se preocupen por nosotras, señores. Sírvanse ustedes mismos una taza de café.

*Hamlet*, el grifón belga de la actriz, gimoteó a sus pies. *Osric*, la cacatúa, chilló en las alturas. Los canarios enjaulados (*Rosencrantz* y *Guildestern*) piaron excitados. Aparte de los animales, Sarah estaba sola. Su marido había salido: probablemente estaba extasiado en brazos de su querida. El amante de la actriz estaba en otra parte: desembarazándose de los brazos de otra mujer. Maurice, su hijo de dieciocho años («*un petit accident d'amour*») dormía profundamente en el piso de arriba. Sarah se levantó, cogió la tortuga de la bandeja con las dos manos y, llevándola en alto como si de la cabeza de Juan Bautista se tratara, me indicó con un movimiento de cabeza que le abriera la puerta del jardín. Todavía no había memorizado mi nombre (de hecho, no estoy seguro de que llegara a hacerlo nunca). Sosteniéndola en el aire, llevó al reptil al jardín y lo depositó con sumo cuidado en la tierra bajo los arbustos. Regresó después al naranjal, acariciándome la cabeza al pasar y dirigiéndose directamente hacia Oscar para besarle en los labios con suavidad.

—Estoy encantada de que hayan vuelto tan pronto —dijo—. Ayer olvidé preguntarle una cosa. Mis nuevos biombos japoneses, Oscar..., ¿cómo cree que debo colocarlos? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? —Tendió dramáticamente los brazos hacia un par de biombos pintados que estaban tristemente aparcados en el rincón de la estancia.

Él miró hacia los biombos y caviló su respuesta durante un instante. Luego, tras sonreír y encender su cigarrillo, se volvió a mirar a Sarah y dijo:

—¿Por qué desea ordenarlos? ¿Por qué no permitir simplemente que *ocurran*?

—¡Ah, Oscar! —exclamó Sarah, estallando en un torrente de felices carcajadas y dando una palmada de puro júbilo antes de volver a sentarse—. ¿Oyes eso, *Hamlet*? ¿Por qué no permitir que ocurran? Es usted tremendamente brillante, Oscar. ¡Y eso a pesar de haber estado despierto gran parte de la noche! Venga, tómese el café, traiga con usted a su amigo, siéntense conmigo y cuéntenmelo todo. ¿Cómo estaba Montmartre? ¿Vieron ustedes la parte oscura de la Ciudad de la Luz? ¿Les enseñó Rollinat todo? ¿Visitaron la *Salle des Morts*?

Cogimos nuestras tazas de café del aparador —además de pan negro alemán, un queso duro holandés y unas lonchas de salami italiano— y nos sentamos cada uno a un lado de Sarah Bernhardt a su mesa de desayuno de bambú. Ella unió los dedos como si rezara y se los apoyó con suavidad contra la punta de la barbilla.

—Cuéntenmelo todo —insistió, abriendo aún más los ojos—. Cuénteme lo que vieron. Desconciérteme y sorpréndame.

—Lo que me asombró y me sorprendió —empezó Oscar, pelando un plátano a su amiga y dándole después la fruta— fue ver a Bernard La Grange, envuelto en harapos y de rodillas, pálido y contraído y rodeado de un mar de maleantes y de vagabundos en la Sala de los Muertos.

—¿A Bernard La Grange? ¿El *Wunderkind*? ¿Está usted seguro de que era él? —preguntó Sarah, aceptando la fruta y partiéndola para darme un trozo.

—Del todo. Creo que él también me reconoció. Vi el temor en sus ojos hundidos. Tiritaba y le temblaban las manos, que se aferraban como garras al aire de la habitación. Fue una visión digna de lástima, Sarah. ¿Por qué estaría allí Bernard? ¿Por qué?

—Por curiosidad —se limitó a responder ella.

Oscar negó con la cabeza y encendió su cigarrillo.

—Por curiosidad —repitió ella, mordiendo el plátano—. Por eso estaba allí. —Se tragó la fruta y acarició la frente de Oscar en un gesto que quiso ser tranquilizador—. Cálmesese, amigo mío.

—Estoy desconcertado, eso es todo —reconoció él—. Durante el día, Bernard ensaya *Hamlet*. De noche duerme en la Sala de los Muertos. ¿Por qué?

—¿Por qué estaba usted allí? —preguntó Sarah, tomando el cigarrillo de entre los dedos de Oscar y aspirando ligeramente el humo—. ¿Por curiosidad?

—Fui a observar el horror —protestó él.

—Y él fue a experimentarlo —replicó Bernhardt, levantándose—. Es actor, Oscar. Usted, escritor. Los escritores describen. Los actores encaman. Ustedes hablan alegremente de su deseo de probar todos los frutos de los jardines del mundo: los dulces y también los amargos. Pues bien, Bernard La Grange no se limita a hablar de ello, sino que lo lleva a cabo.

—Estaba tiritando, Sarah.

—Es un joven actor de gran talento. Todo el mundo lo dice. Estaba viviendo su papel, encarnándolo hasta sus últimas consecuencias. Es, sin duda, hijo de su padre.

—Le temblaban las manos descontroladamente.

—Quizás había estado consumiendo cocaína —respondió ella sin darle mayor importancia—. Son muchos los jóvenes que lo hacen. —Devolvió a Oscar su cigarrillo y le pasó los dedos por los rizos cortados al ras en un gesto juguetón—. ¿Y qué tal progresa su *Hamlet*?

—Creo que será algo extraordinario —dijo Oscar.

—Ahí lo tiene —ronroneó la diva, besando a mi amigo en la frente.

—Visto lo visto, tengo la impresión de que va a ser una producción extraordinaria —prosiguió él entusiasmado—. Edmond La Grange será un Claudio incomparable.

—Por supuesto. Es un gran actor.

—¿Debería contarle a La Grange lo de Bernard? ¿Debería contarle lo que he visto?

—No sea absurdo, Oscar. —Sarah Bernhardt le golpeó reprobadoramente en la nariz con su índice largo y fino—. Lo que el hijo haga en su tiempo libre no es asunto del padre. Además, si eso no afecta a la actuación de su hijo, a Edmond La Grange le traerá sin cuidado.

—¿De verdad lo cree usted? —preguntó Oscar—. La *Salle des Morts* es un agujero infernal y pestilente, Sarah. No puede ser bueno para la salud del muchacho.

—Pero quizás enriquezca su actuación, dependiendo de su comprensión del taciturno Dane, ¿no le parece? Eso es lo único que le importa a Edmond La Grange. Mientras su hijo ofrezca una encarnación de *Hamlet* merecedora de su gran apellido, lo demás carece por completo de importancia. Créame, conozco bien a ese hombre. Hace veinte años que le conozco. Es un tipo sin escrúpulos.

—Pues a mí me parece un hombre realmente agradable —dijo Oscar.

—Naturalmente que se lo parece. No es usted ni su hijo ni su amante, sino parte de su público. Él actúa, usted aplaude. No creo que Edmond La Grange sea capaz de albergar sentimientos verdaderos hacia nadie, salvo hacia él mismo... y su público. Sé que adora a su hija, esa pobre y frágil muchacha. Alberga sentimientos hacia ella, no hay más que verlo en sus ojos, pero sin duda el amor de su vida es su público. —Guardó silencio y pareció reflexionar durante un instante—. Quizás eso explique que sea tan buen actor. Lo da todo por su arte.

Oscar se rió entre dientes.

—Es generoso con su pobre y anciana madre.

—Respeto su linaje, de eso no me cabe duda —respondió Sarah muy seria.

—La señora La Grange no es una dama fácil —intervine. Había estado a la espera de poder contribuir a la conversación.

—¡Es una mujer imposible! —chilló Sarah, levantando las manos en un teatral gesto de desesperación—. Mi querido *Hamlet* y su desgraciada *María Antonieta* nunca se han llevado bien.

—Su «desgraciada *María Antonieta*» ha muerto —dijo Oscar.

—¡No! —gritó Sarah, de pronto conmovida. Las lágrimas le velaron los ojos. (El de la Bernhardt era un temperamento a todas luces mercurial)—. No debería haber hablado así del pobre perro. ¿Cuándo ha ocurrido? No era muy mayor.

Sarah tomó en brazos a su perrito y lo acunó mientras Oscar contaba la historia de lo que había ocurrido a bordo del *SS Bothnia*. La actriz estaba visiblemente conmovida por la historia.

—¿Quién puede haber cometido un acto tan espantoso? —preguntó cuando Oscar terminó su narración de los hechos—. ¿Quién puede haber sido tan cruel?

—No lo sé —respondió él—. No tengo la menor idea. He hecho algunas preguntas y he interrogado a cada uno de los miembros de la *Compagnie La Grange* que estaban a bordo en ese momento, pero ninguno de ellos parece interesado ni preocupado por el tema. De hecho, a ninguno de ellos le importa lo ocurrido.

—¿Y le sorprende acaso? A fin de cuentas, son actores.

—Pero usted también es actriz —dije—, y adora a los animales.

—Hay una diferencia —respondió ella al tiempo que besaba a su grifón en el hocico y volvía a dejarlo con suavidad en el suelo—. Ellos son franceses y yo no. Yo soy judía.

De pronto, tras un nuevo y aparente cambio de humor, la Bernhardt se volvió hacia mí y, con una sonrisa en los labios, preguntó:

—¿Le gustaría conocer a Victor Hugo, joven? Es un hombre ya mayor y del todo inofensivo. —Y, sin esperar mi respuesta, me tomó de la mano y me arrancó de la silla.

—De hecho, le conozco —repuse, un poco confundido—. Le conocí en Guernesey, cuando era niño.

—¿Intentó morderle? —preguntó ella, echándose a reír—. Probablemente. Aunque ya apenas le quedan dientes y no le desea ningún mal a nadie. Le tengo encadenado en la bodega. Venga, le llevaremos un poco de salami.

Me levanté, divertido, mientras la más grande actriz de toda Francia intentaba hacerme cruzar en su compañía el naranjal con una gran porción de salami en su diminuta mano.

Oscar se carcajeó y golpeó la mesa de bambú con tanta fuerza que las cucharillas tintinearón en sus platos.

—*Victor Hugo* es el león africano de Sarah, Robert. Una vieja y sarnosa criatura que apesta lo indecible. Yo en tu lugar no desearía conocerlo, créeme, sobre todo si conoces ya al auténtico Hugo. —Se levantó y me rescató de brazos de la divina

Sarah, quitándole el salami y volviéndolo a poner en el aparador. Luego estrechó a la diminuta actriz entre sus brazos—. Tenemos que irnos, amiga mía. Volveremos a vernos pronto.

—Espero ansiosa poder disfrutar del *Hamlet* de La Grange —respondió ella—. Asistiré al estreno. Supongo que todo París estará presente. ¿Reconoceré algún toque de Wilde en la producción? Espero que sí. No sé si sabe que colecciono *Hamlets*. He visto a todos los grandes. Algún día, yo misma seré Hamlet en un escenario.

Oscar se rió.

—¿Y ese día irá a verla todo París? —preguntó.

—El mundo enteró vendrá a verme, Oscar —respondió Sarah, envolviéndose en su *peignoir*—. ¿Y sabe por qué?

—No, Sarah. Dígame. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

En *fiacre*, desde la residencia que Sarah Bernhardt tenía en el XVII *arrondissement*, llegamos al Théâtre La Grange, situado en el *troisième*, en menos de media hora. El teatro era un edificio imposible dotado de una exquisita fachada neoclásica. Era el más antiguo de los siete teatros que en su día se habían levantado en el bulevar del Temple. La calle se conocía como el «bulevar del crimen», no porque fuera especialmente frecuentada por las clases criminales, sino porque el asesinato y el melodrama habían sido el común denominador de todos los teatros construidos en la avenida. A principios de la década de 1860, cuando el barón Haussman había recibido el encargo de rediseñar la ciudad de París, derribando barriadas enteras y abriendo grandes arterias en el corazón de la ciudad, Edmond La Grange había aprovechado el momento para adquirir el mayor de los teatros del bulevar y reformarlo. La Grange había dado su nombre al establecimiento y había cambiado su signo, transformando la desastrada sala teatral especializada en espectáculos baratos en el principal teatro comercial de París, dotado de un repertorio clásico, el único rival de peso de la Comédie-Française.

El Théâtre La Grange era su hogar... y también su vida. El poco tiempo libre que se concedía lo pasaba en su apartamento. El resto de la existencia en activo de Edmond La Grange transcurría o bien en el escenario mismo —ensayando o actuando—, o detrás o bajo el escenario, supervisando la construcción de decorados y la creación del vestuario en el ala inmediatamente adyacente al escenario, situada a la derecha del arco del proscenio. Cuando su camerino estaba abierto, desde el espejo situado sobre la mesa del pequeño habitáculo el gran actor-director disfrutaba de una clara panorámica del centro del escenario.

El resto de los camerinos del teatro se encontraban no a la altura del escenario, sino en cuatro plantas distintas, y se accedía a ellos por una única escalera de piedra estrecha situada en la parte trasera del edificio. El camerino de La Grange, mayor que

los demás, era el corazón de su imperio. Allí planeaba sus producciones, memorizaba sus textos, y un día tras otro, seis días a la semana, se maquillaba y se vestía, a fin de dejar de ser quien era y convertirse en quien deseara ser. Y era también allí donde, los días en que había *matinéés*, entre la función de la tarde y la de la noche, repantigado en su tumbona (la misma en la que, según se decía, el mismísimo Moliere había expirado), dormitaba recordando triunfos pasados y soñando con futuras glorias.

El camerino era además la habitación desde la que Edmond La Grange dirigía su negocio; donde (¡albergando grandes esperanzas!) contrataba a nuevos actores y (¡con un enorme pesar!) despedía a aquellos que no respondían a sus exigentes expectativas; era la habitación en la que Oscar y él pasaban largas horas sentados debatiendo sobre su traducción de *Hamlet*; era la habitación en la que Richard Marais y él se sentaban todas las noches a la luz de las bujías, revisando y volviendo a revisar los ingresos de taquilla. Era una habitación que yo aún no había visitado y en la que Oscar se sentía prácticamente como en casa.

—Es el sanctasanctórum —dijo mi amigo, cruzando delante de mí el escenario a oscuras hacia el rincón donde estaba situado el camerino—. Pisa con suavidad y baja la voz. Sagrados son sus misterios.

—¿Nos esperan? —pregunté, bajando la voz—. ¿Acaso no hay hoy *matinée*?

—La hay, en efecto, y sí, nos esperan —respondió Oscar alegremente. Acto seguido, y de improviso, se mandó callar a sí mismo—. ¡Shhh! —Levantó entonces la mano para detenerme en seco—. ¡Silencio! —siseó.

Habíamos llegado a la puerta del camerino y nos quedamos quietos donde estábamos. Contuve el aliento. Oscar se volvió muy despacio a mirarme y acercó la oreja a la puerta. Desde el interior de la habitación oímos los sollozos de una mujer. Luego habló un hombre y su voz sonó elevada y enojada, aunque no logramos entender lo que decía. Habló entonces un segundo hombre, éste mayor que el primero. También su voz llegaba teñida con la fuerza de la ira. Los sollozos de la mujer ganaron en intensidad y también en premura hasta que por fin estallaron como una ola sobre la orilla, fundiéndose en un mar de lágrimas. ¿Eran acaso lágrimas de angustia o de risa? Oscar entrecerró los ojos e inclinó aún más el cuerpo contra la puerta. A punto estuve de hablar. Tuve la sensación de que no debíamos estar allí. Él se llevó un dedo a los labios para hacerme callar. En el interior de la habitación las voces de los dos hombres volvieron a elevarse, esta vez más afiladas y enojadas. De pronto, una tercera voz se unió a la refriega, ésta más grave que las anteriores y también más calmada. La reconocí gracias a su ligero acento portugués. Era la voz de Carlos Branco.

—*Mais enfin!* —exclamaba—. *Mais enfin!*

De pronto, Oscar me apartó de la puerta del camerino, que en ese preciso instante se abrió de par en par. En el umbral, con su batín y descalzo, apareció Edmond La

Grange. Durante una fracción de segundo —no más— vi un velo de salvaje confusión en los ojos del actor. Le temblaban los dedos, que apoyaba sobre sus sienes y con los que mesó rápidamente su densa mata de pelo blanco. Luego reconoció a Oscar en la semioscuridad de bambalinas y se rió.

—¡Oscar! ¿Qué está haciendo aquí?

—Teníamos un *rendezvous* —respondió el escritor con una sonrisa.

La Grange se dio una palmada en la frente.

—Lo había olvidado. Discúlpeme. —Volvió a darse una segunda palmada y puso los ojos en blanco antes de negar con la cabeza, presa de una fingida desesperación. De pie tras él, muy juntos, estaban Carlos Branco, Bernard La Grange y Agnès La Grange. Desde el interior del camerino, los tres nos miraban fijamente. Sonreían—. Estábamos hablando de la obra, Oscar —prosiguió La Grange—. Hemos estado experimentando. —Lanzó una mirada a Carlos Branco—. A nuestro viejo Polonio se le han ocurrido algunas ideas harto novedosas y hemos estado poniéndolas en práctica.

—Debo cambiarme para la *matinée* —dijo genialmente Branco.

—No hay prisa —respondió La Grange, levantando la mano para impedir que su amigo se marchara—. Terminemos primero nuestra discusión..., si Oscar nos disculpa, claro está.

—Por supuesto —dijo el escritor con una inclinación de cabeza al tiempo que se retiraba—, a menos que pueda ser de alguna ayuda.

La Grange agitó la mano desechando al instante esa posibilidad.

—No son más que detalles técnicos —dijo—. Quién va allí, qué ocurre a continuación..., esa suerte de cosas. Material de interés para el artesano, no para el poeta. ¿Podemos vernos después de la *matinée*? ¿Qué le parece si tomamos un té inglés? Le pediré a Traquair que tueste unas magdalenas.

—Por supuesto —repitió Oscar.

Miré a mi amigo y vi que no apartaba los ojos de Bernard La Grange. El joven actor le miraba fijamente con la cabeza inclinada hacia atrás y algo ladeada. No había la menor sombra de agotamiento en su rostro ni ningún signo aparente de los efectos secundarios de su noche en la *Salle des Morts*.

—*À tout à l'heure* —dijo Edmond La Grange, cerrando la puerta de su camerino.

—*À tout à l'heure* —respondió Oscar.

Pasamos el resto de la tarde del sábado disfrutando de una botella de absenta en el pequeño bar del callejón adoquinado que comunicaba con el bulevar del Temple.

—¿Has leído *Los crímenes de la calle Morgue* de Edgar Allan Poe? —preguntó Oscar.

—Sí —respondí.

—¿Recuerdas la famosa máxima del gran Auguste Dupin?

Me reí.

—¿Cuál de todas?

—Por lo que a mí respecta, hay sólo una, Robert: «Es posible ser profundo en exceso». —Alzó el vaso hacia mí a modo de brindis y volvió a dejarlo con cuidado sobre la mesa antes de contemplar su contenido verde amarillento con el ceño fruncido—. Dupin está en lo cierto, ¿no crees? —Pasó el dedo por el borde del vaso—. Y yo soy un idiota, intentando cavar hondo en terreno poco profundo, buscando agujas donde no hay pajares y viendo ballenas y focas en nubes informes. Sin duda, «Es posible ser profundo en exceso».

Volví a reírme.

—Y también es posible estar un poco bebido.

—Aun así —prosiguió, ignorándome por completo—, no tiene sentido. Hemos oído discutir a tres hombres. Y también hemos oído sollozar a una mujer. Pero cuando se ha abierto la puerta, ¡todo eran sonrisas!

—La Grange tenía una mirada de alarma en los ojos —dije—. Al menos, durante un instante.

—¿Ah, sí? ¿Era alarma o sorpresa? Quizá simplemente le haya sorprendido encontrarnos allí.

—Y había restos de lágrimas en los ojos de Agnès.

—Pero sonreía, y la suya era una sonrisa tierna, natural y en absoluto forzada. Tenía la mano en el hombro de su padre. No parecía afligida, ¿no crees?

—Es cierto —reconocí, vaciando mi vaso—. No, no lo parecía. De hecho, ninguno de ellos lo parecía.

—Aun así, instantes antes, les hemos oído alzar la voz. Y también hemos oído los sollozos de Agnès. Hemos oído también gritar «*Mais en fin!*» a Carlos Branco..., y entonces se ha abierto la puerta...

—Y allí estaban, sonriéndonos.

—Quizá sabían de nuestra presencia —dijo Oscar, incorporándose de repente y apartando el vaso con la mano—. Quizá fuera simplemente una charada en nuestro honor.

—Pero ¿por qué? ¿No te parece más probable que lo que nos ha dicho La Grange sea verdad? ¿Que sólo estuvieran hablando de la obra y discutiendo sobre algún punto, como suele ser común entre los actores?

—Hacer jirones una pasión, convertirla en harapos... sin duda —murmuró Oscar, rindiéndose y alcanzando de nuevo su vaso—. Tienes razón, Robert. No hay duda de que se puede ser profundo en exceso.

El vaso de mi amigo estaba vacío. Pareció vacilar durante un breve instante antes de cogerlo con las dos manos y dejarlo en el suelo con cuidado. Luego se cruzó de brazos y apoyó suavemente en ellos la cabeza, cerrando los ojos.

—Nuestro almuerzo líquido bien merece una cabezada, Robert. Estamos hechos de lo que alimenta los sueños y tomaremos magdalenas durante el té... Buenas noches, mi dulce príncipe..., el resto es silencio.

## 8.

### Algo podrido

Oscar despertó antes que yo y lo hizo fresco como una rosa.

Por mi parte, en cuanto abrí los ojos, noté la visión borrosa, y cuando levanté la cabeza de la mesa, una aguda punzada me recorrió el cráneo. Tardé un instante en darme cuenta de que mi amigo no seguía sentado delante de mí. Le oí antes de poder verle. Su voz sonó clara y vibrante: podía perfectamente haber estado dando una conferencia.

—El dios de este siglo es el dinero. El arte, la naturaleza, la belleza y la inteligencia han dejado de tener valor para nosotros. El dinero es el objeto de nuestra adoración, la deidad ante la que estamos dispuestos a sacrificarlo todo: todo lo que somos, todo lo que podemos llegar a ser.

Recorrí con los ojos el café tenuemente iluminado. Las velas estaban encendidas sobre las mesas. En la mesa contigua vi sentados a dos viejos soldados que fumaban en pipa y jugaban al dominó. Inmediatamente detrás de ellos, de pie junto a la barra, estaba Oscar: el emperador Nerón con un traje de sargo azul y una *amaryllis* en el ojal. En una mano sostenía un cigarrillo encendido, y en la otra, una copa de vino blanco. A su izquierda estaba Richard Marais, el gerente de La Grange: calvo, anodino y sordo. A su derecha vi a Eddie Garstrang, el jugador de Colorado de ojos azules y diminutos dientes. Sonreía. El escritor estaba sembrado, y el norteamericano, divertido.

Oscar me vio moverme.

—¡Despierta, Robert! Son las cinco, la hora en que los franceses se encuentran con sus amantes y los ingleses toman el té. El gran La Grange ha cumplido su palabra: al parecer nos esperan unas magdalenas en su camerino. El señor Marais y el señor Garstrang han venido a buscarnos, aunque no me preguntes cómo han sabido dónde encontrarnos.

—Estoy sordo, no ciego, señor Wilde —murmuró Marais, examinando su reloj de bolsillo—. Les he visto venir a este establecimiento a menudo.

—Y también puede usted *ver* lo que digo, ¿verdad? —preguntó Oscar, mirando al feo hombrecillo sin ocultar su asombro.

—Así es —respondió el hombre—. Articula usted bien. Tiene los labios carnosos y una boca móvil.

—Y usted posee una gran dicción y un vocabulario que contrarrestan su

discapacidad —fue la respuesta de Oscar.

—Lo sé —dijo Marais—. Llevo más de veinte años al lado de Edmond La Grange. He aprendido a hablar observando a un maestro.

En ese momento me levanté y me uní al grupo junto a la barra.

—Estábamos hablando de dinero, Robert: la seducción del lucro, el glamur del oro..., el precio de *Hamlet*, para ser exactos. Aunque mi reunión con el señor La Grange tenía por objeto discutir la cuestión de mi remuneración (el traductor debe ser recompensado por sus servicios y esas cosas), pero al parecer el gran La Grange prefiere que no se le moleste con consideraciones financieras. —Miró por turnos a cada uno de los dos hombrecillos que estaban de pie a su lado y sonrió—. Deberé tratar la cuestión de mi cobro con sus *hommes d'affaires*.

—Edmond La Grange es actor, no contable —intervino Eddie Garstrang.

—Un artista, no un contable —confirmó Richard Marais.

—Pero, según me ha dicho la señora Bernhardt —dijo Oscar con una sonrisa ladina—, no hay nadie en el mundo del teatro a quien le importe más el dinero que al señor La Grange..., con la más que probable excepción de ella misma.

Garstrang se rió. Richard Marais miró con firmeza a Oscar y replicó:

—Es la reputación que cultiva. Siempre le pagan... sin retraso, la cifra acordada y en metálico. Insiste en que así se haga. Aun así, sus propios pagos son un detalle que deja en manos de otros. —Marais se secó dos diminutas burbujas de saliva de las comisuras de los labios—. No tema, señor Wilde. Recibirá usted los honorarios que le corresponden. Podemos terminar de cerrar la cuestión en mi despacho cuando usted lo desee. —Volvió a mirar su reloj de bolsillo—. Deben de estar a punto de levantar el telón. Será mejor que nos pongamos en camino.

Seguimos a Marais y a Garstrang fuera del café y por el callejón adoquinado hacia la callejuela que desembocaba en el bulevar. Marais iba delante. Tenía las piernas cortas y una diminuta zancada, pero avanzaba con rapidez, con la cabeza calva inclinada hacia delante como un trasgo en pleno ascenso a una colina contra el viento.

—¡No tan deprisa, Marais! —le gritó Oscar.

El hombrecillo aceleró el paso.

—No le oye, Oscar —dijo Eddie Garstrang—. Es sordo.

Cuando giramos la esquina del callejón y salimos a la callejuela, pasamos junto a dos grandes lecheras vacías colocadas en el borde de la acera. Eran del tamaño de dos niños. Oscar se detuvo, arrojó el cigarrillo a la alcantarilla y de pronto, dando muestras de una fuerza considerable, volcó sobre la calle las dos lecheras, que repicaron con fuerza cuando les propinó empujones y siguieron repicando al rodar sobre los adoquines. Aun así, Richard Marais no aflojó el paso.

—Es sordo, Oscar. No oye nada.

Antes de que la callejuela desembocara en el bulevar del Temple, había otro callejón, no más ancho que un carro de mano, que llevaba a la entrada de artistas del teatro. Allí, en la esquina, Marais se detuvo y se volvió de espaldas para vernos subir la calle hacia él. Nos esperó, mirando impaciente su reloj de bolsillo una vez más. Cuando nos acercábamos, murmuró a Oscar:

—He oído el estruendo de las lecheras contra los adoquines, señor Wilde, pero he optado por no seguirle el juego deteniéndome y volviéndome a mirar.

—Me siento avergonzado —dijo el escritor. Estaba sonrojado—. Le ruego que me disculpe.

Llegamos a la entrada de actores justo cuando un pequeño grupo de actrices emergía entre risas del teatro. Eran cinco, cada una de ellas tan hermosa como un cuadro visto desde el otro lado de las candilejas. Todas salvo una tenían a mi entender un aspecto ligeramente ordinario y estridente a la inclemente luz del día. Sus rostros, cubiertos de maquillaje y de pintura, carecían por completo de delicadeza. La excepción, naturalmente, era Gabrielle de la Tourbillon, la más alta del grupo, la más elegante, la más hermosa, la más refinada y, sí, también probablemente la mayor de todas. En cuanto la vi sonreír se me aceleró el corazón.

Las mujeres se reían mientras se abrían paso por la estrecha puerta hacia la calle.

—¡Un conde italiano nos va a llevar a dar un paseo en su *barouche*! —chilló una.

—Es una *calèche*, no una *barouche* —chilló otra—. ¡Y es inmensamente rico!

Cuando pasaron por nuestro lado, Gabrielle me tendió la mano y me tocó con ella la mejilla. Luego hizo lo propio con la de Oscar y también con la de Garstrang.

—¡Soy su chaperona! —explicó, riéndose al tiempo que las jovencitas tiraban de ella hacia la calle. En cuanto echaron a correr por la callejuela, Gabrielle se volvió, jadeante, y le gritó a Richard Marais—: No se preocupe. Estaremos de regreso a tiempo para la función de esta noche... ¡por muy rico que sea!

En el interior del teatro, la zona de bastidores era un enjambre de luz. Entre bastidores, el gas de las bujías y de los candelabros ardía a máxima potencia y los quemadores de aceite colocados en las cuatro esquinas del escenario dotaban al espacio de iluminación adicional. Mientras los actores y las actrices, vestidos apresuradamente de calle, se dirigían desorientados y a paso rápido hacia la puerta lateral del teatro, los carpinteros y atrezistas —muchachos y hombres vestidos con monos azules— trabajaban en el escenario: levantando, moviendo, colocando y clavando. Richard Marais nos condujo entre el gentío.

—Esto es como los Vauxhall Gardens la noche de carnaval —dijo Oscar.

—No —replicó Marais—. Es el típico gallinero del La Grange los días de *matinée*. Tenemos que dismantelar *Le Cid* y disponerlo todo para *L'avare* en menos de una hora.

—¿A qué hora es la función de la noche? —pregunté.

—A las ocho, pero el señor exige silencio en el escenario entre las seis y las siete... para su siesta.

El señor nos esperaba en la puerta de su camerino. Aunque recorría el escenario con los ojos, le vimos antes de que reparara en nosotros. Estaba de pie envuelto en su batín, descalzo, con las piernas separadas, una toalla sobre el hombro a modo de toga, una mano cerrada plantada en la cintura y la otra en alto sosteniendo un reloj que colgaba de una cadena dorada.

Nos vio emerger de la melé.

—¡Ah, Oscar! —gritó—. Antes me he olvidado de usted y ahora creía que era usted quien se había olvidado de mí. —Se rió mientras nos acercábamos—. Venga. Bienvenido. Traiga a su amigo.

Se guardó el reloj en el bolsillo y abrazó afectuosamente a Oscar antes de saludarme con unas palmadas en la espalda. Su rostro arrugado y curtido era todo sonrisas. Su actitud y ánimo eran muy distintos de los que habíamos observado en él durante nuestro último encuentro. Cierto: parecía visiblemente más relajado, aunque a la vez se le notaba más magnífico de lo que yo le había visto hasta el momento. Aunque no era un hombre alto, poseía cierta *grandeur* y una cabeza innegablemente espectacular a la que Oscar había bautizado como «la cabeza de Agamenón». A la luz de la resplandeciente lámpara de aceite, su piel refulgía y le brillaban los ojos. Rebosaba vitalidad. Debió de leerme el pensamiento porque, cuando se hizo a un lado para permitirnos la entrada a su camerino, me murmuró:

—*C'est mon métier*. Es lo que hago. Y lo que soy.

Marais y Garstrang se reunieron allí con nosotros. La madre de La Grange estaba ya en el camerino, en el rincón más alejado, junto a la puerta del dormitorio del asistente de vestuario y delante de un anticuado aparador de roble, preparando con mimo un samovar y una bandeja cargada con platos y tazas de porcelana de color marfil. Su nuevo caniche meneaba la cola a sus pies. El desafortunado hedor a perro impregnaba el aire de la habitación. Cuando La Grange nos señaló las sillas y la tumbona, la anciana señora se volvió y ofreció un gran terrón de azúcar a su mascota. El perro ladró enfebrecidamente y de un salto arrebató el terrón de los huesudos dedos de su dueña. Vi cómo Oscar abría los ojos en una clara muestra de desagrado. Luego sacó un pañuelo amarillo del bolsillo y se lo llevó a la nariz.

—*Maman* está preparando el té —dijo La Grange, tomando asiento en el taburete giratorio que tenía delante del tocador y sonriéndonos de oreja a oreja en el espejo—. Traquair ha salido a buscar magdalenas. De hecho, hace siglos que se marchó. He tenido que desvestirme solo, ¡que Dios nos asista! Espero que no se haya perdido.

—¿Cómo es Traquair? —preguntó Oscar, volviendo a guardarse el pañuelo en el bolsillo y sacando sus cigarrillos.

—Concienzudo. Un buen asistente de vestuario, además de eso que ustedes los

ingleses llaman «un buen compañero».

—Soy irlandés —murmuró Oscar, encendiendo una cerilla.

—Maese Traquair tiene buena mano planchando camisas —prosiguió La Grange sin pausa alguna—, aunque ríe poco. Demasiado taciturno para mi gusto. No veo en ese hombre demasiada tendencia a «dar», no sé si me explico.

—¿Qué tal progresa con el francés? —preguntó Oscar, aspirando el humo de su cigarrillo.

—No lo sé —respondió La Grange, quitándose la toalla que llevaba al cuello—. Apenas habla.

—He prometido enseñarle —dijo Oscar—. Y he faltado a mi promesa.

—Espero que sepa cuál es la traducción al francés de «magdalena» —masculló Liselotte La Grange desde el lugar que ocupaba delante del aparador.

—Le he escrito el pedido, *Maman*..., y en mayúsculas. Sirva el té, si es usted tan amable. —Giró sobre el taburete hasta quedarse frente a nosotros—. Pueden tomarlo con limón, *à la russe*, o con leche, *à l'anglaise*.

Eddie Garstrang se levantó para ayudar a *Maman* a servir el té. Vi a Oscar repantigado en la tumbona, sosteniendo lánguidamente el cigarrillo entre los dedos y observando al gran La Grange como si se tratara de la última adquisición del Museo del Louvre.

Sonreí a nuestro anfitrión.

—Dígame, señor —empecé—: ¿Qué tal ha estado la función de la tarde?

La Grange me regaló una sonrisa radiante. Se inclinó hacia delante en el taburete y se estampó sonoramente el dorso de los dedos contra la palma de la mano.

—¡Ésa es exactamente la suerte de pregunta que me gustaría oír de labios de mi asistente de vestuario! Gracias por preguntar, muchacho. —Se inclinó entonces hacia mí y me dio una ligera palmada en la rodilla. Luego me invitó a acercarme con un dedo torcido—. Ya que lo pregunta —suspiró conspiradoramente—, se lo diré. —Guardó silencio y esperó hasta que nuestras cabezas casi se tocaron. Entonces confesó—: *Mon ami*, ¡ha sido un auténtico triunfo!

Desde el samovar, y sin volverse hacia la habitación, *Maman* comentó:

—La familia La Grange siempre se ha portado bien con Pierre Corneille.

—Y Pierre Corneille ha sido siempre bueno con nosotros —comentó La Grange, incorporándose sobre el taburete—. ¡Esta tarde teníamos la sala llena! Todo vendido: para *Le Cid*, un sábado por la tarde... ¡de febrero!

—Bravo, *monsieur* —intervino Richard Marais, asintiendo con la cabeza y revolviendo el azúcar de su té *à la russe*.

—Y esta noche volveremos a llenar. Mil localidades..., ¡y todas vendidas!

—Esta noche le toca el turno a *El avaro*, ¿verdad? —pregunté.

—Sí —respondió, inclinándose hacia delante para volver a darme una ligera

palmada en la rodilla—. Ahí es donde al parecer aventajamos a la gran Sarah Bernhardt. Nosotros también tocamos la comedia. —La *Princesa de Lamballe* gruñó y se tumbó en el suelo junto al aparador—. La divina Sarah parece estar espléndida sólo cuando asesina o cuando muere. Pues bien, nadie quiere ver tragedias ocho veces a la semana. De vez en cuando también necesitamos reímos un poco.

—Molière murió en esa tumbona —dijo *Maman*, volviéndose a mirar a Oscar.

Éste llenó el aire del camerino con el humo de su cigarrillo. La *Princesa de Lamballe* gimoteó y rascó la tarima del suelo junto al borde de la puerta del asistente de vestuario de La Grange.

—¿Sabe una cosa, Oscar? —continuó La Grange—, en Norteamérica mi espectáculo llegó a funcionar tan bien como el de Sarah. En algunos teatros, incluso mejor. Ella goza de mayor fama...

—Pero tú tienes tu apellido —le interrumpió su madre—. Cuentas con dos siglos de tradición de los La Grange a tus espaldas.

—Ah, sí —suspiró Edmond—. La tradición de los La Grange...

—Y tú eres francés y ella judía.

—Es una gran actriz, *Maman*.

—La más grande —dijo Oscar con contundencia. Dejó la taza en el suelo y buscó sus cigarrillos en el bolsillo. Luego clavó la mirada en los ojos de La Grange. Era más de treinta años menor que el gran actor y aun así le trataba como a un igual—. Usted ha trabajado con Sarah, ¿no es así? Y le gusta Sarah, ¿me equivoco?

La Grange sonrió y aceptó uno de los cigarrillos que Oscar le ofrecía.

—No haga caso a *Maman*. Desprecia a Sarah porque es judía. Se niega asimismo a hablar con Traquair porque es negro. Durante cuarenta años ha odiado compartir escenario con Carlos Branco porque es portugués. —De pronto, el gran La Grange extendió los brazos, echó atrás la cabeza y estalló en carcajadas—. Es usted realmente absurda, *Maman* —exclamó. Luego miró a Oscar—. ¿Que si me gusta Sarah? No, me irrita. Todas esas bobadas sobre su marido, sus amantes y su grotesco parque zoológico..., menuda estupidez. ¿Que si la amo? ¿Cómo podría no amarla? Como artista, no tiene igual. En el escenario es única.

—Con el tiempo, Agnès La Grange será como ella —graznó *Maman* desde la posición que ocupaba junto al samovar.

La Grange ignoró la intervención de la anciana señora y siguió sonriendo a Oscar antes de girar de nuevo suavemente sobre el taburete y abrir un pequeño cajón lateral del tocador.

—Sarah me dio esto —dijo. Despacio, sacó del cajón un arma de fuego de grandes proporciones. Vi sobresaltarse a Oscar—. Es un Colt —explicó La Grange, mirando el arma con admiración—. Un revólver, para ser más exactos. —Hizo girar el arma velozmente alrededor de su índice y se rió. Luego levantó el percutor con el

pulgar—. Y está cargado.

—Tenga cuidado —le advirtió con suavidad Eddie Garstrang.

La Grange sostuvo el revólver con la mano derecha y apoyó el largo cañón gris sobre su muñeca izquierda. Apuntó con el arma a Garstrang. El humo de su cigarrillo se elevó desde sus dedos, cubriendo el cañón.

—Su nombre es «El Pacificador». A Sarah se lo regaló su representante norteamericano, el señor Jarrett («el terrible señor Jarrett», como ella le llama), y, antes de dar comienzo a mi gira americana, me lo dio. Creyó que podría necesitarlo.

—He oído hablar del señor Jarrett —dijo Oscar.

—¿Y ha oído también su célebre frase? —La Grange entrecerró los ojos y formuló la frase en inglés, aderezándola con un exagerado acento norteamericano—: «He sobrevivido con la ayuda de dos armas: la honradez y mi revólver». —Luego se echó a reír.

—Creo que mató a un hombre —dijo Oscar.

—Sí —respondió La Grange, bajando las manos y acunando el revólver sobre su regazo—. Por una cuestión de negocios..., en defensa de una de sus clientes, la cantante Jenny Lind. También era su representante.

—«El Ruiseñor Sueco» —masculló *Maman* sin ocultar su desprecio—. Se casó con un judío.

—¿Me permite el revólver? —pregunté.

La Grange soltó con cuidado el percutor y me entregó el arma. Pesaba más de lo que yo había calculado y era áspero al tacto. Lo hice girar en las manos antes de levantarlo y apuntar con él al techo. Puse el dedo en el gatillo y, al hacerlo, desde el rincón de la habitación llegó de pronto un grito espeluznante. Era Liselotte La Grange que, inclinada hacia delante, se agarraba con una mano al aparador y con la otra gesticulaba frenéticamente hacia el suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó La Grange, volviéndose a mirarla.

La anciana no respondió. Simplemente se limitó a gritar aún más fuerte y a señalar al caniche que seguía a sus pies. La criatura estaba tumbada, inmóvil.

—¿Ha muerto el perro? —inquirió Oscar, mirando horrorizado al animal tumbado en el suelo—. ¿Otro perro muerto?

La Grange, Richard Marais y Eddie Garstrang se levantaron a la vez y se dirigieron hacia el rincón de la habitación. El actor tomó a su histérica madre entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Shhh, *Maman*. Cálmese —le ordenó.

Marais y Garstrang se agacharon a asistir al perro.

—Respira —anunció Marais, apoyando la cabeza contra el flanco del animal—. Tiene pulso. Está viva.

*Maman* había dejado de chillar y de lamentarse. Simplemente sollozaba y jadeaba

mientras golpeaba la espalda de su hijo con sus pequeños y enojados puños cerrados. A pesar de que no experimentaba hacia ella el menor afecto, pude sentir el dolor que la embargaba.

—La pobre bestia no puede moverse —siseó Marais—. Está muy débil. Debe de haber sufrido un ataque al corazón... o quizás un infarto.

—¡No!

—¡No!

Oscar y Eddie Garstrang hablaron a la vez. Oscar estaba de pie y se había inclinado sobre el perro. Garstrang, por su parte, estaba de rodillas, con la cabeza agachada muy cerca del suelo. Olisqueaba a lo largo del borde de la puerta que comunicaba con el dormitorio del asistente de vestuario.

—Es gas —murmuró—. Un escape de gas. Apartad al perro. —Valiéndose de las dos manos, retiró al animal de la puerta y empujó su cuerpo hacia Richard Marais. El perro permaneció inerte. No profirió sonido alguno. Tenía los ojos abiertos y miraba patéticamente al gerente de la compañía. El hombre calvo y sordo bajó la mirada hacia el animal y, no sin cierto esfuerzo, lo tomó en brazos.

—Hay un escape de gas por debajo de la puerta —dijo Garstrang, levantándose de un brinco e intentando forzar la manilla de la puerta, al tiempo que la hacía girar a uno y otro lado. La puerta no cedió—. Está cerrada —exclamó—. ¿Hay llave de esta puerta?

*Maman* se echó a llorar desconsoladamente.

—No lo sé —gritó La Grange—. Tiene que haberla.

Eddie Garstrang se volvió a mirarme.

—Deme el arma —ordenó. Profirió la orden con un tono autoritario que no dio lugar a discusiones. Yo le ofrecí el revólver y, con un solo movimiento, él me lo arrebató de la mano, se volvió hacia la puerta y disparó a la cerradura. Al instante, la puerta del cubículo donde vivía el asistente de vestuario se abrió de par en par y, acto seguido, fuimos testigos del horror que aguardaba en su interior.

Tumbado en el diván, apoyado sobre un cojín de modo que la cabeza le quedaba exactamente debajo del chorro de gas de la bujía apagada colocada justo a media altura de la pared del dormitorio, estaba Washington Traquair.

—¡Está muerto! —susurró Oscar—. Lo sé.

Cuando habló, el brazo izquierdo del criado negro salió despedido al aire y cayó sobre su rostro.

## 9.

### El olor de la muerte

—Lleva ya un tiempo muerto —dijo el doctor Ferrand—. Dos horas con toda seguridad, aunque probablemente sean tres.

—Pero si he visto cómo se le movía la mano cuando hemos entrado a la habitación —protesté.

—Ha sido como si quisiera despedirse —dijo Oscar, casi para sus adentros—. Despedirse... o pedir ayuda.

—He visto cómo se le movía la mano —insistí.

—Quizá se le haya movido el brazo cuando ha sufrido el rigor mortis —dijo el médico—. A veces ocurre. —Se rió entre dientes y se rascó la barbilla que apenas se adivinaba entre la poblada y espesa barba. Vestía casaca de médico, pantalones, chaleco, zapatos y bolso negros, pero con sus mejillas sonrosadas y las cejas de un blanco níveo, el doctor recordaba a Santa Claus—. Por eso la morgue de París tiene tantas visitas —añadió—. La gente siente fascinación por ver moverse a los muertos —dijo, recorriendo con los ojos el cadáver inmóvil de Washington Traquair—. No sé si saben que los muertos se mueven, y mucho. Al principio, cuando llega el rigor mortis, no es más que una contracción o un temblor, pero luego, como máximo tres días más tarde, cuando el estado de rigidez se evapora y los músculos se relajan, pueden verse los brazos y las piernas moviéndose en todas direcciones. He visto levantarse de pronto a muertos en la misma mesa del sepulturero, un espectáculo realmente desconcertante cuando uno no se lo espera —concluyó, volviéndose hacia Edmond La Grange.

Conocía bien al viejo actor. Los dos hombres eran ya de avanzada edad. Pierre Ferrand había jugado a las cartas con La Grange desde que ambos eran niños, y médico y actor eran amigos de infancia. El médico tenía una casa —además de esposa, hijos y nietos— en Passy, uno de los elegantes suburbios situados al oeste de la ciudad, pero disponía además de un *pied-à-terre* justo encima del Théâtre La Grange: apenas una pequeña habitación en el inmenso apartamento, pero era su segunda residencia. Ferrand pasaba más tiempo *chez* La Grange que en su propia casa. El buen médico había tardado menos de dos minutos en aparecer en escena desde el instante en que la bala de Eddie Garstrang había abierto la puerta de la celda mortuoria de Traquair. Apareció enseguida, a petición de La Grange, gracias al timbre que conectaba el camerino del actor con el dormitorio del médico. Y tan firme

y tranquilizadora resultó su intervención —¡tan parecido era al mismísimo Papá Noel con su mano sanadora!— que, en cuanto hizo su aparición entre nosotros, su simple presencia llevó el orden al caos y la calma al pandemonio. Hasta *Maman* guardó silencio.

—Edmond —dijo el médico en voz baja dirigiéndose a La Grange—, ¿tiene por casualidad un chal o un cobertor que pudiera utilizar?

La Grange se acercó al tocador y cogió una toalla doblada de lino que entregó a su amigo. El doctor Ferrand tomó la toalla, la desplegó y, con sumo cuidado, cubrió con ella la cabeza y los hombros del difunto. Ésa fue la última vez que vi a Washington Traquair.

—Vamos, caballeros —dijo el doctor—. Dejemos reposar esta alma infeliz. Nada podemos hacer ya por él. —Nos habíamos congregado en la diminuta habitación del asistente de vestuario, rodeando su lecho de muerte. Ferrand nos invitó a regresar al camerino de La Grange. Oscar fue el último en moverse.

—Vamos, señor Wilde. Cierre la puerta. Ya nada malo puede ocurrirle al pobre desgraciado.

Vi salir a Oscar del cubículo del asistente de vestuario y tirar de la puerta tras de sí. Como la cerradura había quedado rota por la bala de Garstrang, la puerta no cerraba. Quedó por tanto entreabierta y, durante la siguiente media hora, mientras comentábamos la espantosa muerte del infeliz y joven criado, vi cómo los ojos de Oscar —turbados y colmados de tristeza— se volvían una y otra vez a mirar por la puerta entreabierta.

Liselotte La Grange estaba sentada en la tumbona. Parecía haber recobrado la compostura y su pequeña caniche, tumbada junto a ella en el regazo de Richard Marais, parecía estar recuperando las fuerzas. El animal sorbió por la nariz, bostezó y se desperezó, y cuando *Maman* le acarició afectuosamente bajo la mandíbula, vi emerger la larga y húmeda lengua de la *Princesa de Lamballe*, agradecida y enérgicamente, para lamer los retorcidos dedos de su dueña.

La Grange ocupó de nuevo su lugar delante del tocador, volviendo la espalda a la habitación y hablando, cuando lo hacía, a nuestro reflejo en el espejo. Oscar y Eddie Garstrang se quedaron juntos de pie, apoyados contra la puerta del camerino que comunicaba con el escenario. Yo me situé junto al doctor Ferrand, al lado del aparador. El médico reparó en el samovar y lo acarició levemente con la mano.

—¿Cree usted que el té estará todavía caliente? —preguntó—. A todos nos sentaría bien una taza de té dulce y caliente. Acabamos de sufrir una experiencia estremecedora.

—No tenemos magdalenas —apuntó agriamente Liselotte La Grange—, pero sobra té. Lo he preparado yo misma.

—No se mueva, *Maman* —murmuró el doctor Ferrand en tono conciliador. Luego

me miró y sonrió—. Este joven y yo nos ocuparemos de servir a todos los presentes.

—Creía que el té es la respuesta inglesa a la tragedia —dijo Oscar. Miró a Ferrand, que en ese momento estaba ocupado con el samovar—. Doctor, ¿no deberíamos llamar a la policía?

Al oír tal propuesta, La Grange y su madre gritaron al unísono:

—¡No!

El actor estampó la mano contra el tocador con tanta fuerza que la fila de botellas de maquillaje líquido, colonia y agua de *toilette* colocadas delante de él tintinearón y repiquetearon al tiempo que se balanceaban de un lado a otro.

—Todo a su tiempo, señor Wilde —dijo el médico—. Quizá no sea necesaria la presencia de la policía.

—No es necesario llamar a la policía —siseó La Grange.

Oscar miró al viejo actor a través del espejo.

—No se culpe usted de lo ocurrido, señor La Grange. El único culpable soy yo. Yo traje a Traquair a este país. Yo le animé. Contraí con él una responsabilidad que no he ejercitado. Soy plenamente responsable.

—Tome una taza de té, señor Wilde —dijo Ferrand, dándole una taza—. Y cálmese. Le he oído decir que el pensamiento es más importante que los actos. Bien, pensemos con calma antes de hacer algo que podamos lamentar. —Recorrió la habitación con los ojos para asegurarse de que todos tenían una taza de té en las manos. Luego regresó al aparador y abrió su maletín negro—. Antes de firmar el certificado de defunción, será mejor que establezcamos los hechos. —Sacó un fajo de hojas de papel y un lápiz—. ¿Alguien podría decirme qué es exactamente lo que ha ocurrido?

—Muy sencillo —habló Eddie Garstrang—. Nos hemos reunido aquí a tomar el té pasadas las cinco.

—Tenía que haber habido magdalenas —masculló Liselotte La Grange.

—Traquair había salido a buscar magdalenas —dijo Edmond La Grange.

—Y tomamos el té —prosiguió Eddie Garstrang—. Hemos conversado. Entonces la señora La Grange se dio cuenta de que su perro estaba enfermo. El animal boqueaba en el suelo, allí, junto a la puerta de la habitación. Me acerqué, pegué la nariz al suelo y percibí los gases. El señor Marais se ocupó del perro y yo abrí la puerta...

—¿Con el revólver? —intervino el médico, mirando el Colt que descansaba en ese momento sobre el tocador de La Grange.

—La puerta estaba cerrada con llave —explicó el actor.

—¿Por dentro? —preguntó Ferrand.

—Supongo —respondió Garstrang.

—Eso parece —dijo Oscar, mostrando una pequeña llave de hierro—. He

encontrado esto en la habitación de Traquair. En el suelo, junto al diván.

El médico se adelantó y tomó la llave que Oscar le mostraba. La metió en su maletín y se volvió hacia Eddie Garstrang.

—¿Cómo estaba el cuerpo cuando lo encontró?

—Exactamente como está ahora. Todo sigue como lo hemos encontrado.

—¿Con la cabeza apoyada en el cojín, de modo que la boca y la nariz apuntaban hacia el chorro de gas?

—Sí.

—Y cuando han entrado a la habitación, ¿el gas seguía saliendo?

—Sí —respondió Garstrang.

—Sí —repitió Oscar—. Podíamos oír el siseo del gas en la habitación.

—¿Quién ha apagado el gas? —preguntó el médico.

—Yo —dijo Garstrang—. Enseguida. En cuanto he entrado.

—¿Le ha parecido que la llave estaba bloqueada? ¿Le ha resultado fácil cerrarla?

—Ha bastado con una simple vuelta.

El doctor Ferrand se hundió los dedos en la barba, se rascó el mentón y suspiró.

—De modo que el pobre hombre se fue a su habitación, cerró la puerta por dentro, se tumbó en el diván, encendió el gas y esperó a que le llegara la muerte...

Se hizo el silencio.

—¿Por qué no hemos oído el gas? —pregunté—. ¿Por qué no nos hemos visto abrumados por el olor?

—El monóxido de carbono es totalmente inodoro, incoloro e insípido —respondió el médico. Luego sonrió—. Es, sin duda, el veneno perfecto.

—Pero en Inglaterra el gas para el consumo doméstico huele —respondí, dejando la taza en el plato y mirando al médico a los ojos—. Estoy seguro de ello.

—En Inglaterra, si no me equivoco —respondió el médico, devolviéndome la mirada—, al gas se le añade una fétida sustancia... por cuestiones de seguridad. Nosotros no lo hacemos.

—En Inglaterra, si no ando muy errado —intervino Richard Marais desde la tumbona—, el suicidio sigue siendo ilegal. En Francia, el suicidio no es un crimen. No lo es desde la Revolución. El desafortunado Traquair no ha cometido ninguna ofensa a los ojos de la ley.

—Ya lo ve —dijo *Maman*, sonriendo beatíficamente—: No hay necesidad de llamar a la policía.

—Pero ¿por qué no nos ha envenenado el gas también a nosotros? —insistí.

—Lo habría hecho a su debido tiempo —respondió el médico, que acompañó su respuesta con una risilla.

—Pero ni siquiera hemos notado nada cuando hemos hecho saltar la cerradura para entrar a la habitación. No he sentido ningún efecto adverso.

—Como ya le he dicho, el monóxido de carbono es inodoro, incoloro e insípido, *mon ami...*, y su primer efecto es el de la euforia.

—El perro intentó perseguirse la cola antes de caer al suelo —dijo Richard Marais al tiempo que acariciaba afectuosamente las orejas de la *Princesa de Lamballe*. El animal bostezó, encantado, y chasqueó los dientes.

Oscar arrojó la colilla encendida del cigarrillo en su taza de té, que dejó con sumo cuidado encima de un baúl de madera situado junto al tocador de La Grange.

—Doctor —empezó—, ¿dice usted que Traquair ha muerto hace dos o tres horas? ¿Está seguro de eso?

—El pobre muchacho era negro. Aunque debido al color de su piel cueste leer en él los síntomas, el acometimiento del rigor mortis sugiere que no pueden haber pasado menos de dos horas, y creo que lo más probable es que hayan sido tres.

Oscar se inclinó hacia Edmond La Grange.

—¿Cuándo mandó usted a Traquair a comprar las magdalenas?

El actor suspiró y apoyó las cuencas de los ojos sobre sus puños cerrados.

—Hace tres horas. —Alzó entonces los ojos para mirar a Oscar por el espejo y rectificó su afirmación—. No. Al menos cuatro. Le dije que fuera a buscar las magdalenas a las dos. En cuanto me vistió para la función, le di permiso para que se marchara.

—¿Y ha vuelto a verle?

Edmond La Grange giró despacio sobre el taburete y miró directamente a Oscar Wilde.

—Es usted un gran poeta y un divertido compañero, joven, y muestra una percepción de Shakespeare extremadamente particular que valoro mucho. Aun así, a mi entender está claro..., transparentemente claro..., que no sabe nada, nada en absoluto, de la vida ni de las responsabilidades de una primera figura de la escena. He dedicado la tarde a representar ante un teatro lleno *Le Cid*, la obra maestra de Corneille. Como comprenderá, las posibles idas y venidas de mi asistente de vestuario durante ese rato no son en absoluto de mi incumbencia.

—Por supuesto —dijo Oscar en tono de disculpa al tiempo que inclinaba la cabeza hacia el actor y regresaba al lugar que hasta entonces había ocupado junto a la puerta—. Lo comprendo.

—Gracias. —La Grange sonrió, inspiró hondo y echó atrás los hombros—. Esta noche, a Dios gracias, tenemos una comedia: *L'avare* de Moliere. Si me disculpan, debo prepararme para la función. —Volvió a girar sobre el taburete hacia el espejo y recorrió con los ojos el tocador. Cogió entonces el revólver, lo envolvió en un pañuelo y lo guardó en el primer cajón de la derecha junto con un par de cepillos de plata. Acto seguido, alzó los ojos y, en el espejo, nuestras miradas se encontraron—. Joven —dijo—, ¿me ayudaría a vestirme esta noche? Le estaría muy agradecido. —

Sus ojos recorrieron el resto del camerino—. Señoras, caballeros —dijo, despidiendo al grupo—, tenemos trabajo que hacer.

—¿Y el cuerpo? —preguntó el doctor Ferrand—. ¿Qué hacemos con el cuerpo?

—Llévenselo. Cuando haya salido a escena. Hagan con él lo que quieran.

El médico asintió con la cabeza, se encogió de hombros y volvió a guardar el montón de hojas y el lápiz en su maletín. Con un ladrido, la *Princesa de Lamballe* saltó al suelo y se sacudió mientras Richard Marais y Eddie Garstrang ayudaban a *Maman* a ponerse en pie.

—¿Podemos entonces llamar a la policía cuando haya salido a escena? —preguntó Oscar con suavidad.

—¡No! ¡No! ¡No!

Presa de la rabia, Edmond La Grange estampó los puños contra el tocador y con la mano derecha barrió al suelo de un plumazo todo lo que tenía delante: tazas, platos, botellas, cepillos. Luego se volvió hacia Oscar y rugió:

—¿Es que no sabe usted nada? ¿No ve nada? ¿No entiende nada? Esto es un teatro, amigo mío..., una torre de naipes. Una simple sombra de escándalo y la torre se desmoronará. —Se llevó una mano al corazón y tendió la otra a su madre—. Somos actores, Oscar. Somos parias. Somos los caídos..., simples excomulgados. Somos los condenados. Quizás en Inglaterra las cosas sean distintas. Allí sus actores se codean con la realeza, lo sé. Aquí, el presidente de la República jamás permitirá que le vean invitando a comer al actor principal de la Comédie-Française. Nosotros, la desgraciada familia del teatro, somos como los judíos y los negros: no podemos mezclarnos con la sociedad respetable. En nuestro lugar, en nuestros teatros, tenemos nuestra utilidad y cumplimos con nuestro propósito, pero no merecemos ser depositarios de confianza alguna. Si trae aquí a la policía, habrá arrojado por la borda la poca reputación que aún conservamos.

—La policía jamás ha tenido ningún problema con el Théâtre La Grange —intervino *Maman*, taladrando a Oscar con los ojos.

Éste palideció y retrocedió hacia la puerta.

—Siento que es mi responsabilidad con Traquair —masculló—. No es más que eso.

—Basta —dijo el doctor Ferrand, cerrando bruscamente su maletín y tomando el mando de la situación—. Dejemos tranquilo al señor. Debe prepararse para su función. —Abrió los brazos y, como la mujer de un granjero que ahuyentara a sus ocas por el patio de la granja, sacó a *Maman*, a Marais, a la *Princesa de Lamballe*, a Eddie Garstrang y a Oscar del camerino hacia bambalinas. Cuando cerraba tras de sí la puerta, se volvió a mirar al viejo actor que seguía sentado delante del tocador y sonrió—. Yo me ocuparé de todo, Edmond..., como siempre. No tema.

Pasé las horas siguientes a solas con Edmond La Grange. Fue una experiencia

curiosa. No creo que él supiera tan siquiera cómo me llamaba, aunque me trataba como si fuéramos íntimos, como si llevara años ejerciendo de asistente de vestuario a su servicio. Me llamaba «*mon petit*». En cuanto los demás salieron del camerino, el gran actor se levantó del taburete y se plantó delante de mí con los brazos extendidos y las piernas separadas. La ira de la que era presa hacía apenas unos instantes había desaparecido.

—Puede desvestirme, *mon petit* —anunció, hablando de mi labor como si de un privilegio se tratara. Hice lo que me pidió. Pareció divertirse mi torpeza cuando intenté desabrocharle los botones—. Frédéric Lemaître tenía contratado como asistente de vestuario a un pirata —me dijo, mientras le desabrochaba los calzones—. El pobre desgraciado sólo tenía tres dedos en una mano y un garfio en la otra. ¿Alguna vez ha visto a Lemaître en escena? ¡Siempre estaba perfecto! —Cuando por fin se quitó los calzones, se quedó desnudo delante del espejo de cuerpo entero y admiró su estampa. Tenía la tripa caída y flácida. Se la palmeó con orgullo. Luego se puso de perfil al espejo y admiró por encima del hombro sus nalgas grises y salpicadas de lunares. Se puso la mano izquierda sobre la cintura y con la derecha se acarició complacientemente sus partes íntimas. Me apuntó entonces con su miembro—. Hemos cumplido como unos campeones —dijo, riéndose entre dientes y guiñándome un ojo—. ¿Tiene novia, jovencito? —preguntó.

«Sí, su amante, señor», bien podría haberle contestado, pero no lo hice. No dije nada. Intuí que cuando Edmond La Grange hacía una pregunta, no necesariamente esperaba una respuesta.

El actor me sonrió y dijo:

—Es usted joven. No hay prisa. Tiene muchos años por delante. —Volvió a abrir los brazos—. Mi batín, *mon petit*. —Le ayudé a ponérselo y, siguiendo sus instrucciones, encontré al fondo del cajón en el que guardaba el Colt y los cepillos de plata su antifaz de terciopelo. Se instaló entonces en la *chaise longue*, se colocó el antifaz, se tumbó y se cruzó de brazos—. Parezco un rey muerto sobre un catafalco, ¿no cree? Carlos el Pálido o Luis el Gordo..., ¿qué me dice?

No dije nada.

—Aprende deprisa, *mon petit* —murmuró—. Creo que me quedaré con usted. Despiérteme a las siete.

Me senté en su taburete y seguí observándole hasta que se durmió. Roncaba y, mientras lo hacía, me moví por la estancia haciendo el menor ruido posible, limpiando la basura del tocador, recogiendo las tazas del té, doblando la ropa que La Grange se había quitado y poniendo un poco de orden. En más de una ocasión me detuve delante de la puerta de la habitación de Traquair, asomándome a mirar la oscuridad que reinaba dentro. Hasta entonces no había estado en presencia de un cadáver y me sorprendía que la experiencia me resultara tan poco inquietante.

A las siete, el pequeño carillón que el actor tenía encima del tocador dio la hora y, en ese momento, y sin intervención alguna por mi parte, Edmond La Grange se incorporó bruscamente sobre la tumbona.

—*Me voilà!* Despierto como uno de los cadáveres que el doctor Ferrand tiene en la morgue. —Se levantó y arrojó sin esfuerzo aparente el antifaz sobre el tocador—. Ferrand es un buen hombre —dijo, sonriéndome—. Un mal jugador de cartas, pero un buen hombre. —Se quitó el batín y una vez más volvió a quedarse desnudo delante de mí—. Y ahora —anunció—, Harpagón, *L'avare*. Digan lo que digan, *mon petit*, la comedia es infinitamente más compleja que la tragedia.

En esa primera ocasión, vestir a Edmond La Grange resultó una tarea sorprendentemente sencilla. Traquair había dejado todo lo necesario en el armario del rincón, lavado, planchado y ordenado según el orden que debían seguir las prendas al vestir al actor. Mientras yo le ayudaba a ponerse la ropa, La Grange hablaba sin cesar. Durante treinta minutos, mientras se ajustaba las medias y los pantalones de tartán y tironeaba puños y cuellos, habló de Frédéric Lemaître y de Edmond Got, de Mounet-Sully, de Taima y de Réjane. También habló de los La Grange: habló sin parar del magnífico legado La Grange.

—Es muy sencillo: o puedes con ello o no puedes, *mon petit*. Es algo que no se enseña. Lo llevamos en la sangre. Ni que decir tiene que es usted aún demasiado joven para haber visto a la incomparable Rachel. Su amigo Wilde adora a la Bernhardt... y con razón. Rachel era judía como Sarah, aunque más grande que ella, porque la comedia se le daba tan bien como la tragedia. Carecía por completo de cultura. No sabía leer ni escribir y tampoco sabía lo que decía, aunque ¡qué maravilla el modo en que lo hacía! Eso se lleva en la sangre.

A las siete y media llamaron bruscamente a la puerta. Era el regidor que había acudido a avisar al señor que el escenario estaba a punto y que la sala había abierto sus puertas.

—*Viens, mon petit* —ordenó La Grange. Encogió un dedo y me conminó a que le siguiera. Juntos salimos del camerino, pasando por bambalinas, hacia el escenario, todavía sumido en la semioscuridad. Como un guardián que inspeccionara las almenas a la luz de la luna, el gran actor-director desfiló con paso firme hasta las cuatro esquinas de su castillo: la esquina interior izquierda, la exterior izquierda, la exterior derecha y por fin la interior derecha. En cada una de ellas se besó levemente las yemas de los dedos y tocó a continuación un trozo de escenario. A nuestro paso, los operarios y los actores que esperaban a que diera comienzo la función guardaban silencio y le saludaban con una inclinación de cabeza.

En cuanto el ritual tocó a su fin, regresamos en silencio a su camerino. Edmond La Grange volvió a sentarse en el taburete de cara al espejo, estudió atentamente su imagen reflejada en él, cogió un bastoncillo impregnado en maquillaje e intensificó la

línea de color azul oscuro con la que había delineado sus ojos.

—Los ojos lo son todo —dijo—. El público tiene que poder vernos los ojos desde todos los rincones del teatro. Si no es así, no nos conocerán y perderán el interés.

A las ocho, el regidor volvió a llamar a la puerta del camerino.

—Sígame —dijo La Grange—. Durante la función, me cambio en bambalinas..., en el extremo más alejado. Tendré allí una mesa, una silla y un espejo. Y una vela para poder ver. ¿Lo lleva todo?

Traquair había preparado la cesta con los cambios de vestuario. La cargué en brazos: camisón, gorro de dormir y zapatillas, pantalones y gabardina, solideo, guantes y chanclos; todo ello en el debido orden.

—*Eh bien* —dijo La Grange, abrazándose los hombros e inspirando hondo al tiempo que salíamos del camerino hacia bambalinas—. Disfrute de la función, *mon petit*. Y no pierda de vista mis ojos. Son mis ojos los que dirán al público cuándo debe reírse.

Así lo hice. Sus ojos eran, en efecto, extraordinarios. Grandes, protuberantes y luminosos, no dejaban de moverse de un lado a otro: jamás se detenían. Edmond jamás se detenía. Durante más de dos horas, y sin pausa alguna, corrió y trotó, correteó, se pavoneó, caminó a grandes pasos y deambuló por el escenario. Incluso cuando se quedaba quieto, rebosaba energía.

—*Je brûle, n'est-ce-pas?* —se rió entre dientes cuando, para el primero de sus cambios de vestuario, se reunió conmigo en bambalinas.

Cuando la función tocó a su fin —y el telón cayó por decimoquinta y última vez—, se volvió despacio sobre el escenario con los ojos todavía abiertos como platos y gritó al resto de actores y a la compañía:

—*Merci, messieurs dames! Bravo!*

A modo de respuesta, los actores levantaron las manos hacia delante y por encima de sus cabezas y aplaudieron a su líder. Yo me quedé entre bastidores, también aplaudiendo.

Edmond La Grange vino directamente hacia mí, me rodeó el hombro con el brazo y me estrechó con fuerza contra él. Fue sin duda un abrazo feroz, casi violento.

—*Monsieur Molière* conoce bien su oficio, *n'est-ce-pas?*

—Y usted el suyo, señor —respondí, librándome de su abrazo y dándole la toalla que había encontrado al fondo de la cesta. Cogí entonces la vela de encima de la mesa y le conduje, cruzando el escenario, a su camerino.

La Grange se acercó la vela al rostro. Su piel brilló, cubierta de sudor.

—Así es como un asistente de vestuario debe dirigirse a su señor —dijo con suavidad—. Gracias, *mon petit*. Muchas gracias.

Regresó apresuradamente a su camerino y empezó a quitarse el disfraz mientras pasaba por la puerta.

—Creo que se tercian un par de copas de champán —declaró—. Puede beber conmigo. Hay una caja ahí... debajo del diván.

—¿Dónde? —pregunté, dejando la cesta encima de la tumbona.

—En la habitación del asistente de vestuario —dijo—. En su habitación. Debajo del diván.

La puerta de la habitación del asistente seguía entornada.

—¡Vamos, entre! —ordenó el viejo actor, riéndose—. Está muerto. No le morderá.

Despacio, empujé con suavidad la puerta de Traquair. Al instante percibí un ligero aroma de lirio de los valles en el aire. Era la fragancia favorita de Oscar. De pronto, eché profundamente de menos su compañía.

—¿Y bien? —inquirió La Grange desde la otra habitación.

Sostuve en alto la vela encendida y recorrí con los ojos el diminuto dominio de Traquair.

—Ha desaparecido —respondí—. Aquí no hay nadie.

—Me alegro —dijo La Grange—. Traiga el champán.

# 10.

## El Pharamond

No volví a ver a Oscar hasta el día siguiente a mediodía. Me quedé con Edmond La Grange en su camerino hasta pasada la medianoche. Fue sin duda una experiencia fuera de lo común. Entre los dos debimos de consumir tres, o quizá cuatro, botellas de champán. Mientras bebíamos el espumoso caldo amarillo, el gran La Grange hablaba ¡y hablaba! Y mientras él hablaba, yo le ayudaba a desvestirse. Le bañé, le sequé con una toalla y le ayudé a vestirse de nuevo. Siguiendo sus instrucciones, encontré, elegí y colgué y dispuse en el interior del armario y en la cesta, como era de rigor, el vestuario que habría de ponerse en su siguiente función: Argan en *Le malade imaginaire*.

—Molière encarnaba a Argan cuando murió —me susurró La Grange con tono conspirador—. Hay quien dice que murió víctima de la tuberculosis. Otros, que fue un asesinato. Ocurrió la noche de la cuarta función: el diecisiete de febrero de 1673. —El viejo actor giró sobre su taburete, sosteniendo su copa de champán en el aire—. ¿Qué día es hoy? ¡El mismo: diecisiete de febrero! El poderoso Molière murió esta misma noche, hace hoy doscientos diez años, en esa tumbona, *mon petit*. —Se echó a reír—. ¡O en una muy similar! —Tanto se reía que empezó a llorar.

A medianoche sonó el carillón del aparador y el regidor llamó de nuevo a la puerta del camerino.

—¡A la cama! —gritó La Grange—. ¿Habrà tiempo para una partida de cartas? Quizá. —Estaba borracho—. ¿Vendrá Agnès a arroparme a la cama? ¿O Gabrielle? —Se puso el gabán—. ¡Oh, déjeme en paz, *Maman*! —jadeó, fingidamente alarmado. Me rodeó entonces el hombro con el brazo y me dejó que cruzara con él el escenario a oscuras hacia la salida de artistas.

Salimos juntos al callejón adoquinado que corría paralelo a la parte posterior del teatro. El aire frío de la noche nos golpeó con fuerza.

—Estoy despierto de nuevo —habló con voz rasposa—, ¡como uno de los cadáveres de Ferrand! —Se frotó toscamente la cara con las manos y se pasó los dedos por la densa mata de pelo blanco—. Tengo hambre —dijo—. Necesito cenar algo. ¿Le apetece comer algo?

—No, gracias, señor. Ha sido un día muy largo.

—Sí —dijo, echando atrás la cabeza y los hombros y llenándose de aire los pulmones—. Toda una vida.

Habíamos llegado a la escalera de piedra que subía por fuera del edificio hasta la entrada privada de su apartamento. Edmond La Grange buscaba en su bolsillo del gabán, intentando encontrar su llave. Sacó un pesado montón de monedas de plata y de cobre y, sin mirarlas, me las dio.

—Gracias —dijo—. Marais se encargará de sus honorarios. Puede utilizar la habitación.

—Ya tengo una habitación —respondí—. Está aquí cerca. —Acepté el dinero con las dos manos, agradecido—. Gracias, señor.

—Soy yo quien está en deuda con usted, *mon petit* —respondió, poniéndome con suavidad los dedos en la nuca y empujándome hacia delante—. Todo actor necesita contar con un asistente de vestuario en quien pueda confiar. —Me besó en la coronilla—. No me traicione —susurró—. Buenas noches.

Me dirigí hacia el fondo del callejón. Cuando me volví a mirar, Edmond estaba de pie en la puerta con su hija Agnès junto a él. Con su largo camisón blanco parecía un ángel. Rodeaba el cuello de su padre con los brazos. Él me saludó con la mano y cerró la puerta. Subí por la calle hasta el bulevar del Temple y me quedé de pie bajo la lámpara de gas de la esquina, abrí las manos e inspeccioné las monedas que el gran La Grange había depositado en ellas. Me había dado más dinero del que yo había ganado con mis traducciones en tres meses.

Caminé por el bulevar hasta que apareció un coche de alquiler. Sobrado de fondos, lo detuve y le indiqué que me llevara al hotel de Oscar, en el paseo Voltaire. Allí, el portero de noche se mostró genial, aunque inflexible: la llave del señor Wilde estaba en su gancho. El señor Wilde no estaba en su habitación. Me quedé en la calle delante del hotel, sin saber qué hacer ni a dónde ir. ¿Dónde estaba Oscar? No tenía ni idea. Aunque ya me había convertido en su esclavo, lo cierto es que apenas le conocía. A pesar de que tenía la sensación de que la nuestra era una amistad profunda, en realidad habíamos sido compañeros durante apenas unos días (no hacía ni dos semanas que nos conocíamos). Recorrí con los ojos el *quai* desierto hasta el río Sena. No había luna: el agua era negra y quieta y en la noche reinaba el silencio. Me sentí peculiarmente solo. Paré un landó y pedí al cochero que me llevara a mi pensión de la calle de Beauce.

En cuanto llegué, me derrumbé en mi estrecha cama con la esperanza de quedarme dormido al instante. Sin embargo, seguí despierto durante horas, o al menos eso me pareció. No recuerdo mucho de esa noche, salvo que el único modo en que podía borrar de mi mente la espantosa imagen de la cabeza y los hombros de Traquair cubiertos con la toalla de La Grange era conjurar una visión de Gabrielle de la Tourbillon... sonriendo, desnuda y en mis brazos.

A la mañana siguiente me despertó el cruel sonido de la portera aporreando implacablemente mi puerta con el mango de su escoba. Escondí mi dolorida cabeza

bajo la almohada, pero los brutales golpes de la desgraciada mujer parecían no tener fin. Como pude me levanté y descubrí que seguía llevando puestos las botas y el gabán de la noche anterior. Abrí la puerta y me encontré con la sobreexcitada arpía sonriendo como un mequetrefe y agitando un papel en su marchita pezuña. Era una nota de Oscar: «Tu carruaje espera. El desayuno está servido».

La portera quedó totalmente impresionada cuando me vio alejarme de su mugriento establecimiento en carruaje. Me sorprendió descubrir que el coche me llevaba al Pharamond, así bautizado en honor del fabulado primer rey de Francia y situado en la calle de la Grande Truanderie. Era un restaurante del que Oscar hablaba a menudo.

«Si Epicuro hubiera venido a París, el Pharamond es sin duda el restaurante donde habría deseado comer».

Encontré a mi amigo solo y pomposamente sentado a una gran mesa redonda situada en el extremo más alejado del comedor. Llevaba un traje de estambre de color *café au lait* con un pañuelo de seda verde salvia al cuello. (El *café au lait* y el verde salvia eran sus colores favoritos en 1883). Tenía un aspecto increíblemente joven: con la cara lavada y recién afeitado. Aunque había algo de absurdo en sus rizos neronianos, su porte tenía también algo magnífico. Estaba sentado muy erguido y miraba soñador a un horizonte perdido, con los codos ligeramente apoyados sobre la mesa y los brazos extendidos a derecha e izquierda, como un agigantado niño rey que posara para su retrato, con el cetro en una mano y el orbe en la otra. De hecho, su mano izquierda sostenía un reloj de bolsillo y estaba apoyada en lo que parecía ser una caja de galletas estridentemente decorada. Con la derecha sostenía un cigarrillo encendido y una copa de vino blanco.

—Buenos días, Oscar —saludé, un tanto atontado. Llevaba sin hablar desde la noche anterior—. ¿Cómo estás? Pareces haber descansado bien.

—No he dormido nada —respondió amigablemente, girando la cabeza hacia mí e inhalando el humo de su cigarrillo—. Aunque, como puedes ver, me he afeitado y un buen afeitado siempre sienta bien. Y también me he cambiado, y ya sabes lo que dicen: un buen cambio de ropa vale tanto como un buen descanso. —Alzó su copa hacia mí a modo de saludo—. ¡Bienvenido! Me alegro de que el cochero diera contigo.

Recorrí con los ojos el comedor de mármol. Un joven camarero que sacaba el brillo a la plata en el bufé asintió en mi dirección con la cabeza y sonrió. No vi a ningún otro comensal.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté.

Oscar dejó la copa encima de la mesa y apagó su cigarrillo. Luego miró su reloj de bolsillo y lo dejó sobre la caja de galletas. Con las dos manos tomó una servilleta doblada de lino, la desplegó con un floreo y se la colocó sobre las rodillas.

—Me dirijo a la Gare du Nord. Esto está a medio camino. He parado a comer algo. Y tú has venido para acompañarme.

—¿A la Gare du Nord?

—Me voy a Londres.

—¿A Londres? —Me dolía la cabeza. Me froté los ojos—. ¿A Londres? —repetí—. ¿Por qué, Oscar? ¿Qué ha ocurrido?

—Debo asignar un trabajo a un asesino.

—¿Qué? —pregunté, divertido.

—O, al menos, a un futuro asesino. Mi amigo George Palmer ha prometido disponerlo todo para que pueda conocer al hombre que intentó matar a la reina Victoria. Ayer recibí un telegrama suyo. Se ha tomado muchas molestias para facilitarme la presentación ante las autoridades y me ha pedido que me presente en persona de modo que pueda así poner a prueba mi entereza moral. No puedo fallarle.

Yo no tenía la menor idea de lo que estaba hablando mi amigo. Oscar llamó al camarero con un gesto de la mano.

—Quítate el abrigo, Robert, y toma asiento. ¿Cuándo has comido por última vez? Ayer por la mañana, ¿verdad? Necesitas algo que te reanime. Desayuna algo.

Llegó el camarero y me ayudó a quitarme el gabán. Me senté delante de Oscar y, despacio, recorrí con los ojos el festín que teníamos delante de nosotros. Era sin duda extraordinario: media docena de platos distintos, dispuestos uno al lado del otro. Oscar estudió la mesa con atención y ronroneó:

—*Terrine de queue de boeuf, l'os à moelle, filets de maquereau au vin blanc, les escargots de Bourgogne, les bûîtres plates de Cancale, huevos fritos à l'anglaise.*

—¿Esto es un desayuno? —pregunté entre risas.

—Es una combinación de desayuno y de almuerzo. Algún día alguien inventará la palabra que le dé nombre. Sírvete. Esto son sólo las *entrées*. Me he tomado la libertad de pedir la *poulette de Racan rôtie entière* como plato principal. Eso debería dejarnos tiempo y espacio suficiente para poder degustar un postre ligero. Tienes que probar las *madeleines chaudes a la confiture*. Quien prueba las *madeleines*, jamás las olvida.

—Oscar —dije—. Esto es absurdo.

—No —respondió él muy serio—. No lo es. Es como debería ser. Hace treinta años, durante el sitio de París que tuvo lugar en el cruel invierno de 1870, hubo hambruna en esta ciudad. Un gato se vendía por veinte francos y una rata por dos. Los pocos que podían permitírselo comían carne de bisonte, de jirafa y de cebra del zoológico.

Miré a mi amigo y sonreí.

Él no sonreía. Estaba mortalmente serio. Cuando habló, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Recuerdas cómo *Cástor y Pólux*, los bamboleantes elefantes del Jardin des

Plantes que habían dedicado sus vidas a pasear sobre sus lomos a los niños de París, encontraron la muerte durante ese invierno? Los mataron para repartir su carne entre las famélicas familias. —Tomó una ostra y la estudió con atención—. Nada puede decirse sobre la muerte por hambre, Robert. No hay virtud alguna en el dolor. La vida debería ser un banquete para todos. El placer es lo único por lo que merece la pena vivir. —Se tragó la ostra y de inmediato tomó otra—. He descubierto que el secreto para mantenernos jóvenes es una desmedida pasión por el placer. —Se limpió la boca con la servilleta y asintió con la cabeza hacia el camarero para que éste me sirviera un poco de vino—. Come, Robert. Bebe. Debemos alzar nuestras copas por Washington Traquair. ¿Cuánto placer llegó a conocer en el breve curso de su vida?

—Ah, sí —dije, levantando de inmediato mi copa e inclinándome ansioso sobre la mesa—. Debemos brindar por la memoria de Traquair. Y tú tienes que contarme qué ocurrió anoche. ¿Dónde está el cuerpo? ¿Fuiste a la policía?

Oscar miró el reloj que había colocado boca arriba junto a la caja de galletas.

—Tenemos dos horas antes de que salga el tren. Te lo contaré todo. Pero, antes, dime: ¿cómo ha ido tu *debut* como asistente de vestuario del gran La Grange?

Empecé a servirme un surtido de las *entrées* dispuestas delante de nosotros.

—Creo que ha sido un éxito. Me ha dado una generosa propina. Y no ha parado de servirme champán. Todo parece indicar que quiere que siga con él.

—Me alegra saberlo —dijo Oscar—. Podrás así ser mis ojos y mis oídos durante mi ausencia.

—¿Tus ojos y tus oídos? —repetí.

—Sí, Robert —respondió solemnemente, hundiendo un tenedor lleno de caballa en la yema del huevo frito—. Algo se pudre en el seno de la Compagnie La Grange. Primero, un perro muere y a nadie le importa. Luego muere un hombre y a nadie le importa. ¿Qué es lo que ocurre?

—¿Estás seguro de que Traquair se ha quitado la vida?

—Quizá sí. O quizá no. —Se metió el trozo de pescado en la boca y masticó despacio.

—La habitación estaba cerrada por dentro, Oscar.

—Eso parecía, en efecto.

—Pero tú encontraste la llave... en el suelo, junto al diván.

—Cierto.

Dejé a un lado la servilleta y me incliné muy serio hacia mi amigo.

—Vi la escena con mis propios ojos, y debo admitir que todo parece indicar que se trató de un suicidio.

Oscar terminó de masticar y tragó por fin antes de limpiarse los labios.

—Lo que mejor saben hacer quienes trabajan en el teatro es «montar la escena». También a mí me pareció un suicidio. Pero ¿lo fue? Es todo lo que pregunto.

Tomé un sorbo del vino blanco y contemplé a mi amigo.

—¿De verdad crees que Traquair fue asesinado? —pregunté.

Se encogió de hombros y levantó su copa. Luego hizo girar el vino bajo su nariz y aspiró el buqué.

—El aroma de rosas y de fruta de la pasión... Un vivificante Gewürztraminer es el vino ideal para el desayuno, ¿no te parece?

—¿De verdad crees que Traquair fue asesinado? —repetí.

—La desafortunada *María Antonieta* fue asesinada, de eso no cabe duda.

—Pero ¿quién iba a querer matar a Traquair? —insistí—. ¿Qué motivo podía tener nadie para obrar así?

Oscar dejó la copa en la mesa.

—¿Quién podía querer matar a Traquair? Tú, Robert..., para empezar.

—¿Yo? —reconvine.

Oscar sonrió.

—A fin de cuentas, te has quedado con su puesto.

—No seas absurdo, Oscar —me reí—. Yo... ¿asesinar a Traquair? Eso es del todo imposible.

—Imposible no, Robert. Improbable, puede ser. Estábamos juntos cuando Traquair murió; bajo los efectos de la absenta, si mal no recuerdo. Pero quizá, mientras yo dormía en la mesa del bar que estaba detrás del teatro, tú saliste a hurtadillas y cometiste el acto espantoso.

—Yo no maté a Traquair —insistí—. Apenas conocía al hombre...

—¿Y hasta qué punto te conozco yo, Robert? —me interrumpió Oscar, recostándose contra el respaldo de su silla y estudiándome con atención—. ¡Pero si hace tan sólo dos semanas que nos conocemos!

—¿No serás capaz de creer que...?

—¿Y qué debo creer? —preguntó, arqueando una ceja—. Según tú mismo has reconocido, vives bajo un nombre falso. Me dices que Wordsworth fue tu bisabuelo y que compartiste casa con Victor Hugo cuando eras niño. Todo eso suena un poco inverosímil. ¿Qué debo creer, Robert?

—¡Pero nosotros somos amigos, Oscar! —exclamé—. Claro que lo somos.

—Y Judas era el apóstol favorito de Nuestro Señor —respondió, tomando una ostra del plato que estaba entre los dos.

Retiré la silla de la mesa y me levanté.

—Protesto, Oscar. Yo no maté a Washington Traquair.

Él se tragó la ostra y a continuación agitó la servilleta hacia mí, riéndose.

—Siéntate, Robert. Te estoy tomando el pelo. Siéntate, muchacho. —Se inclinó sobre la mesa y me puso una ostra en el plato—. Te creo, Robert. Confío en ti. Por eso quiero que seas mis ojos y mis oídos durante mi ausencia.

Volví a ocupar mi asiento y acepté la ostra.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —pregunté.

—No lo sé —respondió. Alzó su copa de vino hacia mí en un gesto tranquilizador—. Te escribiré en cuanto sepa cuáles son mis planes. Y deberás telegrafiar-me con cualquier cosa sospechosa que veas u oigas. Estaremos en contacto.

—¿Por qué tienes que irte tan repentinamente? ¿De verdad vas a conocer al asesino potencial de la reina Victoria?

—Eso parece. George Palmer ha dicho que lo arreglaría todo y me tiene intrigado. —Me sonrió—. Como bien sabes, colecciono gente poco corriente.

Le miré con atención.

Oscar bajó los ojos y posó la mano sobre la caja de galletas que estaba a su lado.

—Pero tienes razón, Robert —prosiguió—. Hay otro motivo, más apremiante, para mi repentina partida. Tengo un deber que cumplir. Debo ocuparme de que mi pobre criado sea enterrado en su tierra natal. Debo devolver los restos mortales de Traquair a los Estados Unidos de América.

—América...

Levantó una mano para silenciarme.

—Traquair era hijo único, Robert. Huérfano, hijo de esclavos y el primer hombre libre de su familia. Aunque no nos conocíamos bien, él confió en mí... como ahora yo confío en ti. Por mí dejó atrás la tierra donde nació y vino a un país extranjero donde ha encontrado su muerte. Fui yo quien le convencí. Yo soy el culpable. Lo menos que puedo hacer es devolverlo salvo a casa y asegurarme de que reciba un entierro decente.

—¿Y no podría tener un entierro decente aquí?

Oscar negó con la cabeza y se rió.

—¿En Francia? Traquair murió en un teatro, Robert. ¿Recuerdas cómo me increpó anoche La Grange? Pues bien, fue una reacción del todo justificada. En Francia, en la Francia respetable, el teatro está dentro de los límites de lo inaceptable. A ojos de la Iglesia, ¡un teatro es la antesala del infierno! Pero si hasta el gran Molière murió sin que le administraran los sacramentos, enterrado en mitad de la noche en el lúgubre rincón del cementerio reservado para los infantes no bautizados. ¿Qué le espera a Traquair, un simple asistente de vestuario... y negro?

Extraje un caracol de su concha.

—¿No está Molière enterrado en Père Lachaise? —pregunté.

—Oh, ahora sí, y bajo un imponente monumento. Ahora los peregrinos acuden a besar su tumba. —Mi amigo se rió entre dientes y tomó un sorbo de vino—. La hipocresía carece por completo de lógica.

—¿No acudiste anoche a la policía? —dije.

—El doctor Ferrand insistió en que no ganaríamos nada con ello. Una muerte

accidental provocada por envenenamiento por gas es un hecho común. Una muerte por suicidio también lo es. Al parecer, en París se producen al menos tres suicidios al día. Durante los meses de invierno, según Ferrand, cuatro o incluso más. No acudimos a la policía. El buen doctor insistió en que la muerte de Traquair no despertaría en ellos el menor interés. Fuimos a la morgue. —El camarero retiró las *entrées* y Oscar encendió un cigarrillo—. Una experiencia hartamente aleccionadora.

—Lo sé —dije—. He estado allí. Está abierta al público.

—¿Fuiste un sábado por la noche? Querido, ¡menuda multitud! ¡Y cuánto ruido! No tenía ni idea de que la muerte pudiera ser tan popular. El superintendente me dijo que están planteándose empezar a cobrar por entrar.

—¿Conociste al superintendente?

—Ya lo creo. El doctor Ferrand conoce a todos los peces gordos de la morgue. Nos dispensaron un trato preferente. Como favor personal a Ferrand, el propio secretario del superintendente vino al Théâtre La Grange para supervisar la retirada del cuerpo. Y apareció con dos de sus mejores «cadaveristas», como así les llaman. Fueron la discreción personificada. Mientras Edmond La Grange se agitaba y se pavoneaba sobre el escenario, en el *cubicule* de su asistente de vestuario los «cadaveristas» envolvían al pobre Washington Traquair en una sábana. Estuve presente mientras ellos se concentraban en sus quehaceres.

—Lo sé —dije.

—¿Lo sabes? —preguntó—. Creía que estabas en el otro extremo del escenario, viendo a La Grange.

—Y así fue. Más tarde entré a la habitación de Traquair y reconocí restos de lirio del valle en el aire. Es tu fragancia favorita, ¿verdad?

Oscar aspiró hondo el humo de su cigarrillo.

—Excelente, Robert —murmuró—. Corre por tus venas la sangre de un gran detective. —Se recostó contra el respaldo de la silla y retomó el hilo de su narración—. Pues bien, seguí viendo cómo los «cadaveristas» envolvían a Traquair en la sábana y lo cargaban a hombros, llevándoselo a continuación entre la oscuridad de las bambalinas y sacándolo discretamente por la entrada de artistas. Cualquiera podría cometer el crimen de su elección en las bambalinas de un teatro. Cuando la función ha dado comienzo, todos los ojos están puestos en el escenario.

»Ferrand y yo viajamos a la morgue en la parte posterior del carro en compañía de los dos «cadaveristas» y con el bulto en el que se había convertido Traquair instalado entre nuestros pies. Al llegar a la morgue, y a pesar de lo tarde que era, el superintendente nos recibió en persona. Ordenó que guardaran a Traquair en una sala lateral, lejos de la mirada pública. El superintendente era un hombre guapo y afable, además de generoso anfitrión. Nos llevó a su oficina, una pequeña habitación dotada de una ventana interior desde la que se dominaba el vestíbulo principal de la morgue,

y nos ofreció un brandi (un brandi exquisito, un Calvados Coeur de Lion) mientras discutíamos qué hacer. Le dije que mi intención era devolver a Traquair a Norteamérica, que sentía que ése era mi deber. Él respondió que en principio eso no sería un problema, al menos por lo que respectaba a las autoridades francesas. Si yo estaba dispuesto, preparado y capacitado para aceptar la custodia de los restos mortales de Traquair, él estaría encantado de firmar los documentos necesarios».

—¿Y lo hizo?

—Sí. Sin demora alguna.

—¿Y dónde está ahora el cuerpo de Traquair? —pregunté.

—Aquí. —Oscar dio un golpecito con los dedos en la caja de galletas que tenía junto a su copa de vino encima de la mesa—. Hemos incinerado el cuerpo de Traquair a las siete en punto de la mañana. Como era católico, no ha habido ninguna dificultad para que le incineráramos en domingo. —Levantó la caja de galletas con las manos y me la ofreció—. Las cenizas están aún calientes —añadió con una sonrisa mientras el camarero llegaba con el *poulette de Racan rôtie entière*.

# 11.

## La caricia de una madre

Llevando en una mano un espacioso bolso y sujetando la caja de galletas que contenía los restos de Traquair bajo el brazo con la otra, Oscar partió de París con destino a Londres en el tren-barco de las dos el domingo, 18 de febrero de 1883. Yo le acompañé a la Gare du Nord y allí le despedí. De pie en la ventanilla de su compartimiento, vio cómo le miraba desde el andén, se pasó la lengua por los dientes —un gesto muy propio de él cuando estaba emocionalmente implicado— y sonrió y articuló en silencio las palabras «*Au revoir*». A pesar de que el comienzo de nuestra amistad se remontaba a tan sólo quince días, yo sabía ya que sería de por vida. Si bien había conocido por entonces a varias de las grandes figuras de nuestro tiempo, intuía que aquélla era sin duda la más extraordinaria de todas. Aunque Oscar me llevaba tan sólo siete años, le veía más como un padre que como un amigo. Era un hombre jocoso, pero en ningún caso exento de autoridad, y yo deseaba granjearme no sólo su respeto, sino también su afecto.

—Dependo de ti, Robert —me gritó desde el otro lado de la ventanilla del vagón—. Recuerda que eres mis ojos y también mis oídos. —Apenas podía oírle debido a la algarabía que reinaba en la estación—. Escribiré. Te prometo que estaré en contacto. —Una maraña de chorros de humo negro giraron entre nosotros—. ¡Cuídate, Robert!

Los mozos gritaron; sonaron los silbatos; el motor de la locomotora eructó y rugió; el vapor siseó; volaron las chispas; el tren volvió a la vida con una sacudida y poco después había desaparecido.

Oscar cumplió su palabra. La mañana siguiente a su partida recibí un breve cable en el que me informaba de que había llegado sano y salvo a Londres. Veinticuatro horas más tarde, recibí un segundo telegrama, éste más explícito:

QUERIDO OJOS Y OÍDOS: MIENTRAS BUSCAS LA CIUDAD DE ORO EN LA QUE EL FLAUTISTA NUNCA SE AGOTA Y LA PRIMAVERA NUNCA SE DESVANECE, SÉ TAN AMABLE DE BUSCAR TAMBIÉN LA FUENTE ÚLTIMA DE GAS QUE LLEVE A LA HABITACIÓN DEL ASISTENTE DE VESTUARIO. ¿EXISTE ACASO UNA LLAVE FUERA DE LA HABITACIÓN DESDE LA QUE PUEDA ABRIRSE Y CERRARSE EL PASO DEL GAS Y, DE SER ASÍ, DÓNDE ESTÁ UBICADA ESA LLAVE?

Veinticuatro horas después, recibí otro telegrama:

LAS PREGUNTAS NO SON JAMÁS INDISCRETAS. LAS RESPUESTAS SÍ LO SON. SI NO ME EQUIVOCO AL PENSAR QUE NINGUNO DE LOS GEMELOS ESTABA ENTRE LOS ACTORES QUE ACTUARON EN LA FUNCIÓN DE *LE CID* EL SÁBADO POR LA TARDE, INVESTIGA CON DISCRECIÓN DÓNDE ESTUVIERON DURANTE LA DESAFORTUNADA *MATINÉE*.

Y uno más:

RECUERDA QUE EL AMOR ES UNA ILUSIÓN, ROBERT, Y NI LA MITAD DE ÚTIL QUE LA LÓGICA. EL AMOR NO PRUEBA NADA Y SIEMPRE NOS DICE COSAS QUE NO VAN A OCURRIR O NOS LLEVA A CREER COSAS QUE NO SON CIERTAS. ¿CÓMO ESTÁ *MADEMOISELLE* DE LA *TOURBILLON*?

Finalmente, la mañana del viernes siguiente al regreso de Oscar a Inglaterra, me llegó una larga carta a mi habitación de la calle de Beauce.

Oakley Street, Londres.  
SW 20/11/83

Querido Robert:

¿Cómo estás? ¿Dónde estás? ¿Sigues todo como es de tu agrado? He pensado en ti a menudo durante estas últimas veinticuatro horas y te he visto paseando por valles de violetas con tus cabellos de color miel, atento con idéntico celo a nuestras pesquisas y a *mademoiselle* Gabrielle de la *Tourbillon*..., y confío que con idéntico éxito. ¿Tienes ya las respuestas a nuestras preguntas?

¿Y se ha rendido la incomparable damisela a tus encantos? Cuéntame, *cher ami*. Necesito saber.

No he escrito hasta ahora —es medianoche del martes— porque no he tenido un solo momento para hacerlo. Mucho es lo que ha ocurrido desde que nos despedimos en la Gare du Nord. El viaje en tren desde París a Calais fue espantoso. Con las prisas por hacer el equipaje, olvidé llevarme a Shakespeare o a Virgilio y olvidé también coger lápiz o pluma, de modo que no pude leer ningún libro ni tampoco escribir. Hora tras hora me dediqué a mirar por la ventanilla del vagón, totalmente embelesado por la fealdad del paisaje francés, compadeciéndome de los poetas pastorales y reflexionando sobre el hecho de que todos los grandes escritores de la historia se han alimentado de la vida de la ciudad y han sido civilizados por ella. Shakespeare no escribió más que rípidos hasta que llegó a Londres y jamás volvió a escribir una línea después de marcharse. Al llegar a Calais intenté comprar un libro, pero no encontré ninguno..., ni siquiera por una buena suma. Naturalmente, había un sinnúmero de periódicos, y con la idea de distraerme durante la travesía del Canal, compré todos los que el vendedor ofrecía. ¡Craso error! Independientemente del país de origen, todos los periódicos dedican en la actualidad sus páginas a detallar con degradante avidez los pecados del vulgo, y con la escrupulosidad propia de los analfabetos nos dan detalles precisos y prosaicos de las obras de aquellos que carecen por completo de interés.

Cuando por fin llegué a Dover, estaba al borde de la desesperación. En la sala de aduanas del puerto esperé pacientemente hasta que me llegó el turno de someter mi equipaje a inspección. Cuando el funcionario de aduanas preguntó: «¿Algo que declarar?», respondí, sin pensarlo dos veces: «Naturalmente. El periodismo resulta ilegible y la literatura no se lee. La era de los filisteos ha

caído sobre nosotros». El pobre desgraciado, que a punto estaba en ese momento de marcar con su tiza mi bolsa y despedirse de mí, parpadeó y me miró sin comprender. Acto seguido se volvió hacia un colega y anunció:

—He aquí una buena pieza.

Momentos más tarde, me vi rodeado de un puñado de fascinados funcionarios de aduanas: media docena de hombres de rostros enrojecidos, uno de los cuales (¡ay de mí!) me reconoció.

—Éste es el señor Oscar Wilde, amigos —dijo—, un auténtico payaso. Seguro que habéis oído hablar de él. Su número favorito es burlarse de nosotros, los pobres funcionarios de aduanas.

Protesté, aunque en vano. Me disculpé... sin resultado alguno.

—Regístradle las maletas —ordenó el oficial—. ¿Dónde están? —preguntó.

—Llevo sólo esta bolsa —murmuré sin un ápice de convicción al tiempo que la abría para su inspección. El hombre sacó mis camisas, mis corbatas y mis botellas de colonia con sus mugrientas manos y las expuso a la burlona mirada de sus colegas. Cuando quedó claro que mi bolsa no contenía contrabando alguno, centró su atención en la caja de galletas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Galletas —mentí—. Galletas francesas.

—Vaya. Galletas francesas —repitió, burlón—. Nos gusta disfrutar de una galleta con el té, ¿verdad, compañeros? ¿No va a ofrecernos una, señor Wilde?

—Son un regalo para mi madre —balé, sosteniendo la lata contra mi pecho.

—Estoy seguro de que a su madre le gustaría que compartiera sus galletas francesas con sus amigos ingleses —dijo el funcionario, mirándome de soslayo al tiempo que se inclinaba hacia mí y me quitaba la lata de las manos.

Mientras yo suplicaba «¡No, por favor! ¡No!», el aduanero abrió de un tirón la tapa de la lata, esparciendo las cenizas de Traquair a su alrededor.

Pasó más de una hora antes de que me permitieran salir de la aduana del puerto de Dover. El jefe de mis martirizadores dejó a sus colegas concentrados en sus tareas y me acompañó, ante la plena y humillante mirada de mis compañeros de travesía, de regreso y siguiendo la fila hasta lo que él llamó su «puesto». ¡Para mí, aquello fue como el camino hacia la cruz!

—¿Qué es lo que esconde aquí, señor Wilde? —preguntó al tiempo que sus asquerosos dedos removían los restos de Traquair.

—¡Nada! —mascullé patéticamente.

—Eso parece —gruñó por fin, sacando su mano sucia, polvorienta y vacía de las cenizas y limpiándose en la manga de la chaqueta. Un resplandor destelló en sus ojos—. ¿No será rapé? —preguntó de pronto, cogiendo un pellizco del pobre Traquair y aplicando un suspiro de ceniza a cada uno de sus orificios nasales.

—No —protesté.

El funcionario aspiró por la nariz y miró receloso la lata abierta.

—¡Opio en polvo! —Se chupó el dedo y lo hundió en la ceniza gris como lo habría hecho un niño en una bolsa de sorbete. ¡Probó entonces los restos mortales del pobre Traquair! Me río por no llorar..., ¡aunque debería llorar, Robert! ¡Cómo he podido permitir que ocurriera algo así! Ése no es modo de tratar a un buen y fiel criado.

Como era de esperar, las cenizas de Traquair no fueron del gusto del funcionario de aduanas, que sacó un pañuelo rojo del bolsillo y se limpió con él la lengua y los labios. Acto seguido, dejó la lata abierta encima de su escritorio y me miró fijamente a los ojos.

—¿Qué tenemos aquí, señor Wilde? Oh, vamos, señor. Necesito una respuesta.

Y, Robert, los dioses me dieron una en ese preciso instante. Me volví a mirar a mi interlocutor, abrí la boca y, dando muestras de una impresionante autoridad, me oí decir:

—Ya que lo pregunta, acabo de regresar de Nápoles. He participado en una expedición a Pompeya y a Herculano. Esta ceniza proviene del cráter del propio monte Vesubio. La llevo al Museo Británico. No dudo que el profesor Plutarco del Departamento de Antigüedades refrendará mis palabras.

Me soltaron en el acto. Al parecer, la gente está dispuesta a creer cualquier cosa siempre que sea del todo increíble.

Cuando por fin llegué a Victoria —varias horas más tarde de lo que debería haber llegado: inevitablemente, mi estancia en la aduana me llevó a perder el tren que conectaba con el barco—, deposité a Traquair y la bolsa en la que viajaba (o lo que quedaba de él; de hecho, unas cuatro quintas partes) en la consigna de la estación, pues no me pareció prudente —ni decente— seguir cargando con los restos del pobre hombre conmigo en una caja de galletas hasta que hubiera decidido qué hacer sobre su destino final.

Desde Victoria cogí un landó a Oakley Street, donde mi madre hizo lo que supuestamente hacen las madres: me dio refugio, me acarició la frente ¡y solucionó mi problema! Lady Wilde es una mujer extraordinaria, Robert. Algún día la conocerás, la admirarás y la querrás como yo la quiero. ¡Ella es todo lo que no es *Maman* La Grange! Lady Wilde es generosa, juvenil, vivaz y es además un dechado de inteligencia y de intrépida imaginación. Le conté todo lo que le había ocurrido al pobre Traquair y ella me preguntó si ya había rezado una oración por él. Le confesé que no y ella me reprendió. Le dije entonces que quería que las cenizas de Traquair descansaran en suelo norteamericano y ella contestó que así debía hacerse. Que encontraríamos la manera. ¡Le conté que había dejado al pobre Traquair en una lata de galletas, metido en una bolsa de viaje en la consigna de la estación Victoria!

—¿En la estación Victoria? —exclamó. (¡Oh, Robert, deberías haber oído ese grito! ¡Ni la propia Bernhardt habría sido capaz de proferir esas palabras dándoles tan imperioso efecto!)—. ¡En la estación Victoria! ¿Cómo has podido, Oscar?

—Pues porque he llegado a Londres por Brighton —supliqué, intentando así mitigar mi falta.

—¡Qué más da por dónde hayas llegado! —tronó. Entonces, de pronto, las nubes se abrieron en el cielo y una luz iluminó sus ojos. Levantándose y volviéndose hacia mí con una patente sombra de triunfo en su semblante, concluyó—: Pero la bolsa de viaje es en sí una solución, ¿no te parece?

No entendí a qué se refería.

—¿Tú crees? —balbuceé.

—¡Por supuesto! —exclamó.

Y así fue. Siguiendo la sugerencia de mi madre, envié un telegrama a James Russell Lowell, el embajador de los Estados Unidos en Londres, que accedió a encontrarse conmigo al cabo de una hora. Aunque, además de embajador, es poeta y también crítico, por encima de todo es un hombre bueno y maravilloso. Le conté mi historia y —al instante, sin un segundo de vacilación— me prometió ofrecer a mi último y llorado criado una custodia segura hasta los Estados Unidos de América. Washington Traquair será devuelto a su tierra natal con absoluta seguridad: ¡viajará en la valija diplomática del propio embajador! Sí, Robert, Washington podrá por fin descansar en Washington, sus cenizas serán esparcidas en las frías aguas del río Potomac. Creo que fue James Russell Lowell quien escribió: «Todos los sentimientos hermosos del mundo pesan menos que un único acto precioso». Había olvidado ese verso hasta la fecha.

Ayer mismo me encontré con el buen embajador. Esta mañana a las doce me ha acompañado a la estación Victoria y, juntos, hemos recuperado la bolsa de viaje con la lata de galletas. Enseguida le he dado la lata a Lowell, sin ninguna ceremonia. Cuando la ha cogido, se ha limitado a decir: «Su amigo está en buenas manos. Se lo prometo».

Desde Victoria hemos ido en el carrocín del embajador a Grosvenor Square, donde mi amigo George W. Palmer nos ha invitado a almorzar. George W. es hijo de George Palmer, de Huntley & Palmers, los fabricantes de galletas de Reading, la fábrica de galletas más importante del mundo. Cuentan con un contingente laboral de cinco mil hombres y mujeres, y George y su padre — que es además el alcalde de Reading y representa al municipio en el Parlamento— afirman conocer a cada uno de los obreros y obreras de vista y a muchos por su nombre. Los Palmer son buena gente y George W., a pesar de ser cuáquero, es un generoso anfitrión. Aunque el almuerzo de Grosvenor Square no pudo compararse con el desayuno del Pharamond, dadas las circunstancias, fue exactamente *comme il faut*: sopa de guisantes y rodaballo seguido de cordero galés con el consuelo de budín de arroz de postre. Lowell, como buen diplomático, expresó su deseo de comer también galletas con queso. Naturalmente, no era el queso lo que le interesaba, sino las galletas.

Había un cuarto hombre en el grupo: un clérigo, el reverendo Paul White, viejo amigo de la familia Palmer. Según George W., es a él a quien debo mi encuentro con el asesino Maclean. George W. había pensado en invitarle por sí, antes de empezar a comer, nos parecía apropiado levantarnos y recordar a Washington Traquair. Así lo hicimos. Yo pronuncié unas palabras: conté la historia de Traquair tal y como la conocía y hablé de su amabilidad y de la dulzura de su naturaleza. No mencioné el modo en que había fallecido. Dejé entrever que su muerte había sido simplemente un trágico accidente. El reverendo White rezó entonces una plegaria en latín y recitó el salmo vigésimo tercero. Por fin, James Russell Lowell recitó algunos versos de uno de sus poemas:

*La muerte es deliciosa. La muerte es el alba,  
el despertar de una tediosa oscuridad  
de fiebres a la luz y a la verdad...*

El hecho de que esos hombres buenos, que no habían llegado a conocer a Traquair, hablaran con tanto afecto en su memoria me conmovió en lo más profundo. A pesar de que Traquair descansa por fin en paz —a Dios gracias—, yo no lo haré hasta que sepa cómo halló su muerte y quién fue el responsable de lo ocurrido.

Cuando nos levantamos para recordar a Traquair, el reverendo White bendijo la mesa y nos sentamos a almorzar. Fue sin duda una ocasión muy animada. Lowell compartió con nosotros su bendición favorita: «Benditos sean aquellos que nada tienen que decir y que no han de ser convencidos para decirlo». Él, por el contrario, sí tenía mucho que decir y lo hizo presa de la felicidad. En un estilo distinto (menos felicidad y ¡más fatalismo!), el sacerdote se mostró igualmente locuaz. Aunque Lowell y él tienen la misma edad — deben de rondar casi los sesenta años ya—, ahí termina la similitud que les une. El embajador es alto, barbudo y lleva el pelo largo a modo de un profeta del Antiguo Testamento. El clérigo, por su parte, es un hombre de estatura media, calvo y va perfectamente afeitado. Es un converso anglicano, abstemio y vegetariano, y posee firmes opiniones sobre el pecado en general y sobre la inmortalidad del teatro francés en particular. Cuando le dije que estaba trabajando con el gran Edmond La Grange, prometió rezar por mí. Cuando le dije que consideraba a La Grange un gran actor, se limitó a responder: «Y un

consabido libertino».

Cuando le pregunté cómo lo sabía, replicó: «Ese hombre es actor, señor Wilde, y vive en París. ¿Qué más necesitamos saber?».

Por perverso que pueda parecer, cuanto menos coincidía con las opiniones del reverendo caballero, más simpatía despertaba él en mí. Ni que decir tiene que el hombre es víctima de esa espantosa ceguera que la pasión provoca en sus servidores. Aun así, me conmovió su celo y percibí en él una indudable y fundamental bondad.

—¿Dónde ejerce usted su ministerio, padre? —le pregunté.

—Entre los caídos —respondió—. Soy el capellán de la prisión de Reading. Según tengo entendido, va a venir usted a visitarnos, señor Wilde.

—¿Es eso cierto? —pregunté.

—Lo es —respondió—. El lunes, cinco de marzo. Roderick Maclean, el hombre que intentó matar a la reina Victoria, llega a la prisión y Palmer me ha dicho que está usted ansioso por conocerle.

Al parecer, a pesar de nuestros desacuerdos sobre la moral de la profesión teatral, recibí en cierto modo la aprobación del buen reverendo y sin duda tengo interés en visitar la prisión. Pero antes debo regresar a París. Tengo que averiguar la verdad sobre la muerte del pobre Traquair. Y necesito verte, mi querido amigo. Quiero que me cuentes tus novedades. ¿Cómo sigue la vida entre los libertinos?

Afectuosamente tuyo,

OSCAR.

# 12.

## El sabor de la absenta

Oscar había añadido una posdata a su carta:

PD: Tardaré un par de días en regresar a París. Mañana voy a tomar el té con la señorita Constance Lloyd. Es hermosa como un cuadro de Botticelli. Tiene el mismo color y porte que su *Virgen del Magnificat*, la pintura que alberga la galería de los Uffizi de Florencia. La señorita Lloyd tiene una mirada inteligente, una disposición afable, una elegante figura y un nombre hartamente prometedor. Y, toma nota de esto, Robert: es tres años menor que yo. Ten cuidado con las mujeres mayores..., nada puede domesticarlas. Y ten también cuidado con las actrices, ¡no se puede confiar en ellas!

Bajo la primera posdata había añadido una segunda:

«Cuanto más nos hundimos en el océano de la vileza, más fácil es zozobrar en sus aguas». El embajador Lowell pronunció estas palabras durante el almuerzo. (¿O fue quizás el reverendo White? Sea como fuere, me ha parecido que debía compartir la reflexión contigo).

Y, debajo de la segunda, una tercera:

Por favor, avisa a mi hotel de que aguarden mi llegada el viernes o el sábado como muy tarde. Espero tener una travesía plácida. Desde luego, esta vez me aseguraré de no tener nada que declarar en la aduana.

Oscar regresó por fin a París el sábado, 24 de febrero de 1883. Vino directamente al Théâtre La Grange desde la Gare du Nord. Llegó hacia las seis, durante la hora de inactividad que media entre la *matinée* y la función de la noche, y me encontró en el camerino de La Grange, solo, lustrando los zapatos del gran actor. Mi amigo tenía un aspecto maravilloso. Le brillaban los ojos y llevaba un clavel de color amarillo claro en el ojal. Nos dimos la mano calurosamente.

—¿Cómo estás? —pregunté. Estaba encantado de volver a verle.

—¡Exhausto! —exclamó, aunque no lo parecía en absoluto—. Las estaciones de ferrocarril son una pesadilla. Todo el mundo parece tener prisa por tomar un tren..., un entorno en absoluto favorable para la poesía y menos aún para el romance. —Recorrió el camerino con los ojos y bajó la voz—. ¿Estamos solos? ¿Dónde está el maestro?

—Arriba, en el apartamento.

—¿Durmiendo?

—Con su hija. No se encuentra bien.

Oscar frunció el ceño.

—¿Agnès está enferma?

Vacilé.

—Está loca —dije.

—¡Loca! —exclamó. La chispa que hasta entonces había iluminado sus ojos se transformó en un suave destello—. Cuéntamelo todo. —Aunque yo creía que la noticia le turbaría, le vi repentinamente alborozado. Dejó la bolsa de viaje en el suelo y aplaudió, visiblemente encantado. Luego sacó una pitillera de plata del bolsillo de su gabán gris y extrajo de ella un cigarrillo turco que hizo rodar a uno y otro lado entre el pulgar y el índice. Acto seguido se colocó con suavidad el cigarrillo entre los labios y, con brío, se lanzó sobre la tumbona de Molière. Instantes más tarde, ya tumbado y con las piernas cruzadas, encendió una cerilla con un ostentoso floreo y, con los ojos abiertos como platos, me observó por encima de la llama—. Cuéntamelo todo, Robert. Quiero los detalles. ¿Qué ha ocurrido exactamente desde que me fui? ¿Qué ha causado la locura de la señorita La Grange?

—No lo sé —fue mi respuesta.

Oscar arqueó una ceja admonitoria

—Eso no es de mucha ayuda, Robert. ¿Cómo se manifiesta esa «locura»? ¿Hay lágrimas y ataques?

—Sí.

—¿Miradas enloquecidas y espumarajos por la boca?

—Miradas enloquecidas, sin duda...

Oscar aspiró el humo de su cigarrillo.

—¿Lo has visto con tus propios ojos?

—Todos hemos sido testigos de ello. Ha habido ensayos del *Hamlet* a diario esta semana y todos los días, en algún momento de los ensayos, Agnès se ha derrumbado.

Oscar entrecerró los ojos.

—¿Qué ocurre exactamente cuando... se derrumba?

—Se echa a llorar, primero discretamente, y después el llanto gana en intensidad. Es asombroso..., terrible y patético.

—¿Ocurre eso cuando Agnès está en el escenario, en mitad de una escena?

—Sí, aunque también durante las pausas, o cuando está sentada a solas a un lado del escenario, viendo a los demás.

—Y cuando se echa a llorar, ¿quién acude en su ayuda?

—Quien esté más cerca de ella —respondí.

Oscar me miró muy serio.

—Piensa, Robert, te lo ruego. Piensa con calma. Cuando Agnès se derrumba,

¿quién es el primero que corre a ofrecerle consuelo y a reconfortarla? ¿Su padre? ¿Su hermano? ¿Su abuela? ¿Carlos Branco?

—Todos —respondí—. Y Gabrielle, por supuesto. Gabrielle es maravillosa. —Oscar me sonrió—. Carlos Branco también es muy cariñoso —añadí—. Como sabes, Agnès es su hija en la obra. Diría que Carlos encuentra sus repentinos arranques especialmente angustiantes. A menudo se producen durante las escenas que comparten. Esta mañana, cuando Agnès ha estallado en lágrimas, Branco la ha imitado al acto.

Oscar se rió.

—¡Ah, los actores! —exclamó—. ¿Cayeron el uno en brazos del otro mientras lloraban?

—Branco la estrechó entre sus brazos y dijo:

»—Lo entiendo, mi pequeña.

»Pero Agnès le apartó de un empujón y chilló:

»—¡No! ¡No lo entiende! ¡Nadie aquí puede entenderlo!

Oscar sostuvo el cigarrillo delante de él y examinó con los ojos entrecerrados la brasa.

—Y, a juzgar por lo que has observado, *mon ami*, ¿cuál de las distintas personas que le ofrece consuelo le resulta más reconfortante? ¿Quién logra calmarla más? ¿Quién logra que vuelva en sí? Piénsalo bien.

Reflexioné durante un instante.

—Su padre —dije por fin.

—¿Estás seguro? —preguntó Oscar.

—Sí. Su padre. Y su hermano.

—Gracias.

Oscar aspiró lánguidamente el humo de su cigarrillo.

—Y ahora, Robert —dijo, volviéndose a mirarme con una sonrisa en los labios—, si eres tan amable, vuelve al principio. —Exhaló un penacho de humo violeta al aire y siguió su recorrido con una mirada de absoluta admiración—. Vuelve al sábado pasado, si eres tan amable. Vuelve a la tarde de la muerte de Traquair. Agnès y Bernard La Grange. ¿Dónde estaban esa tarde? ¿Se lo preguntaste?

—Lo hice, en efecto, en cuanto recibí tu telegrama.

—¿Y? —Me miró, ansioso por conocer mi respuesta.

—Y... —vacilé.

—¿Y bien? —Abrió los ojos, expectante.

—Agnès no lo recordaba y Bernard se negó a decirlo.

Oscar balanceó los pies hasta depositarlos en el suelo y se tapó el rostro con las manos.

—¡Santo Dios, Robert! ¡Debías ser mis ojos y mis oídos!

—Lo siento —balbuceé con una risilla nerviosa—. Hice las averiguaciones, tal y como tú sugeriste, pero no logré sacar nada en claro. —Me sentía como un auténtico idiota. Me soné la nariz y erguí la espalda—. Oscar —dije—, no creerás en serio que Agnès o Bernard La Grange hayan podido estar implicados en la muerte de Traquair, ¿verdad?

Mi amigo me miró y encogió sus anchos hombros.

—Ahora me toca a mí contestar: ¡no lo sé! —respondió con un suspiro—. Reconozco que es muy poco probable. Tengo la intuición de que las muertes del perro de la señora La Grange y del ayudante de vestuario del señor La Grange deben de estar de algún modo relacionadas. Todavía no sé de qué modo (ni tampoco por qué), pero de ser así, creo que eso libera de toda sospecha a Agnès y a Bernard. Los gemelos no iban a bordo del *SS Bothnia* cuando la desafortunada *María Antonieta* fue enterrada en vida, de ahí que, a mi entender, es improbable que tuvieran algo que ver con la muerte de Traquair. Improbable, aunque no imposible. Simplemente esperaba poder eliminarles del grupo de sospechosos. En este momento, es un grupo realmente multitudinario, pues incluye a todos los que estaban el sábado pasado en las inmediaciones de este camerino al comienzo de la función de *Le Cid*. Si al grupo de actores añadimos a los tramoyistas, a los bomberos y a los miembros de la orquesta, estamos hablando de casi cien personas. Si a eso incluyes al público, ¡la cifra de sospechosos asciende a mil!

—Pero ¿no crees que el suicidio es la explicación más obvia?

—Nunca me ha interesado lo obvio, Robert. A pesar de lo breve de nuestra amistad, deberías saber eso de mí. —Se recostó contra el respaldo de la tumbona, se desabrochó el gabán y, metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una pequeña bola de color marrón del tamaño de una cereza y me la ofreció.

—¿Qué es? —pregunté.

—Un caramelo —respondió—. Un bombón. Sabe a anís. Mi nuevo amigo, el reverendo Paul White, me ha dado una cajita de ellos. Chúpalo, Robert. Verás que tiene el sabor de la absenta sin ninguno de sus destructivos efectos secundarios.

Acepté el dulce que Oscar me ofrecía y lo probé.

—Huelga decir —prosiguió— que lo que el reverendo White no alcanza a apreciar es que, para nosotros, Robert, el sabor en sí no basta. El azufaifo anisado está muy bien por lo que es, pero, como sustituto de la absenta, no llega del todo a dar la talla. ¿No te parece?

Chupé el caramelo.

—Aunque el sabor es agradable —dije—, estoy totalmente de acuerdo contigo, naturalmente. —Le miré, perplejo—. ¿Por qué estamos hablando de este ridículo caramelo, Oscar?

—Porque quiero que entiendas por qué no creo que Washington Traquair pudo

quitarse la vida.

Miré a mi amigo, absolutamente desconcertado.

—Me he perdido, Oscar. Lo confieso.

—Tú y yo somos buscadores de placer, Robert. El placer es lo único por lo que merece la pena vivir, ésa es mi filosofía. Sé que el autoconocimiento es el objetivo primero en esta vida y creo firmemente que lograrlo a través del placer es mucho más acertado que hacerlo a través del dolor. En este punto estoy del todo de acuerdo con los griegos en general y con Epicuro en particular. Es una idea pagana.

—¿Y qué diantre tiene esto que ver con Traquair? —pregunté, de pronto exasperado.

—¡Nada! —exclamó él a su vez—. De eso se trata precisamente. Traquair no era ni pagano ni filósofo, sino un simple criado que nada sabía de los griegos. Era cristiano y norteamericano. Vivía fiel a las leyes que su madre y su Iglesia le habían inculcado. «El suicidio es pecado». Por muy infeliz que fuera, Washington Traquair, temeroso de Dios como era, jamás se habría quitado la vida.

—Pero, Oscar —protesté, señalando a la puerta del cubículo del asistente de vestuario—, no hay más que tener en cuenta la evidencia. Cuando encontramos su cuerpo, la habitación de Traquair estaba cerrada con llave por dentro, ¿o acaso me equivoco?

—Al parecer, así fue.

—Tú encontraste la llave.

—Cierto.

—Y el pobre hombre estaba tumbado boca arriba, con el rostro justo debajo de la llave del gas.

—Así es.

—Y el gas fluía, aunque no había luz en la bujía. El gas venenoso impregnaba el aire.

—No lo niego. —Se levantó y se dirigió a la puerta de la habitación del asistente de vestuario. La puerta estaba entornada y Oscar tiró de ella para abrirla—. Aun así, no dejo de preguntarme quién abrió la llave del gas —prosiguió, adentrándose en la oscuridad que reinaba al otro lado de la puerta—. ¿Fue Traquair quien, a solas en su habitación, abrió la llave situada junto a la bujía y se tumbó a esperar la llegada de la muerte? ¿O pudo ser quizás algún agente externo que, haciendo girar una llave distinta en otra parte del edificio, deseaba envenenar a Traquair durante el sueño? —Oscar volvió a salir al camerino de La Grange y me miró como lo habría hecho un director de colegio—. Robert —inquirió—, ¿has descubierto si hay otra llave que controle el flujo de gas que surte estas habitaciones?

—Lo he hecho, señor —respondí, incapaz de disimular la nota de satisfacción en mi voz. Y, volviéndome de espaldas, abrí la puerta principal del camerino e invité a

mi amigo a que se reuniera conmigo entre bastidores—. Seguí el trazado de la tubería del gas que, desde la habitación de Traquair, atraviesa el tabique que la separa del camerino y que sigue por el rodapié hasta llegar aquí tras atravesar la pared exterior.

Oscar estaba ya junto a mí. Nos encontrábamos justo al otro lado del camerino de La Grange, a la izquierda de la puerta. Señalé al suelo. En un rincón, a ras de suelo, justo donde la pared exterior de madera del camerino se encontraba con el muro de ladrillo del teatro, había una pequeña llave metálica en la tubería de gas no más grande que un florín. Apenas se veía en la semioscuridad. Oscar se cogió de mi brazo con la mano izquierda y, no sin cierta dificultad, agachó su prominente cuerpo y se puso de cuclillas durante un instante a fin de inspeccionarla.

—Está cubierta de polvo —dijo. Con la mano derecha intentó hacer girar la llave—. Va muy dura. —Se levantó trabajosamente y se examinó los dedos—. Y está muy sucia.

—Y abre y cierra el paso del gas hacia el camerino de *monsieur* La Grange y también del cubículo del asistente de vestuario —añadí—. Es imposible alterar el paso del gas a una habitación sin alterar también el de la otra.

Oscar dejó escapar un gruñido ronco y buscó su pañuelo en el bolsillo. Mientras se limpiaba los dedos, yo continué:

—Hay una tercera llave..., si te apetece verla.

Me miró y asintió con la cabeza.

—Tenemos que verlo todo, Robert. El ojo es la libreta del poeta... y del detective.

—Está junto a la entrada de artistas, e igual de sucia.

—Cogeré mi bolsa —dijo, regresando al camerino para recoger su equipaje.

Esperé junto a la puerta, observándole. Cuando hablaba, Oscar daba muestras de una inigualable precisión en el lenguaje. Su forma de utilizar las manos era también única. Tenía la costumbre de ilustrar el significado de sus palabras con un gesto: un giro de muñeca o de los dedos. Solo en el camerino de La Grange, contemplando la escena, levantó la mano derecha y se llevó el índice a la sien. Miró en derredor y masculló entre dientes:

—Lo reconozco: soy un soñador. —Cruzó entonces la habitación y volvió a examinar el oscuro cubículo del asistente de vestuario. Alzó ligeramente la voz—. Soñador, Robert, es aquel que sólo puede encontrar su camino a la luz de la luna. Su castigo es que ve amanecer antes que el resto del mundo. —Se volvió hacia el interior del camerino y vino a reunirse conmigo, deteniéndose brevemente junto al tocador de La Grange. Una vez allí, se inspeccionó las yemas de los dedos y luego, con sumo cuidado, abrió el cajón del tocador con el pulgar y el índice—. El revólver —dijo—. El Colt... ya no está aquí. —Cerró el cajón y me miró—. ¿Dónde has dicho que íbamos? —preguntó.

—A la entrada de artistas.

Me adelanté, rodeando las bambalinas tenuemente iluminadas al tiempo que señalaba a nuestro paso la fina tubería de gas que corría paralela a la pared del teatro a pocos centímetros del suelo.

—La tubería de gas termina aquí —expliqué cuando nos detuvimos muy juntos en el diminuto vestíbulo situado delante de la cabina del portero del teatro. Una vez más, señalé al suelo—. Ésta es la otra llave que abre y cierra el gas que llega hasta la bujía del camerino. Como ves, va tan dura como la del camerino.

—No dudo de tu palabra, Robert —dijo Oscar. Aun así, se apoyó en mí de nuevo y, dejando escapar un suspiro, se agachó para inspeccionar la llave del gas y la tubería. Cuando, no sin cierta dificultad, se hubo arrodillado, la puerta de la calle se abrió de par en par dejando entrar una ráfaga de viento gélido y con ella al genial director de la Compagnie La Grange. Edmond vio a Oscar y gritó alegremente:

—¡Levantaos, señor, y abandonad tan semiyacente postura! Resulta absolutamente indecorosa y del todo innecesaria.

Oscar se volvió a mirar a Edmond La Grange y se echó a reír. Cuando el discípulo de la belleza y autoproclamado profesor de estética se puso en pie sin el menor asomo de elegancia en sus movimientos, el actor más célebre de Francia siguió hablando, sin abandonar en ningún momento su vena burlesca:

—Con una simple genuflexión es más que suficiente, Oscar. De hecho, antes de una función estoy dispuesto a conformarme con una ligera inclinación de cabeza y una mera zalema. —La Grange tomó a Oscar de la mano—. ¿Dónde ha estado, *cher collaborateur*? ¡Le hemos echado de menos! ¡Le necesitábamos! —Oscar quiso decir algo, pero el actor estaba lanzado—. Nuestra producción está haciendo progresos maravillosos... Éste será sin duda un *Hamlet* a considerar..., aunque, naturalmente, estrenamos el lunes de la semana que viene, de modo que los nervios están a flor de piel. Queda todavía mucho por hacer, y confío en que haya usted regresado para ayudarnos a conseguirlo.

—Sí —empezó Oscar. Sin embargo, antes de que pudiera continuar, La Grange se había vuelto de espaldas para abrir la entrada de artistas y dar paso a Agnès y a Gabrielle de la Tourbillon. Las dos damas entraron riéndose y con los cuellos de piel de sus abrigos levantados contra el frío. Desde debajo de sus elegantes sombreros tocados con plumas nos miraron con los ojos expectantes y abiertos como platos.

—¡Ah, Oscar! —gritó Gabrielle—. ¡Ha vuelto! Cuánto me alegro.

—Señor Wilde —dijo Agnès, saludando con una elegante reverencia—. Cuarto acto, escena quinta... Todas esas extrañas flores inglesas. Necesito su consejo. —Se acercó a él con una sonrisa en los labios y le ofreció la mano.

Oscar la tomó en la suya y la besó al tiempo que murmuraba hacia mí mientras ella se alejaba:

—Si esto es locura...

—Oscar... —tronó La Grange—, debo pedirle un favor. La señorita de la Tourbillon, la señorita La Grange y yo vamos a dar a nuestro público más de lo que se merece..., ¡vamos a dárselo todo! Esta noche le estamos ofreciendo *El burgués gentilhomme*. Al término de la función, las señoras necesitarán cenar. Han tenido una larga semana... y bien merecen un premio. Me es del todo imposible agasajarlas: es sábado por la noche y tengo que ocuparme de la contabilidad con el señor Marais. ¿Sería usted tan amable?

Oscar dedicó a las damas una inclinación de cabeza.

—Señoritas, será para Robert y para mí un honor acompañarlas esta noche. Estaremos a su servicio en cuanto caiga el telón.

La Grange le sonrió encantado y se volvió luego hacia mí, apuntándome al pecho con el dedo.

—Y usted, *mon petit*, estará a mi servicio dentro de dos minutos, si no le importa.

—Por supuesto, señor. Todo está ya dispuesto en su camerino. Estaba acompañando a Oscar a la puerta.

Edmond La Grange condujo con un floreo de su mano derecha en alto a sus damas protagonistas al interior del teatro. Agnès se despidió con una nueva reverencia y Gabrielle me acarició la mejilla al pasar.

En el callejón situado fuera del teatro, Oscar me preguntó:

—¿Sigues enamorado de la hermosa señorita de la Tourbillon?

—Por supuesto —fue mi respuesta—. Más que nunca.

—¿Y eres correspondido?

—No lo sé. Puede que sí..., aunque creo que está confundida.

—Tiene treinta años, Robert. Es demasiado mayor para albergar confusión alguna.

—Me refiero a que podría amarme de no ser por Eddie Garstrang.

—¿Eddie Garstrang? —preguntó Oscar, deteniéndose en seco.

—Sin duda se está convirtiendo en un auténtico estorbo.

—Vamos, Robert, deja que la haga suya. Garstrang tiene su misma edad, y por norma general es un hombre que siempre consigue lo que se propone.

—Esta vez no —dije—. ¡Le he retado a un duelo!

—¿A un duelo? —Oscar se echó a reír—. No seas absurdo, Robert. No puedes estar hablando en serio.

—Completamente en serio.

—No puedo creerlo, Robert.

—Es cierto. Te lo explicaré después. Ahora debo irme, Oscar. La Grange debe de estar esperándome. Debo irme.

—Has perdido la razón, amigo mío. —Oscar me gritó cuando yo corría ya de regreso al teatro—: ¡Si hay aquí algún loco, ése sin duda eres tú, Robert!

# 13.

## Le Chat Noir

No, no estaba loco. Estaba enamorado. Gabrielle me había hechizado. Yo tenía veintiún años, era torpe, inocente, impetuoso, estaba abrumado por el deseo y no tenía ninguna experiencia con las mujeres. Ahora puedo volver la vista atrás y sonreír ante lo absurdo de mi situación, pero hasta aquel entonces jamás había conocido una pasión tan turbadora y profunda.

La función del sábado por la noche de *Le bourgeois gentilhomme* transcurría sin incidentes. Yo disfrutaba del espectáculo desde mi lugar habitual entre bastidores. Tal como La Grange había prometido, su *troupe* y él lo dieron todo. La energía llenaba el escenario como el rayo, y la risa, cual trueno, colmaba el auditorio. En cuanto la función tocó a su fin y terminé de desvestir, lavar y secar al gran hombre y él terminó de mirarse en su espejo de cuerpo entero y se puso el batín, Richard Marais entró caminando pesadamente al camerino con su pluma, la tinta y el libro mayor.

—El trabajo —suspiró La Grange con una sonrisa hastiada—, a eso se ha reducido mi vida. —Asintió con la cabeza para indicarme que podía retirarme—. *Amuses-toi-bien, mon petit* —murmuró, pellizcándome la mejilla—. Cuida de las señoras y también de ti. Mañana será otro día.

Encontré a las señoras instaladas con Oscar en un elegante landó al final del callejón que llevaba hasta la entrada de artistas. Se mostraban tan alegres y alborozados como antes de la función.

—¿Por qué ha tardado tanto? —preguntó Gabrielle, tomándome la mano en cuanto subí al coche—. Estábamos esperándole.

—He tenido que desvestir al señor —expliqué. Cuando ocupé mi lugar en el interior del vehículo, ella siguió con su mano en la mía y me besó en la mejilla. Tenía el rostro cubierto de un maquillaje típicamente teatral. Aunque el carruaje estaba a oscuras, alcancé a ver que se había dado colorete en los pómulos y que llevaba un lunar artificial a un lado de la boca.

—No nos hemos cambiado —declaró Agnès La Grange con una risilla—. Hemos salido con el vestido de la función.

—*Tout décolleté* —sonrió Gabrielle, tomando de nuevo mi mano y deslizándola dentro de su capa hasta depositarla brevemente entre sus pechos.

—*Monsieur Wilde* dice que estamos perfectas para ir allí donde vamos. —La piel dorada de Agnès estaba oculta bajo una máscara de polvos blancos, de modo que sus

enormes ojos parecían más grandes que nunca. Se volvió a mirar a Oscar e hizo revolotear sus pestañas con patente coquetería.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A Montmartre —dijo Oscar. Y le gritó al cochero—: Al bulevar de Rochechouart, *monsieur*.

Cuando el landó arrancó bruscamente, Oscar supervisó nuestro grupo con la expresión de satisfacción propia de quien fuera dueño y señor. Intuí que mi amigo había pasado la noche disfrutando de una botella de absenta y no de una caja de caramelos anisados.

—Vamos a Le Chat Noir —anunció—. Es un bar, restaurante y también cabaret..., y es además una forma de vida. O al menos eso es lo que dicen. Es un local célebre. No hace mucho que ha abierto sus puertas. Aunque yo todavía no lo conozco personalmente, Sarah Bernhardt lo recomienda. Dice que es la idea que el diablo tiene del cielo en la tierra: está lleno de poetas dementes y de actores tristes. ¿O es quizás al revés? En cualquier caso, dice Sarah que nos encantará y que estará allí para asegurarse de que nos cuiden bien.

—Adoro a Sarah Bernhardt —dijo Agnès sin disimular su entusiasmo—. La conozco desde que era niña. Aunque no llegué a conocer a mi madre, pues murió al nacer yo, me gusta pensar que debía de parecerse a la señora Bernhardt. ¿Creen ustedes que me parezco a ella? Mi hermano dice que sí.

Oscar se rió.

—No se parece usted en nada a Sarah Bernhardt. Su hermano se burla de usted. —Se inclinó hacia delante en su asiento y tomó en la suya la mano de Agnès—. Posee usted una belleza propia —dijo—. Esta noche parece una auténtica muñeca de porcelana.

—Esta noche me siento muy feliz, señor Wilde —respondió Agnès—. Estoy enamorada.

—¿Es cierto eso? —preguntó Oscar, volviendo a recostar la espalda contra el respaldo del asiento y sacando un cigarrillo—. Cuéntenos más.

—No puedo —replicó Agnès, volviéndose a mirar por la ventanilla del carruaje—. Todavía no. Es un secreto.

Se hizo el silencio en el interior del coche. Todos miramos por la ventanilla. Aunque ya era tarde —pasadas las once—, las colinas de Montmartre eran un mar de gente y de tráfico: juerguistas borrachos se empujaban en las calzadas, serpenteando entre carros y carruajes; los perros rebuscaban en las alcantarillas; en las esquinas, las gitanas vendían sus flores y los organistas y las damas de la noche ofrecían sus servicios.

—¿Veremos también al marido de Sarah? —preguntó Gabrielle—. ¿O a su amante?

—A ninguno de los dos —respondió Oscar, arrojando el cigarrillo encendido por la ventanilla del carruaje. El cigarrillo trazó una espiral en el aire de la noche como un diminuto fuego de artificio antes de aterrizar sobre los adoquines y desaparecer al instante bajo el casco de un caballo—. Le Chat Noir es un local para actores y artistas, poetas y pintores, no para brutos y aburridos. Sarah ha prometido que acudiría acompañada de Jacques-Émile Blanche.

—¡Le conozco, le conozco! —exclamó Agnès, visiblemente excitada—. Está pintando mi retrato. Es un encanto.

—Conozco a su padre —intervino Gabrielle—. Al menos, he coincidido con él. Edmond le conoce. Es médico, ¿me equivoco? ¿En Passy?

—Sí —respondió Agnès—. En Passy. Es el director del manicomio.

Le Chat Noir no era lo que yo había esperado. Llamarlo bar, restaurante y cabaret era cuando menos absurdo. El establecimiento al completo constaba simplemente de un par de diminutas habitaciones que albergaban como mucho una docena de mesas. Desde la calle tenía todo el aspecto de uno de esos sencillos cafés de provincias, con las ventanas cubiertas de cortinas de encaje de algodón rojo. Resultó tarea difícil lograr tener una impresión de la decoración del interior: las habitaciones estaban únicamente iluminadas por la luz de las velas, llenas de humo y tan abarrotadas que todos los presentes —de pie o sentados— estaban voluntaria o involuntariamente en contacto físico con la persona o personas que tenían al lado.

A juzgar por el extraordinario aspecto de nuestro grupo —Gabrielle y Agnès vestían sus galas del siglo XVIII y Oscar era el vivo retrato del emperador Nerón disfrazado de petimetre típico de la Regencia—, en cualquier otro lugar nuestra llegada habría causado cierta conmoción. Sin embargo, en el número 84 del bulevar Rochechouart nuestra aparición pasó por completo desapercibida. No sin cierta dificultad, y con Oscar al frente, nos abrimos paso a empujones entre la multitud que abarrotaba el local. Por fin encontramos a Sarah Bernhardt al fondo de la segunda sala, sentada a una mesa con tablero de mármol. Vestía un *sarong* verde y oro, llevaba el cabello de color bermejo decorado con diamantes, y sostenía entre las manos una jarra de estaño llena de vino tinto.

—*Mes enfants!* —gritó, abrazándonos uno a uno—. Bienvenidos al *Salon des Arts Incohérents*. Conocen ustedes a los chicos, ¿verdad?

Había dos jóvenes sentados a ambos lados de la gran actriz. Uno, pálido y de ojos redondos, era el artista Jacques-Émile Blanche. Se levantó al instante, saludando nuestra llegada con una tímida sonrisa, y besó con suavidad a Agnès en los labios. El otro —mayor, más corpulento y entrado en carnes, con un pelo negro e indómito y un mostacho de morsa— era Maurice Rollinat, el poeta de grises labios. Cuando le saludamos, él se limitó a cerrar los ojos e inclinó a un lado su pesada cabeza.

—Maurice está exhausto —explicó Sarah Bernhardt, gritando para hacerse oír por

encima de la algarabía que reinaba en el bar—. Ha participado en el cabaret de esta noche.

—¿Canta acaso? —pregunté.

—Así es —respondió la actriz—, aunque esta noche nos ha recitado un poema. Ha sido extraordinario..., absolutamente sorprendente. Hablaba sobre... —Vaciló.

Rollinat abrió los ojos.

—La cópula —tronó.

—Eso es —dijo Sarah entre risas—. El poema narra la historia de un niño y una niña que se adentran en los bosques juntos y ven a un toro y a una vaca apareados.

—*La vache au taureau* —intervino Oscar—. Conozco el poema. Es una obra maestra. Hay en él el auténtico aliento de la naturaleza. El mundo no ha leído nada semejante desde Lucrecio.

Rollinat se inclinó hacia delante en su silla y dedicó a Oscar una sonrisa de oreja a oreja. Aunque tenía unos dientes marrones, su sonrisa era generosa.

—*Monsieur*, si no está usted borracho, merece estarlo. ¿Me permite que le invite a una copa?

—Tengo hambre —exclamó Agnès fingiendo un sollozo—. ¡Necesito comer!

—Y comerá —declaró Jacques-Émile Blanche—, ¡de inmediato! —Le acarició las mejillas con las manos ahuecadas y de pronto, como un muchacho que se zambulle en el mar desde una roca, se volvió de espaldas y se sumergió entre el gentío.

Sarah Bernhardt dedicó a Agnès una mirada no exenta de ansiedad.

—¿Y cómo está usted, mi pequeña? ¿Le ha vuelto ya loca el papel de Ofelia? Debe saber que a veces ocurre. También yo he hecho ese papel.

—Estoy bien, señora Bernhardt —respondió Agnès—. Feliz porque estoy enamorada. Y por fin libre.

Mientras Agnès hablaba, Jacques-Émile Blanche regresó a la mesa cargando con dos taburetes sobre su cabeza. Le seguía un camarero con otros dos. En cuestión de minutos, los siete que formamos nuestro grupo —tres actrices, tres poetas y un pintor— estábamos sentados en un pequeño círculo como un puñado de hadas en un coro, comiendo pan con queso, salchichas frías y tomates dulces, bebiendo un toscó vino del Ródano y sidra, fumando cigarrillos turcos y franceses y hablando de la vida, del amor, de la muerte y de la locura. Y de la cópula.

Esa noche en la sala llena de humo de Le Chat Noir supe que estaba destinado a convertirme en el amante de Gabrielle... y quizás, algún día, también en su marido. Durante dos horas, mientras comíamos, bebíamos, nos reíamos y suspirábamos juntos, ocultos tras la diminuta mesa del café con tablero de mármol, su mano reposó sobre mi muslo derecho. De vez en cuando, cuando Rollinat hablaba de la carnalidad, de los apetitos corporales y de la lujuria que corre más allá del deseo, los dedos de

Gabrielle se retiraban de mi pierna hasta presionar la línea de la vida de mi mano. Jamás había disfrutado de una sensación más embriagadora.

Rollinat era un hombre valiente. Decía cosas que otros hombres ni siquiera se atrevían a pensar. Habló del asesinato, de la violación, del robo y del parricidio, aunque no como crímenes que él deplorara, sino como fenómenos que había que comprender... y experimentar. Oscar le escuchaba embelesado y de vez en cuando sacaba un lápiz para anotar alguna de las expresiones utilizadas por el poeta francés. Ellos eran quienes dominaban la conversación. Mi amigo compartía con Rollinat la fascinación por la perversión y disfrutaba sobremanera del desprecio sin ambages que el poeta mostraba hacia la moral convencional.

—Ser buenos, según el vulgar estándar de la bondad, es realmente fácil —declaró Oscar—. Simplemente basta para ello cierta dosis de sórdido terror, cierta falta de pensamiento imaginativo y una baja pasión por la respetabilidad de la clase media.

—¿Podemos obrar como nos plazca en este mundo? —preguntó Agnès, mirando a Oscar con ojos interrogantes—. ¿No importa acaso la moral?

—Lo que importa es la bondad —replicó mi amigo—. Y la cortesía —añadió, alzando su copa en dirección a la muchacha—. La belleza importa en gran medida.

—Pero ¿y la moral? —insistió Agnès—. ¿Qué opina usted de la moral? Mi abuela dice que, de todos nuestros sentidos, el «sentido de la moral» es el más importante.

Oscar aspiró el humo de su cigarrillo y declaró despacio y deliberadamente:

—Jamás he conocido a nadie en quien predominara el sentido de la moral que no fuera cruel, despiadado, vengativo, estúpido y desprovisto del menor grado de humanidad. Sin ser mi intención faltar al respeto a su abuela, quien, según creo, fue en su día una gran actriz, preferiría tener cincuenta vicios contra natura que una sola virtud antinatural.

—Oscar —protestó Sarah Bernhardt, agitando hacia él un dedo admonitorio—, ¡a veces va usted demasiado lejos!

—Se equivoca usted, Sarah. ¡Yo nunca llego lo suficientemente lejos!

Al tiempo que la risa reverberaba alrededor de nuestra diminuta mesa, el tablero de mármol quedó de pronto bañado en vino tinto. A Agnès se le había caído la copa de la mano y la había volcado sobre la mesa. El tallo de cristal se había partido y la copa se había roto en dos pedazos. Había vino por todas partes. Agnès se deshizo en un mar de lágrimas.

—Lo siento —sollozó.

Instintivamente, en el preciso instante en que el cristal estalló y la joven lanzó un grito, todos nos apartamos de la mesa. Gabrielle retiró la mano de mi pierna, Rollinat empujó hacia atrás el taburete en el que estaba sentado y Sarah Bernhardt se levantó de un salto y corrió a rodear los hombros de Agnès con el brazo. Jacques-Émile Blanche se levantó también y, haciéndose con un trapo de un camarero cercano,

empezó a secar el líquido violeta que había empezado ya a gotear al suelo desde el borde de la mesa.

—¿Quién podía imaginar que una copa tan pequeña podía contener tanto vino? —masculló Oscar.

—Debo irme a casa —jadeó Agnès entre sollozos.

—Puede quedarse aquí, en mi estudio —dijo Sarah Bernhardt.

—Regrese a Passy —intervino Jacques-Émile Blanche.

La muchacha alzó hacia el joven artista unos ojos angustiados y enrojecidos.

—Estoy perdida —sollozó—. No sé qué hacer.

—Está usted exhausta, eso es todo —la corrigió Sarah, intentando calmarla—. Ya le he dicho que también yo he representado ese papel.

—Vamos a casa —dijo Gabrielle.

—La llevaremos —se ofreció Oscar—. Mi coche de alquiler espera.

Y así era. Tanto en los buenos como en los malos tiempos, tener el coche esperando en la puerta era una de las extravagancias habituales de Oscar Wilde. Gabrielle abrochó la capa de Agnès sobre los hombros de la muchacha. Acto seguido murmuramos apresurados adioses a la señora Bernhardt, a Blanche y a Rollinat y, apretujados e inclinados hacia delante como viajeros apostados contra un brezal barrido por el viento, nos abrimos paso a empujones hasta salir del café todavía abarrotado a la calle. En el exterior nos recibió el aire frío, cortante y maravillosamente refrescante de la noche.

—Ya me siento mucho mejor —dijo Agnès, tomando asiento en el landó.

—Llega el júbilo y el dolor nos abandona sin que alcancemos a entender cómo —comentó Oscar.

Agnès sonrió y se secó los ojos antes de poner su mano en la de mi amigo.

—Creo que la señora Bernhardt está en lo cierto. Encarnar a Ofelia me ha vuelto un poco loca.

—Todos estamos un poco locos —dijo Oscar con ojos brillantes—. Eso es lo que nos hace interesantes.

Cuando llegamos al Théâtre La Grange, el carruaje esperó al fondo del callejón mientras Oscar y yo acompañábamos a las señoras a casa. Nos quedamos durante un instante al pie de la escalera que llevaba a la puerta del apartamento de La Grange. Toqué el brazo de Gabrielle e intenté atraerla hacia mí y ella negó suavemente con la cabeza y se apartó.

—Gracias por una noche tan deliciosa, señor Wilde —susurró Agnès, ofreciéndole su rostro manchado de lágrimas para que él lo besara—. Espero no habérsela estropeado.

—Al contrario —respondió Oscar con una sonrisa—. Ha sido usted, es usted...

Sin embargo, antes de que pudiera completar el cumplido, se vio interrumpido

por un chasquido de cerrojos. Una llave giró en una cerradura. La puerta del apartamento se abrió de par en par y se oyó ladrar la voz de un hombre:

—¿Dónde han estado? Llegan tarde.

—No mucho —respondió Gabrielle, volviéndose hacia la figura que esperaba en la puerta. El hombre salió al escalón y se balanceó de un lado a otro. Iba en mangas de camisa y llevaba el chaleco desabrochado. Sostenía en una mano una lámpara de aceite y en la otra una pistola. Era Eddie Garstrang.

Tras tomar rápidamente a Agnès de la mano, Gabrielle subió corriendo las escaleras.

—¡Está usted borracho! —dijo a Garstrang, aunque no se dirigió a él de un modo desagradable. Y, cuando él fue a hablar, ella le detuvo, pegando sus labios a los del norteamericano. Eddie volvió a desaparecer en la oscuridad del pasillo que tenía a sus espaldas y Gabrielle y Agnès le imitaron. Cuando la puerta se cerraba ya, las dos mujeres se volvieron a mirarnos, antes de sonreír y de despedirse de nosotros con la mano.

—¡Buenas noches! ¡Gracias! —gritaron—. *À demain.* —Oímos entonces girar la pesada llave en la cerradura y el chasquido de los pestillos al cerrarse.

—Voy a matar a ese hombre —dijo a Oscar.

Él se rió.

—Es mucho más probable que te mate él a ti.

# 14.

## Pistolas al amanecer

Cuando volvimos a subir al carruaje, Oscar entrelazó su brazo al mío y dijo:

—Espero, mi querido amigo, que no estés hablando en serio sobre tu intención de batirte en duelo.

—No he hablado más en serio en toda mi vida, Oscar —respondí.

Él negó con la cabeza y suspiró.

—Es una idea absurda, Robert.

—Es una cuestión de honor.

—No seas ridículo.

—Son muchos los hombres buenos que se han batido en duelo por asuntos del corazón —añadí—. El duque de Wellington, por ejemplo.

Oscar soltó un bufido.

—¡El duque de Wellington! —Se inclinó de pronto hacia delante en su asiento y gritó al cochero—: Llévenos a Passy, cochero. Al Hotel Lamballe. Deprisa.

El carruaje arrancó con una sacudida.

—¿Vamos a Passy? —pregunté.

—He decidido acompañarte al asilo de chiflados del doctor Blanche, Robert. Tienen allí a un paciente que cree ser el emperador Napoleón. Te sugiero que te batas en duelo con él.

Miré a Oscar. Lo hice directamente a los ojos.

—No lo entiendes, ¿verdad? Amo a Gabrielle y será mía. Nada puede interponerse en mi camino.

Mi amigo levantó las manos en el aire.

—¡Oh, Robert, Robert, Robert! —exclamó—. La dama no lo merece. Ya has visto cómo se comporta.

Me volví a mirar por la ventanilla del carruaje. El bulevar del Temple estaba desierto: no había ni un alma a la vista, ni siquiera un perro hurgando entre las basuras. A lo lejos, el reloj de una iglesia dio las dos. No dije nada. Oí a Oscar buscar su pitillera. La abrió y me la acercó.

—Deberías probar uno de éstos —sugirió—. Son norteamericanos. El tabaco está tostado y no secado al sol.

Me volví hacia él, cogí uno de sus cigarrillos y, a la luz de su cerilla encendida, estudié su rostro ancho y bondadoso y sus cálidos ojos de color ámbar.

—El duque de Wellington era soldado, Robert —observó con suavidad—. Un hombre de armas. Y dudo mucho que su contrincante fuera un tirador profesional.

—Ya es demasiado tarde —repliqué—. Estoy comprometido. He lanzado un desafío y el desafío ha sido aceptado. —Me reí de mí mismo—. Será con pistolas al alba.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Al alba —repetí, aspirando el humo del cigarrillo—. Mañana..., es decir, esta noche. El domingo por la mañana en el puente de Buttes Chaumont.

—¿Dónde solía levantarse el patíbulo?

—Sí. Dentro de cuatro horas.

—Santo Dios —murmuró.

—Garstrang llevará las pistolas —dije. Aspiré hondo el humo del cigarrillo—. Me gusta el sabor de este tabaco, Oscar. Sí, ya sé que el sabor no es suficiente para nosotros, pero me gusta de todos modos. ¿Cómo se llaman estos cigarrillos?

—Lucky Strike<sup>[2]</sup> —respondió Oscar con una sonrisa—. Quizá sea un buen augurio.

No recordaré con regocijo las primeras horas del domingo, 25 de febrero de 1883. En cuanto cayó en la cuenta de que yo hablaba en serio, Oscar hizo entrega de dos monedas de plata al cochero y le dio orden de que cambiara de rumbo y se dirigiera a Montmartre.

—Es demasiado tarde para acostarnos y estamos demasiado lejos para ir a Passy. Si los dioses nos acompañan, encontraremos a Sarah en su estudio. Podemos esperar con ella hasta que rompa el día.

Sarah Bernhardt tenía dos residencias en París. Una era su casa del *arrondissement* XVII, que albergaba su parque zoológico y donde recibía. La otra era su estudio en Montmartre, donde huía del mundo y donde se dedicaba a la escultura y a la pintura. El estudio estaba a un tiro de piedra de Le Chat Noir, en una callejuela tranquila y adoquinada situada al pie de la colina en la que están construyendo actualmente la magnífica basílica del Sagrado Corazón. El estudio debió de ser en su día un granero o un almacén: era una única habitación inmensa con el suelo de piedra y altas paredes de ladrillo encalado. En un extremo de la habitación, a dos tercios de la altura de la pared, había un balcón de madera que hacía las veces de dormitorio de Sarah. En el centro de la sala, bajo una inmensa araña de hierro forjado, se erigía una tarima elevada y rectangular como un pequeño escenario cubierta de sábanas y abarrotada de esculturas de Sarah, algunas de barro, otras de piedra, algunas completas, la mayoría inacabadas: cabezas, figuras, una leona, un unicornio, un elefante africano y un surtido de aves de presa.

Sarah estaba sola. Aunque se había soltado el pelo, seguía llevando el *sarong* verde y oro que vestía cuando nos habíamos despedido de ella hacía apenas una hora.

Aun así, nos saludó como si hubieran pasado meses, e incluso años, desde nuestro último encuentro.

—¡Han vuelto mis hijos pródigos! —gritó, abrazándonos con cariño—. ¡Ah, Oscar, querido mío! ¡Y el amigo de Oscar! —jamás hizo el menor esfuerzo por recordar mi nombre—. ¡Esto bien merece una celebración! —Descalza, corrió a la tarima y desde detrás de un bloque de alabastro sacó unas botellas de brandi y de champán—. Recuerdan ustedes las últimas palabras del Cebado Becerro de la parábola, ¿verdad? «¡He oído que el joven señor ha vuelto!». Estoy encantada de volver a verles. —Nos dio a ambos un «Bernhardt» (un dedo de brandi y un dedo de champán)—. Divino, ¿no les parece? —Y, acomodándose cruzada de piernas en el borde de la tarima, nos invitó a sentarnos en un lecho de cojines situado a sus pies—. ¿Alguna novedad del Rialto? —preguntó—. ¿Está Agnès a salvo? Temo por ella. Ofelia es un papel terrible: primero es aburrida; después se vuelve loca, y, por último, termina paseada por el escenario en un ataúd.

—Para eso utilizan una réplica de cera —intervino Oscar, instalándose en los cojines con cierta dificultad.

—Me alegra saberlo. Cuando yo la representé, los malditos portadores del ataúd no hacían más que soltarme al suelo entre bastidores. Estaban enfadados porque me negaba a acostarme con ellos. ¡Todos quieren acostarse con Ofelia! ¡Eso es precisamente lo que vuelve loca a la pobre muchacha! —Soltó una risa desahogada y volvió a llenar nuestras copas—. La fiesta que sucede a la fiesta es siempre la mejor fiesta, ¿no les parece? —dijo, mirándonos con lágrimas de júbilo y de agotamiento en los ojos—. ¿A qué se debe su visita? ¿Por qué han venido a ver a tía Sarah? Vamos, soy toda oídos.

Si bien es cierto que Oscar empezó a explicar, no llegó muy lejos. En cuanto mencionó la palabra «duelo», la señora Bernhardt se levantó de un brinco y cayó sobre él. Literalmente, cayó en sus brazos.

—¡Ah, Oscar, no sabe lo orgullosa que estoy de usted! De haber sido un hombre, ¡me estaría batiendo en duelo a diario! Es el deporte más noble de cuantos existen. Le saludo, mi querido amigo. ¿Cuál es el motivo de la disputa y con quién?

—No es mi disputa —respondió Oscar, intentando en vano desembarazarse del tierno abrazo de Sarah.

—¿Hace esto por otro hombre? —jadeó la gran actriz—. Oscar, ¡es usted mi héroe!

Él se rió, visiblemente incómodo.

—No, Sarah —dijo—, no me está entendiendo. No soy yo quien ha de batirse en duelo, sino Robert.

La octava maravilla del mundo se volvió entonces a mirarme.

—¡Ah, el amigo de Oscar! —exclamó—. Me siento orgullosa de conocerle.

Gradualmente, mientras disfrutábamos de más brandi y champán, no sin ciertos malentendidos en el curso de la conversación, Oscar y yo explicamos la secuencia de acontecimientos que nos había llevado a la puerta del estudio. Al principio, Sarah dio por hecho que era Agnès La Grange el objeto de mi deseo. Expresó entonces su perplejidad ante el hecho de que un artista de temperados modales y de una sensibilidad como los de Jacques-Émile Blanche hubiera aceptado mi desafío. Entonces, cuando por fin entendió que era Gabrielle de la Tourbillon el objeto de mis atenciones, me advirtió de que Edmond La Grange era un seductor implacable y por definición un actor protagonista y un tirador letal.

—Tiene una Jarrett. Yo misma se la regalé. —Por fin, cuando entendió que mi rival no era ni artista ni actor, sino un jugador de cartas norteamericano del que ella jamás había oído hablar, declaró—: Suya es la gloria, amigo mío. No puede usted fallar. Pero deberá para ello dormir al menos dos horas; necesita estar fresco para la batalla. ¡Vamos! —Tiró de mí hasta ponerme en pie y tomó mis manos en las suyas—. En mi casa, podría usted dormir en mi ataúd. Aquí, sin embargo, puede hacerlo en mi diván. ¡Allí! —Señaló una escalerilla de cuerda que colgaba del balcón de madera situada en el extremo más alejado del estudio—. ¡Trepe a mi cama, cierre los ojos y sueñe con la victoria!

Así lo hice..., aunque no soñé con la victoria. Soñé que me ahogaba y que era barrido por una interminable marea de aguas turbulentas, girando despacio y sin fin al tiempo que el torrente me engullía. Y entonces, de pronto, desperté y vi a Sarah de rodillas sobre mi almohada con una humeante taza de café en la mano.

—Tómese esto. Son las seis. Oscar tiene un carruaje en la puerta.

Un frío penetrante reinaba en la mañana. Cuando subí al carruaje, el cochero, envuelto en mantas y cubierto bajo un velo de niebla, se guardaba en el bolsillo las monedas que Oscar le había dado. Me miró desde lo alto del pescante y masculló:

—Ya se lo he dicho a su amigo: le dejaré al llegar al parque. No pienso participar en esto. Si lo hago y alguien llama a la policía, pierdo mi licencia. ¿Está claro?

Asentí con la cabeza, cerré los ojos y me arrebujé junto a Oscar en la parte trasera del carruaje.

—¿Seguimos pues adelante con esta locura? —preguntó con un ronco susurro.

—Sí —fue mi respuesta—. Debemos hacerlo.

Tardamos menos de media hora en llegar desde La Butte de Montmartre a Buttes Chaumont. Cuando salimos del estudio de Sarah, estábamos envueltos en oscuridad. Cuando llegamos a nuestro destino, una pálida luz grisácea teñía ya el cielo.

El cochero nos dejó en la parte sur del parque y, tras aceptar una última moneda de Oscar, y sin volverse a mirarnos, se alejó a toda prisa.

—¿Dónde exactamente debes encontrarte con Garstrang? —preguntó mi amigo—. ¿Lo sabes?

—En el puente, junto al Templo de la Sibila, en lo alto de la colina.

La colina había sido en su día un lugar de celebración de ejecuciones públicas. Durante varios siglos había hecho las veces de cantera de piedra caliza que había surtido a la ciudad de París. Como pieza central de la Exposición Universal de 1867, Napoleón III y su agitado urbanista, el barón Haussmann, la habían transformado en un jardín de las delicias. El parque que rodeaba la colina incluía arroyos, un lago, una cascada, una gruta, promontorios rocosos y jardines chinos. Ascendimos la colina por una larga avenida bordeada de cedros del Líbano recién plantados.

—Esto es muy hermoso —dijo Oscar. Su aliento, cual penachos de humo de cigarrillo, llenaba el gélido aire matinal—. Cuando haya terminado de escribir mi obra de teatro, tengo planeado escribir un cuento de hadas. Quiero situarlo en este jardín.

—¿Voy a morir esta mañana? —pregunté. Tenía tanto frío que me temblaban las manos.

Oscar se volvió hacia mí y, rodeándome los hombros con el brazo, me susurró al oído:

—Sibila, la hija de un monstruo marino y de una ninfa inmortal, habla entre los árboles, Robert. Tiene poderes proféticos. —Sonrió—. No morirás esta mañana.

—No estoy preparado para morir, Oscar —dije patéticamente.

Mi amigo alzó el mentón de mi hombro y soltó una sonora carcajada.

—¡En ese caso, retira el desafío, Robert! Es absurdo.

Habíamos llegado al mirador de piedra erigido en lo alto de la colina. De pie entre las falsas columnas corintias y bajo la estatua de Sibila sentada sobre su roca estaban Eddie Garstrang y Pierre Ferrand, el médico de la Compagnie La Grange. El norteamericano parecía muy relajado, gallardo, pulcramente afeitado y descansado. La ebriedad de la noche anterior no había dejado el menor rastro en sus facciones.

—Buenos días, caballeros —saludó mi amigo.

—Buenos días, Oscar —respondió Garstrang—. Entiendo que viene usted en calidad de padrino de Sherard. El doctor Ferrand actúa en mi nombre. En el caso de que se produzcan heridas, atenderá a las dos partes... sin cargo ni favoritismo. Es un caballero.

Oscar se rió genialmente entre dientes.

—Me gustaría pensar que todos somos unos caballeros, Eddie, y relativamente cuerdos además. Olvidémonos de esta locura.

—Debemos proceder —dije, dando un paso adelante y mirando directamente a Eddie Garstrang.

—Ya han oído al muchacho —dijo el jugador americano, dedicando a Oscar una sonrisa de oreja a oreja—. Es obstinado. No se preocupe, no le mataré. Me limitaré a recortarle un poco las alas. —Asintió con la cabeza hacia el médico, que se dirigió al

pie de la estatua y regresó con una recargada caja de pistolas de palisandro que sostuvo abierta delante de él—. Elija usted —dijo Garstrang.

—Esto es puro melodrama —suspiró Oscar—. Dígame que estas pistolas son accesorios propiedad del Théâtre La Grange y que están cargadas con balas de fogeo.

—No —respondió Garstrang—. Son pistolas de duelo de pólvora negra del calibre sesenta y nueve, fabricadas en París por los célebres hermanos Le Page. Las pistolas son muy antiguas, pero las balas son nuevas. Estas armas pertenecieron al abuelo del doctor Ferrand. Una de ellas ha matado a un hombre, aunque Ferrand dice que, según reza el código de duelos francés, no se nos permite saber cuál.

El barbado médico sonrió encantado y, arqueando sus pobladas cejas, me ofreció su caja de reliquias familiares.

—Elija, se lo ruego —dijo Garstrang—. El tiempo apremia.

—El código requiere que el duelo se celebre durante los diez minutos siguientes a la hora acordada —explicó Ferrand en francés.

Escogí la pistola que tenía más cerca. Resultó ser más pesada de lo que había esperado y el mango de ébano estaba frío como el hielo al tacto.

—Quítense los gabanes y las chaquetas, caballeros —dijo el doctor.

—Robert se morirá de frío —protestó Oscar.

—Es la norma —replicó Ferrand—. Se han dado casos de cobardes que llevaban una armadura bajo el gabán.

Hice entrega de la pistola a mi amigo al tiempo que me desprendía del gabán.

—Sitúense en el centro del puente, caballeros —instruyó Ferrand—. Colóquense espalda contra espalda. Los talones y los omóplatos deben tocarse. Cuando dé la orden, quiero que avancen quince pasos, se vuelvan y esperen. En el momento en que el señor Wilde dé la orden de «¡Apunten!», podrán apuntar y rezar una plegaria. Será entonces cuando yo dé la orden final: «¡Fuego!». ¿Entendido?

Asentí con la cabeza y reclamé la pistola. Habían dejado de temblarme las manos. Pensé: «Hago esto por Gabrielle de la Tourbillon y me congratulo por ello». Miré a Oscar y dije:

—Esto no es exactamente lo que llamarías «comer de todos los frutos de todos los jardines del mundo», ¿verdad?

—Por supuesto que lo es, Robert —respondió él, dándome un abrazo—. *Bravo, mon brave!*

Me volví y me reuní con Garstrang y juntos bajamos los escalones del templo y nos dirigimos al puente colgante que unía el borde del mirador con el promontorio situado enfrente. Al llegar al centro del puente, nos detuvimos y ocupamos nuestros puestos, espalda contra espalda. A nuestros pies, unos cincuenta metros por debajo de nosotros, corría una cascada artificial. Alrededor de nosotros la mañana se disolvía ya

en un ligero manto de rocío.

—Apúnteme al corazón —dijo Garstrang—. Si no acierto yo primero, al menos así lo sabré.

Desde el extremo más alejado del puente, Ferrand gritó en ese momento:

—¡Que el honor quede así satisfecho! Quince pasos, caballeros. ¡Adelante!

Di los quince pasos y me volví. Desde donde estaba fijé la mirada en Eddie Garstrang: era un hombre menudo, insignificante, con el pelo amarillo y lacio y unos ojos acuosos y fatigados. Estaba dispuesto a matarle.

—Estoy dispuesto a matarle. —Pronuncié las palabras con suavidad, aunque en voz alta y clara y, al hacerlo, oí la voz de Oscar que decía:

—¡Apunten!

Levanté el brazo derecho. Apunté.

—¡Fuego!

Disparé y en ese momento oí resonar tres disparos.

Los pájaros chillaron y alzaron el vuelo desde los árboles y desde los arbustos. Me quedé inmóvil con los ojos aún clavados en la pistola que tenía en la mano. Vi salir humo del gatillo y del cañón, y, aunque tenía la palma y el pulgar chamuscados, no sentía dolor alguno. Noté entonces el peso de una mano en el hombro, cálida, fuerte y reconfortante. Me volví de espaldas y murmuré:

—¡Oscar, amigo mío!

Pero no era Oscar.

Era Edmond La Grange.

# 15.

## Calle de la Pierre Levée

El rostro redondo del gran actor estaba ajado y colmado de arrugas, aunque lleno de vida y salpicado de sonrisas.

—He perdido a dos asistentes de vestuario en los últimos seis meses —jadeó—. No pienso perder a un tercero.

Le miré, estupefacto. La Grange alzó su mano derecha y me mostró un revólver Colt humeante.

—Mi Jarrett —dijo—. También conocido como «El Pacificador». Que así sea.

Con su pálido rostro más blanco que una mortaja, avanzó por el puente hacia nosotros.

—He disparado cuando el doctor ha dado la orden, no antes —dijo La Grange, cuyos ojos vi brillar: los tenía exageradamente abiertos y chispeaba en ellos un destello de malicia—. Lo siento, Garstrang, pero al parecer yo soy el tirador más rápido de los tres.

—La bala del Colt es más veloz —respondió fríamente el norteamericano.

—Pero he disparado desde el doble de distancia..., desde los arbustos, para ser más exacto. —La Grange se volvió y señaló el escondrijo donde había estado apostado, en el extremo más alejado del puente.

—No salgo de mi asombro —dijo Oscar, llegando a la escena desde el extremo del puente que comunicaba con el mirador. Llevaba mi chaqueta y mi gabán en el brazo.

—Aunque imagino que se sentirá también enormemente aliviado —dijo el actor con una sonora carcajada.

—¿Qué es lo que acaba de ocurrir? ¿Puede alguien explicármelo? —preguntó Oscar mirando a La Grange—. ¿Qué hace usted aquí a estas horas tan intempestivas?

—Ayer, como es nuestra costumbre —explicó el anciano actor—, cuando las obligaciones que ocupan la noche de mis sábados con Marais tocaron a su fin, jugué una partida de cartas con Garstrang, el señor Branco y el doctor Ferrand. Garstrang perdió. —La Grange sonrió—. Perdió y se emborrachó. —Se volvió a mirar al norteamericano, quien no mostró la menor emoción—. Garstrang ya me había hablado de la escapada que supuestamente debía tener lugar esta mañana —prosiguió La Grange—. Había prometido «desplumar» a mi asistente de vestuario. Sólo eso: «Dar una lección al cachorrillo», eso es exactamente lo que dijo. Sin embargo,

cuando Gabrielle regresó a casa después de haber salido a cenar con usted, Oscar, y vino a mi habitación para darme las buenas noches, me dijo que acababa de ver a Garstrang en el pasillo y que el pobre hombre apenas se tenía en pie. —Miró de nuevo a su silencioso secretario personal—. Decidí entonces que, a tenor de las circunstancias, y tal y como estaban las cosas, no podía fiarme de su puntería. —Bajó los ojos hacia el revólver que empuñaba aún y lo hizo girar en su mano—. Así pues, hoy he venido a hacer lo que he hecho: doblar la punta del cañón de la pistola de Garstrang con un certero disparo del terrible Colt.

La Grange se volvió hacia el doctor, que estaba de pie junto al americano y acunaba la malograda pistola de duelo.

—Le ruego que me disculpe, Pierre. Sé que se trata de una herencia de familia. Le compensaré por esto. Siempre lo hago.

—¿Qué ha ocurrido con mi disparo? —pregunté, devolviendo la pistola al doctor Ferrand.

La Grange entrecerró los ojos y se volvió a mirar más allá del puente, hacia el mirador sobre el que se elevaba el templo. Luego suspiró y negó con la cabeza con fingido pesar.

—Pobre Sibila. Supongo que la bala le atravesó el corazón.

Garstrang dijo entonces con un hilo de voz:

—Su disparo ha salido como poco treinta centímetros demasiado alto. —Sus mejillas habían empezado a recuperar ya el color. Se pasó los dedos por el pelo amarillo y me sonrió. La suya fue una sonrisa amigable—. ¿Había disparado antes una pistola? —preguntó.

—¡Oh, Robert! —exclamó Oscar, aplaudiendo, visiblemente divertido—. ¡Hay que ver lo que somos capaces de hacer por amor!

—Caballeros —dijo Edmond La Grange, volviéndose hacia Garstrang y hacia mí —, dense la mano, se lo ordeno. Y háganlo ahora. Vamos. —Vi brillar en sus ojos una mezcla de autoridad, humor y benevolencia—. Es del todo absurdo que mi secretario y mi asistente de vestuario se enemisten por culpa de mi amante. ¿No les parece que todos podemos disfrutar de ella? ¿Acaso no están para eso las amantes?

—¡Así hablan los grandes hombres! —declaró Oscar—. Haz lo que te dicen, Robert.

Estreché la mano de Eddie Garstrang y lo hice sin la menor sombra de duda. Me sentía extrañamente animado... y curiosamente aliviado.

—Así hablan los hombres sabios —añadió el doctor Ferrand.

—¡Y este anciano dice que es hora de desayunar! —La Grange se metió el Colt en el bolsillo del gabán y abrió los brazos hacia nosotros con las palmas de las manos hacia arriba, como si estuviera a punto de salir a escena a saludar—. Nuestro carruaje espera.

Edmond La Grange había acudido hasta allí con un landó tirado por dos caballos. El cochero carecía por completo de escrúpulos a la hora de ayudar y de instigar a los participantes de un duelo. El hombre esperaba junto al coche, provisto de un montón de vendas y una botella de brandi. Cuando nuestro grupo apareció, desbordante de vigor y de bonhomía, pareció claramente decepcionado.

—¿Tres disparos y ni una gota de sangre? —se burló—. ¿Y me he arriesgado a que me arresten para esto? —Le mostré orgulloso la mano chamuscada y él la miró con un desprecio más que elocuente.

Subimos al vehículo y emprendimos el regreso a la ciudad. Yo iba sentado delante de Eddie Garstrang: aunque no hablábamos, nos mirábamos sin rencor, ya no como enemigos, aunque tampoco como amigos. Supongo que tan sólo como un par de rivales recientemente reconciliados.

—Es curioso cómo puede un duelo despejar el aire —dijo Edmond La Grange, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Ha sido un duelo figurado —intervino Eddie Garstrang.

—Ha sido un duelo teatral —dijo Oscar—, un duelo muy en la tradición de Eurípides..., bendito por un *deus ex machina*.

—¡Amigo mío! —exclamó La Grange, inclinándose hacia Oscar y tocándole levemente la rodilla—, ¿conoce usted la historia del tintero? Es, de entre todas las historias de actores, mi favorita. —Eran apenas las siete de una gélida mañana de febrero. Edmond La Grange tenía sesenta años y no podía haber dormido más de cuatro horas. Aun así, contó su historia con el brío propio de un gran narrador de vodeviles en plena posesión de sus facultades—. Se trata de la aleccionadora historia de un joven actor de repertorio semanal que odiaba al actor principal de la compañía. Al joven actor le consumían los celos y confiaba a su diario personal los detalles de su obsesión. «Esta noche», escribía, «me ha arruinado mi mejor escena», «esta noche ha pisoteado todas mis intervenciones jocosas», «esta noche ha vapuleado mi ronda de saludos tras la función». Más adelante, escribía: «Lunes, 18:15. Querido diario: creo que esta noche voy a darle su merecido. Estrenamos obra nueva y tengo un monólogo de diez minutos. Al frente del escenario. A la luz. Delante mismo de mi público. Y él estará detrás, sentado a una mesa y de espaldas al público, escribiendo una carta. Creo que esta noche por fin venceré...». Horas más tarde, una mano ebria añadía: «22:30. ¡Se ha bebido la tinta!».

Animado por Oscar, mientras el carruaje traqueteaba entre las calles vacías de primera hora del domingo, La Grange contó una historia tras otra. Las contaba como si jamás las hubiera compartido con nadie hasta entonces y lo hacía, en aquel carruaje que no dejaba de zarandearse y ante un magro público de cinco espectadores (se aseguró de que el cochero también le escuchara), con toda la pasión y el garbo que ponía cuando representaba las obras de Molière delante de la sala llena hasta la

bandera de su propio teatro. Mientras escuchaba sus historias —que eran, en su totalidad, historias relacionadas con el teatro, pues ésa era la única suerte de historias que conocía—, se me ocurrió que Edmond La Grange era el hombre más divertido y brillante que conocía.

De pronto, el carruaje se detuvo bruscamente. El cochero gritó al anciano actor desde el pescante:

—¿Es aquí?

La Grange se volvió a mirar por la ventanilla del coche.

—Aquí es, sí. *È finita la commedia*. El desayuno está servido.

Bajamos del coche. No estábamos, como yo había esperado, de regreso en el Théâtre La Grange, aunque sí cerca: había visto cómo el coche se adentraba en la plaza de la République mientras La Grange narraba su última historia. Y, aunque había dado por hecho que nos dirigíamos al bulevar del Temple, aquélla era una calle totalmente distinta.

—¿Dónde estamos? —preguntó Oscar, recorriendo con los ojos la vía adoquinada.

—En la calle de la Pierre Levée —respondió La Grange—. Está llena de almacenes y de pequeñas fábricas, imprentas y ceramistas. El teatro está a ocho calles de aquí, al oeste. A cinco minutos a pie, no más. —Nos llevó entonces al otro lado de la calle hacia una estrecha puerta de madera empotrada en un muro alto de ladrillo desprovisto de ventanas. Sacó con un floreo del bolsillo del gabán una pequeña llave de hierro forjado y nos la mostró como lo habría hecho un mago que mostrara un objeto que está a punto de hacer desaparecer. A continuación abrió la puerta—. Síganme —dijo, cruzando el umbral.

Así lo hicimos y nos encontramos de pronto en el interior de lo que parecía ser el almacén de una fábrica de cerámica. En la penumbra alcanzamos a vislumbrar unas cajas y unos palés de madera llenos de paja y de baldosas amontonadas en altas columnas, dispuestos en filas alrededor de la sala. Seguimos a La Grange por un espacio a oscuras y pasamos por una segunda puerta al taller situado al otro lado. Allí, la luz del sol, que entraba a raudales por una escalera central, casi nos deslumbró.

—Suban —dijo La Grange, señalando la empinada ristra de escalones de madera. Uno tras otro, subimos las escaleras, ascendiendo entre una nube de polvo blanco.

Llegamos a lo alto. La escalera daba acceso a un espacio inmenso, tan amplio y profundo como la Sala de los Muertos, aunque bañado por la fría luz del sol: en el tejado del edificio se habían abierto ventanas abuhardilladas de varios tamaños.

—Bienvenidos a El Paradiso —dijo Edmond La Grange.

A pesar de que la sala tenía las dimensiones de la Sala de los Muertos, la sensación era la de estar en un próspero burdel. El suelo estaba cubierto de alfombras

persas; las paredes, revestidas de sedas; había cojines y divanes por doquier y, al fondo, justo delante de la escalera y bajo una gran ventana que daba a los tejados del norte de París, había una cama inmensa y deshecha.

En el centro de la habitación, sobre una mesa larga, baja y estrecha muy semejante a un diminuto altar, estaba servido el desayuno. Había pan y queso, cortes de carne fría, fruta, vino tinto, brandi y champán. El espectáculo recordaba a la cena de Le Chat Noir, con la única excepción de que en el café había habido también absenta. Y, cuidadosamente dispuestos sobre una bandeja de madera colocada en una punta de la mesa, estaban los ingredientes para la preparación del láudano: tintura de opio y éter líquido.

—*À table, messieurs* —dijo La Grange, señalando los cojines y taburetes colocados alrededor de la mesa—. Prepararé el café..., a menos que los contendientes requieran algo más fuerte. —Miró al médico—. Pierre, asegúrese de que nuestros invitados tengan todo lo que puedan necesitar.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Oscar con la voz colmada de estupor—. ¿Dónde estamos?

—Esto es mi pequeño nido de amor —respondió La Grange—. El doctor lo conoce bien. Con los años ha atendido aquí más de una emergencia. Lo comparto con mis amigos..., con los buenos. Esto es, con aquellos en los que puedo confiar.

Oscar recorrió la sala con los ojos sin ocultar su admiración. Vi que su mirada tropezaba y se fijaba en un pequeño busto de mármol situado a solas sobre un elegante aparador chino lacado. La Grange estaba cerca del aparador, agachado delante de una estufa de aceite que en ese instante intentaba encender.

—Como bien sabe, soy un epicúreo, Oscar —gritó por encima del hombro—. Sigo la filosofía de mi héroe.

—Persigue usted el placer. Evita el dolor.

—Cultivo un pequeño círculo de amigos íntimos.

—A pesar de que tiene usted su público...

—Me mantengo al margen de la sociedad. —La Grange se puso en pie—. A diferencia de otros actores cuyo nombre podría mencionar, prefiero vivir apartado de la política. La vida pública tan sólo causa problemas. Me limito a seguir el consejo de Epicuro. —Se volvió hacia el aparador y cogió el pequeño busto de mármol: era la cabeza del filósofo griego. Se la dio a Oscar—. Se parece al doctor Ferrand, ¿no cree?

—Es un rostro hermoso, indudablemente —respondió mi amigo al tiempo que inspeccionaba el mármol.

—Es anciano y barbudo —gruñó el médico.

—Lea la inscripción —dijo La Grange.

Oscar estudió las palabras inscritas en la base de la cabeza.

«: *Lathe biõsas*», «vivid en secreto».

—¿No sería una traducción más acertada: «Buscad la reclusión»?

—Quizá —respondió Oscar afablemente, devolviendo el busto al lugar que ocupaba encima del aparador—. Hace un par de años que gané un premio de traducción de griego.

La Grange se rió.

—La cuestión es que creo que mi héroe habría dado su aprobación a mi escondite, Oscar. Puede utilizarlo cuando guste, amigo mío. Y traiga a quien le plazca. No habrá preguntas... al menos no por mi parte. Hay una sola llave que llevo siempre encima. De modo que, si se la presto, podrá estar seguro de que nadie más la tiene. Podría de ese modo venir sabiendo que nadie podrá molestarle.

Oscar respondió al ofrecimiento de La Grange con una inclinación de cabeza, dando muestras de su agradecimiento. El anciano actor se volvió entonces hacia Eddie Garstrang y hacia mí.

—Me alegro de que hayamos llegado al acuerdo de que no puedo permitirme que mi asistente de vestuario y mi secretario se peleen por mi amante, caballeros. Es no sólo indigno, sino también innecesario. Si ambos la desean, ambos la tendrán... siempre que ella dé su consentimiento. Tráiganla aquí, háganme caso. Ella conoce bien el lugar. Sí, tráigala... juntos o por separado. Como lo prefieran.

Durante el desayuno, La Grange nos obligó a tomar parte de un ritual cuando menos jocoso que consistía en pasar de mano en mano la llave de hierro forjado al tiempo que debíamos besarla y pronunciar un juramento en el que asegurábamos que ocultaríamos la existencia del nido de amor..., ¡sobre todo a Liselotte La Grange!

—Aunque quizá *Maman* sea una mujer de gran sabiduría —comentó el doctor Ferrand—, ¡no es necesario que esté al corriente de todo!

—Los hay que desprecian a mi madre —dijo La Grange—. Sé que algunos miembros de la compañía disfrutan con cierto juego a su costa. ¡Proponen temas estrafalarios en su presencia para ver cuánto tarda en volver a centrar la conversación en sí misma y en el glorioso legado de la *Compagnie La Grange*! Yo no desprecio a mi madre. La quiero. Soy lo que soy gracias a ella. —Guardó silencio y dejó escapar un suspiro. Nadie habló. La Grange alzó entonces los ojos y nos dedicó una amplia sonrisa... que se me antojó ligeramente incómoda. El modo en que enseñó los dientes convirtió la sonrisa en una mueca—. No me interpreten mal, caballeros —dijo—. Si bien es cierto que estoy agradecido por la devoción que me profesa mi madre, a veces no niego que puede resultar algo agotadora.

—El amor de madre es siempre conmovedor —insinuó Oscar—, aunque a menudo egoísta. —Sus ojos recorrieron apresuradamente la mesa del desayuno como si estuviera midiendo la temperatura de una reunión pública. Devolvió la sonrisa a La Grange—. Su secreto está a salvo con nosotros, señor.

—Gracias —replicó el actor—. Después del desayuno, puede firmar en el libro.

Cuando terminamos de comer, y antes de regresar juntos desde la calle de la Pierre Levée al bulevar del Temple, nuestro anfitrión nos mostró las distintas dependencias del apartamento (la diminuta cocina, el armario de la ropa blanca ampliamente surtido, el cuarto de baño con su claraboya con vistas a las estrellas) y por fin, después de sacar de un cajón del aparador chino lacado un libro de visitas con cubierta de piel, nos invitó por turnos a Oscar, a Eddie Garstrang y a mí a añadir en él nuestros nombres.

—Son ustedes ahora miembros oficiales de mi pequeño club —dijo La Grange, soplando sobre la tinta de nuestras firmas para secarla antes de cerrar el libro y volver a guardarlo con cuidado en el cajón.

—¿Hay que pagar alguna suscripción? —preguntó Oscar con una sonrisa.

—Lo único que pido es el relato ocasional de las aventuras más divertidas que vivan aquí. No hay reglas ni obligaciones.

—¿Y sólo una llave? —prosiguió Oscar.

—Sí, y cambio la llave y las cerraduras muy a menudo. Hasta la criada que viene a limpiar una vez por semana (y que no sólo es maravillosamente pulcra en sus obligaciones, sino también de una discreción absoluta) tiene que pedirme la llave personalmente.

—¿He visto el nombre de Sarah Bernhardt en el libro? —inquirió Oscar.

—Así es —respondió La Grange—. Es usted muy observador, querido amigo. La señora Bernhardt es nuestro único miembro femenino. Le regalé su membrecía como obsequio de boda. Me pareció que podía serle de utilidad.

El doctor Ferrand se rió.

—Estoy seguro de que así es.

La Grange tendió una mano y la posó en el hombro de su amigo.

—Pierre es miembro del club desde hace años. De hecho, creo que se ha convertido en nuestro miembro de más antigüedad.

—Supongo que lo es desde la partida de Carlos Branco —inquirió Oscar.

—Efectivamente —respondió La Grange, mirándolo y arqueando una ceja—. ¿Entiendo entonces que Branco le habló del club? —preguntó.

—No —se apresuró a aclarar Oscar—, en absoluto. He visto su nombre tachado en el libro. No he podido evitar fijarme en el detalle. Eso es todo.

—Ah —dijo el actor—, es usted muy observador, Oscar —repitió al tiempo que empezaba a conducirnos hacia la escalera—. La afiliación al club está totalmente sometida a mi albedrío..., diría que incluso a mi antojo. Mi viejo amigo Carlos Branco no es ya miembro del club. Su encarnación de Polonio no ha de ser recordada.

# 16.

## El ensayo general

El día siguiente era lunes, 26 de febrero. Según pude saber por Oscar, era el día de San Porfirio. Mi amigo llegó temprano al Théâtre La Grange vestido con un traje de *tweed*, violeta y con un ejemplar de la vida del santo en la mano. Me encontró solo en el camerino de La Grange, sentado en la tumbona y lustrando los zapatos del gran hombre.

—Tú no sabes leer griego, ¿verdad, Robert? —preguntó a modo de saludo, agitando el libro en el aire—. Deberé entonces traducirte esto. Se trata del retrato más maravillosamente fantástico del paganismo en la antigüedad. ¡El París de finales del siglo diecinueve no tiene nada que envidiar a la Giza de principios del quinto!

—Te veo muy en forma esta mañana —observé, apartando los ojos de mis labores.

—¡Necesito estarlo! —declaró, dejando el libro encima del tocador de La Grange y buscando la pitillera en sus bolsillos—. Tengo una «cita de negocios» con el señor Marais a las diez. Cuando un hombre te propone una reunión para hablar de negocios, no hay duda de que, sea cual sea el resultado final, en ningún caso será ventajoso. — Se colocó un cigarrillo entre los labios y encendió una cerilla al tiempo que cerraba los ojos y aspiraba los sulfurosos vapores—. No quiero dinero —prosiguió—. Sólo aquellos que pagan sus facturas quieren dinero, y yo jamás pago las mías.

—Muy divertido, Oscar —dije—. Sin duda estás en forma.

—Gracias, Robert. —Me ofreció una modesta inclinación de cabeza y, volviéndose hacia el espejo de cuerpo entero situado junto al tocador, estudió en él su reflejo—. Aunque no me importa el dinero, sé que al señor Marais sí le importa, y mucho. Creo que lleva años estafando a La Grange.

Le miré sin ocultar mi sorpresa.

—¿Por qué? ¿Cómo? Marais parece estar consagrado a La Grange.

—¿Que por qué? Porque es sordo y odia al mundo por ello. Y no le culpo. ¿Cómo, preguntas? Mediante el viejo método que tanto adoran los encargados de taquilla de todos los teatros del mundo. ¿No te has dado cuenta acaso de que hay treinta y cuatro filas de asientos en la sala de este teatro?

—¿Ah, sí?

—Sí. Sin embargo, en el plano del teatro que Marais repasa todos los sábados por la noche con el señor La Grange hay solo treinta y tres. Marais se reserva

íntegramente los ingresos de la fila invisible.

—Qué extraordinario.

—Y qué simple. Marais es un ladrón. Eso mismo le dije durante nuestra última «reunión de negocios». Le dije que podía robar a su jefe y salir airoso de ello, pero que no iba a hacer lo mismo conmigo.

Me reí.

—¿Y cómo pensaba robarte a ti, Oscar?

—Me ofreció el equivalente a cien libras por mi trabajo sobre la traducción de *Hamlet*. Le dije que La Grange me había ya prometido el doble de esa cantidad.

—¿Y era cierto?

—No, pero podría haberlo sido. Marais me pagará una cantidad y dirá a La Grange que me ha pagado otra... para embolsarse la diferencia.

—Eso es escandaloso, Oscar.

—Así son los negocios, Robert. Pero estoy decidido a no dejarme avasallar. Los traductores bien merecen el sueldo que cobran. Quiero el doble de lo que me ofreció en nuestra primera reunión, y no porque me importe el dinero, sino porque soy un hombre de principios —declaró, tirándose del chaleco y estudiando el corte de su traje nuevo con visible satisfacción antes de sacarse el reloj del bolsillo—. ¿Por qué has venido tan temprano, Robert? —preguntó—. El ensayo general no da comienzo hasta las doce. —Con una sonrisa afectada, se volvió de espaldas al espejo y me miró—. ¿Esperas acaso ver a la señorita de la Tourbillon antes de que lo haga Eddie Garstrang y ofrecerle una cita en el «club» de la calle de la Pierre Levée?

—No seas absurdo, Oscar. Estoy aquí preparando el vestuario de La Grange.

—Por supuesto, mi querido muchacho. Pero he visto al llegar que habías dejado entreabierta la puerta del camerino. ¿Quizá por si cierta joven dama pasaba casualmente por delante?

—Todavía la amo, Oscar —declaré con solemnidad—. Y la deseo aún, aunque reconozco que algo ha cambiado.

—¿Ah, sí? —inquirió mi amigo, guardándose el reloj de bolsillo en el chaleco—. ¿Desde cuándo?

—Desde que la vi con Garstrang el sábado por la noche. Y desde que ayer oí a La Grange hablar de ella como lo hizo.

Oscar me sonrió y recuperó del tocador su ejemplar de *La vida de san Porfirio*.

—Al menos en un punto coincidimos los hombres y las mujeres —afirmó—. Ambos desconfían de las mujeres. —Me reí y mi amigo me puso la mano en el hombro—. Dicho esto, *mon brave*, eres joven. Si tienes la oportunidad, disfruta de la dama. Todos los jóvenes de veintiún años deberían disfrutar de las atenciones de una hermosa amante de treinta. —Agitó su libro hacia mí mientras se dirigía hacia la puerta—. Aunque, hagas lo que hagas en el delicioso nido de amor del señor La

Grange, estoy convencido de que no será comparable con las peripecias que tenían lugar en el Templo de Afrodita antes de la aparición de san Porfirio.

El pequeño carillón del aparador empezó a dar la hora. Oscar se marchó.

—Dejaré la puerta abierta —canturreó alegremente.

Le vi desaparecer por el espejo de cuerpo entero. La oficina de Marais era una habitación inhóspita y desprovista de ventanas, oculta en las entrañas del edificio. Para llegar a ella había que cruzar el escenario y bajar por una estrecha escalera de piedra situada en el rincón interior de la escena, delante del camerino de La Grange. Observé, divertido, en el espejo el pausado avance de Oscar por el escenario. Aunque había salido del camerino muy seguro de sí mismo y caminando con paso alegre, de pronto (ya fuera debido a la lóbreguez que impregnaba la oscuridad o quizás a un mal presagio relacionado con la reunión a la que se dirigía), le vi titubear. Cuando a punto estaba de gritarle una irónica palabra de ánimo, oí un sonido curioso y distante, y vi que Oscar alzaba los ojos, visiblemente alarmado. De pronto, mi amigo soltó un grito de espanto y se arrojó al suelo. En cuanto cayó boca abajo sobre el escenario, un inmenso lastre (un saco cuadrado y negro relleno de hierro y arena) se estrelló a un centímetro escaso de su cabeza.

Arrojé al suelo los zapatos de La Grange y corrí de inmediato en ayuda de mi amigo. Al llegar a su lado, vi emerger de la oscuridad a dos tramoyistas que echaron a correr hacia él. Juntos, ayudamos a Oscar a levantarse.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Vivo —fue su respuesta. Con manos temblorosas empezó de inmediato a sacudirse el polvo de la chaqueta y de los pantalones de *tweed*. Los tramoyistas se cubrieron los ojos con las manos a modo de visera para estudiar con atención el peine del teatro.

—Qué curioso —dijo uno.

—Ya ha ocurrido antes —declaró una voz procedente de bastidores. Era Carlos Branco, que estaba de pie a un lado del escenario. Iba vestido con una armadura y llevaba un yelmo en las manos.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Oscar.

—La temporada pasada —respondió Branco, acercándose a nosotros con una sonrisa en los labios—. Estábamos representando *Don Quijote* y a La Grange se le ocurrió que mi Sancho Panza no daba la talla. —El anciano actor alzó la mirada hacia el peine—. El gran La Grange es un auténtico tirano.

—Ah —murmuró Oscar, cuyas manos seguían temblando—. Bromea usted.

Branco le rodeó el hombro con el brazo.

—Ha sido un accidente, amigo mío. Estas cosas ocurren todo el tiempo en el teatro.

—¿Cómo se accede a la galería del peine? —preguntó Oscar volviéndose hacia

bastidores.

—Por una escalerilla que hay detrás del escenario —dijo el actor—. Es la única forma.

El más joven de los tramoyistas (un muchacho de apenas dieciséis o diecisiete años) corrió apresuradamente hacia el fondo del escenario y desapareció tras un decorado.

—Aquí no hay nadie —gritó.

El otro tramoyista (un hombre mayor de rostro enrojecido y arqueado bigote negro) seguía con los ojos fijos en el peine.

—Allí arriba no hay nadie. El peso debe de haber cedido desde el amarre. Estaba mal sujeto.

—¿Está usted bien, Oscar? —preguntó Carlos Branco, estrechándole el hombro.

—Estoy vivo —repitió Oscar—. Gracias.

Los dos tramoyistas soltaron un gruñido, asintieron con la cabeza hacia Carlos Branco y recogieron el saco, cuyo peso debía de ser considerable: ambos hombres se las vieron y desearon para cargar con él hasta bastidores. Oscar inspiró hondo y recogió su libro del suelo. Mostró la portada a Carlos Branco.

—San Porfirio nos enseña a no creer en los malos augurios. Él mismo tuvo que enfrentarse a la insidia de la superstición. —Alzó los ojos hacia el peine vacío y, visiblemente turbado, se volvió luego a mirar a Branco y a mí—. Estoy nervioso, amigos míos, lo reconozco. Muere un perro. Después un negro es asesinado, y ahora un irlandés está a punto de perder la vida.

Carlos Branco saludó el comentario con una risotada.

—¿Cree usted acaso que hay entre nosotros un asesino que avanza lentamente por el reino animal?

—Ha sido un accidente, Oscar... ¿No te parece? —dije.

—Sí, Robert, seguramente —respondió, soplando el polvo que cubría la portada de su libro—. Ahora, les ruego que me disculpen, caballeros. Debo asistir a una reunión. Llegaré con retraso y el señor Marais jugará con ventaja.

El ensayo general de *Hamlet* (el primero de una serie de ensayos con vestuario que se alargarían durante una semana entera) debía dar comienzo a mediodía. A las diez, los bastidores del Théâtre La Grange estaban desiertos. Hacia las once y media, el escenario y sus inmediaciones estaban abarrotados de garbosos actores y actrices: vestidos y desvestidos en alguna medida y en su mayoría rozando la histeria. Muchos se probaban sus trajes y vestidos por vez primera, y la gran mayoría se mostraban volublemente insatisfechos con el color, el corte, la tela, la terminación, la caída o la conservación de su atuendo. Aunque la producción de *Hamlet* era nueva, el vestuario y los accesorios no lo eran. Bernard La Grange, príncipe de Dinamarca, protestó porque, según su opinión, su peluca era «grotesca» —«irrisoria, ridícula y digna del

mayor desprecio»—. ¡Y anunció que bajo ningún concepto iba a dejarse ver con rizos rubios! *Maman*, a cargo de las pelucas y del vestuario de la Compagnie La Grange desde tiempos inmemoriales, le explicó que la peluca había hecho un gran servicio a su padre y a su abuelo. Carlos Branco, que encarnaría al fantasma del padre de Hamlet y a Polonio, mostraba su desprecio hacia la armadura de exageradas dimensiones que le había tocado en suerte, desfilando por las murallas del castillo de Elsinor abriendo y cerrando la visera del yelmo como si fuera las mandíbulas de un furioso caimán.

Edmond La Grange llegó con Agnès del brazo y radiante de alegría —un ensayo general era para él motivo de la más pura felicidad—, pues conocía bien su atuendo: lo había llevado al encarnar a Yago en *Otelo* y a Edmund Kean en la famosa obra de Dumas *père*. (Sarah Bernhardt había sido la actriz protagonista en ambas ocasiones). Agnès tampoco se quejó de su vestido. Llevaba una sencilla pieza blanca, ribeteada y decorada con lazos de azul aciano: se trataba de un vestido que *Maman* había lucido por primera vez hacía sesenta años. La muchacha parecía serena y mucho más calmada que la última vez que la había visto al término de nuestra velada en Le Chat Noir. Llevaba unas flores —un ramo de lilas blancas— con el que pretendía adornar el camerino de su padre.

Cuando terminé de vestir a La Grange, me enviaron a ofrecer mi ayuda a *Maman*. Mientras la buscaba, me encontré cara a cara entre bastidores con Gabrielle de la Tourbillon. Era la primera vez que la veía desde que Edmond La Grange había dicho que Garstrang y yo podíamos «compartir» a su amante. Era también la primera vez desde que ella me había puesto la mano en la pierna en Le Chat Noir y la había visto más tarde abrazar a Garstrang en el pasillo del apartamento. Parecía cambiada. Vieja. Vio la confusión en mis ojos.

—Lo sé —dijo—. Resulta desconcertante. No me reconoce, ¿verdad, Robert? Es el maquillaje. Y el *embonpoint*. Gertrudis es madre. Y una madre tiene pechos.

A mediodía, el director del teatro cruzó los bastidores y el escenario haciendo sonar una campanilla. Despacio, la compañía empezó a recobrar el orden: los actores volvieron al escenario y ocuparon sus puestos alrededor de las murallas por orden de antigüedad; los tramoyistas y las costureras se colocaron en el borde de bambalinas. Nadie indicó a nadie dónde debía ponerse: todos parecían conocer por instinto su lugar. Los actores principales —Hamlet, Ofelia, Gertrudis, Polonio— se congregaron en el centro del escenario. Inmediatamente detrás de ellos se colocaron Horacio y Laertes, con Osric, Rosencrantz y Guildenstern justo al otro lado. Bernardo, Marcelo, Reinaldo y Fortimbrás formaron una fila al fondo a la derecha; los actores que llegan a palacio para encarnar al rey y a la reina y los enterradores formaron otra al fondo y a la izquierda. El embajador inglés y el capitán noruego se situaron en las almenas en compañía de los nobles señores y las damas, los curas y los cómicos, dispuestos a

ambos lados de ellos.

Cuando todos ocuparon por fin su lugar, Edmond La Grange entró al escenario en compañía de Oscar Wilde y de Richard Marais. Éste llevaba en la mano un taburete de madera que colocó en el centro del escenario, delante de las candilejas. Con la ayuda de Oscar, La Grange subió al taburete para dirigirse a sus tropas. Les sonrió con benevolencia.

—Buenas tardes, damas y caballeros. Estamos a punto de representar una obra que pocas igualan, en una versión sin parangón. Podemos dar las gracias por ello a Oscar Wilde. —Mi amigo inclinó la cabeza al tiempo que la compañía aplaudía—. Éste es nuestro primer ensayo general —prosiguió La Grange—. Aunque huelga decir que recordarán nuestras normas habituales (esto es: definición, claridad, energía y ataque), lo que hoy nos ocupa es, a saber, el vestuario y la escenografía. Me han dicho que esta mañana hemos sufrido un accidente: uno de los lastres del peine se ha precipitado sobre el escenario. Tengan cuidado esta tarde, damas y caballeros. Estén atentos. Quiero que al término del ensayo se sientan cómodos con la ropa que llevan y perfectamente relajados en el marco que les rodea. —Sus ojos escudriñaron las almenas y las murallas antes de volverse hacia el peine—. Aunque es sabido que está hecho de madera y de tela pintada, y manipulado por cuerdas y cabrestantes, a las cinco de esta tarde deberían ver en él las mismísimas piedras de Elsinor. —Guardó un instante de silencio—. ¿Alguna pregunta?

Carlos Branco levantó el visor de su yelmo.

—¡Esta armadura apesta!

Cuando las risas remitieron, La Grange se volvió a mirarle.

—Y así debe ser. Ya ha leído usted la obra. «Algo se pudre en Dinamarca».

—Esta peluca es absurda —intervino Bernard La Grange, sosteniendo la mata de rizos dorados en alto a la vista de todos.

—Es una tradición familiar —chilló *Maman* desde el lugar que ocupaba al borde de bambalinas.

—¡No pienso ponérmela! —gritó Bernard.

—No te la pongas —dijo su padre mirándole desde lo alto del taburete—. No favorece el color de tu piel.

—Pero la tradición de los La Grange... —protestó *Maman* con los brazos abiertos como una vieja bruja de una tragedia griega.

—La tradición ha muerto —replicó La Grange—. Olvídela —añadió antes de volverse hacia la compañía—. Vivan el momento, damas y caballeros. Empezaremos dentro de cinco minutos.

Cuando el actor-director saltó al suelo desde el taburete, la multitud se dispersó. Ochenta hombres y mujeres (actores principales, actores de reparto, lanceros y marineros, tramoyistas, técnicos, carpinteros y bomberos, costureras y asistentes de

vestuario) se movieron al unísono en una miríada de direcciones como un ejército de hormigas que, decidido y ordenado de antemano, volvieron a sus quehaceres.

Oscar y yo nos cruzamos brevemente delante del camerino de La Grange.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Oscar vuelve a ser él —respondió con una sonrisa.

—¿Y Marais? ¿Cómo ha ido la reunión?

—No ha sido fácil. Estaba sentado delante de su máquina de escribir, cuyas teclas no ha dejado en ningún momento de martillear. La máquina de escribir, cuando se toca con emoción, no es más molesta que el piano cuando lo toca una hermana o un pariente cercano, aunque sí es molesta. Ni que decir tiene que Marais no oye el ruido que hace.

—¿Has conseguido lo que querías?

—Sí. Y he duplicado mi dinero. La función de esta tarde me proporcionará una satisfacción doblemente mayor de la que había calculado.

Vi el ensayo general desde el rincón de bastidores más próximo al camerino de La Grange y Oscar lo hizo desde platea. Huelga decir que el ensayo fue perfecto: hubo algunos pequeños errores técnicos, algunas frases olvidadas y entradas en falso; *Maman* y otra de las asistentes aparecían una y otra vez en escena para terminar de perfilar algunos detalles del vestuario y de los accesorios; el regidor del teatro y sus hombres tardaron una eternidad en cambiar los decorados; no había música; la iluminación sufrió no pocos descuidos; la experiencia duró casi seis horas en vez de tres. Aun así, no hubo duda de que esa producción de *Hamlet* estaba destinada a convertirse en un acontecimiento memorable, aderezado con actuaciones también memorables, sobre todo las de los gemelos.

Edmond La Grange me dijo en una ocasión que un gran actor debe ser poseedor de «energía, una voz atlética, elegantes modales, una fascinante y extraordinaria originalidad de temperamento; vitalidad, sin duda, y la facultad de transmitir una impresión de belleza o de fealdad, según lo exija el papel, así como autoridad y estilo». Bernard y Agnès La Grange eran sin duda poseedores de todos los dones necesarios.

Al término de la función, Edmond La Grange llamó al reparto y al resto de la compañía al escenario para darnos algunos «apuntes» y para ensayar el saludo final de la representación. Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que Ofelia había desaparecido.

# 17.

## Una noche para el recuerdo

La Grange parecía no dar la menor importancia a la desaparición de su hija y envió al regidor en su busca. Sin embargo, cuando, veinte minutos más tarde, el hombre regresó sin noticias de la joven, el gran actor se limitó a encogerse de hombros.

—Ha encarnado el personaje de Ofelia a la perfección. Está exhausta..., algo, por lo demás, que era de esperar. No se requiere su presencia durante el resto del día. Dejémosla.

Poco después de las seis, los actores y técnicos que participaban en la producción de *Hamlet* abandonaron el teatro. A las ocho, Edmond La Grange, Carlos Branco, Gabrielle de la Tourbillon y una docena de actores más volvían al escenario para la función nocturna de *L'avare*.

—Lamento decirle que el teatro no está lleno, señor —anunció Richard Marais poco antes de las ocho, asomando brevemente su calva cabeza por la puerta del camerino de La Grange—. He cerrado la platea.

—Muy bien. —El actor asintió con la cabeza desde su tocador—. No se lo diga usted a nadie.

Cuando Marais se marchó, La Grange me miró desde su silla.

—Y usted tampoco.

—Por supuesto que no, señor..., si usted me lo pide. Aunque ¿me permite preguntar por qué?

—¿No lo adivina? Si los actores saben que la platea está vacía, dejan de actuar para ella. Simplemente vuelcan su atención hacia los palcos y la actuación pierde fuerza. El teatro parece haberse convertido en un lugar más pequeño y sin duda más vacío. Y no es eso lo que queremos, sobre todo con una comedia. Hay que representar siempre una comedia como si el teatro estuviera a punto de reventar.

Miré el reflejo del rostro del gran actor en el espejo de su tocador: la densa mata de pelo blanco salpicada de *henna*; la frente surcada de profundas arrugas; la punta de la nariz y las mejillas pintarrajeadas de lápiz de labios; los ojos brillaban, perfilados con una oscura capa de magenta. La Grange parecía viejo y ridículo... y, aun así, estaba magnífico.

—¿Nunca se cansa, señor? —pregunté.

—¡Llevo exhausto cuarenta años! —rugió, girando sobre el taburete y mirándome a los ojos—. Pero sigo adelante, *mon petit*, porque es mi deber. Esto es lo que sé

hacer. Y esta noche, quién sabe, quizás haya ahí fuera alguien que no me haya visto actuar antes y que jamás vuelva a verme hacerlo. Para ellos, debo estar sublime. —Se levantó y extendió los brazos. Le rodeé la cintura con la riñonera de Harpagón y se la ajusté bien—. ¿Dónde está Oscar? —preguntó.

—No estoy seguro —respondí—. Supongo que tomando una copa de vino. Voy a encontrarme con él más tarde. Vamos a casa de la señora Bernhardt.

—Claro —murmuró—. La fiesta de Sarah.

—¿No acudirá usted, señor?

—No, *mon petit*. No asistiré. Estaré jugando a las cartas. Es lo que sé hacer.

Esa noche, Sarah Bernhardt daba una de sus célebres *soirées* en su casa de la calle Fortuny. Yo estaba invitado porque lo estaba también Oscar, y como La Grange planeaba, como de costumbre, jugar a las cartas en su apartamento con Garstrang, Branco y el médico, mi amigo sugirió que aprovechara la ocasión.

—*Carpe diem* —me susurró con tono conspirador cuando le vi entre los bastidores del teatro al término del ensayo general de *Hamlet*—. Trae a Gabrielle a casa de Sarah, Robert, y después llévatela y acuéstate con ella. Ha tenido un día muy largo. ¡Estará demasiado cansada para rechazarte! Tendré un coche esperando cuando caiga el telón.

Poco antes de las once, ayudé a subir a Gabrielle de la Tourbillon al landó que Oscar me había prometido. A la luz de la luna de finales de febrero, vestida con un ajustado corsé de satén del color de los zafiros sobre una falda de gasa a juego, un collar de diamantes rodeándole el cuello y otros tantos diamantes en el pelo, Gabrielle parecía una princesa de un cuento de hadas ruso. Una vez más, estaba preciosa.

—La amo —murmuré al tiempo que la ayudaba a subir al carruaje.

—Me alegra saberlo —respondió ella con una risa exquisita—. A las damas nos complace ser amadas.

Oscar estaba ya dentro del carruaje, acurrucado en el rincón y vestido de noche, con un ramillete de lilas en el ojal de la chaqueta. No estaba solo. Sentado delante de él y vestido, a pesar de la época del año, con unos sencillos pantalones negros, una camisa blanca y un chaleco desabrochado, estaba Bernard La Grange. Tenía la cabeza echada hacia atrás contra el antimacasar y los ojos entrecerrados.

—He estado saludando al gran Hamlet —dijo Oscar al tiempo que Gabrielle subía al coche—. Y ahora —añadió, llevándose a los labios el guante blanco que envolvía la mano de la dama— puedo saludar también a la *nonpareil* de las Gertrudis. —Miró por turnos al actor y a la actriz y les sonrió—. Esta tarde han sido ustedes madre e hijo... y han estado absolutamente convincentes. Ahora parecen tan jóvenes que bien podrían ser hermanos. —Gabrielle se sentó junto a Oscar y se inclinó para besarle en la mejilla.

Yo tomé asiento al lado de Bernard.

—¿Cómo está su hermana? —pregunté.

—No lo sé —respondió él, volviéndose a mirar por la ventanilla del coche. El carruaje echó a andar con una sacudida por la callejuela y se adentró en el bulevar del Temple.

—¿Dónde está? —preguntó Oscar—. ¿Lo sabe?

—No estoy seguro. —El joven actor se volvió hacia él y esbozó una débil sonrisa.

—Está usted en un buen sitio —dijo Oscar—. Entre amigos.

El landó pasó por delante del teatro y empezó a ganar velocidad. Fui en ese instante presa de un júbilo extraordinario. Miré a Gabrielle de la Tourbillon, sentada delante de mí, con sus rodillas tocando las mías, y me maravilló la intensidad del deseo que despertaba en mí. Quizás ella me había leído el pensamiento.

—¿Le parece excesivo el *décolletagé*? —susurró—. Después de esta tarde, deseo firmemente devolverle la fe.

—Es usted pura perfección —dije en voz baja.

Ella se volvió hacia Oscar.

—¿Le parece que me he excedido con los diamantes?

—La experiencia me dice que, en lo que concierne a los diamantes, a las lisonjas y a las tostadas de anchoa, jamás corremos el peligro de cometer un exceso —respondió él, ladeando la cabeza y entrecerrando los ojos. Ella se rió—. ¿Son un regalo? —preguntó.

—Sí..., de Edmond. —Gabrielle contuvo el aliento al pronunciar su nombre y se inclinó para pegar sus dedos a mi rodilla—. Espero que no le importe.

Sonreí y negué con la cabeza. Aunque no dije nada, pensé: «¿Por qué iba a importarme? También usted es un regalo de Edmond, ¿o quizá me equivoco?».

Visiblemente nerviosa, Gabrielle se tocó los diamantes con la mano y vi que de pronto parecía avergonzada. Se volvió hacia Bernard con una expresión de ansiedad en el rostro.

—Sé que fue una muestra de extravagancia de parte de su padre. Espero que no le importe.

—Lo que Edmond La Grange haga con su dinero no es asunto mío. ¿Por qué iba a importarme?

Cuando Bernard habló, Gabrielle empezó a sonrojarse.

—Lo siento —dijo, agitando las manos de un modo que se me antojó extravagante—. Yo...

—No —la interrumpió Bernard—. No se disculpe. Soy yo quien debería hacerlo. —No la miraba. Tenía los ojos fijos en la ventanilla del carruaje—. Discúlpeme, se lo ruego. En este momento estoy muy confundido. Es un momento difícil.

Puse una mano tranquilizadora sobre la rodilla de Gabrielle al tiempo que Oscar

hacía lo posible para despejar el ambiente.

—¡Será usted la mujer más hermosa del baile, querida!

—¿Habrá baile? —pregunté.

—Por supuesto —dijo él—. Y fuegos artificiales. Y tragafuegos. Y leones, linceos y leopardos paseándose por el salón.

—Espero que haya también comida —dijo Gabrielle, de pronto recuperada—. Estoy famélica.

—Habrá comida —se rió Oscar—. Y bebida.

—Y láudano —dijo Bernard en voz baja—. Necesito láudano. Tengo que dormir.

Al final, no hubo fuegos artificiales ni tragafuegos en la *soirée* de Sarah Bernhardt. Aparte de su perrito, *Hamlet III*, tampoco se contó con la presencia de ningún cuadrúpedo. Hubo, eso sí, una docena de pingüinos desfilando por la fuente del jardín y, en la escalera principal, un trío de sirenas vivas. Sus largas y oscilantes colas, elaboradas con escamas de madreperla, brillaban y refulgían; sus largos mechones de cabello caían sobre sus hombros descubiertos y sobre sus pechos desnudos.

—Son auténticas —insistía la anfitriona—. Y muy caras. Se las compré a un pirata en el golfo de Vizcaya. ¡Tuve que pagar un precio adicional porque cuando cantan lo hacen en francés!

Yo jamás había visto una fiesta semejante. Y tampoco he vuelto a asistir a ninguna igual. Ahora que vivimos permanentemente bajo el despiadado resplandor de la luz eléctrica, hemos olvidado ese halo de cuento de hadas de un mundo iluminado por la oscilante llama de las velas. Esa noche, la casa de Sarah estaba iluminada tan sólo por la luz de las velas: velas diminutas, a miles; velas que deslumbraban y chisporroteaban antes de apagarse para ser sustituidas por otras miles. La señora Bernhardt contaba con los servicios de treinta criados que atendían a sus invitados durante la *soirée*, seis de los cuales se encargaban exclusivamente de reemplazar y encender las velas extintas.

Merece la pena recordar que en la década de 1880, los teatros de París eran los más llenos y célebres del mundo. Medio millón de parisinos iban al teatro una vez por semana, y más de un millón lo hacían una vez al mes. Los actores y actrices principales del teatro francés eran festejados —y empleados— desde Nueva Orleans a San Petersburgo. Sarah Bernhardt y Edmond La Grange eran figuras de renombre mundial y por ello también poseedores de fabulosas fortunas. La Grange era más rico que Bernhardt: aunque de hecho ella ganaba mucho más que él, La Grange ahorraba su fortuna mientras que ella despilfarraba la suya a manos llenas.

Esa noche en la calle Fortuny no se reparó en gastos. Comimos langosta y langostinos frescos, gambas en conserva, salmón escalfado y halibut asado, ostras de Cancale y caviar persa (y es que la noche tenía un *motto* náutico), todo ello regado

con una inmensa variedad de vinos y licores de todo tipo. Al vernos llegar, la anfitriona depositó en nuestras manos una copa de Vin Mariani.

—El papa León trece me lo dio a conocer —declaró—. La combinación de hierbas, alcohol y cocaína es irresistible. No conozco tónico igual. ¡No hay un vigorizador de los órganos reproductivos más maravilloso!

—¿Es eso lo que Su Santidad le dijo? —preguntó Oscar.

Sarah soltó una estridente carcajada.

—¡No! Fue lo que me dijo Julio Verne. Está en el invernadero, mirando la luna. Vaya a conocerle, Oscar. Le adorará. —Lo besó con afecto en ambas mejillas y, cortésmente, me acarició la cara con el dorso de la mano—. Y el amigo de Oscar —murmuró. Bajó los ojos y vio que los dedos de mi mano derecha tocaban levemente la falda de gasa de Gabrielle. Sus ojos se abrieron como platos y abrazó a su colega—. Se ha puesto usted los diamantes de Edmond, Gaby —dijo—. Le favorecen: tiene un cuello ideal para ellos. No sé si sabe que yo estaba con él cuando los compró.

—Sí, lo sé —reconoció Gabrielle con una sonrisa—. Edmond me lo ha contado.

—Entiendo que él no vendrá —comentó Sarah. Acto seguido se volvió hacia Oscar y hacia mí y explicó—: Edmond nunca se deja ver en fiestas privadas. Hay que pagar para ver al gran Edmond La Grange. No me parece una mala estrategia —añadió mirando en derredor—. ¿Dónde está Bernard? Le he visto con ustedes cuando han entrado. —Giró en redondo y por fin le localizó entre la multitud, junto a la puerta que comunicaba con el comedor. Sarah se rió—. ¡Ya ha encontrado a Maurice y al Chino! Desde luego, no hay duda de que tiene un sexto sentido para la depravación. Pero es un joven hermoso, eso es innegable. Mucho más guapo de lo que jamás lo fue su padre.

—Es el mejor Hamlet que he visto nunca.

—¿En serio? —La señora Bernhardt arrugó la frente y vació su copa de Vin Mariani—. ¿Puede realmente un mestizo como él encarnar al príncipe de Dinamarca?

—¿Puede una mujer? —preguntó Oscar con una sonrisa.

Sarah estalló en carcajadas una vez más y, levantando los brazos por encima de su cabeza y bamboleando las caderas a un lado y a otro como Salomé delante del rey Herodes, se separó de nosotros hasta desaparecer entre los presentes. Me volví a mirar hacia la puerta del comedor. Bernard La Grange y Maurice Rollinat habían desaparecido. El criado chino daba a elegir en ese momento a otra pareja de invitados entre unas pipas de jade de opio y lo que parecían ser jeringuillas llenas de cocaína.

—La libertad es la única ley que conoce el genio —sentenció Oscar, contemplando la escena. Como siempre, era el hombre más alto de la sala—. Saldré a buscar a Julio Verne. Vosotros dos deberíais bailar. Estoy seguro de que Sarah debe de tener una orquesta oculta en alguna parte.

De hecho, nuestra anfitriona había contratado los servicios de un brillante pianista

polaco cuyo repertorio parecía no conocer límites. Piezas de Offenbach, valeses de Chopin, el «Oh, Dem Golden Slippers» de Jimmy Bland (amigo de Oscar)... Paderewski, el pianista de enmarañados cabellos, se atrevía con todo. Mientras tocaba, nosotros bailábamos y, con Gabrielle de la Tourbillon en mis brazos, supe por fin que lo único que quería de esta vida era poseerla, ¡y no durante una sola noche, sino durante toda la eternidad!

Hacia las dos de la mañana, Oscar por fin nos encontró.

—Creo que debemos irnos, niños..., ¡antes de que canten las sirenas!

—¿Dónde está Bernard? —preguntó Gabrielle.

—Le verá usted en el vestíbulo —dijo Oscar—. Reparará usted en él, se lo prometo.

Tomó a Gabrielle de la mano y nos guió entre la multitud. Todas las habitaciones estaban abarrotadas. El humo llenaba el aire, el calor era intenso y los rostros brillaban a la luz de las velas. A medida que nos abríamos paso entre ellos, los poetas hablaban mientras las musas fingían escuchar, los actores fanfarroneaban mientras las actrices se reían, vimos a una de las chicas del coro de la Opéra Comique (una amiga de Gabrielle) que desabrochaba los pantalones del presidente de la Académie Française y vimos también a dos negros que se besaban.

—La vida y la lujuria, baja astucia y alta inteligencia —gritó Oscar sin tan siquiera volverse de espaldas—. Mirad a vuestro alrededor. Sarah les conoce a todos. Toca la ropa de ese anciano caballero cuando pasemos junto a él, Robert. Es Ferdinand de Lesseps. ¡Podrás contar a tus nietos que estuviste aquí!

Cuando llegamos al vestíbulo, dejamos por fin la algarabía a nuestra espalda. De pronto se había hecho el silencio. Las sirenas habían abandonado la escalinata. En las escaleras, contra las paredes y entre las cuatro puertas que daban al vestíbulo, los invitados aguardaban juntos en silencio, algunos de la mano, formando un anillo humano. En el interior de la improvisada arena, dos hombres en mangas de camisa se batían con espadines. Se trataba de Bernard La Grange y Jacques-Émile Blanche, el joven artista de pálida tez.

—¡Esto es una locura! —susurró Gabrielle, estrechándome con fuerza la mano.

—¡Esto es la juventud! —jadeó Oscar.

Bernard era sin duda el espadachín más fuerte de los dos. Con un ataque tras otro, iba acosando implacablemente a su oponente en círculos. Cuando Blanche lograba un breve contraataque, Bernard lo rechazaba sin esfuerzo aparente para volver a atacarle con una teatral réplica.

—¡No puedo soportarlo! —siseó Gabrielle—. Sáquenme de aquí, por favor. — Sus palabras se perdieron sin embargo bajo el estallido de jadeos y de gritos procedentes del círculo de espectadores en el instante en que Jacques-Émile Blanche se lanzaba hacia delante en un arrebatado frenesí.

—¡Tocado! —gritó Bernard La Grange, girando sobre sus talones—. ¡Y bien tocado! —Cayó durante un instante sobre un grupo de invitados que estaban de pie junto a la puerta del comedor y de inmediato volvió a ocupar su lugar en la arena, abriendo los brazos para mostrar su camisa desgarrada y manchada de un rojo intenso.

—¡Santo Dios! —exclamó Gabrielle, soltándome la mano. A lo largo y ancho de la sala, las mujeres chillaron y los hombres vitorearon.

—¡Es vino! —dijo Oscar entre dientes—. Vino tinto. El muchacho es actor. Recuerde quién es su padre.

Uno de los invitados situados junto a la puerta del comedor alzó su copa vacía para dar fe de la veracidad de la afirmación de Oscar mientras Bernard La Grange volvía al combate. A partir de entonces le oímos mascullar cada uno de sus movimientos al tiempo que los realizaba:

—Ataque, ataque, *croisé*, *coulé*, corte. Ataque, ataque, quite, *prise de fer*.

—Vamos —dijo Oscar, tirando de nosotros alrededor del perímetro del círculo donde tenía lugar el combate—. Os llevaré a casa.

—¿No corre peligro? —preguntó Gabrielle, al tiempo que Oscar la ayudaba a subir al coche que esperaba en la puerta.

Él se rió.

—Creo que encontrará en la heroína todo el apoyo que necesita.

Eran más de las tres cuando llegamos a la callejuela situada junto al bulevar del Temple. El aire nocturno era frío, aunque la luna amarilla brillaba en el cielo. Gabrielle tiritaba cuando nos quedamos de pie junto al landó al final del callejón que llevaba a la entrada de actores del teatro.

—¿Y bien, queridos míos? —preguntó Oscar, sonriendo sin dejar de mirarnos.

—Buenas noches, Oscar —dijo Gabrielle, ofreciéndole su rostro para que la besara—. Gracias por esta velada tan memorable. —A continuación entrelazó su brazo en el mío y me atrajo hacia ella.

Oscar soltó una risilla. Estaba visiblemente ebrio.

—Creo que esto bien merece un Lucky Strike, ¿no te parece, Robert? Daré un paseo por la calle hasta que decidáis cómo deseáis dormir esta noche. —Se alejó por la calle adoquinada. Segundos más tarde oí el chasquido de una cerilla y vi el destello de la llama cuando Oscar encendió el cigarrillo. Luego giró al llegar a la esquina del bulevar. Pegué entonces mis labios a los de Gabrielle. Ella abrió la boca y su lengua buscó la mía. Fue en ese momento cuando oímos lo que pareció un desesperado grito de ayuda.

Al instante me deshice del abrazo de Gabrielle y corrí calle arriba seguido de nuestro cochero. Al doblar la esquina hacia la fachada del teatro, vi una figura tumbada boca arriba sobre la alcantarilla junto al abrevadero de caballos. Era Oscar.

Tenía la cabeza y el torso empapados y la camisa de seda blanca, desgarrada y sucia. Me arrodillé junto a él y le tomé en brazos.

—Gracias, Robert —farfulló, contemplando con ojos entrecerrados su ropa destrozada—. Con semejante estampa, supongo que se tercia mantener la boca ligeramente abierta.

Esa noche no llevé a Gabrielle a mi habitación. Dejé que regresara al apartamento que La Grange ocupaba en el teatro mientras yo ayudaba a Oscar a subir al landó y le acompañaba a su hotel del paseo Voltaire.

Presentaba numerosas contusiones y magulladuras y, aunque visiblemente afectado por lo ocurrido, no estaba malherido. Su narración de lo sucedido fue perfectamente lúcida. Mientras disfrutaba de su cigarrillo delante del teatro, examinando el cartel de la próxima producción de *Hamlet* e intentando descubrir en él su nombre a la luz de la luna, había oído un repentino fragor de pasos a su espalda. Antes de poder volverse, un hombre con las manos enguantadas —Oscar estaba seguro de que era un hombre— le había agarrado brutalmente del cuello, tirando de él hacia el abrevadero, obligándole una vez allí a girar en redondo y sumergiéndole la cabeza y los hombros en el agua helada. Si Oscar no hubiera conseguido librarse de él, sin duda le habría ahogado. Pero había forcejeado con el desconocido hasta conseguir sacar la cabeza del agua y gritar para pedir ayuda. De pronto, se vio libre y cayó al suelo de espaldas al tiempo que los pasos huían a la carrera. Le pareció haber oído gritar «*Non!*» a una voz y también que ésta le resultaba familiar, aunque no estaba seguro. Quizás había sido mi voz. Obviamente yo había gritado al rodear corriendo el edificio en su ayuda.

Mientras ayudaba a mi amigo a desvestirse, hice cuanto estuvo en mi mano para calmarle, aunque fue en vano.

—Mi cabeza es un auténtico torbellino, Robert. Tengo preguntas y ninguna respuesta. ¿Qué ocurre? ¿Quién intenta matarme? ¿Y por qué? ¿Y realmente están intentando matarme o sólo quieren asustarme? Y estos brutales asaltos a mi desgraciada persona... ¿están de algún modo relacionados con la misteriosa muerte del pobre Traquair? ¿Y qué ocurrió realmente con el pobre perro al que encontramos muerto y enterrado en mi equipaje a bordo del *SS Bothnia*? ¿Está acaso la olvidada *María Antonieta* vinculada de algún modo con lo ocurrido esta noche?

No supe qué responder. Por fin, tras darle un vaso de whisky con agua caliente, le convencí para que se acostara. Allí le dejé, exhausto, tomando su bebida a pequeños sorbos, fumando el último de sus Lucky Strike y leyendo *La vida de san Porfirio* a la luz de las velas. Yo regresé en coche a mi habitación de la calle de Beauce y me tumbé en la cama, completamente vestido e imaginándome desnudo en los brazos de Gabrielle de la Tourbillon.

Poco después de las diez en punto de la mañana siguiente pasé a buscar a Oscar a

su hotel. Nos esperaban en el Théâtre La Grange, donde iba a tener lugar el segundo ensayo general. Aunque Oscar no debía de haber dormido más de cinco horas, parecía fresco y claramente orgulloso de sus heridas. A mi llegada, le encontré en el vestíbulo del hotel, vestido y bien acicalado delante del espejo, admirando las abrasiones violáceas y anaranjadas que le teñían las mejillas. Ya había salido en busca de un crisantemo a juego para el ojal de su chaqueta.

Me saludó, y no con un «buenos días» ni con una palabra de agradecimiento por las atenciones que le había dispensado la noche anterior, sino con una pregunta sobre *Los crímenes de la calle Morgue* de Edgar Allan Poe.

—Has leído la historia, ¿verdad, Robert? ¿Acaso Poe lleva a su detective a meditar sobre el misterio del crimen para el que no existe aparentemente causa justificada? No me lo parece. Diría que mi héroe ha desperdiciado una gran oportunidad.

Miré a mi amigo sin ocultar mi desconcierto. No supe qué decir. Él tenía sus preocupaciones y yo —que no había logrado pasar la noche con Gabrielle— las mías. Juntos, en silencio, abordamos un landó y nos dirigimos al teatro y, una vez allí, y por insistencia de Oscar, antes de que empezara el ensayo general, pedimos lo que él llamó «una breve y formal audiencia» con Edmond La Grange.

Eran las once. El actor estaba en su camerino, preparándose para encarnar al personaje de Claudio. No me reprendió por mi retraso y saludó cordialmente a Oscar, en cuyas magulladuras no reparó a simple vista.

—Pase, siéntese, *cher collaborateur*. Ayer nos concentramos en la escenografía y en el vestuario. Hoy nuestra mayor preocupación será el texto.

—Antes de eso, tengo algunas preocupaciones de naturaleza no literaria que desearía compartir con usted —dijo Oscar—. ¿Me permite?

—Por supuesto —respondió La Grange, girando en redondo sobre el taburete para volverse de espaldas al tocador. Acto seguido se cruzó cómodamente de brazos y concedió a Oscar toda su atención—. Somos amigos, además de colegas. Hable.

Oscar habló. Y lo hizo bien, concisamente, sin hipérbole alguna. Compartió sus preocupaciones con La Grange como la noche anterior lo había hecho conmigo. Y, cuando terminó de hablar, el anciano actor respondió con igual economía y relajación, centrándose por turno en cada una de las preguntas de Oscar y desestimándolas después sin el menor asomo de ceremonia. El lastre que había caído desde el peine del teatro había sido un accidente, así de simple. El asalto del que Oscar había sido víctima en el bulevar del Temple era obra de los bandoleros que merodeaban las calles. Desgraciadamente, París estaba lleno de ellos. El pobre Traquair había muerto por accidente —los escapes de gas mataban a cientos de hombres, mujeres y niños inocentes todos los años— o, sí, probablemente se había quitado la vida porque se sentía solo tan lejos de su casa. Y en cuanto al asunto de la

desgraciada caniche de *Maman* encontrada muerta y enterrada en el baúl que acompañaba a Oscar durante la travesía en barco, había sido sin duda una broma de mal gusto perpetrada por alguno de los marineros del *SS Bothnia*: La Grange había ya advertido a Oscar de los peligros que implicaba confraternizar con la tripulación.

El segundo ensayo general de *Hamlet* debía dar comienzo a mediodía. A las once y media, el regidor informó de que Ofelia seguía desaparecida: Agnès La Grange no había llegado aún al teatro. *Maman* la había buscado en su habitación, pero la joven no estaba allí. El actor-director pareció exasperado más que preocupado por la noticia: dio instrucciones de que la suplente de Ofelia se preparara. A mediodía, sin embargo, justo en el momento mismo en que debía empezar el ensayo, Agnès se deslizó sigilosamente por la entrada de actores. Entró desde allí a bastidores con una sonrisa en los labios, lanzó un beso de disculpa a su padre y corrió a su camerino a cambiarse.

Al término del ensayo, cuando La Grange dio sus notas al reparto y al resto de los miembros de la compañía, Oscar anunció que esa misma noche se iba de París. Ya había presenciado dos ensayos generales: las representaciones eran extraordinarias y la producción poderosa. Su ayuda no era necesaria. Con La Grange y Shakespeare manos a la obra, no había ninguna necesidad de Oscar Wilde.

No tardó en marcharse. Se despidió en privado de La Grange en el camerino de actor y de Eddie Garstrang, Carlos Branco y Gabrielle de la Tourbillon, con la que por mera casualidad se cruzó entre bastidores. Dejó luego zanjada la cuestión del acuerdo económico con Richard Marais y a continuación me pidió que le acompañara a la Gare du Nord.

Oscar había decidido que no era bienvenido en París. A pesar de las enseñanzas que san Porfirio pregonaba en su libro sobre la conveniencia de hacer caso omiso a los malos augurios, había tenido más que suficiente con lo ocurrido: los dioses no veían con buenos ojos su permanencia en Francia. Volvía a casa..., bueno, no exactamente. No regresaba a Dublín, sino a Inglaterra, a Londres, a sus tierras de origen, donde había decidido pasar una temporada entre los aburridos y los conformes; eso era exactamente lo que necesitaban sus nervios. Además, tenía una cita con un posible asesino demente y estaba ansioso por cumplir con sus obligaciones sociales. Me preguntó si podía ir a su hotel del paseo Voltaire a recoger sus cosas y ordenar que se las enviaran a Inglaterra. Y me pidió también que no dejara de estar en contacto permanente con él y que le contara todas las novedades sobre sus amigos parisinos.

Se marchó a Londres en el tren nocturno.

Dedicó el día siguiente a visitar en la capital inglesa a su madre y a su hermano.

Ese mismo día se marchó a Reading a pasar el fin de semana. Se alojó en casa de su amigo George Palmer, el rey de las galletas.

A las once de la mañana del lunes siguiente (el 5 de marzo de 1883), horas antes del estreno de la nueva producción de *Hamlet* en el Théâtre La Grange, Oscar Wilde cruzaba las puertas de la cárcel de Reading.

# 18.

## La cárcel de Reading

Oscar visitó la cárcel de Reading por invitación expresa de su amigo George Palmer, y en compañía de Palmer y del capellán de la cárcel, el reverendo Paul White. La fábrica de galletas Huntley & Palmer estaba ubicada en unos terrenos inmediatamente contiguos a la cárcel y George Palmer era miembro del Consejo de Visitantes del centro penitenciario. Según Oscar, era «un caballero inglés dotado de un gran sentido del humor y gran admirador de la danza folklórica escocesa, además de empresario, avezado deportista y cuáquero, y la mejor de las compañías a pesar de semejante lista de aflicciones».

Oscar no sólo conocía bien a George Palmer, sino que le admiraba y confiaba en él. Los sentimientos que albergaba hacia el reverendo White eran ya más equívocos. En el diario que llevaba en esa época, anotó:

White es evidentemente un hombre virtuoso, lo cual es siempre motivo de sospecha. Hay en él algo que resulta demasiado bueno para ser cierto. Su inglés hablado es tan perfecto que me lleva a pensar que no es su lengua materna. Tengo la impresión de que hemos coincidido antes de nuestro reciente encuentro, aunque él lo niegue rotundamente. Cuando insisto en preguntar sobre su pasado, es poco lo que revela. Se niega a hablar de la vida previa a su descubrimiento de Cristo y explica que en aquel entonces se había adentrado en el valle de la sombra de la muerte y que no tiene el menor deseo de volver a visitarlo.

El motivo que había llevado a George Palmer a sugerir ese lunes en particular para su excursión matinal era la llegada a la cárcel de Reading de un sujeto que él calificó de «célebre presidiario»: el famoso Roderick Maclean.

—Maclean es a los asesinatos lo que usted a la estética, Oscar.

—¿Es cierto eso? —respondió él, no del todo halagado por la comparación—. Pero ese hombre es un loco, ¿me equivoco?

—Eso parece. Como usted bien sabe, Maclean envió uno de sus versos a la reina Victoria y cuando Su Majestad no expresó hacia ellos el menor aprecio, él decidió vengar su orgullo herido. Le disparó en la estación de tren de Windsor. Acusado de alta traición, no fue declarado «culpable, sino demente». Está en Reading de camino al manicomio de Broadmoor. No sé en qué estado se encuentra, pero al menos podrá verle y añadirle a su colección de curiosidades.

—Estoy profundamente intrigado por conocerle, George. Gracias. Siento

fascinación por aquellos que han dejado su huella en el mundo..., sea ésta de la suerte que sea. Me maravillan quienes están decididos a cumplir con su destino... a cualquier precio.

En cualquier caso, la visita a Reading tenía a Oscar muy excitado. Se preguntaba si la experiencia le turbaría, y, de ser así, hasta qué punto. El año anterior apenas había dado importancia a su visita a la penitenciaría de Lincoln, en Nebraska: desde entonces le había sorprendido la frecuencia con la que había vuelto a visitar el lugar en sueños y cuán a menudo esos sueños se convertían en pesadillas. Más recientemente, había leído el testimonio de Charlotte Brönte, en el que la autora relataba su visita a la prisión de Newgate durante la Gran Exposición de 1851 y se había visto atormentado por la descripción de la señorita Brönte en la que ésta describía cómo había tomado la mano de una joven que había asesinado a su propio hijo y estaba a la espera de morir en la horca.

En su diario, Oscar anotó los sentimientos encontrados que la visita a la cárcel de Reading provocaba en él:

Me sentí horrorizado y fascinado a la vez. Horrorizado por la fealdad de todo lo que vi; asqueado por la sordidez y la crueldad; la espantosa comida (el almuerzo consistía en agua mugrienta, carne gris y patatas negras); el llamado sistema «separado», según el cual cada uno de los internos está separado de los demás y en completo silencio, encapuchado y enmascarado cuando abandona su celda; la horrenda y debilitadora monotonía de sus vidas (en las que nada ocurre jamás). No existe trabajo, recreación u ocupación alguna, salvo para aquellos que han sido condenados a «trabajos forzados», cuyo destino es tirar de la rueda trituradora, despedazar rocas en el patio de la cárcel o someterse al llamado «lanzamiento de peso», que no es otra cosa que tener al prisionero levantando una bala de cañón de diez kilos hasta la altura del pecho, moverla tres pasos a derecha o a izquierda y volverla a poner en el suelo. La tarea se repite hora tras hora bajo la supervisión del celador.

Me horrorizó lo que vi y quedé absolutamente fascinado por el modo en que Palmer y White —ambos hombres probadamente civilizados— no parecían cuestionar en ningún momento lo adecuado del sistema. Me sorprendió también descubrir que aquel lugar espantoso —ese infierno en la tierra— fuera no sólo una cárcel para hombres, sino también para mujeres, y me asombró descubrir la variedad de edades, tipologías y nacionalidades de los internos allí encerrados: hombres que eran prácticamente caballeros y simples vagabundos, rateros y asesinos, árabes e irlandeses, deudores y borrachos, niños y vejstorios al borde de la muerte. «¿Tratan de modo distinto a los jóvenes y a los viejos?», pregunté. «Naturalmente», respondió el capellán, muy serio. Estábamos en el vestíbulo central del edificio. El reverendo White se acercó a un gran armario de repisas vacías colocado contra una pared cercana y me indicó que le siguiera. Sacó del bolsillo un manojito de llaves, eligió una, la hizo girar en la cerradura y abrió de un tirón las puertas del armario. Alineados y encadenados a la pared posterior del armario, como si de rifles en una armería se tratara, había una docena de látigos. «Éstos son nuestros látigos de nueve colas, un mal necesario en el caso de que haya que mantener la disciplina. Como puede ver, los tenemos de varios tamaños. Los pequeños son los que utilizamos con los hombres de entre diez y dieciséis años. La vara de

abedul mide treinta y cinco centímetros en vez de cincuenta. La longitud del mayal, desde el extremo del mango a la punta de las colas mide un metro en vez de un metro y veinte centímetros. El peso es de dos kilos y medio, y no de tres y medio». No pude contener mi asombro ante la cruel precisión de esos instrumentos.

La visita a la cárcel duró dos horas. El prometido encuentro con la curiosidad que era Roderick Maclean fue breve. El pobre hombre estaba encarcelado en la planta BI, en una de las «celdas oscuras». La habitación carecía de ventana y estaba sumida en la oscuridad. El celador que abrió la puerta para dejar entrar a las visitas hizo entrega al capellán de una lámpara de aceite en cuanto los recién llegados entraron a la celda. A la luz amarilla de la lámpara, el prisionero quedaba claramente visible. Estaba encogido en el extremo más alejado de su cama metálica, inmovilizado por una camisa de fuerza.

—¿Es realmente necesario? —preguntó Oscar.

—Está loco —fue la respuesta del capellán—. No es sólo un peligro para los demás, sino también para él mismo.

Cuando Oscar y el reverendo White se acercaron al hombre, éste dio un respingo y cerró los ojos contra la luz.

—No se alarme, señor —dijo Oscar.

—Éste es el señor Oscar Wilde —anunció el capellán.

El prisionero giró la cabeza y abrió los ojos para clavar una intensa mirada en su rostro.

—¿El poeta? —preguntó con un ronco suspiro. Su voz sonó mucho más refinada de lo que Oscar había esperado—. ¿Oscar Wilde, el poeta?

Éste inclinó hacia él la cabeza.

Maclean forcejeó de pronto contra su camisa de fuerza en un intento por acercarse a la luz. Se inclinó hacia delante y levantó la cabeza en dirección a Oscar. Había en su acento un ligero deje marcadamente escocés.

—¿Ha venido usted a verme? —susurró.

—Así es —dijo Oscar—. Leí el poema que dedicó a Su Majestad. Apareció publicado en la prensa. Es un poema excelente, señor Maclean. Me habría sentido orgulloso de haber escrito un poema tan colmado de emoción.

Maclean alzó la mirada hacia Oscar mientras las lágrimas le surcaban las mejillas.

Oscar volvió a saludarle con una inclinación de cabeza y se retiró de la cama en dirección a la puerta de la celda.

—Ahora debo marcharme —dijo en voz baja—. Buenos días, señor Maclean. Me alegro de haberle conocido. Reciba el saludo de otro poeta. —Se detuvo en el descansillo situado justo al otro lado de la puerta del loco al tiempo que el celador cerraba ruidosamente la puerta. Luego se dirigió a George Palmer y le dijo:

—Lamento mucho no haber podido estrecharle la mano. ¿De verdad es

estrictamente necesario el uso de la camisa de fuerza?

—Eso dice el médico —respondió el reverendo White.

Oscar se volvió entonces y clavó la mirada en los cálidos ojos marrones del capellán.

—¿No hay nada bueno en este sitio espantoso? —preguntó.

—Ahora vamos a la capilla —repuso el capellán—. A mis dominios. —Sonrió—. Y a los de Dios, por supuesto. La capilla es un buen sitio.

—Esperemos que los prisioneros encuentren aquí alguna suerte de consuelo —intervino George Palmer cuando llegaron a la capilla.

—Mientras ponderan el error de sus actos —añadió el capellán sin disimular su soberbia—. La capilla fue diseñada para tal propósito.

En efecto: había sido diseñada como un pequeño anfiteatro griego dotado de innumerables filas de bancos individuales de madera que se elevaban uno encima del anterior en diversas filas ante un sencillo altar de piedra. A Oscar los bancos le parecieron ataúdes abiertos y colocados de pie, lo bastante espaciosos como para dar cabida a un hombre adulto. Cuando el prisionero entraba en el banco que le había sido asignado, el resto de internos desaparecían de su vista: el único ser humano que veía era el capellán.

El reverendo White se situó en los escalones que llevaban a su altar con George Palmer y Oscar a cada lado, supervisando la escena.

—Y con él crucificaron a dos ladrones —murmuró Oscar—: Uno a su diestra y el otro a su izquierda.

—San Marcos, quince, veintisiete —dijo el capellán—. Como podrá imaginar, es uno de mis textos favoritos.

—¿Qué es lo que ve cuando mira desde aquí a su congregación a los ojos, padre? —preguntó Oscar.

—Nunca les miro a los ojos —respondió el clérigo—. No, no les veo los ojos. Los hombres llevan la cabeza cubierta por unos gorros semejantes a capuchas que les tapan la cara. Las mujeres, por su parte, utilizan gruesos velos.

—Pero esa mujer de allí no lleva velo alguno —dijo Oscar. Se había vuelto hacia la derecha y miraba la primera fila de los pequeños bancos de madera. Sentada inmóvil en el penúltimo banco había una anciana vestida de negro con el pelo blanco recogido y sujeto con una redecilla. Tenía el fracaso impreso en los hombros y sobre sus rodillas descansaban unas manos nudosas, víctimas del dolor y de la edad. Su oscuro rostro (marrón como el banco de roble que ocupaba) estaba grotescamente hinchado. Oscar no llegó a saber si la hinchazón era producto de la bebida, de las lágrimas o de la enfermedad.

El capellán se sobresaltó al ver a la pobre mujer.

—No es una de nuestras prisioneras —dijo.

—¿Es acaso un fantasma? —preguntó Oscar.

El clérigo no se rió.

—Trabaja aquí —respondió secamente—. Limpia la capilla cuando está dispuesta.

La mujer había girado la cabeza en dirección a los tres hombres que estaban de pie delante del altar, pero era en el capellán en quien tenía fijos los ojos. Su mirada no vacilaba. ¿Era una mirada insolente o quizá colmada de reproche? ¿O quizá devota y preñada de desesperación?

El capellán gritó a la mujer sin disimular su enojo.

—*Vai-te embora!*<sup>[3]</sup> ¡Desaparece!<sup>[4]</sup>

La mujer no se movió ni apartó los ojos.

—¿Cuál es su historia? —preguntó Oscar—. No es inglesa.

—Su historia es un misterio. Hace muchos años que está aquí. —El capellán negó con la cabeza en un gesto cansado—. La tenemos aquí en un acto de caridad.

George Palmer estudiaba en ese momento su reloj de bolsillo.

—Será mejor que nos vayamos, caballeros. Debemos presentar nuestros respetos al alcaide.

Salieron de la capilla, dejando a la anciana sentada en su pequeño banco, y caminaron presurosamente y en silencio en dirección al despacho del alcaide.

—No nos quedaremos mucho rato —masculló Palmer.

—Se quedarán el tiempo suficiente para poder disfrutar en mi compañía de una taza de té dulce con una pequeña nube de brandi —dijo el alcaide, abriendo de par en par la puerta de su despacho y estrechando la mano derecha de cada uno de sus visitantes entre las suyas. Era un hombre gordo, estridente, rechoncho, rubicundo e implacablemente genial. Aunque Oscar nunca llegó a saber su nombre, en las páginas de su diario le bautizó con el apodo de «Coronel Pickwick». Lucía un bigote militar y combinaba un porte claramente castrense con esa chispeante bonhomía, el buen humor y el buen corazón que la mayoría de los lectores de Dickens encuentran irresistible, pero que la sensatez típicamente irlandesa de Oscar hallaba en cierta medida irritante.

—Señor Wilde, señor Wilde, señor Wilde —empezó, dando repetidas muestras de entusiasmo y sin soltar a Oscar mientras arrastraba a mi amigo por la habitación—. Me han dicho que el amigo Maclean no estaba en su mejor momento esta mañana. Le ruego que nos disculpe. Tuvo un pequeño ataque y hemos tenido que amarrarle. Sé que ambos son poetas... y también que le habría gustado charlar con él. Lástima, no ha podido ser. Aun así, *nil desperandum*, como dicen ustedes, los eruditos. ¡Tenemos a un hombre famoso al que quizá le interese conocer!

El alcaide por fin soltó la mano de Oscar y abrió de un tirón una puerta acristalada que comunicaba su despacho con una antecámara situada al otro lado.

—Ja, ja —chilló cuando la puerta volvió a cerrarse para desvelar la erguida figura de un anciano alto, delgado y de rostro macilento, con una mata de cabello blanco y rizado y unos penetrantes ojos azules—. Si papá mató a mamá, ¿quién mató a papá? ¡Marwood!

Oscar reconoció el manido chiste e identificó al instante los rasgos del erguido anciano. Había visto a menudo retratos de William Marwood en la prensa más sensacionalista. El señor Marwood sonrió y al hacerlo dejó a la vista una desmañada hilera de dientes mellados y amarillos. Dio un paso hacia él y le puso en la mano una tarjeta de visita. Oscar la miró:

William Marwood. *Verdugo*.  
Horncastle, Lincolnshire

Oscar y el verdugo se dieron la mano.

—Marwood y yo somos viejos amigos —tronó el Coronel Pickwick—. En otros tiempos cuidaba de mis botas. Era zapatero remendón antes de dedicarse a colgar a la gente. —El alcaide levantó por turnos los pies para presumir de sus lustrosas botas—. Aunque era un gran zapatero, tenía una misión más importante en la vida. ¿Qué edad tenías cuando te convertiste en verdugo, Will?

—Cincuenta y cuatro años —respondió el hombre, visiblemente complacido. Tenía una voz fina y curiosamente aguda—. Hace ya nueve años que lo hago. Aunque debo confesar que llevo toda la vida pensando en ello.

—Es ese «pensar en ello» lo que marca la diferencia, señor Wilde —dijo el Coronel Pickwick—, como usted bien sabe. —El alcaide sacó pecho, se retorció el bigote y guiñó un ojo en dirección a William Marwood—. No sé cómo le juzgará a usted la historia, señor Wilde, pero Marwood tiene su lugar asegurado. No sé si sabe que la invención de la «larga caída» es obra suya. —Miró orgulloso a su viejo amigo y tendió una mano para posarla sobre el hombro del verdugo—. Gracias al ingenio de Marwood, la caída entre la trampilla y el punto en el que la cuerda se tensa es hoy en día de tres metros. Resulta una experiencia mucho más limpia y sin duda más dulce. Se acabaron todas esas sacudidas y pataleos durante la agonía, un espectáculo espantoso de cerca, como le dirá el padre.

Alguien llamó en ese instante a la puerta del despacho.

—¡Pase! —gritó el Coronel Pickwick. Entró un joven celador con una bandeja con tazas y platos, una tetera, una jarra de leche, una botella de brandi barato y un gran plato de bocadillos de jamón—. Excelente —gruñó el alcaide, frotándose las manos—. Coman, caballeros —ordenó al tiempo que servía una generosa dosis de brandi en cada una de las tazas—. Y beban. Tenemos un día frío.

Los cinco hombres formaron un círculo alrededor del escritorio del alcaide.

—Una ocasión hartamente inusual —dijo Oscar, llevándose un sándwich de jamón a la boca—. No la olvidaré mientras viva.

—¿Quién de nosotros es el Sombrero Loco? —preguntó el Coronel Pickwick, acompañando su intervención con un guiño y una sonora carcajada—. Diría que Marwood se parece un poco a la Liebre de Marzo, ¿no cree usted, señor Wilde?

El verdugo pareció tomarse la observación como un cumplido y alzó su taza de té con brandi hacia el alcaide.

—El padre bien podría ser lirón —prosiguió el Coronel Pickwick, tomando carrerilla—. Pero, maldita sea, ¿no tenemos a nuestra Alicia!

—Está la extraña anciana que hemos visto en la capilla —sugirió Oscar.

El Coronel Pickwick estalló en un arrebató de buen humor.

—Oh, no, santo Dios. Está demasiado chiflada incluso para Alicia en el País de las Maravillas. Tan loca como el propio Maclean. Si la toleramos entre nosotros, es por deseo expreso del padre. —Añadió un chorro de brandi a la taza de Oscar y levantó entonces la suya—. Un brindis, caballeros. Por nuestro nuevo amigo, el señor Wilde, y por nuestro viejo amigo, el señor Marwood..., ambos artistas, cada uno a su manera. A su salud.

Los cinco hombres alzaron sus tazas, brindando entre sí. En la puerta acristalada que comunicaba con la antecámara del alcaide, Oscar vio el reflejo del grupo y sonrió al reparar en su inverosimilitud: un poeta, un alcaide de prisión, un verdugo, un cura y un fabricante de galletas, todos ellos de pie en círculo. Años más tarde reflexionó con frecuencia en el hecho de que jamás había brindado con un grupo tan variopinto.

—Y un brindis adicional por Marwood —anunció el alcaide, cogiendo la botella de brandi de la mesa—. Se jubila este año.

—Mi vista ya no es la que era —dijo el señor Marwood a modo de explicación—. Y he perdido firmeza en las manos. —Alzó una mano temblorosa para probar su argumentación.

El Coronel Pickwick se rió.

—Puede permitírsele, sin duda. La Corona le paga un estipendio de veinte libras al año más diez libras por obra. Es un hombre rico.

—Rico en recuerdos, desde luego —dijo muy serio el señor Marwood—. Jamás lo he hecho por dinero.

—¿A cuántos has colgado durante tu vida en activo, amigo mío? —preguntó el alcaide.

—A ciento sesenta y cuatro hombres y ocho mujeres en nueve años, aunque no me jubilo hasta el verano. Espero tener una primavera muy ajetreada.

—Bien, brindo por ello, William —dijo el alcaide, vaciando los restos de la botella de brandi en las tazas que los hombres sostenían delante de él.

A Oscar le sorprendió reconocer hasta qué punto se encontraba a gusto entre esos hombres. Aunque el Coronel Pickwick resultaba sin duda demasiado estridente para su gusto, su franqueza y su innata hospitalidad del alcaide eran cuando menos

encantadoras. A Oscar le llamó particularmente la atención Marwood y la devoción que éste mostraba por su oficio. Cuando informó al verdugo de que acababa de regresar de Francia, Marwood dio inicio a un interesante discurso sobre las ventajas de la soga respecto a la guillotina, al tiempo que formulaba una fascinante descripción de las «familias» de verdugos en ambos países.

—El día que me jubile —le comentó a Oscar—, tengo pensado escribir la historia de la ejecución, y creo que los capítulos dedicados a Francia serán los más interesantes. Para cualquier francés su legado lo es todo. —Marwood se confesó un admirador especial de las seis generaciones de la familia Sanson—. Ni que decir tiene que vivieron su apogeo durante la Revolución Francesa. Durante los quinientos tres días del Terror, los Sanson ejecutaron a un total de dos mil trescientos dieciocho hombres, mujeres y niños... y no cometieron un solo error. ¿Sabía usted eso, señor Wilde?

—No, no lo sabía —confesó Oscar—. Pero ahora que lo sé, no lo olvidaré.

# 19.

## La primera noche

En París, ese mismo lunes por la noche, la nueva producción de *Hamlet* de la Compagnie La Grange estrenó su espectáculo con una gran ovación.

*Le tout Paris* estaba allí. Henri-Clément Sanson y su sobrino Charles, el último vástago del linaje de los Sanson, estaban sentados en uno de los palcos. El primer ministro de Francia, Charles du Clerc, disfrutó de la función desde el palco real. Anatole France, que parecía muy joven, ocupaba también un palco. Émile Zola estaba en otro y parecía muy mayor. Yo les observaba entre bastidores por un pequeño agujero abierto para ese cometido en el arco del proscenio. Sarah Bernhardt fue de las últimas en ocupar su localidad en el abarrotado auditorio: llegó en compañía del joven artista Jacques-Émile Blanche. Ocuparon sus localidades en los asientos centrales, en la misma fila que Jean Mounet-Sully (según palabras de la propia Bernhardt, el mejor Hamlet de su tiempo) junto con el compositor Charles Gounod y Maurice Rollinat, el poeta de rostro cetrino. Fue precisamente Rollinat, el laureado de la mortalidad, a quien se le ocurrió llegar acompañado de los Sanson. Henri-Clément Sanson parecía estar al borde de la muerte.

—¡Creía que había muerto! —exclamó Edmond La Grange cuando le informé de la presencia del verdugo minutos antes de que se levantara el telón—. Vino a ver mi *Hamlet* hace cuarenta años y ya entonces era un anciano. Aunque es un borracho y un sodomita, adora el teatro.

—Lo sé —dije—. Le conozco.

—Los Sanson han sido a la guillotina lo que los La Grange al drama..., aunque eso es ya agua pasada.

—Creo que le acompaña su sobrino.

—Si eso es lo que desea usted creer... —dijo La Grange, dejando morir ahí la frase. Luego se levantó y echó atrás la cabeza y los hombros antes de estudiar su propio reflejo en el espejo como si fuera un *connoisseur* inspeccionando a un anciano maestro—. Ahora es Claudio quien se impone —dijo—. Tiene el carácter de un rey. —Se volvió a mirarme y levantó los brazos mientras yo le ataba un cinturón de piel y oro alrededor de la cintura—. El pobre y patético Henri-Clément carecía de los arrestos necesarios... y eso no ayuda cuando tu oficio es el del verdugo. No soportaba la sangre. De hecho, le provocaba alergia. Se refugió en la bebida y en los muchachos. Después de dieciocho actuaciones (tan solo dieciocho ejecuciones)

abandonó su vocación. ¡Empeñó la guillotina para saldar sus deudas de juego! Desde luego, sería una gran comedia si no fuera tan trágico.

El pequeño carillón que decoraba el aparador del camerino dio la hora.

—Elsinor me llama —anunció La Grange, inspeccionando su reflejo en el espejo de cuerpo entero por última vez—. Ha sido un acierto haber renunciado a la barba. — Cuando fue a abrir la puerta, anticipándose a la llamada del director del teatro, me lanzó una curiosa mirada—. ¿Y cómo diantre conoció usted a Sanson? —preguntó.

Vacilé.

—Le conocí en compañía de su hijo... y de Maurice Rollinat —dije—. En casa de la señora Bernhardt.

Edmond La Grange negó con la cabeza.

—Sarah frecuenta compañías muy raras —apuntó, abriendo de un tirón la puerta del camerino—. De todos modos, es una gran artista y una mujer generosa. Esta noche nos aclamará.

—Todo París le aclamará —dije.

—Quizás. A menos, claro está, que el último de los Sanson decida morir en mitad del segundo acto. Es justo lo que necesitamos. —Se rió al tiempo que se adentraba en la oscuridad de bastidores—. ¿Quién desearía ser actor en semejantes circunstancias?

—No creo que vaya a morir nadie esta noche.

—Yo no estaría tan seguro, *mon petit* —susurró—. La muerte está por doquier. Como me oírás decir en menos de una hora: «Todo el que vive debe morir, pasando de la naturaleza a la eternidad».

Nadie murió esa noche en el Théâtre La Grange. Es más, esa noche vio el nacimiento de una leyenda: la leyenda de «el *Hamlet* perfecto».

La frase fue de Sarah Bernhardt. La utilizó en el discurso improvisado que pronunció desde las almenas del castillo de Elsinore durante la larga fiesta celebrada en el escenario mismo del teatro tras el triunfal estreno. Declaró asimismo que había habido en el pasado —y las habría también en el futuro— interpretaciones del papel de Hamlet que rivalizarían con la del joven Bernard La Grange (destacó a Jean Mounet-Sully que la escuchaba ligeramente enfurruñado entre la multitud), pero dudaba mucho que hubiera habido en el pasado o que hubiera en el futuro una producción en la que todos los papeles protagonistas estuvieran tan magníficamente representados y que revelaran de un modo tan absoluto la pasión, el dolor, la poesía, el desamor, el heroísmo y la verdad de la obra. Bernhardt —que había encarnado a Ofelia y que mostraba además un saludable respeto por sus propios logros— proclamó que la interpretación que Agnès La Grange había hecho de su personaje había superado la suya.

—Jamás había visto la locura representada con tan lastimosa intensidad. ¡Los dioses derramarán sus lágrimas por esta Ofelia!

Según la diva, la producción de su querido amigo Edmond era «la culminación de una gran tradición, el florecimiento de la gloria de la familia La Grange. Y, damas y caballeros, piénsenlo bien: en años venideros la gente seguirá hablando de esta noche (la noche del *Hamlet* perfecto) y ustedes dirán, con el corazón inflamado y lágrimas en los ojos: “¡Yo estuve allí!”». Entre vítores y aplausos, y mientras Jacques-Émile Blanche y Charles Gounod se adelantaban para ayudarla a bajar de las almenas, Sarah añadió que planeaba utilizar la nueva e incomparable traducción de la obra firmada por La Grange/Oscar cuando, a su debido tiempo, decidiera que había llegado la hora de ensayar el papel principal.

El discurso de Bernhardt eclipsó por completo el de Edmond La Grange, que había hablado justo antes que ella. Aun así, y para sorpresa mía, el gran actor no pareció darle la menor importancia. Cuando se levantó para dirigirse a la compañía, su hija Agnès se sentó a sus pies, rodeándole estrechamente entre sus brazos. Edmond la miró mientras hablaba y le acariciaba afectuosamente el pelo. La Grange dijo lo que se esperaba de él —halagó a sus colegas y dio las gracias a sus amigos—, aunque habló desganadamente y sin sentimiento. Habló como si estuviera en otro lugar y en otra época. Creí conocer el motivo de su actitud. En cuanto las salidas a saludar habían tocado a su fin —y estaban en todo caso orquestadas por La Grange: era la señal que él daba al regidor la que convocaba una nueva salida—, él había desaparecido inmediatamente del escenario. Entre bastidores le di su toalla y una copa de champán helado. Se tomó el champán de un único trago y ya en el camerino, a solas, mientras yo le desnudaba, le pasaba la esponja, le secaba y volvía a vestirle, pidió más champán. Tomó sin pausa una copa tras otra.

—Está borracho —masculló Carlos Branco riéndose entre dientes cuando La Grange empezó a pronunciar su discurso.

—¿Acaso algo se lo prohíbe? —intervino el doctor Ferrand.

Yo estaba de pie detrás de los dos hombres.

—¿Les apetece una copa de champán, señores? —pregunté, solícito.

Carlos Branco se volvió hacia mí con una sonrisa en los labios y susurró:

—A diferencia de su amo, yo no necesito beber esta noche. Estoy más feliz que nunca.

Fue, en efecto, una noche para la felicidad. Hasta *Maman* parecía relativamente satisfecha. Masculló entre gruñidos que Claudio no tenía el aspecto correcto sin la barba y que Gertrudis estaba demasiado pálida para ser la madre de Hamlet, pero que, en términos generales, reconocía que el Théâtre La Grange tenía un triunfo en las manos.

—Y ya van unos cuantos —replicó.

Cuando los discursos por fin se acabaron, las bujías de gas palidieron. Se sirvió vino y comida y dio comienzo el baile. El *chef d'orchestre* tocaba el violín mientras

Laertes hacía lo propio con el acordeón y la *Princesa de Lamballe* —la caniche de *Maman*— corría ladrando entre los invitados. Bernard La Grange, el reconocido héroe de la noche, ocupó el centro del escenario y bailó como un derviche, la mayor parte del tiempo solo, aunque en ocasiones, cuando la música se calmaba, tomaba a una de las damas presentes entre sus brazos (la suplente de Ofelia, una muchacha de ojos verdes y suaves cabellos rojos), estrechándola de tal modo contra su cuerpo que la joven parecía a punto de morir sofocada. Agnès La Grange bailaba con Jacques-Émile Blanche; Carlos Branco, con Sarah Bernhardt, y el anciano verdugo, Henri-Clément Sanson, intentaba hacerlo con su sobrino hasta que ambos tropezaron y fueron a dar al suelo. Fue entonces cuando Maurice Rollinat, entre risas y maldiciones, les llevó a casa.

Yo bailé con Gabrielle de la Tourbillon. Liselotte La Grange se mantuvo con Richard Marais ligeramente apartada de la multitud, observándonos en la semioscuridad.

—¿Ve usted eso? —preguntó *Maman* sin ocultar su desprecio—. Gertrudis con el asistente de vestuario de mi hijo. Absolutamente repugnante. —Escupió las palabras para que pudiéramos oírla.

—Ignore a *Maman* —susurró Gabrielle, tocándome la oreja con los labios—. Es vieja y está celosa.

Estreché su cuerpo contra el mío y le dije que esa noche me había abrumado del todo con su actuación y que la amaba con toda mi alma. Ella sonrió y volvió a besarme la oreja antes de decirme que tenía la llave de la calle de la Pierre Levée. Yo le contesté que prefería que fuera ella la que viniera a mi habitación de la calle de Beauce. Ella susurró que así lo haría.

Era ya pasada la una cuando salimos del teatro. Sarah Bernhardt y su corte se habían marchado hacía ya un buen rato. Richard Marais había acompañado a *Maman* y a la *Princesa de Lamballe* a sus aposentos. Cuando, tomados de la mano, Gabrielle y yo nos preparábamos para irnos, vimos a Agnès que llevaba a su padre de la mano hacia el camerino del actor. Cuando llegaron al borde de las bambalinas, La Grange tropezó y cayó hacia delante. El doctor Ferrand y Eddie Garstrang, que estaban cerca, corrieron a evitar la caída. El norteamericano nos vio marcharnos y, encogiéndose de hombros, se rió sin dejar de mirarnos, aunque sin malicia.

Cuando por fin nos deslizamos a la oscuridad de la noche, Hamlet seguía estrechando en sus brazos a la suplente de Ofelia: ya no bailaban, sino que estaban de pie muy juntos, entrelazados, envueltos en los negros cortinajes de terciopelo que cubrían el fondo del escenario, haciendo el amor. El viejo Polonio parecía tener también la carnalidad en mente: Carlos Branco bailaba con otra de las damas (la suplente de Gertrudis). Le había bajado el *decolleté* de encaje, dejando a la vista sus pechos. Nadie parecía reparar en ello o, si lo hacían, a nadie le importaba. Estábamos

en la primavera de 1883. Era la noche del *Hamlet* perfecto y aquél era el París de *la décadence*.

Desafortunadamente, el que conservo de esa noche con Gabrielle de la Tourbillon en la calle de Beauce es un recuerdo difuso. Yo era joven y jamás había compartido mi cama con una mujer que no fuera prostituta. Los detalles de la experiencia deberían haber quedado grabados en mi memoria y, como habría dicho Oscar, engalanados con enmarañadas cuentas de oro. Por desgracia, la realidad es muy distinta. Lo que ocurrió fue que, durante la fiesta, mientras se pronunciaban los distintos discursos, Bernard La Grange y Maurice Rollinat, «por simple diversión», habían adulterado el vino con láudano.

El recuerdo que conservo de los días siguientes es mucho más claro.

La tarde del día posterior a la triunfal noche del estreno, la compañía se reunió en el escenario a las dos para recibir las «notas» de producción. Edmond La Grange estaba totalmente recuperado. Empezó felicitando a sus tropas por el logro conseguido hasta el momento y leyó un telegrama que había recibido de Oscar la noche anterior:

NO ES CRIMEN EL FRACASO, SINO LA POBRE AMBICIÓN.  
APUNTAD MÁS ALTO DE LO QUE CREÉIS MERECEER,  
Y LA GLORIA SERÁ VUESTRA.

La Grange refrendó la exhortación de Oscar y a continuación repasó la obra, escena a escena, abordando las distintas cuestiones que tenía en mente. El único miembro de la compañía que no apareció en la reunión fue Agnès. La Grange dijo que su ausencia carecía de importancia. La actuación de su hija había sido pura perfección. Ella era pura perfección.

Cuando cayó la noche y a punto estaba de empezar la segunda función y Agnès seguía sin aparecer, La Grange siguió tomándose relajadamente su ausencia. Dio instrucciones al director del teatro para que avisara a la suplente de que debía estar a punto, pero predijo que, aunque tarde, cosa hartamente reprensible, Agnès llegaría al teatro a tiempo para su primera aparición.

No fue así. En su lugar salió a escena la suplente de ojos verdes.

La función transcurrió sin mayores problemas. Yo la vi desde bambalinas. A pesar de que carecía del fuego de la primera noche y de que, entre bastidores, reinaba en el aire una silenciada ansiedad, no cundió el pánico en ningún momento. Carlos Branco, en su papel de Polonio —el padre de Ofelia—, fue el único actor cuyo trabajo quedó obviamente desequilibrado. Como era de prever, Bernard La Grange, en su rol de Hamlet, estaba más comprometido físicamente con su personaje con la suplente que con su propia hermana. Y, cuando por fin cayó el telón, el público se levantó entre vítores, al parecer ajeno al hecho de que algún imprevisto había tenido lugar. Como comentó el propio Richard Marais: «Una jovencita loca con paja en el pelo en nada se

diferencia de otra».

El regidor, que disfrutaba de la obra entre bastidores en compañía de Marais y de *Maman*, se rió.

—Salvo que una es medio india y que la otra es pelirroja.

Liselotte La Grange soltó un bufido.

—Y que una es La Grange y la otra no.

El miércoles seguía sin haber ni rastro de Agnès. Su padre mandó a Garstrang, a Marais y al médico en su busca. No pensaba llamar a la policía..., aún no. El escándalo sin duda sería perjudicial para el negocio. Al público que llenaba esa noche el teatro se le dijo que la señorita La Grange estaba indispuesta.

El jueves por la mañana yo estaba en el camerino de mi amo, preparando su vestuario para la función de la noche. Acababa de leer dos o tres de las maravillosas críticas de la función del estreno que habían empezado a aparecer en los diarios de París. La frase de Sarah Bernhardt —«el Hamlet perfecto»— se repetía en todos ellos. Cuando pensaba que quizás esa mañana debería mandar un telegrama a Londres para poner al día a Oscar sobre la noticia de la misteriosa desaparición de Agnès, de pronto se abrió la puerta del camerino de La Grange.

—Oscar, por el amor del cie... ¿Qué haces aquí?

—He vuelto... y por un buen motivo.

—¿Qué motivo es ése?

—No estoy seguro de saberlo con certeza.

—¿Te has enterado de la noticia?

—Acaba de decírmelo el portero, sí.

Oscar entró al camerino. Tenía un aspecto magnífico, una especie de cruce entre un dandi georgiano y un senador romano. Enseguida adiviné que se sentía estupendamente porque cuando pasó por delante del espejo de cuerpo entero se detuvo a contemplar en él su reflejo.

—¿Qué ha ocurrido, Robert? —preguntó—. Cuéntamelo todo.

Antes de que pudiera dar a mi amigo una respuesta, Oscar giró bruscamente sobre sus talones. Había visto llegar a Edmond La Grange hasta la puerta a su espalda. Se quitó entonces su guante violeta y le tendió la mano.

—*Cher maître!* —saludó.

—*Cher collaborateur!* —exclamó La Grange.

Justo entonces, en el preciso instante en que los dos hombres estaban a punto de darse un abrazo, se oyó un ruido repentino y aterrador: el grito de una mujer seguido de chillidos de angustia y de una voz masculina hablando también a voz en grito. El arrebato provenía de algún punto del escenario.

Salimos juntos del camerino y nos adentramos apresuradamente entre bastidores, engullidos por la oscuridad reinante. En la penumbra seguimos la estela de los

frenéticos gritos hacia el fondo del escenario hasta llegar a una zona donde se almacenaban los decorados. Allí, tras el telón de fondo pintado como el cielo de Elsinore, encontramos a una docena de personas de pie, heladas e inmóviles en grotescas posturas con los brazos sobre sus cabezas como marionetas colgadas en el escaparate de una juguetería. El dolor distorsionaba el rostro de Carlos Branco. Richard Marais sostenía en alto una lámpara de parafina sobre el ataúd que se utilizaba para llevar el cuerpo de Ofelia a la tumba. Uno de los tramoyistas gritaba, histérico. Una de las muchachas del guardarropa chillaba y sollozaba a la vez. Acostado en el interior del ataúd estaba el cuerpo decapitado de Agnès La Grange.

## 20.

### Passy

Aunque, naturalmente, no era su cuerpo.

La Grange se dio cuenta enseguida. Se volvió a mirar al tramoyista y a la muchacha del guardarropa, a Marais y a Branco, y les dijo que eran una pandilla de estúpidos.

—¿Cómo se puede ser tan infinitamente estúpido? ¿Acaso estáis ciegos además de sordos? —preguntó visiblemente enojado, arrebatando bruscamente la lámpara de parafina de manos de Marais y acercándola al cuerpo que yacía en el ataúd.

No, no era Agnès. Era una simple réplica de cera: la réplica de cera del cuerpo de Ofelia que el Théâtre La Grange había recibido del célebre museo Grévin. Era la réplica de cera de la Ofelia ahogada que había sido utilizada durante todas las noches en la escena del cementerio. La cabeza de la Ofelia muerta —modelada empleando la cabeza de Agnès La Grange— había desaparecido, aunque justificadamente. Había desaparecido porque se la habían quitado esa misma mañana, cumpliendo órdenes del propio La Grange, para llevarla a los talleres del museo a fin de que pudieran modelar una segunda cabeza a imagen y semejanza de la de la suplente.

—Agnès tiene el pelo negro y la tez morena —dijo La Grange sin disimular su frialdad—. Y su suplente es pelirroja y tiene la tez pálida. Quizá no hayan ustedes reparado en ello, caballeros, pero me atrevo a pensar que el público sí lo hará. —Levantó en el aire uno de los brazos de la figura de cera—. Ya ven —añadió—, también le han quitado las manos.

La Grange volvió a endosar la lámpara a Richard Marais y se volvió de espaldas con actitud desdeñosa. Forcejeó a tientas con los negros cortinajes, intentando encontrar el camino de regreso al escenario.

—¡Que alguien me ilumine! —rugió en la oscuridad—. ¡Fuera!

Oscar y yo le seguimos de regreso al camerino. Sobre el tocador estaban los periódicos con las críticas de la producción. En cuanto las vio, a La Grange le cambió el humor. Se rió entre dientes. Cogió el montón de diarios y se los metió bajo el brazo.

—Les ruego que me disculpen, caballeros. Ha sido un arrebató del todo injustificado. Como podrán ver, estoy rodeado de incompetentes y de imbéciles. Salgamos a tomar una copa y hablemos.

Tomamos un coche en el bulevar del Temple y, cuando cruzábamos la transitada

plaza de la République, el anciano actor-director dividió los periódicos entre nosotros.

—Leamos nuestras críticas, Oscar —sugirió.

—Son buenas —dije—. De hecho, son excelentes. «El *Hamlet* perfecto».

—Todos los críticos tienen su precio —murmuró Oscar, alisando el periódico sobre su rodilla y sonriendo a La Grange—. A juzgar por su aspecto, no creo que sean muy caros.

Cuando llegamos a la calle de la Pierre Levée, me desconcertó ver que fue el propio Eddie Garstrang quien nos abrió la puerta del almacén que daba acceso al nido de amor de La Grange. Llevaba una caja de botellas en las manos: vacías, los restos de la noche. Me miró con los ojos brillantes y se rió.

—No tema. Estoy solo.

—Y no ha estado con Gabrielle —intervino La Grange—. Doy fe de ello.

El anciano actor tomó la llave de manos de Garstrang y se la guardó en el bolsillo antes de ponerme la mano en el hombro en un gesto afectuoso.

—Con los años aprenderá a no ser tan celoso.

Garstrang se marchó, silbando durante un instante y gritando después sin tan siquiera volverse:

—Estaré en el teatro si me necesita, jefe.

—Muy gallardo le veo —comentó Oscar, viendo cómo se alejaba.

—¿Así es como lo llama usted? —gruñó La Grange, iniciando el ascenso de los empinados escalones de madera que comunicaban el almacén con el piso superior.

—Dado que es norteamericano —explicó Oscar, respirando cada vez con más dificultad a medida que ascendía— y avezado tirador. —Habíamos llegado al desván. La pálida luz del sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas—. ¿Le mantiene usted ocupado? —preguntó.

—No mucho. Marais se encarga de todo el papeleo importante. Garstrang manda cartas de agradecimiento y se ocupa de la correspondencia con mis admiradores, pero juega maravillosamente a las cartas. —La Grange tendió los brazos, invitándonos a elegir alguno de los divanes y otomanas disponibles—. Ni que decir tiene que pierde siempre, pero no olviden que juega conmigo. Y yo soy muy bueno.

—Y Garstrang está muy dispuesto a complacerle —añadió Oscar con una sonrisa de oreja a oreja y repantigándose en un sofá de color ciruela. Estiró los dedos y palpó la textura de los cojines de terciopelo que tenía a su lado—. Esto es deliciosamente confortable. —Suspiró y miró hacia la cabeza de Epicuro colocada encima del aparador—. Su maestro estaría orgulloso de usted.

La Grange encontró unas copas y nos ofreció absenta, brandi o champán.

—Champán, si es usted tan amable —dijo Oscar—. Tenemos que brindar por «el *Hamlet* perfecto».

El actor nos sirvió las bebidas, aunque él se abstuvo de unirse a nosotros. Nunca bebía antes de una función.

—En mi vida tengo sólo tres reglas —manifestó, tomando asiento en el diván situado exactamente delante de Oscar—, y hace ya tiempo que olvidé las otras dos. —Mi amigo se rió. La Grange se inclinó hacia delante y ofreció a su invitado un cigarrillo turco—. ¿Cuál es para usted la primera regla en su vida? —preguntó.

Oscar aceptó el cigarrillo y lo hizo rodar con suavidad entre los dedos antes de colocárselo con delicadeza entre los labios.

—No tiene sentido argumentar contra lo inevitable —respondió con gran solemnidad—. La única argumentación posible contra un viento del este es ponernos el abrigo.

—¡Eso es maravilloso, Oscar! —exclamé, adelantándome para encenderle el cigarrillo.

—Lo sé —ronroneó, envolviendo con las palmas de las manos la parpadeante llama de la cerilla.

—Es la primera vez que lo oigo.

—Es nuevo. Aunque, desgraciadamente, no es mío. Salió de los labios del gran James Russell Lowell, poeta, filósofo, embajador y amigo. Le he visto en Londres, en compañía de George Palmer y de Paul White. Cenamos juntos. Bebimos. Él habló. Yo garabateé. —Movié habilidosamente con la lengua el cigarrillo turco de un lado a otro de la boca mientras buscaba su libreta en el bolsillo interior del gabán con las dos manos. Por fin dio con ella (una pequeña y delgada libreta con la cubierta forrada de piel de serpiente) y la abrió sin demora—. Escuchen: «Lo que los hombres más valoran es un privilegio, incluso si se trata del de doliente principal en un entierro». ¿No es delicioso? —Aspiró despacio el humo del cigarrillo antes de volver a hablar—. ¿Y qué me dicen de esto?: «El mayor homenaje que podemos conceder a la verdad es utilizarla». —Alzó los ojos, sonriente, y vio entonces que Edmond La Grange no estaba ya sentado delante de él. El viejo actor se había levantado y se había acercado a la enorme ventana desde la que se dominaban los tejados del norte de París. Oscar cerró su libreta y volvió a guardarla con discreción en el bolsillo de su gabán—. ¿Dónde está Agnès? —preguntó—. ¿Se encuentra bien?

—No lo sé —respondió La Grange sin apartar los ojos de la ventana—. Ya ha hecho esto en anteriores ocasiones. Me refiero a lo de desaparecer.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Oscar, moviéndose hacia delante en el sofá.

—Durante un día..., un día y una noche, como mucho. Pero hasta ahora jamás había faltado a una función. Esto no es propio de ella. Estoy preocupado. —Se volvió hacia la habitación y miró a Oscar a los ojos—. No sé si está usted al corriente de que su madre, Alys Lenoir, se quitó la vida. Temo por mis hijos. ¿Nacieron acaso con

cierta vena autodestructiva en su naturaleza?

—¿Llamará a la policía? —preguntó Oscar.

—Sí —respondió La Grange sin más rodeos—. Aunque *Maman* se opone, lo haré. Si Agnès no ha regresado por voluntad propia el domingo, llamaré a la policía. Mientras tanto, la estamos buscando. El doctor Ferrand la busca. Marais también.

—Marais no es un hombre en quien se pueda confiar —se apresuró a apuntar Oscar.

La Grange se rió.

—En esto sí, créame. Quizá no lo sea en otras cuestiones. —El anciano actor se llevó las manos al rostro marchito y se presionó los ojos con sus toscos dedos antes de dejar escapar un largo y profundo suspiro y de volver a reírse, esta vez con menos brío—. Marais es mi gestor y lleva años estafándome. Lo sé prácticamente desde el primer momento. Por favor, no le diga que sabe que yo lo sé. Es el temor a ser descubierto lo que le mantiene a mi lado. Marais cumple con su cometido. Me complace compartir mi dinero con él del mismo modo que estoy dispuesto a compartir a mi amante con mi joven asistente de vestuario, aquí presente. Así soy yo.

Dejamos a Edmond La Grange solo en la calle de la Pierre Levée.

—Un gran hombre está hecho de las cualidades que conforman o que requieren las grandes ocasiones —dijo Oscar reflexivamente, cerrando de un tirón la puerta del almacén a nuestra espalda—. ¿Te parece que La Grange es un gran hombre, Robert?

—Es sin duda un gran actor.

Mi amigo se rió entre dientes.

Caminamos juntos del brazo por la calle adoquinada en dirección al Canal Saint Martin. Reparé en que Oscar caminaba con desacostumbrada alegría en su paso.

—Te veo muy gallardo esta mañana —comenté.

—No he dormido esta noche —fue su respuesta—. ¡Me alimenta la energía de los exhaustos! He viajado en el tren nocturno y esta noche el canal inglés se ha mostrado especialmente francés.

Me reí.

—¿En otras palabras: inquieto, tosco y grosero?

Me regaló una de sus sonrisas.

—Algo parecido, Robert, aunque creo que la chanza funciona mejor si no la explicas.

—No hay duda de que estás en buena forma —dije.

—El juego ha dado comienzo —respondió—. La marea ha irrumpido por fin en las cuestiones de los hombres. Estoy entusiasmado. Empiezo a vislumbrar algo en la oscuridad del cristal.

—Estoy confundido. Estaba convencido de que te habías ido a Londres porque creías que habían atentado en dos ocasiones contra tu vida y no te sentías aquí

bienvenido. ¿Acaso has cambiado de opinión?

—Los estúpidos y los muertos son los únicos que nunca cambian de parecer — declaró, volviendo a sacar la libreta forrada de piel de serpiente del bolsillo de su gabán y agitándola delante de mí en un gesto triunfal—. ¡Russell Lowell tiene una gema para cada ocasión! —Retiró su brazo del mío y me rodeó el hombro con él—. Creo que quizá ya no corro tanto peligro —dijo, más calmado—. Y creo también que puedo cumplir con mi obligación con el pobre Washington Traquair mejor aquí que en Londres. Murió asesinado, Robert, y yo voy a descubrir quién le mató.

Habíamos llegado a la fila de coches de alquiler de la plaza de la République. Subimos a un simón y partimos primero con destino a mi habitación de la calle de Beauce para recoger el equipaje de Oscar y de allí nos dirigimos al paseo Voltaire para pedir una habitación para mi amigo en su hotel. Durante el trayecto, me pidió que le pusiera al día de todo lo que había ocurrido durante su ausencia.

—No omitas un solo detalle, Robert. Quiero saber quién estaba con quién, dónde y cuándo..., y la impresión que cada uno de ellos provocó en ti. Cuéntame todo lo que hayas visto, todo. Eres poeta y bisnieto de un laureado. —Golpeó la libreta de piel de serpiente con el índice—. «El ojo es la libreta del poeta», o al menos eso dicen.

Le conté todo lo que pude recordar. (También le conté que no era una simple cuestión de timidez lo que me impedía darle más detalles de la noche que había pasado con Gabrielle de la Tourbillon). Él escuchaba con atención. Me pidió que repitiera algunos detalles, sorbiendo por la nariz o gruñendo entre dientes para sugerir interés o sorpresa.

—¡Bravo! —exclamó cuando concluí mi narración—. Te has ganado el almuerzo. Has pintado el paisaje con el ojo de un auténtico Corot.

Me reí.

—¿Quizás un poco demasiado impresionista para tu gusto?

—Todo lo contrario. El ojo de Corot no podía ser más claro. Había recibido una educación clásica. Como bien debes saber, Corot vivió aquí, en el paseo Voltaire. Eso debe de explicar que haya pensado en él. Ayer por la tarde, en la estación de Victoria, ¡de pronto caí en la cuenta de que los impresionistas son a París lo que la niebla es a Londres!

—No hay duda de que estás en forma, amigo mío —dije.

Mientras el simón esperaba delante del hotel, Oscar pidió un almuerzo sencillo para los dos (pan, queso, tortilla de queso con tomate y una botella de tinto del Ródano) y me relató sus aventuras en Londres y en Reading. Normalmente, él comía muy despacio y se mostraba como un pausado conversador. No fue así en esa ocasión. Comió, bebió y habló dando muestras de una rapidez casi febril. En cuanto terminamos de almorzar, arrojó la servilleta encima de la mesa y se levantó.

—No hay tiempo para lamentaciones ni para café —anunció—. El coche espera. Debemos ponernos manos a la obra. Hay que encontrar a Agnès La Grange.

—¿Sabes dónde está? —pregunté, perplejo, saliendo apresuradamente tras él a la calle.

—Creo que sí.

Indicó al cochero que nos llevara a Passy, en el extremo más al oeste de la ciudad.

En su día, Passy había sido una pequeña aldea de cuento de hadas que comprendía una iglesia, un pequeño *château* y un puñado de casas de piedra apiñadas en la rocosa ladera de una colina junto al Sena. Con el tiempo se había convertido en un bullicioso y sofisticado suburbio parisino. Recordé a Oscar que conocía el lugar porque era allí donde Balzac había vivido y escrito la mejor parte de su obra. Durante mi primera visita a París había ido de peregrinación hasta allí para ver la casa del gran escritor.

—Ah, sí —dijo Oscar con una sonrisa—. Balzac, tu héroe. La más extraordinaria combinación de temperamento artístico y espíritu científico. Habría sido sin duda un gran detective. Aun así, hoy no visitaremos su casa, Robert, sino el *château* vecino: el Hotel Lamballe, que en su día fue la casa de la princesa de Lamballe, la malograda amiga de la reina María Antonieta, en memoria de la cual *Maman* La Grange ha bautizado a su caniche. En la actualidad alberga la clínica fundada y dirigida por el padre y el abuelo de tu gran amigo Jacques-Émile Blanche. Creo que es allí donde Agnès La Grange ha buscado refugio.

—¿Entre los dementes y los perdidos?

—Y los ilustres —añadió Oscar—. Los doctores Blanche atraen a una suerte de pacientes de muy alto nivel. No estamos hablando de la cárcel de Reading: aquí los pacientes vienen por su propia voluntad. Delacroix, Degas, Dumas, Berlioz..., todos han buscado aquí refugio. Los Blanche entienden el temperamento artístico. Al parecer, a Gérard de Nerval le permitieron hospedarse allí en compañía de su langosta.

Mientras subíamos colina arriba en dirección a Passy y el carruaje giraba a la derecha y, cruzando las altas puertas de hierro forjado se adentraba en la clínica, otro coche, un Hackney, salía en ese momento.

—¿Has podido ver quién era? —preguntó Oscar, volviéndose a mirar por la ventanilla trasera del coche.

—No. ¿Quién era?

Negó con la cabeza.

—Quizá me haya equivocado.

A primera vista, la célebre clínica de los doctores Blanche ofrecía una turbadora mezcla entre lo sereno y lo macabro: una hermosa casa del siglo XVIII bañada por la luz del sol y llena de flores recién cortadas. Dentro, figuras atormentadas, en su

mayoría deprimidas, que se movían arrastrando los pies y deambulando a solas a lo largo de los pasillos de altos techos. Nos recibió en el vestíbulo de mármol un pálido joven de mejillas hundidas y ojos inyectados en sangre que estaba sentado a una mesa de estilo Luis XV colocada bajo una recargada araña veneciana. Junto al joven, vimos una jeringa hipodérmica metida en un cuenco de porcelana con forma de riñón. Según nos dijo, era el secretario del doctor Blanche.

Mientras nos acompañaba por una serie de inmensas y preciosas recepciones hacia la consulta del médico, declaró que era también paciente del centro.

—Aquí todos tenemos algo que hacer. Forma parte del tratamiento. —Miró a Oscar de arriba abajo mientras caminábamos—. Espero que el ama de llaves pueda proponerles algo que les convenga. Siempre falta gente en la lavandería.

Cuando por fin llegamos a la última de las recepciones intercomunicadas (se trataba de un salón de música: a Oscar le decepcionó no reconocer al anciano caballero que estaba sentado al piano), el joven nos condujo al rincón más alejado y desde allí subió con nosotros un par de escalones de escasa altura que comunicaban con una puerta de doble hoja. El muchacho llamó alegremente a las puertas y, sin esperar respuesta, las abrió de un empujón y se hizo a un lado para dejarnos pasar.

—Les veré durante la cena —dijo, retirándose—. Esta noche tenemos liebre a la cazuela.

Oscar se adelantó al interior de la consulta del médico, una perfecta biblioteca de un caballero de campo, con las paredes revestidas de paneles de madera pintados de verde entre estanterías de nogal y un amplio ventanal que daba a un jardín cuyos parterres de césped descendían hasta la orilla del río.

—Sí —dijo el doctor Blanche—. Es la biblioteca de sus sueños. Sé lo que está pensando, señor Wilde. Es mi trabajo.

—¡Y conoce usted mi nombre! —exclamó Oscar.

—Y también el del señor Sherard —dijo el médico, saliendo de detrás de su mesa y viniendo hacia nosotros para estrecharnos la mano—. Mi hijo me ha hablado mucho de ustedes. Tiene en gran estima su amistad. Es para mí un placer conocerles.

Era sin duda un placer conocerle. Émile Blanche era uno de los hombres con mayor encanto natural que jamás he conocido. Me gustó en cuanto le vi y confié en él. Tras unos anteojos de lectura redondos de montura metálica y un gorro de terciopelo marrón, no era exactamente poseedor de un aspecto notable —supongo que debía de rondar los cincuenta y pocos años, iba conservadoramente vestido, bien afeitado y era de estatura y constitución medias—, pero su actitud, afable y risueña, cortés e inquisitiva, resultaba de inmediato cautivadora. Detrás de sus anteojos chispeaban unos ojos pequeños y brillantes. Tenía una boca perfilada en una perenne sonrisa que dejaba a la vista unos dientes relucientes e inmaculados cada vez que sonreía.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó, invitándonos con un gesto de la mano a tomar asiento en un par de sillas de respaldo alto situadas delante de su escritorio—. Aparte de ofrecerles una copa de Madeira. Es medicinal. Soy médico. No pueden rechazarlo.

Se dirigió a un pequeño armario situado junto a la ventana y nos sirvió sendas copas de licor.

—Tiene el color de nuestro oro, ¿no le parece? —me dijo al tiempo que me daba mi copa—. Jacques-Émile dice que llama usted vino amarillo al vino blanco. Es un gran admirador suyo.

—Y nosotros de él —respondió enérgicamente Oscar.

—Y de usted también, naturalmente —añadió el doctor Blanche, haciendo entrega a Oscar de su copa de Madeira—. En este momento está pintando el retrato de una joven dama a la que le ha dado un ejemplar de sus poemas para que los sostenga en la mano. Dice que así está seguro de que en cualquier caso habrá poesía en el cuadro.

Oscar inclinó la cabeza para agradecer el elogio.

—¿Se trata por casualidad del retrato de Agnès La Grange? —preguntó.

—No —replicó el médico, alzando su copa hacia nosotros en un silencioso brindis—, aunque bien es cierto que Jacques está pintando a Agnès. Es una joven preciosa. Exquisita. Está aquí alojada. Jacques-Émile la trajo. Con la aprobación del médico de la joven, naturalmente. El doctor Ferrand vive aquí, en Passy. Es un gran médico y un buen hombre. Agnès estaba ansiosa por unirse a nosotros: quería alejarse del teatro y huir de sus problemas. La pobre muchacha es presa de la turbación. Está enamorada de su padre.

—¿De Edmond La Grange?

—Sí. El señor La Grange ha estado aquí hace apenas un instante. A punto han estado de coincidir con él. Viene a verla a diario. Está muy preocupado por ella. —El doctor Blanche estudió muy serio nuestros rostros desconcertados—. Pero ustedes debían de saberlo, ¿me equivoco? —preguntó, dejando la copa de vino encima de su mesa.

—No —respondió Oscar con un hilo de voz—. No lo sabíamos.

El doctor Blanche me miró.

—Creía que Jacques-Émile se lo había dicho.

—No —respondí.

El médico dejó escapar un suspiro y se quitó los anteojos. Parpadeó, sacó un pañuelo del bolsillo de su gabán y limpió los cristales.

—He hablado a deshora —confesó—. Creía que lo sabían. Les ruego que me disculpen —añadió, volviendo a ponerse los anteojos.

—No se preocupe —dijo Oscar—. Somos amigos de Agnès. Y también de su

padre.

—Lo sé —reconoció el doctor Blanche, volviendo a tomar su copa de Madeira—. Jacques-Émile me lo ha dicho.

Oscar se inclinó hacia delante en su silla.

—Y dice usted que Edmond La Grange acaba de estar aquí... —empezó, vacilante.

—Visitando a Agnès —añadí. Oscar se volvió a mirarme. Entendí que no debería haber intervenido.

—No me interpreten mal, caballeros —se apresuró a decir el médico—. El señor La Grange adora a Agnès, pero la quiere como todo padre debe querer a su hija. —Nos miró por tumos y esbozó una sonrisa tranquilizadora—. El amor que ella le profesa es más complicado..., eso es todo. Se debe al hecho de no haber tenido madre. Y a su vida en el teatro. También al papel de Ofelia. De hecho, son toda una suerte de cosas. Si he de serles sincero, no estoy demasiado preocupado. Agnès lo superará. De hecho, parece mucho más feliz que cuando llegó. En aquel entonces no podía dormir. Y ahora duerme profundamente.

—¿Podemos verla? —preguntó Oscar.

—He hecho que se sientan preocupados —respondió el doctor Blanche, volviendo a quitarse los anteojos—. Y recelosos.

—No, recelosos no —respondió Oscar con suavidad.

—Recelosos, señor Wilde. Leo en las mentes, es mi trabajo. —El médico se levantó—. Me hago cargo de su preocupación. Quieren a Agnès. —Su sonrisa nos desarmó por completo—. Pueden ver como duerme, por supuesto.

El doctor Blanche se acercó a la estantería de nogal situada junto a la chimenea, se inclinó hacia delante e hizo girar una pequeña manilla semioculta bajo la repisa de la chimenea. La estantería se abrió al instante.

—Por aquí, caballeros.

Seguimos al médico por una puerta oculta y subimos tras él por una estrecha escalera circular de piedra que llevaba al piso superior. La escalera se abría de inmediato a un ancho y desierto pasillo de paredes pintadas de color crema y lustroso suelo de madera. La austeridad de la decoración contrastaba claramente con el elaborado mobiliario del piso inferior.

—Tenemos habitaciones para treinta pacientes —explicó el doctor Blanche, conduciéndonos por el pasillo. Hablaba entre casi inaudibles susurros y, aun así, su voz reverberaba por doquier. Nos detuvimos al llegar a la tercera habitación. Había un pequeño cuadrado de cristal abierto en el panel superior de la puerta, parcialmente cubierto por una fina cortina de algodón. El doctor Blanche se hizo a un lado para que pudiéramos mirar por el ventanuco. Agnès estaba acostada en una estrecha cama situada en uno de los rincones de la habitación. Llevaba un largo camisón blanco e

iba descalza. Tenía los ojos cerrados. Se la veía serena.

—La Bella Durmiente —murmuró Oscar.

—La despertaremos a la cinco —dijo el médico—. Esta noche quiere ir al teatro. Desea retomar su papel.

—¿Le parece conveniente? —pregunté.

—Lo cierto es que mentiría si le dijera que me parece aconsejable —respondió el doctor Blanche—, pero nuestros pacientes no son nuestros prisioneros. Todos necesitamos trabajar. «A Dios gracias, todas las mañanas al levantarnos tenemos algo que hacer, nos guste o no».

—James Russell Lowell —dijo Oscar en voz baja.

—De modo que también usted lee mentes —dijo el médico con una sonrisa.

—No —respondió Oscar—. Yo leo libros.

## 21.

### «La importancia de la presteza»

Salimos confundidos de la clínica. ¿Por qué había permitido La Grange que el mundo —incluidos nosotros— creyera que Agnès había desaparecido cuando él sabía desde un principio dónde estaba?

—Y el buen doctor Ferrand también lo sabe —musitó Oscar, volviendo a subir al coche.

—Al menos, la pobre muchacha se encuentra bien y a salvo —dije.

—Eso parece.

Esa tarde Oscar iba a tomar el té a casa de Sarah Bernhardt y a mí me esperaban en el teatro. Mi amigo me dejó en el bulevar del Temple y me dijo que vendría a reunirse conmigo en cuanto le fuera posible.

—No estoy de humor para la divina Sarah —suspiró—. Las exigencias de la divinidad son incesantes. Sin embargo, le envié un telegrama diciéndole que iría a verla. Me espera y es una buena amiga, de modo que tengo que ir.

Se fue y, a posteriori, se alegró de haberlo hecho. Se encontró con que Maurice Rollinat y Bernard La Grange habían sido también invitados. En la velada sirvieron té de Darjeeling y absenta suiza, sándwiches de pepino y pipas de hachís. El cuarteto —dos actores y dos poetas— hablaron mucho de dinero (como suelen hacer los poetas y los actores), pero también del amor y de la lujuria, del éxito y del fracaso, de los excesos, la decadencia y el asesinato.

—Quiero comer los frutos de todos los árboles del jardín del mundo —declaró Bernard La Grange, tumbado y con la cabeza recostada en las rodillas de Bernhardt al tiempo que acariciaba con la mano izquierda la pierna de Rollinat—. Ésas son sus palabras, señor Oscar Wilde. Su filosofía. Usted habla. Yo actúo. Quiero experimentarlo todo. Las cumbres. Las profundidades. —Le lanzó una mirada y abrió aún más sus almendrados ojos—. Sobre todo las profundidades. Me siento más vivo cuando visito la Sala de los Muertos. ¿No le resulta extraño?

—Hábleme del asesinato —dijo Oscar, chupando su pipa de arcilla de hachís y mirando a su vez a Bernard—. Creo recordar que Charles Baudelaire atesoraba la idea de que el hachís provoca en los hombres tentaciones asesinas.

—¡En ese caso, deme más, se lo ruego! —exclamó el muchacho, tendiendo la mano hacia la pipa de Oscar—. ¡Debo experimentarlo todo!

—¿Incluye eso del asesinato? —preguntó Sarah, acariciando el hermoso y sedoso

cabello del joven actor.

—¿Mataría o se dejaría matar? —preguntó Rollinat, tomando la mano del muchacho y poniéndosela de nuevo en la pierna.

—Ambas cosas —respondió Bernard muy serio—. Es la experiencia lo que cuenta.

Sarah Bernhardt se rió, inclinándose hacia delante y besando al joven Hamlet en la frente.

—No tenga prisa por morir —dijo—. Ha recibido críticas espléndidas.

Bernard La Grange se sentó bruscamente.

—Jamás leo las críticas, Sarah. Carecen de sentido. Debería usted saberlo.

Oscar sonrió.

—Bernard tiene razón, Sarah. No debería leer las críticas. Es usted una artista. ¿Por qué iba una artista a preocuparse por el estridente clamor de la crítica? ¿Por qué aquellos que son incapaces de crear se atreven a estimar el valor de cualquier impulso creativo? ¿Qué pueden saber ellos sobre el arte? ¡Desprecio a los críticos! —Aspiró hondo el humo de la pipa y cerró los ojos.

—¿Acaso no lee usted los periódicos, amigo mío? —preguntó la actriz con ánimo jocosos—. No deja de aparecer en sus páginas.

Oscar se volvió a mirar a la actriz desde sus ojos entrecerrados.

—No responderé a eso, mi querida señora —murmuró—. Desprecio todos los periódicos, con sus espantosos artículos sobre política, juicios policiales y personalidades varias. Hace tiempo que dejé de importarme lo que escriben sobre mí. ¡Mi tiempo está por completo dedicado a los dioses y a los griegos!

Bernard La Grange se recostó de nuevo sobre el regazo de la divina Sarah y se volvió a mirar a Oscar.

—¿Ha saboreado usted el amor griego? —preguntó—. ¿Lo ha hecho? ¿Se atrevería? —Oscar no respondió—. Maurice y yo le llevaremos al Café Alexandre. Está cerca del teatro. Hay allí muchachos que son como los mismísimos dioses griegos, con la piel suave como el alabastro y con hojas de vid en el pelo.

—¿Entonces no me ama? —preguntó Sarah Bernhardt, inclinándose hacia el joven actor una vez más y besándole suavemente en las sienes.

—La amo, Sarah. Naturalmente que la amo. —Alzó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de sus largos dedos morenos.

La actriz le miró desde las alturas y sonrió.

—Por mi edad, podría ser su madre. Bien que lo sé.

Bernard La Grange contuvo un pequeño jadeo de auténtico júbilo y volvió a incorporarse.

—¡Seré el Edipo de su Yocasta! —declaró, visiblemente excitado.

—¡Oh, sí! —exclamó Sarah—. ¡Sí, por favor! —Se rió y, tomando la cabeza de

Bernard entre sus manos, volvió el rostro del joven hacia el de ella—. Pero esta noche, debe usted ser el Hamlet de la Gertrudis que encarna la señorita de la Tourbillon.

—Y el de su hermana Ofelia —dijo Oscar, dejando la pipa sobre la mesa y buscando un sándwich de pepino—. Tengo entendido que Agnès regresa a escena.

—Prefiero a la suplente —se rió Bernard La Grange, poniéndose en pie. Acto seguido, estiró los brazos y bostezó, antes de mirar en derredor y tomar un vaso de absenta.

—Veo que se permite beber antes de una función —observó Oscar, ladeando la cabeza y observando con atención al hermoso joven—. No sigue usted el ejemplo del gran Edmond La Grange.

—¿Y qué puede importarme a mí el gran Edmond? —preguntó Bernard, vaciando el contenido de su vaso de un sorbo.

—Es su padre —dijo Oscar—. Y un gran actor.

—Representa una magnífica tradición —añadió Sarah.

—Representa el pasado —puntualizó Bernard—. Representa el pasado. —Repitió la frase como si se tratara de un ejercicio de elocución—. El pasado. No existe. Ha desaparecido. Está muerto y enterrado. A mí me interesa el presente —concluyó, besando a la señora Bernhardt en la frente—. Y el futuro —añadió, besando a Maurice Rollinat en los labios.

A mi regreso al Théâtre La Grange preparé como de costumbre el vestuario del gran hombre para la función de la noche. Aunque el que lucía para el personaje de Claudio no era un vestuario elaborado, me obligaba a lustrar el cuero y la plata de sus botas y cinturones hasta dejarlos relucientes.

—Claudio es un usurpador —me recordaba La Grange a menudo—. Todo el boato de la majestad es fundamental en él. Tiene que ser la estampa misma de su personaje porque es incapaz de sentirlo.

Cuando llegó al camerino, justo en el momento en que el reloj daba las ocho, Edmond La Grange se me antojó extremadamente dulzón. Canturreaba una melodía que había oído silbar a Traquair en alguna ocasión: «Carry Me Back to Old Virginity». La canción era obra de Jimmy Bland, el amigo de Oscar.

—¿Cómo está, señor? —pregunté intentando disimular mi incomodidad y evitando su mirada, sin saber qué decir.

—¿Cómo está usted, *mon petit*? —respondió, quedándose de pie en el centro de la habitación a la espera de que le ayudara a quitarse el gabán. Estaba tan acostumbrado a que le vistieran y le desvistieran que en esos instantes se limitaba simplemente a quedarse con los brazos abiertos a la espera de disfrutar del servicio que daba por supuesto—. ¿Ha estado ocupado? —preguntó—. ¿Ha disfrutado de la compañía del señor Wilde?

—Sí —respondí, quitándole el gabán.

—Creo que ha estado buscando a Agnès —dijo, mirándome a los ojos en el espejo de cuerpo entero y arqueando inquisitivamente una ceja.

Aparté la mirada.

—Sí —respondí—. La hemos encontrado.

—Ah —exclamó, riéndose entre dientes—. Eso me había parecido. Me pareció que eran ustedes los que llegaron a la clínica cuando yo salía.

Mientras yo colgaba su gabán y me ocupaba de sacar y desabrochar sus camisas, Edmond La Grange se sentó en su taburete delante del tocador y, presa de una despreocupación que se me antojó genuinamente natural, me contó su historia. Según explicó, había sido Agnès quien había decidido tomarse unos días de descanso y de recuperación. Le había dicho dónde iba y él había aprobado su decisión, no sin antes haber consultado con el doctor Ferrand, que a su vez había dado su bendición al plan de la joven. Ferrand era amigo y colega del doctor Blanche y tenía depositada en él una gran confianza. La Grange no había revelado a nadie más el paradero de Agnès porque ése era el deseo explícito de la muchacha. Se disculpó por habernos engañado: esperaba que yo comunicara sus disculpas a Oscar. Lamentaba su necesidad. Se había visto obligado a respetar los deseos de Agnès: había intentado simplemente proteger su privacidad. Confiaba en que entenderíamos su proceder. Estaba seguro de ello. Y la buena noticia era que su hija se encontraba mucho mejor. De hecho, estaba dispuesta a volver a la obra. El plan —concertado con la propia Agnès y con el doctor Blanche esa misma tarde, apenas unos minutos antes de que nuestros carruajes se cruzaran bajo las puertas de entrada del Hotel Lamballe— era que Agnès pasaría los días descansando en Passy y que, siempre que se lo permitieran sus fuerzas, volvería en coche a la ciudad para la función. La Grange me pidió que reuniera en el escenario a toda la compañía cuarenta y cinco minutos antes de la función para que pudiera explicarles cómo estaban las cosas.

Escuché su narración sin interrumpirle. Cuando terminó de hablar, esbozó una radiante sonrisa e inclinó la cabeza como si me dedicara una modesta reverencia antes de volverse hacia el tocador.

—Ahora debo dormir —susurró. Abrió el cajón derecho de la mesilla del tocador y buscó su antifaz. Al abrir el cajón, vi deslizarse en él el Colt. La Grange lo acarició afectuosamente. Murmuró entonces por encima del hombro, burlón—: No más duelos.

Encontró el antifaz y se levantó.

—*Mon petit* —dijo, llevándose la mano al bolsillo del pantalón—. Aquí tiene la llave de la calle de la Pierre Levée. Utilice la habitación esta noche. Es suya. Disfrute. Creo, y espero, que encontrará a la señorita de la Tourbillon en buena disposición. Sé que está libre. Garstrang jugará a las cartas conmigo.

Se sentó en el borde la tumbona de Molière y estiró las piernas, mostrándome los pies para que le quitara los zapatos.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

—Naturalmente, *mon petit*. Lo que quiera. —Se recostó sobre la tumbona al tiempo que yo le colocaba un cojín debajo de la cabeza.

—¿Es éste el diván en el que murió Molière en 1673?

La Grange se rió por lo bajo y cerró los ojos.

—Lo dudo mucho —respondió, cubriéndose los ojos con el antifaz de terciopelo—. Es una historia de esas que corren entre los actores y, como bien debe de saber a estas alturas, son pocas las historias que circulan entre los actores a las que puede darse alguna credibilidad.

Mientras Edmond La Grange dormía aproveché para dar una vuelta por el teatro y comunicar sus instrucciones a la compañía. A las siete y cuarto de la tarde, como era de rigor, las tropas de La Grange se habían reunido en el escenario. Bernard La Grange fue el último en llegar. No había tenido conocimiento de la reunión. Llegó en compañía de Oscar: habían viajado juntos desde la residencia de Sarah Bernhardt. Se quedaron juntos al borde de la multitud, detrás de *Maman*, que se había sentado en una pequeña silla y era atendida por Eddie Garstrang.

—Me estoy muriendo y nadie me escucha —sollozaba la anciana—. A nadie le importa.

Edmond La Grange se dirigió a la compañía desde la parte delantera del escenario. No era un hombre alto. Se había encaramado a una pequeña escalera de madera (parte de las murallas del castillo de Elsinor) colocada allí por el regidor. Richard Marais, el administrador de la compañía, estaba de pie junto a él. La Grange dio un buen discurso: fue (como ya me había anunciado) un grito de guerra. Saludó a su compañía, la misma que había creado «el Hamlet perfecto». Les dio las gracias por su lealtad y por haber unido fuerzas durante las dificultades de los últimos días y anunció a continuación que tenía buenas noticias.

—¡Nuestra Ofelia está recuperada! —Explicó que la joven no había estado desaparecida, sino indispuesta, y que había estado descansando. Aun así, Agnès volvía esa noche al teatro y, con el beneplácito de los dioses, se haría cargo de su papel a partir de entonces tal y como estaba anunciado.

Cuando La Grange puso fin a su discurso, Agnès, mostrando un don de la oportunidad propio de su vocación, apareció ante las candilejas en la parte delantera del escenario. Todos aplaudimos su aparición.

Al término del discurso, el elenco de actores y el resto de la compañía regresaron a sus puestos. Richard Marais se hizo cargo de Liselotte La Grange.

—Al menos él se libra de oír sus graznidos —observó Eddie Garstrang.

Éste y Oscar bajaron al anfiteatro y se acercaron al bar del teatro a tomar una

copa. Más tarde disfrutaron de la función desde uno de los palcos del proscenio. A Oscar le intrigaba que Garstrang —un norteamericano procedente de las Rocosas y jugador profesional cuyo dominio del francés era apenas suficiente— se mostrara totalmente fascinado por la obra. Se le ocurrió que los dos no se habían sentido tan cómodos en compañía del otro desde el desayuno que habían compartido en Leadville, Colorado, hacía casi un año.

Como era habitual, yo vi la función de pie entre bastidores. Esa noche no disfrutamos de un Hamlet perfecto. Hubo momentos de incertidumbre: Agnès parecía más frágil que nunca y en su escena con el viejo Polonio se equivocó en dos ocasiones. Aun así, la ovación que estalló al final sugirió que el público había quedado claramente satisfecho.

Más tarde, La Grange me dio una nota garabateada para que la subiera al camerino de Agnès. Leí la nota. Quizá no debería haberlo hecho, pero de pronto me vi solo a la luz de una bujía de gas en la escalera que llevaba a los camerinos del primer piso y lo hice. La nota decía simplemente:

Has estado maravillosa.  
Tu futuro es prometedor.  
Te quiero. ELG.

Cuando llegué al camerino de Agnès, encontré a Gabrielle de la Tourbillon delante de la puerta.

—No está aquí —dijo, inclinándose hacia delante y besándome suavemente en la boca—. Se ha ido.

—¿Está segura?

—Se quita el maquillaje en cuanto se ahoga. Cuando sale a saludar tras la función, está preparada para marcharse. —Se volvió a mirar a la puerta del camerino—. He venido a decirle que ha estado soberbia, pero se ha ido. Supongo que estaba exhausta. —Se acercó entonces a mí y dejó que su *peignoir* se abriera para dejar a la vista sus pechos. Se rió—. Todavía tengo que vestirme. ¿Salimos a cenar?

—Sí —dije—. Tengo la llave.

—No tardaré.

Regresé de inmediato junto a La Grange y le di la noticia. Él se encogió de hombros y recuperó su nota, la dobló y la guardó en el cajón del tocador.

Quince minutos después, encontré a Oscar que esperaba a solas en la entrada de actores. Fumaba apoyado contra la pared bajo la luz de la lámpara.

—Mira lo que me ha dado Garstrang —dijo, alborozado—. ¡Un Lucky Strike!

Le dije a mi amigo que no podía salir a cenar con él.

—¿Podrás perdonarme? —dije—. Voy a cenar con Gabrielle.

Oscar sonrió.

—¿Tienes la llave? —preguntó.

—Sí.

—Me alegro. Disfruta. Y no te sobreexcedas con el láudano. Yo volveré al hotel. Tengo mucho en que pensar.

La encontraron por la mañana. Fue uno de los tramoyistas quien la descubrió mientras barría el suelo: era la primera labor del día. El teatro se barría en cuanto abría sus puertas, a las diez de la mañana. Agnès La Grange fue hallada en la parte trasera del escenario, tras los cortinajes de terciopelo negro, en el pequeño almacén, flotando boca abajo en el interior del tanque de agua utilizado en la obra para simular el estanque del arroyo en el que Ofelia encuentra la muerte.

El médico de la policía concluyó que debía de haber muerto alrededor de la medianoche.

## 22.

### «Lo llevan en la sangre»

La Grange había llamado inmediatamente a la policía.

Cuando, poco después de las dos, Oscar y yo llegamos al teatro, se habían llevado del edificio el cuerpo de Agnès La Grange y la policía, bajo la enérgica dirección del brigadier Malthus, concluía una serie de interrogatorios preliminares con quienes Malthus describía como «testigos esenciales».

—Ustedes forman parte de esa categoría, caballeros —nos dijo afablemente en cuanto nos presentamos en el camerino de Edmond La Grange—. Al menos, eso creo.

El camerino estaba abarrotado y aun así reinaba en la pequeña estancia un silencio sepulcral. Malthus, dos jóvenes agentes uniformados y los ocho miembros de mayor antigüedad de la Compagnie La Grange, estaban de pie y en fila, hombro contra hombro, como un círculo de dolientes alrededor de una tumba. El doctor Émile Blanche estaba también allí. Había llegado desde la clínica hacía una hora, no porque se hubiera enterado de la noticia, sino porque estaba preocupado al ver que Agnès no había regresado a Passy la noche anterior tal como él y su equipo esperaban. El doctor Blanche estaba sentado en el borde de la tumbona de Molière junto a Liselotte La Grange. Tenía la mano de la anciana en la suya. (Como no la conocía bien, le había ofrecido instintivamente el consuelo que sus seres más próximos ya no podían darle). Carlos Branco estaba derregado contra la cara interna de la puerta del camerino, cabizbajo, con los ojos abiertos y la mirada perdida en el suelo. Llevaba un batín de rayas de colores brillantes que se había puesto antes de enterarse de la noticia.

El gran La Grange estaba sentado en mitad de la multitud, casi invisible, inclinado sobre el tocador, los brazos cruzados, los ojos cerrados, la cabeza inclinada en un ángulo curioso, como si estuviera todavía intentando huir de un horror invisible. El brigadier Malthus estaba de pie a su lado. De vez en cuando, el oficial de policía posaba una mano tranquilizadora en el hombro del anciano actor. Los dos hombres eran amigos. Tenían la misma edad. Edmond La Grange, Pierre Ferrand y Félix Malthus habían ido juntos a la escuela.

El brigadier no se correspondía con el ideal de policía francés que tenían los caballeros ingleses. Era impresionantemente alto y cadavéricamente delgado, y, aun así, de porte erguido y juvenil para su edad. Pulcramente afeitado y con el pelo

canoso, tenía unos pómulos altos y marcados y una nariz aguileña. Vestía un traje de sargo de color azul marino de corte perfecto. En la solapa lucía el lazo distintivo de los comandantes de la *Légion d'Honneur*. Su aspecto era el de un abogado o un banquero, aunque combinado con la actitud sorprendente, afable y algo socarrona de un profesor universitario moderadamente excéntrico.

—¿Se han enterado de la espantosa noticia? —preguntó cuando hubo confirmado que éramos quienes creía que éramos.

—Hace un momento —respondió Oscar—. Nos lo ha dicho el portero de la entrada de actores en cuanto hemos llegado.

Malthus soltó un suspiro y se pasó durante un instante la lengua por el labio inferior como un lagarto buscando alimento.

—Es realmente desconsolador —dijo. (Su voz no era tampoco la de un policía de París, sino la de un hombre culto y refinado).

—Una auténtica desgracia —afirmó Oscar—. Trágico —añadió con lágrimas en los ojos.

—Estoy intentando averiguar quién fue la última persona que vio a la señorita La Grange —prosiguió delicadamente Malthus—. A fin de determinar su estado de ánimo. ¿Lo entiende? —Oscar asintió con la cabeza—. Todos la vieron saludar tras la función, naturalmente. Sin embargo, nadie parece haberla visto desde ese momento. —El policía recorrió con los ojos a los presentes congregados en el camerino y sonrió. Tenía los ojos de color azul celeste. Despacio, los volvió hacia mí—. Señor Sherard —empezó amigablemente—, tengo entendido que es usted el asistente de vestuario de *monsieur* La Grange, ¿no es así?

—Sí, señor —dije.

—Me dice el señor La Grange que le dio una nota para que se la llevara a su hija al término de la función de anoche.

—Así es, señor.

—Pero devolvió usted la nota porque la señorita La Grange no estaba en su camerino.

—Sí, señor.

—Su habitación estaba vacía.

—Yo puedo confirmarlo —dijo Gabrielle de la Tourbillon. Estaba de pie al fondo de la habitación, en el rincón más alejado, junto al aparador, semioculta detrás de Eddie Garstrang y el doctor Ferrand. Yo no me había percatado de su presencia hasta entonces. No la había visto esa mañana. Tras pasar la noche juntos en la calle de la Pierre Levée, me había despertado al alba y ella ya no estaba. Me sonrojé al verla así, inesperadamente, y al oírla hablar.

El brigadier Malthus pareció no reparar en la vergüenza de la que fui presa. Se volvió a mirar hacia donde estaba Gabrielle.

—Como ya nos ha dicho, señorita —dijo muy cortés—. Así ha sido anotado. —Frunció el labio inferior y se volvió a mirar a Oscar—. Señor Wilde —empezó.

—Lamentablemente, no puedo serle de mucha ayuda —dijo Oscar—. Vi la obra en compañía del señor Garstrang. Al término de la función, salimos del teatro con el resto del público y rodeamos tranquilamente el edificio hasta la entrada de actores. El señor Garstrang me dijo que, como de costumbre, iba a jugar a las cartas con el señor La Grange y se despidió de mí. Después subió al apartamento privado situado encima del teatro mientras yo esperaba delante de la entrada de actores, fumando un cigarrillo.

—¿Vio salir del teatro a la señorita La Grange?

—La entrada de actores está siempre abarrotada al término de las funciones. Todos parecen tener prisa por marcharse. Vi salir a varios de los actores. Hablé brevemente con Bernard La Grange cuando salió... para felicitarle, pero no vi a Agnès.

—Gracias, señor Wilde —dijo el oficial de policía, inclinando la cabeza hacia Oscar. Una vez más, recorrió la estancia con los ojos—. Gracias, damas y caballeros. Han sido ustedes de gran ayuda en las circunstancias más penosas. En los próximos días necesitaré hablar con uno o dos de ustedes con más detenimiento. —Asintió con la cabeza en dirección al doctor Blanche y al tramoyista que había hallado el cuerpo —, aunque parece muy claro lo que ha ocurrido, ¿no están de acuerdo conmigo? —Apoyó una afectuosa mano sobre el hombro de La Grange mientras seguía dirigiéndose a la habitación—. El suicidio no es un crimen...

—¡Es pecado! —exclamó Liselotte La Grange.

—Es una tragedia. Es desolador. Ofrezco mis más sinceras condolencias a aquellos de ustedes que conocían y querían a Agnès La Grange.

—Su madre se suicidó —dijo Liselotte La Grange, alzando la voz y mirando a los ojos al brigadier Malthus—. El suicidio es una característica hereditaria.

El doctor Blanche acarició la mano de la vieja dama. La señora La Grange retiró la suya sin ocultar su enojo.

—Lo llevan en la sangre —graznó—. Lo llevan en la sangre. —Nadie le prestó la menor atención.

El brigadier Malthus se inclinó sobre Edmond La Grange y le habló al oído.

—En algún momento debería ver a Bernard. No está aquí. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

La Grange abrió los ojos y los alzó hacia el oficial de policía, visiblemente agotado.

—No. No le he visto desde anoche. —Giró la cabeza hacia la puerta y miró a Oscar—. El señor Wilde encontró ayer a Agnès. Quizá pueda ayudarles a encontrar a Bernard.

El brigadier se volvió hacia Oscar con las cejas arqueadas.

—Podría probar en la Sala de los Muertos —sugirió Oscar.

—Gracias —dijo el oficial de policía—. Me complace saberlo. Por ahora, eso es todo. Debemos marcharnos.

Poco a poco, en cuanto Malthus y sus hombres se marcharon, el camerino empezó a vaciarse. Nadie miraba a nadie directamente a los ojos. Y nadie, salvo Liselotte La Grange, habló. La anciana señora se puso en pie, apoyándose en el brazo del doctor Blanche.

—La obra debe continuar —vociferó.

—Por supuesto, *Maman* —dijo Edmond con un hilo de voz.

A medida que la habitación iba vaciándose, observé muy atentamente a La Grange. Poco a poco, fue irguiendo la espalda y sus ojos volvieron a brillar.

La noticia de la muerte de Agnès no tardó en extenderse. Los miembros de la compañía empezaron a llegar, entrando sigilosamente al teatro horas antes de lo habitual. También hicieron su aparición los periodistas. Richard Marais los reunió en el escenario y, a las cinco, La Grange emergió de su camerino para dar una breve rueda de prensa. Concedió una entrevista a uno de los presentes (un viejo amigo, uno de los amigos con los que jugaba a las cartas). Yo me quedé de pie en uno de los rincones del camerino mientras los dos hombres hablaban: La Grange mantuvo la calma en todo momento. Habló de Agnès sin derramar una sola lágrima, aunque dando muestras de un afecto conmovedor. Describió la contribución de la joven al «*Hamlet* perfecto» con patente orgullo. Aunque su autocontrol resultó extraordinario, a última hora de la tarde, cuando le dejé solo en la habitación para que tomara su habitual siesta «pre-función», pude oírle llorar desde bambalinas.

La policía no dio con Bernard La Grange en la Sala de los Muertos. Oscar le encontró —tal y como había previsto— en el estudio que Sarah Bernhardt tenía en Montmartre y en compañía de Maurice Rollinat. Fue el propio Oscar quien dio a Bernard la noticia de la muerte de su hermana. Aparentemente, el joven actor se tomó la noticia con calma y con gran estoicismo, tal como lo había hecho su padre. No dijo nada, o, mejor, como Oscar me lo describiría poco después, empezó a citar un verso de un poema de Baudelaire y a continuación, «al parecer reconociendo lo vana que sonaba la rima en comparación con la realidad de lo que había ocurrido, guardó silencio». Oscar le contó a Bernard lo poco que sabía de las circunstancias que habían rodeado la muerte de Agnès y también que el oficial de policía que investigaba la tragedia parecía un hombre competente y extremadamente escrupuloso: «De hecho, un hombre decente y civilizado».

—¿Se trata acaso de Malthus? —preguntó Bernard.

—En efecto —respondió Oscar—. Creo que es amigo de su padre.

Bernard La Grange se rió.

—Aun así, se puede confiar en él. ¿Qué opina él?

—¿Malthus? ¿De la muerte de Agnès? Cree que ha sido un suicidio.

—Sí —dijo Bernard en voz baja—. Lo llevamos en la sangre.

Sarah Bernhardt rodeó al joven actor entre sus brazos y le abrazó como lo habría hecho una madre. Maurice Rollinat le abrazó también y al hacerlo (como Oscar pudo ver, aunque Sarah no pudiera hacerlo) deslizó tres pequeños viales de cristal de opio líquido en el abrigo de su abrigo.

A las seis, Oscar llevó a Hamlet de regreso al teatro. Bernard La Grange no pareció ni sorprendido ni perplejo al saber que su padre y su abuela deseaban continuar con la función de la noche. También era lo que él quería.

—Ésta es nuestra profesión —dijo.

Los La Grange, *père et fils*, estuvieron magníficos esa noche, absolutamente estremecedores en su intensidad. La suplente de Agnès estuvo asimismo a la altura de las circunstancias.

—Es una joven gran actriz —me murmuró Edmond La Grange mientras estábamos juntos entre bastidores.

Otros miembros de la compañía se mostraron mucho menos seguros en sus respectivas actuaciones: Gabrielle de la Tourbillon se mostró más muda de lo que yo jamás la había visto en escena, y Carlos Branco olvidó sus intervenciones en varias ocasiones.

—Encarna a Polonio —oí mascullar burlón a Edmond La Grange—. Polonio es un viejo idiota. Nadie se dará cuenta. A nadie le importará.

Al término de la función, La Grange me mandó que buscara a Oscar y a Bernard para invitarles a que se reunieran con él en su camerino a tomar una copa.

—Si ve a Garstrang o a Marais, asegúrese de que se hagan cargo de *Maman* —añadió cuando yo estaba a punto de salir—. No la quiero aquí. Ya he tenido que soportarla bastante.

Encontré a Bernard en la entrada de artistas, hablando con una joven. Se trataba de una hermosa muchacha que vestía capa y sombrero azules. Era sin duda un miembro del público que se había acercado a pedirle un autógrafo. Oscar estaba con ellos, fumando un cigarrillo. Bernard dio su autógrafo a la joven y le besó la mano en una demostración de galantería típicamente gala. Le dije que su padre deseaba verle.

—¿Debo? —preguntó, exhausto.

—Creo que sí —opinó Oscar.

Les acompañé al camerino de La Grange. El anciano actor se había desvestido y había vuelto a vestirse. Había abierto ya una botella de champán. Alzamos nuestras copas y brindamos en memoria de Agnès... y por el Théâtre La Grange y «el *Hamlet* perfecto».

La Grange anunció entonces que, por una vez, no estaba de humor para jugar a las

cartas. Había ordenado a Marais que pidiera un coche y propuso llevarnos a cenar... en honor de Agnès.

—He reservado mesa en el Pharamond. Es el restaurante favorito de Oscar. Él nos hablará de las heroínas de Shakespeare y de la mortalidad. ¿No es así, querido amigo?

—Si ése es su deseo... —respondió el aludido.

Bernard se levantó y dijo que, desgraciadamente, no podía unirse a nosotros: se había comprometido a ir a Le Chat Noir con Maurice Rollinat y Jacques-Émile Blanche. Estaba convencido de haberlo mencionado anteriormente.

—¿A Le Chat Noir? —repitió Edmond—. ¿Esta noche?

—No he visto a Jacques-Émile desde la noticia sobre Agnès...; la adoraba. Debe de estar desolado. Creo que debería ir a verle.

Edmond La Grange vació el champán de su copa y la dejó sobre el tocador.

—Es cierto. Lo habías mencionado, y lo entiendo —dijo—. Ve. Toma un coche. Yo lo pagaré. De hecho, toma el coche que espera en la entrada de artistas. Yo pediré otro.

Bernard abrazó a su padre, pidió a Oscar un cigarrillo, nos dio las buenas noches y se marchó.

—Cuídese —dijo Oscar, abriendo su pitillera y dando a Bernard dos o tres de sus cigarrillos.

Nos quedamos en el camerino, terminando nuestras copas. El reloj marcó la media.

—Quizá sea mejor que nos olvidemos del Pharamond —dijo La Grange—. Aquí se está muy a gusto. ¿Les parece si nos quedamos y abrimos otra botella?

Un minuto más tarde, mientras yo había salido a buscar una segunda botella de Perrier-Jouët de la caja que se guardaba en un rincón del cubículo destinado al asistente de vestuario, oímos una espantosa algarabía procedente de bambalinas: chillidos, gritos de alarma, correteos... La puerta del camerino se abrió violentamente.

Era Eddie Garstrang, sin duda conmocionado.

—¡Es Bernard! —gritó—. En la calle...

—¿Está muerto? —jadeó Edmond La Grange.

—Casi con toda certeza.

—¿Pasto de las llamas? —preguntó Oscar.

—Exacto.

## 23.

### Los elementos

Cuando salimos corriendo del camerino, La Grange tropezó en la oscuridad de las bambalinas. Oscar y Garstrang le ayudaron a levantarse. Salimos corriendo, desesperados, por la entrada de artistas y bajamos los escalones que descendían al callejón adoquinado. Olimos y oímos el fuego antes de poder verlo: el hedor del cuero en llamas, el chisporroteo de la madera al arder. Allí, al fondo del negro callejón, como una hoguera encendida en la cima de una colina, vimos aparcado un landó tirado por un solo caballo con el coche envuelto en llamas.

El carruaje era una bola de fuego, un horno rugiente, y perfiladas contra el resplandor que manaba de él se movían frenéticamente las siluetas de hombres que intentaban apagar las llamas. El cochero, el portero de la entrada de artistas, Richard Marais, Carlos Branco y actores y tramoyistas corrían desde y hacia el fuego con cubos llenos de arena y agua que cargaban en el abrevadero cercano. Actuaron con acierto: lograron contener el fuego, que no llegó a extenderse. Aunque el caballo se salvó, no ocurrió lo mismo con el carruaje y tampoco con la única figura que seguía en su interior: Bernard La Grange.

—Santo Dios, Oscar —susurré—. ¡Podríamos haber muerto todos! —Nos quedamos allí, impotentes, en mitad del callejón, traspuestos ante la espantosa escena que tenía lugar delante de nuestros ojos. Repetidamente, La Grange intentaba correr hacia las llamas, pero Garstrang logró retenerle.

—No hay nada que hacer —dijo.

Debió de pasar media hora hasta que el fuego por fin remitió y los restos del vehículo abrasado se enfriaron lo suficiente para que pudiéramos subir al coche y sacar de él el cuerpo chamuscado del que había sido hasta entonces aquel hermoso joven. La Grange y Carlos Branco, ambos bañados en lágrimas, intentaron sacar el cuerpo del carruaje. Los miembros de Bernard se separaron del resto del cadáver en sus propias manos.

—¿Qué significa esto? —aulló La Grange.

A sugerencia de Oscar, Richard Marais se marchó en busca de la policía.

—Pregunte por Malthus —dijo La Grange.

—Es medianoche —dijo Oscar—. Traed a quien sea.

Llevaron los restos del cuerpo de Bernard al teatro y los dispusieron entre bastidores. De la barra de la que colgaba el vestuario ubicada en el borde del

escenario, Carlos Branco cogió una capa: era precisamente la capa que utilizaba cuando encarnaba al fantasma del padre de Hamlet. Cubrió con ella el cadáver. Los demás rodeamos el cuerpo del joven fallecido presas del desconsuelo.

Gabrielle de la Tourbillon había bajado del apartamento alertada por el ruido. Llevaba puesta una capa de invierno con capucha sobre el camión. Nos sirvió unos vasos con brandi.

—¿Dónde está *Maman*? —preguntó La Grange.

—En la cama. Dormida —respondió Gabrielle.

—Bien —masculló el actor—. Dejadla dormir.

Marais había regresado media hora más tarde. El oficial de policía que le acompañaba no era el brigadier Malthus. No llegué a captar su nombre, pero sí pude oler el vino en su aliento y el sudor que impregnaba su uniforme. No nos retuvo mucho tiempo. La Grange identificó formalmente el cuerpo de la víctima como el de Bernard La Grange: si bien el pelo negro y sedoso del joven actor había quedado chamuscado hasta la raíz, su rostro, aunque abrasado y ennegrecido, era perfectamente reconocible. El cochero confirmó lo ocurrido. A las once y media —había oído el tañido de una campana— un joven había salido por la entrada de artistas y había recorrido alegremente el callejón hacia el coche que esperaba al fondo. El callejón estaba ciertamente concurrido —la función acababa de concluir—, pero el cochero reparó enseguida en el joven porque caminaba directamente hacia él y porque lo hacía de forma decidida. En cuanto llegó al carruaje, Bernard le gritó antes de subir: «Será finalmente un solo pasajero. A Le Chat Noir de Montmartre, se lo ruego».

—¿Iba solo cuando subió al coche? —preguntó Oscar.

—Iba solo, sí, aunque había otras personas cerca, si a eso se refiere.

—¿Abrió él mismo la portezuela del coche?

—Sí. No. —El cochero vaciló—. No lo recuerdo. Probablemente no. En ese momento estaba encendiendo un cigarrillo. Me acuerdo bien.

—Gracias —dijo Oscar.

—Gracias a usted —dijo el oficial de policía, mirando a Oscar con recelo. Humedeció la punta de su lápiz con la lengua y echó una mirada a su libreta antes de volverse hacia el cochero—. ¿Y entonces?

—Y entonces..., un instante después, justo cuando soltaba el freno para emprender la marcha, sentí la explosión. El carruaje se balanceó. Fue como si estallara una pequeña bomba, un violento estallido de ruido y de calor. Salté al suelo, desenganché el carruaje y tiré del caballo para ponerlo a salvo.

Carlos Branco miró al cochero sin ocultar su descrédito.

—¿Salvó usted al caballo antes que al muchacho?

El cochero se encogió de hombros.

—Era una bola de fuego —dijo Eddie Garstrang—. No había nada que hacer.

—Y tampoco podemos hacer nada más por esta noche —dijo el policía, cerrando su libreta y reprimiendo un bostezo—, salvo dejarles con sus oraciones.

—¿No desea al menos examinar el carruaje? —preguntó Oscar.

—Esta noche no —respondió con frialdad el oficial—. Es tarde y está oscuro. Me voy a la cama. Les aconsejo que hagan lo mismo. —El policía clavó los ojos en Oscar, desafiándole a que volviera a hablar. Mi amigo guardó silencio. El oficial se volvió entonces hacia Edmond La Grange—: Dejaré esta noche a un hombre en la calle.

Había llegado un coche fúnebre que debía llevar el cuerpo de Bernard La Grange a la morgue. Dos portadores —«dos fornidos hombretones con el rostro de carnicero», así es como Oscar les describió en su diario— llegaron a las bambalinas y, sin mediar palabra ni reconocer nuestra presencia, se concentraron de inmediato en su labor. Ignorando los sollozos de desconsuelo de La Grange y de Carlos Branco, destaparon el cadáver, arrojando la capa de Branco a un lado sin la menor ceremonia, e hicieron rodar el cuerpo como si de la carcasa de un cerdo se tratara hasta una camilla de lona. Juntos, dejando escapar un único gruñido, levantaron la camilla y, sin pausa, se llevaron su triste carga.

—Tropas de ángeles te cantan, acompañándote en tu descanso —susurró La Grange, viendo cómo se alejaban.

El oficial de policía recorrió con los ojos el grupo de rostros macilentos y desconcertados.

—Mi más sincero pésame —dijo—. Buenas noches. El brigadier Malthus se pondrá al frente del caso mañana. Les ruego que permanezcan en las inmediaciones por si necesitamos interrogar a algunos de ustedes.

—Estaremos todos aquí —dijo muy calmado Edmond La Grange—. Mañana por la noche tenemos función de *Hamlet*.

—No —protestó Branco—. No podemos hacer un Hamlet sin el príncipe. —Miró a La Grange visiblemente desesperado y después se volvió hacia el policía—. Hemos perdido a nuestra Ofelia. Hemos perdido a nuestro Hamlet. Eran actores sin igual. No podemos seguir.

—El suplente conoce bien el papel —dijo La Grange—. La función continúa.

—No —suplicó Carlos Branco—. Por el amor de Dios, no.

El oficial de policía se marchó. En cuanto desapareció, Oscar me tocó el brazo, apartándome ligeramente del lado de Gabrielle.

—Creo que también nosotros deberíamos marcharnos —dijo. Tendió la mano a Edmond La Grange—. No tengo palabras...

—No diga nada —respondió el director de la compañía con un hilo de voz—. Hablaremos mañana. —Oscar asintió con la cabeza y se volvió, presto a marcharse.

De pronto, alzando la voz, el anciano actor le llamó—. Una cosa antes de que se vaya, amigo mío —pidió—. Por favor. —Oscar giró sobre sus talones—. Cuando nos hemos enterado de la muerte de Bernard, usted ha preguntado enseguida: «¿Pasto de las llamas?». ¿Cómo lo ha sabido?

Oscar miró a Edmond La Grange.

—El perro de *Maman* murió enterrado en un baúl lleno de tierra —respondió con suavidad—. Su asistente de vestuario, mi pobre amigo Traquair, murió respirando aire envenenado. Agnès murió ahogada. Tierra, aire y agua. Tan sólo faltaba un elemento: el fuego.

La mañana siguiente a la espantosa muerte de Bernard La Grange, Oscar pasó a recogerme en coche por mi habitación de la calle de Beauce y, juntos, nos dirigimos a Passy.

—¿De verdad crees que todas estas muertes están relacionadas? —pregunté a mi amigo.

Eran las once y el cielo estaba nublado. Oscar iba vestido con un traje de color amarillo canario hartamente improbable (y sin duda poco aconsejable para la estación del año). Dejó un sombrero de paja en el asiento entre ambos y me ofreció una bola anisada de un cucurucho de papel.

—¿Desayuno? —preguntó. Estaba especialmente juguetón y resplandeciente—. ¿Que si están relacionadas las muertes? —murmuró—. Sí —dijo enérgicamente.

—¿Y por los elementos de tierra, aire, agua y fuego?

Oscar asintió con la cabeza.

—Me inclino a pensar que así es.

Le miré y negué con la cabeza.

—Y yo me inclino a pensar que esta vez, Oscar, has dejado que tus jugos creativos se desborden en exceso.

—¿De verdad es eso lo que crees? —Se rió—. Según creo entender, la creatividad no es el hallazgo de algo, sino la capacidad de hacer algo con ello después de su hallazgo.

—Efectivamente. Y creo que estás haciendo de esto mucho más de lo que los hechos justifican. ¿Muerte, sea por asesinato o por suicidio, por tierra, aire, agua y fuego? Francamente, Oscar. Me resulta del todo increíble.

—Oh, no seas incrédulo, Robert —exclamó, forzándome a aceptar otro dulce anisado—. La incredulidad nos roba muchos placeres y no nos da nada a cambio.

—La tragedia de anoche bien pudo ser un accidente, Oscar. ¿Has considerado en algún momento esa posibilidad?

—Por supuesto, Robert. Como tú, también yo oí cómo el cochero nos decía que Bernard estaba encendiendo un cigarrillo cuando subió al coche.

—¿Reparaste en ello?

—Así es. Pero ¿pudo una simple cerilla provocar una conflagración tan repentina?

—Tenía una cerilla encendida en la mano... ¡y tres viales llenos de láudano en el bolsillo! —dije, con una discreta nota de triunfo en la voz. (Desde la noche anterior había deseado comentárselo a Oscar)—. Tú viste cómo Rollinat los metía allí. Eso es lo que me dijiste.

—Así es. Y sí, Robert, el láudano es una tintura de opio. Y se prepara con éter, por lo tanto es muy inflamable. De algún modo, la cerilla encendida pudo entrar en contacto con el láudano. Pero ¿de forma accidental? ¿No te parece mucho más probable el asesinato? ¿No es acaso mucho más probable que, cuando Bernard La Grange subió inocentemente al carruaje, una mano desconocida arrojara tras él al interior del coche algún artefacto incendiario?

—O quizá fuera un suicidio —sugirió tímidamente el doctor Émile Blanche—. Creo, caballeros, que el suicidio es la explicación más plausible.

Nos llevaron en presencia del gran hombre en cuanto llegamos a la clínica de Passy. Al parecer, nos esperaba. En la biblioteca del médico ya estaban servidos el café y el Madeira en una bandeja junto a la ventana de la tribuna. Blanche parpadeó conmovidamente al mirarnos desde detrás de sus anteojos.

—Tal y como la anciana señora La Grange nos recordó ayer, el suicidio es un rasgo hereditario. Las familias lo llevan en la sangre. Agnès La Grange se quitó la vida. Era la gemela de Bernard. Éste debe de haber sentido que, al perder a su hermana, perdía la mitad de sí mismo. Su madre se quitó la vida. Su hermana se quitó la vida. Al hacerlo, le dieron permiso a él para que hiciera lo mismo.

—Todo esto resulta muy triste —dijo Oscar con tono soñador, sosteniendo la copa de Madeira en alto y mirando a través del oro líquido hacia la ventana de la tribuna y el cielo gris que se extendía al otro lado.

—Absolutamente desolador —manifestó el doctor Blanche—. Y no sólo para la familia La Grange. Mi pobre Jacques-Émile está muy afligido por la noticia.

—Sí —comentó Oscar, despertando de pronto de su ensueño—. Jacques-Émile. Lo siento por él. De hecho, doctor, era a él a quien queríamos ver en Passy esta mañana.

—Me temo que eso no va a ser posible. Se ha ido a Montmartre para estar con su amigo Rollinat. —Suspiró brevemente y nos ofreció más vino—. A pesar de que estos poetas nihilistas como el joven Rollinat hablan de la muerte con pasmosa facilidad, la realidad de la muerte les sacude de todos modos. Les sacude... y les duele.

—¿Jacques-Émile y Bernard La Grange eran amigos? —pregunté.

—Muy buenos amigos —respondió el médico, sonriéndome—. Íntimos. Luchaban juntos, mano a mano..., luchaban y practicaban esgrima. Era precisamente

a través de sus combates como expresaban su amor mutuo. Así ocurre a menudo entre los hombres.

—¿Y Agnès? —preguntó Oscar—. ¿Jacques-Émile amaba a Agnès?

—Usted sabe muy bien que sí. Apasionadamente. Profundamente. Desesperadamente.

—¿Y ella le correspondía?

—¡Como a un hermano! —El médico dejó escapar una risa hueca. Se quitó los anteojos de montura metálica y negó apesadumbradamente con la cabeza—. Como le dije el otro día, y no debería haberlo hecho, pero creía que usted estaba al corriente, el padre de Agnès era el gran amor de la vida de la joven.

—¿Y llegó ese amor a...? —Oscar vaciló—. ¿Llegó ese amor a... concretarse? —preguntó.

El doctor Blanche se inclinó hacia delante y volvió a ponerse los anteojos.

—¿Qué quiere decir exactamente, señor Wilde?

—¿Llegó a consumarse? —preguntó Oscar.

—¡Santo Dios, no! —El doctor Blanche se levantó y se acercó a la ventana como en un intento por acercarse al aire fresco del exterior. Desde allí se volvió a mirar a Oscar—. ¡Menuda ocurrencia! —exclamó, negando con la cabeza.

—¿Está usted seguro de eso? —insistió mi amigo, inclinándose hacia delante y tendiendo hacia el médico las manos en un gesto de súplica—. Discúlpeme por insistir, pero supongo que, dadas las circunstancias, entiende usted la importancia de la cuestión.

—Por supuesto —respondió el médico, más calmado—. Si Agnès y su padre eran amantes, el odio que ella podía sentir hacia sí por causa de ello bien podría haberla llevado al suicidio..., o quizá la vergüenza podría haber empujado a La Grange a matarla.

—Así es —convino Oscar secamente.

—Pero no eran amantes —prosiguió el médico, tomando la botella y volviendo a llenar nuestras copas de Madeira—. Estoy seguro de ello. A pesar de lo delicado de la cuestión, la abordé con ambos, juntos y por separado. Edmond La Grange quería a su hija de un modo natural. Resulta del todo inconcebible que llegara a conocerla carnalmente. Me dijo que simplemente pensar en ello le repugnaba. Me lo dijo en privado y lo hizo también después en presencia de la propia Agnès.

—¿Y usted le creyó? —preguntó Oscar.

—Le creí, sí. Hace más de treinta años que soy médico, señor Wilde. Sé muy bien cuándo mis pacientes me mienten. —Volvió a ocupar su asiento y tomó un par de sorbos de vino con actitud reflexiva—. Y creo igualmente en la veracidad de las negativas de Agnès. El amor que sentía hacia su padre era complicado. Contenía lo que hoy conocemos por «carga erótica». ¿Le resulta familiar el término?

—Me resulta caro —dijo Oscar—. Eros ha sido siempre el más caro de todos los dioses.

El doctor Blanche reaccionó a este comentario con una risa tímida.

—Los sentimientos que Agnès albergaba hacia su padre la turbaban —prosiguió—. Sin duda pudieron inducirla a quitarse la vida. En cualquier caso, si realmente llegó a quitarse la vida, lo hizo empujada por la frustración y no por la consumación de esa carga.

—¿Quiere eso decir que Agnès y Edmond La Grange no dieron vida a la bestia de dos espaldas? —musitó Oscar, vaciando despacio su copa y mirando al médico—. ¿Conoce usted el término?

Blanche sonrió.

—No, aunque puedo imaginar su significado. Suena incómodo. —El médico se levantó y se volvió hacia Oscar, juntando las manos a la espalda y poniéndose de puntillas como si estuviera dirigiéndose a una clase de alumnos—. Señor Wilde —dijo—, La Grange y su hija no eran amantes, estoy convencido de ello. Agnès me dijo que estaba dispuesta a jurar por la santa Biblia que no había compartido el lecho de su padre. Sabía que con ello habría estado en pecado. Me dijo que jamás compartiría el lecho con un hombre con el que no pudiera casarse.

—¿Habló de pecado, dice usted? ¿Llegó incluso a pensar en el matrimonio? Me sorprende, doctor. —Oscar dejó su copa de vino vacía en la pequeña mesa auxiliar que tenía junto a él—. ¿Quiere eso decir que era virgen? —preguntó, echándose adelante en la silla y alzando los ojos hacia Blanche.

El médico arqueó una divertida ceja.

—Yo no he dicho eso, señor Wilde. Agnès era actriz. Creo que tenía un amante. Y de reciente adquisición.

—¿No se referirá usted a su hijo?

—No, no me refiero a Jacques-Émile..., aunque Agnès sí le habló a mi hijo de su amante.

—¿Mencionó en algún momento su nombre?

—Creo que no. Me parece que era un hombre de avanzada edad.

—Ah —suspiró Oscar—. «El hombre de avanzada edad»: he ahí un término que a ambos nos resulta familiar. No conozco expresión más deprimente que ésa, ¿no le parece?

## 24.

### El rostro en la puerta

Cuando la botella de Madeira del doctor Blanche estuvo vacía, decidimos marcharnos. En el coche que nos llevaba de regreso a la ciudad, Oscar estaba sentado con las piernas estiradas delante de él y el sombrero de paja cubriéndole los ojos.

—Te veo muy relajado, amigo mío.

—Hemos disfrutado de una agradable compañía —respondió—. Y, aunque tengo los ojos cerrados, empieza a hacerse la luz en el horizonte. Ya tuve un destello de claridad en la cárcel de Reading. Ahora me resulta cada vez más evidente.

—Me desconciertas, Oscar. Estoy totalmente perdido. Cuéntame más.

Se echó el sombrero hacia atrás y abrió un ojo.

—Sólo estoy empezando a ver la luz, Robert. No me apures. En cualquier caso, un comienzo es un comienzo. Estoy satisfecho de ello. —Buscó la pitillera en sus bolsillos—. Como bien sabemos, en lo que concierne a cualquier labor creativa, la parte más difícil es empezar. Cuesta tanto ver nacer una hoja de hierba como un roble.

—Eres un tipo curioso, Oscar —dije, contemplando a mi amigo que, con los ojos nuevamente cerrados, se colocaba un cigarrillo entre los labios y lo encendía con éxito con una sola cerilla—. Anoche fuimos testigos de una espantosa tragedia. Ayer por la mañana encontraron ahogada a Agnès. Y aun así, esta mañana pareces realmente contento.

—Créeme si te digo que, aunque no les conocía bien, lamento las muertes de Agnès y de Bernard La Grange —dijo bajando la voz y dejando que el humo del cigarrillo se filtrara lentamente por sus fosas nasales—. Tenían talento y no sólo eran hermosos, sino también demasiado jóvenes para morir. Vuelvo a lamentar la muerte de Washington Traquair, más aún si cabe. —Entreabrió los ojos y giró la cabeza hacia mí—. Sabes bien que no soy un hombre cruel, Robert, pero hoy estoy feliz. Mentiría si lo negara. —Se incorporó en el asiento y se quitó el sombrero, apuntándome con él—. Estoy enamorado.

—¿Enamorado? —repetí, sorprendido.

—Sí, Robert. Puedes felicitar me. Esa Artemisa de ojos de color violeta, seria y menuda, con su cabeza como la flor que se inclina bajo el peso de su esplendor y sus maravillosas y marfileñas manos...

—¿Te refieres a la joven que conociste en Londres? Ya me has hablado de ella

antes.

—La he visto en Londres, Robert, en efecto. Y en Dublín. Y también en mis sueños más dulces. Y, ni que decir tiene, que he hablado de ella. ¿Te he dicho que es la perfección misma? Tiene la delicada elegancia de una estatuilla de Tanagra. —De pronto, arrojó el cigarrillo por la ventanilla del coche y sacó del bolsillo interior del gabán un pequeño sobre de color crema que besó antes de mostrármelo con un floreo —. Hoy es para mí un día especialmente feliz porque me ha escrito. Y sus palabras son del todo esperanzadoras.

—Ah —exclamé—. Corresponde a tus sentimientos.

—Eso parece, Robert —dijo, sonriendo de oreja a oreja—. Sé que nuestro amigo Rollinat es un audaz campeón de los placeres de la perversión y de los oscuros deleites de la fornicación entre los caídos, pero yo no busco el amor entre los perdidos. ¡Yo deseo el amor de Constance! He visto en sus ojos soñadores la tierna pureza de la niñez.

—Ah, sí. Constance. Ése es su nombre.

Se inclinó hacia mí, visiblemente entusiasmado.

—El nombre desprende una simplicidad casi forestal, ¿no te parece? Su dulzor está en absoluta disonancia con este mundo tosco y presto en el que vivimos... ¡Como una margarita en el borde de las vías del tren!

—¡Oscar! —le reprendí—. Ya has utilizado esa frase antes... al referirte al nombre de otra dama.

—¿Es eso cierto? —Se echó a reír—. No puede ser.

—Lo es, Oscar. Utilizaste esas mismas palabras con Gabrielle de la Tourbillon. Cuando bailaste con ella durante la travesía del Atlántico. Ella misma me lo contó.

—¿Eso hizo? —Pareció realmente avergonzado—. ¿Y te ha contado la señorita de la Tourbillon la verdad sobre su nombre? —preguntó.

—No se lo he preguntado. No me ha parecido oportuno.

—Pues deberías hacerlo, Robert —prosiguió, burlón—. Deberías hacerlo si tienes intención de casarte con ella.

—No voy a casarme con ella, Oscar —protesté—. No seas absurdo.

Mi amigo se rió.

—Lamento oír eso..., sobre todo teniendo en cuenta que ambos tenéis notables abuelos. ¡Gabrielle descende de los Guillotin! Es descendiente directa del profesor de anatomía que dio a la guillotina su nombre.

Miré a mi amigo sin ocultar mi asombro.

—¿En serio? ¿Cómo sabes eso?

—Porque ella misma me lo dijo. Porque se lo pregunté. Los nombres no dejan de fascinarme. Gabrielle y su familia cambiaron su apellido debido a sus macabras connotaciones. Una lástima, sin duda. Espero que mis nietos no decidan cambiar su

apellido.

—No lo harán —le reprendí—. Wilde es un apellido maravilloso.

—También lo es Guillotin —exclamó—. Hay en Guillotin un ligero afilamiento. ¡No me lo negarás!

Sin dejar de reír, mi amigo me dejó en la esquina de la plaza de la République y el bulevar del Temple y siguió en dirección a Montmartre en busca de Jacques-Émile Blanche y Maurice Rollinat.

Por mi parte, recorrí mucho más sobrio el callejón adoquinado adyacente al Théâtre La Grange y giré por la estrecha callejuela que llevaba a la entrada de artistas. Se habían llevado el carruaje abrasado. Un solitario policía hacía guardia en la esquina fumando un cigarrillo y viendo, sin la menor muestra de interés, cómo una docena de tramoyistas armados con carretillas, escobas y palas, limpiaban la evidencia remanente de la conflagración. Eddie Garstrang también les observaba.

Me detuve y me quedé durante un instante a su lado. Curiosamente, desde nuestro duelo los sentimientos que yo albergaba hacia el norteamericano habían cambiado. Ya no le despreciaba ni le veía como a un rival. Tampoco era un amigo. Dejando a un lado a Gabrielle, no teníamos ningún interés en común, pero precisamente por ella —por haber luchado por la conquista del mismo territorio, un territorio que habíamos terminado compartiendo— éramos, en cierto modo (o así lo sentía yo), camaradas de armas. Me ofreció un cigarrillo.

—Gracias —dije—. ¿Qué ocurre? —pregunté, asintiendo con la cabeza hacia el teatro.

—Su dueño y señor está con los suplentes, repasando el texto. La *matinée* se ha cancelado, no así la función de la noche. El señor Branco dice que esto es un insulto a los muertos. Marais dice que es esencial. El teatro necesita el dinero. El viejo rufián afirma que la gloria de los La Grange así lo exige. No tengo ni idea de dónde puede estar Gabrielle. Es toda suya si logra encontrarla. Yo voy de camino a un bar. He decidido emborracharme.

Sonreí.

—Creía que no bebía antes de jugar a las cartas.

—Y así es. Pero esta noche no voy a jugar a las cartas. Tampoco lo hice anoche. Ya no tengo que seguir jugando. —Aspiró hondo el humo del cigarrillo y, sujetándolo con fuerza con los labios a un lado de la boca, dejando a la vista dos filas de pequeños dientes blancos, me devolvió la sonrisa con una mueca grotesca y torcida—. Soy un hombre libre —ronroneó—. Lo soy desde que los relojes han dado la medianoche. La Grange contrató mis servicios por un plazo de seis meses. He cumplido con el plazo acordado y he saldado mi deuda. Estoy en paz.

—¡Bravo! —exclamé, tendiendo la mano para estrechar la suya.

—Gracias, hijo —dijo, echándose a reír—. Qué descanso.

Le dejé y entré al teatro. El actor-director estaba en el escenario trabajando con los suplentes. Yo me quedé entre bastidores, observándoles, hasta que La Grange por fin me vio.

—Estoy aquí, señor —dije, articulando sin dar voz a mis palabras.

Él me gritó entonces:

—Quiero a la compañía en escena a las seis. —Asentí con la cabeza—. Haga llegar el mensaje, *mon petit*. Ésta será una noche memorable. ¡Podrá usted contar a sus nietos que estuvo aquí!

A pesar de que tenía los hombros encogidos, había lustre en sus ojos. Tras sisear la palabra «¡Sí!», entre dientes, La Grange se volvió hacia los actores.

Cuando me volví de espaldas, me encontré con Richard Marais a mi lado. Estaba tan cerca de mí que nuestros rostros a punto estuvieron de tocarse. Tenía la calva morena y manchada. La sien izquierda le palpitaba rítmicamente. Era un hombre realmente feo.

—Ya me he encargado yo —susurró.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—A la convocatoria de la reunión... de las seis. Todos están al corriente. Me pidió que la convocara hace una hora.

—Bien —dije, disculpándome—. Gracias.

Fui al camerino de La Grange y me dediqué a cumplir con mis tareas como de costumbre: clasificar la ropa para su lavado, limpiar los cepillos, dejar preparado el vestuario que La Grange utilizaría esa noche para el personaje de Claudio, sacar brillo a sus botas y al cinturón... Cuando terminé con mis tareas, me sentí repentinamente agotado. La puerta de la habitación destinada al asistente de vestuario —el cubículo que lindaba con el camerino— estaba entreabierta. La empujé, abriéndola del todo. Aunque no había luz en la habitación, pude vislumbrar la silueta del diván. Me tumbé en él, cerré los ojos y pensé en Washington Traquair.

A las seis, el gran Edmond La Grange estaba de pie en lo alto de la pequeña escalera de madera que formaba parte de las murallas del castillo de Elsinor y se dirigía a la compañía que llevaba su nombre.

Habló afectuosamente de Bernard y de Agnès, refiriéndose a su belleza, su juventud, su gran talento y su contribución al «*Hamlet* perfecto» y habló también del legado de la familia La Grange. Explicó que desde hacía apenas unas horas se había quedado sin herederos: el apellido La Grange había estado en el corazón de París desde los tiempos de Molière hasta ese instante. Después de su muerte, desaparecería para siempre.

—Pero la función debe continuar.

—El apellido debe continuar —croó Liselotte La Grange. La anciana estaba sentada en una silla en un extremo del escenario, con el perro rascando y olisqueando

a su lado. Eddie Garstrang estaba de pie detrás de ella con una sonrisa en los labios.

El gran La Grange explicó entonces que, aunque Carlos Branco —«nuestro Polonio»— había insistido en cancelar la función de esa noche, «por respeto a Agnès y a Bernard», se equivocaba:

—Polonio es un viejo idiota. Su voluntad ha sido revocada. —Mientras La Grange pronunciaba esas palabras vi a Carlos Branco de pie junto al escenario, entre bastidores. Miraba fijamente al suelo. Al tiempo que el actor-director hablaba, él negaba despacio con la cabeza sin levantar los ojos—. Esta noche —concluyó La Grange—, los suplentes, dos jóvenes actores que están aquí no por ser los hijos de nadie, sino por ser excelentes adalides de su arte, encamarán a Hamlet y a Ofelia. —Invitó al par de actores a dar un paso adelante y a saludar con una inclinación de cabeza. Les dedicamos nuestro aplauso.

Cuando el discurso tocó a su fin, vi aparecer a Oscar por detrás de la multitud. Se acercó a Gabrielle de la Tourbillon y le puso una mano en el hombro. Yo había visto cómo a Gabrielle se le llenaban los ojos de lágrimas mientras escuchaba las palabras de La Grange. Se volvió hacia Oscar y le abrazó.

La compañía se dispersó y el escenario se vació. La Grange regresó a su camerino. Le seguí al tiempo que le felicitaba por su discurso. Cuando llegamos, vi al entrar que sus ojos estudiaban con atención la estancia.

—¿Está todo a punto? —preguntó.

—Por supuesto —respondí—. Como siempre.

—Gracias —dijo, volviéndose hacia mí con una sonrisa—. Se lo agradezco. —Se sentó en su taburete y me miró por el espejo del tocador—. Esta noche yo mismo me vestiré —dijo—. Por una vez, me gustaría quedarme a solas.

—Lo entiendo, señor —dije.

—Vaya a buscar a su amigo Oscar —añadió, agitando hacia mí la mano en el espejo—. Disfrute de la obra desde el proscenio esta noche. Puede que vea un gran Hamlet..., eso siempre que Polonio no olvide sus palabras. —Se rió y giró en el taburete para mirarme a los ojos—. Los dos chicos son buenos actores, quizás incluso tanto como Bernard y Agnès.

La Grange se volvió hacia el tocador y una vez más levantó la mano para indicarme que le dejara a solas. Salí de la habitación y cerré la puerta a mi espalda. Al hacerlo, le oí moverse en el interior. Me pregunté si estaría a punto de llamarme. No fue así. Para mi sorpresa, le oí hacer girar la llave en la cerradura. Nunca antes le había visto hacerlo.

Cuando me alejaba ya por las bambalinas sumidas en la semioscuridad, oí hablar a Oscar desde el otro extremo del escenario. Aunque no alzó la voz —nunca alzaba la voz—, era él sin duda alguna. Su modo de hablar, ya fuera en inglés o en francés, era único: carente de esfuerzo, fluido, oracular. Mientras cruzaba el escenario vacío, le oí

decir:

—Las mujeres están hechas para ser amadas, no comprendidas.

Seguí la estela de su voz y encontré a mi amigo entre bastidores, en la esquina superior izquierda del escenario, oculto detrás de un decorado y muy cerca del lugar donde habían hallado el cuerpo ahogado de Agnès La Grange. Hablaba con Gabrielle. Cuando llegué, ella se volvió y preguntó:

—¿Qué hora es? Todos se han ido ya. Debo cambiarme o me retrasaré —dijo, besando levemente a Oscar en la mejilla—. Le veré después —añadió. Se detuvo al pasar por mi lado y me puso una mano en el rostro. Oscar apartó la mirada. Gabrielle y yo nos besamos como se besan los amantes, aunque no fue un beso como los que habíamos compartido hasta entonces. Aquél era el final del romance y, sin mediar palabra, ambos lo sabíamos. Se alejó apresuradamente en dirección a su camerino.

—Bien —dijo Oscar, cuando ella se marchó—, ¿cómo están las cosas con el gran La Grange? ¿No deberías estar atendiendo a tus obligaciones?

—Esta noche mis servicios no son necesarios. Va a vestirse sin mi ayuda. Quiere estar solo.

Oscar pareció turbado ante la noticia. Cuando le dije que La Grange me había indicado con un gesto de la mano que abandonara el camerino y se había encerrado con llave dentro tras mi partida, salió de detrás del decorado y cruzó con la mirada el escenario en dirección al camerino de La Grange. Yo miré por encima de su hombro. Desde donde estábamos podíamos ver claramente la puerta cerrada.

De pronto, mi amigo tiró de mí hacia atrás. Al otro lado del escenario vimos aparecer entre bambalinas a Carlos Branco. Iba vestido ya de fantasma del padre de Hamlet, envuelto en su capa (la misma que había cubierto el cuerpo de Bernard La Grange la noche antes) y llevaba puesto el yelmo con su visera. Se dirigió con paso enérgico hacia el camerino de La Grange. Llamó a la puerta y esperó un instante. Brevemente miró hacia donde estábamos nosotros. Luego se volvió una vez más hacia la puerta, se quitó el yelmo y la visera y llamó de nuevo. La puerta se abrió y vimos aparecer a La Grange. El gran actor esbozó una gélida sonrisa y asintió con la cabeza antes de dar un paso atrás al tiempo que Branco entraba a la habitación.

Oscar tiró de mí hasta que quedamos ambos ocultos detrás del decorado.

—¿Nos han visto? —susurró.

—Branco tiene que habernos visto. Ha mirado directamente hacia aquí.

—¿Y La Grange? ¿Nos ha visto?

—No lo sé. ¿Importa eso?

De pronto, mientras hablábamos, sonó un disparo.

Salimos de detrás del decorado y cruzamos corriendo el escenario hacia el camerino de La Grange. La puerta estaba abierta. Encontramos al actor sentado delante del tocador, con el cuerpo desplomado encima. Su cabeza reposaba en un

lustroso charco de sangre violeta. Junto a los dedos extendidos de su mano derecha estaba el Colt. La Grange estaba muerto.

## 25.

### La verdad

—Se ha saltado la tapa de los sesos —dijo Eddie Garstrang al tiempo que contemplaba la escena.

—No me sorprende —comentó Carlos Branco.

—Santo Dios —jadeó Richard Marais—. Todo ha terminado.

Garstrang y Branco fueron los primeros en llegar al camerino. Mientras Oscar y yo cruzábamos a la carrera el escenario les vimos pasar volando entre la semioscuridad de bambalinas. Inmediatamente detrás de ellos, vimos aparecer a Richard Marais y a dos tramoyistas. Llegamos a la puerta todos a la vez.

En el camerino reinaba un absoluto silencio. No se oía nada, salvo el suave tictac del pequeño carillón del aparador. Nos quedamos donde estábamos, helados: siete hombres en un silencioso semicírculo con los ojos fijos en el gran La Grange. Nadie habló.

—¿No deberíamos llamar al médico? —pregunté por fin.

—Está muerto —dijo Oscar—. No hay duda.

—Miren la sangre —observó Garstrang. Había sangre por todas partes: salpicando el espejo, derramada sobre el tocador y goteando en la alfombra turca a los pies del difunto.

—¿Es éste el final prometido? —inquirió Oscar.

El reloj empezó a dar las siete.

—Hay que suspender la función —propuso Carlos Branco—. Ahora no tenemos elección.

—Estoy de acuerdo —dijo Richard Marais.

Oscar se volvió bruscamente hacia él.

—¿Cómo sabe usted lo que *monsieur* Branco acaba de decir? Está detrás de usted. No puede oírle ni tampoco puede verle para leer sus labios.

Richard Marais dedicó a Oscar una desdeñosa mirada.

—Jovencito, no es usted tan listo como cree. Puedo ver perfectamente el rostro del señor Branco... reflejado en el espejo de cuerpo entero que está junto a la puerta. —Señaló al espejo situado entre el tocador y la puerta. Carlos Branco sonrió.

Oscar bajó la cabeza, repentinamente avergonzado.

—Le ruego que acepte mis disculpas —masculló.

En ese momento oímos voces y pasos procedentes del exterior del camerino.

—Debemos salir e informar de lo que ha ocurrido —sugirió Branco.

—Sí —convino Marais, volviéndose hacia los tramoyistas—. Hay trabajo que hacer. La función ha sido suspendida. Informaré a la taquilla y al personal de sala y de vestíbulo.

—¿Debería dirigir unas palabras a la compañía? —preguntó Branco.

Oscar vaciló.

—Quizá debería ser la señora La Grange quien se encargue de eso —aventuró.

—¡Santo Dios! —Marais suspiró y miró una vez más el cuerpo ensangrentado de Edmond La Grange desplomado sobre el tocador. La lustrosa sangre había empezado a secarse, teñida ya de un incipiente tono negro amarronado que había apagado el violeta original—. Alguien tiene que decírselo a *Maman*.

—¿Les parece que sea yo quien se lo diga? —sugirió Carlos Branco—. Soy quien la conoce desde hace más tiempo.

—¿Quién se lo dirá a Gabrielle? —pregunté.

—Y alguien tiene que decírselo a la policía —intervino en voz baja uno de los tramoyistas. Los tramoyistas estaban pálidos, presas de la conmoción. Una mezcla de temor y desolación teñía sus miradas.

—Cierto —sentenció Richard Marais—. Hay que llamar a la policía. Y al doctor Ferrand. Debe de estar en el edificio.

El administrador se separó del semicírculo y se dirigió hacia la puerta del camerino. Branco se movió, dispuesto a seguirle.

—Si juntamos a la compañía en el escenario, hablaré con ellos.

—¿Y qué les dirá? —preguntó Oscar.

—La verdad —respondió enérgicamente Branco—. ¿Qué otra cosa?

—¿Cuál es la verdad de todo esto? —preguntó Garstrang, recorriendo la habitación con los ojos y negando con la cabeza con gesto cansado.

—Discúlpeme —dijo Oscar, moviéndose hacia la puerta y poniendo una mano sobre la manga de Carlos Branco—, pero, de momento, creo que debería usted quedarse.

—¿De qué diantre está hablando? —protestó Branco, retirando el brazo con brusquedad.

—Deje que sea el señor Marais quien se dirija a la compañía mientras el señor Garstrang llama a la policía —propuso Oscar, colocándose entre Carlos Branco y la puerta del camerino. Era considerablemente más alto que el actor, que a su vez le doblada en edad.

—Apártese de mi camino —gruñó Branco—. Ya ha hecho usted bastante el ridículo con Marais. Ahórreme su impertinencia.

Oscar no se movió.

—No es mi intención ser impertinente —dijo con suavidad—, pero creo que

debería quedarse aquí con nosotros hasta que llegue la policía.

—¿Por qué? —replicó Branco, visiblemente indignado—. Por el amor de Dios, dígame por qué.

—Porque mi amigo, el señor Sherard, y yo le hemos visto entrar a este camerino apenas unos segundos antes de que se produjera el fatal disparo —se limitó a explicar Oscar.

—¡No sea ridículo! —rugió Branco—. Yo no estaba cerca de la habitación cuando se produjo el disparo. De hecho, estaba detrás del escenario, buscando mi capa y mi yelmo.

—Y, antes de que lo pregunte —añadió Marais con la mano en la puerta—, no, no he «oído» el disparo. He visto correr a los tramoyistas y les he seguido.

—Basta de charla —saltó Branco, empujando a Oscar a un lado—. La Grange está muerto. Se pegó un tiro. Creo que salta a la vista. —Se volvió a mirar a Oscar a los ojos—. Ahora tenemos trabajo que hacer. Puede usted vigilar el cuerpo con su amigo hasta que llegue la policía. Nosotros nos ocuparemos de lo demás. Es nuestro teatro: sabemos cómo funciona.

Marais abrió de un tirón la puerta del camerino y, juntos, Carlos Branco y él se unieron a la multitud que se había congregado fuera. Eddie Garstrang y los dos tramoyistas les siguieron. Uno de los tramoyistas —el que había hablado— se volvió al salir a mirar el cuerpo de Edmond La Grange. El joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

En cuanto todos se marcharon, Oscar volvió a cerrar la puerta e hizo girar la llave en la cerradura.

—Le has dejado pasar —dije, perplejo—. Has dejado salir a Branco.

—¿Tenía acaso elección? —preguntó—. No llevo esposas encima. Y no creo que pudiera haberle tumbado.

—Pues deberías haberlo hecho.

—Hay un hombre muerto en la habitación, Robert. No me parece que un altercado sea lo más apropiado, dadas las circunstancias.

Nos volvimos a mirar una vez más el cuerpo inmóvil de Edmond La Grange desplomado sobre el tocador.

—Branco es un asesino —dije.

—No escapará... y tampoco lo intentará —dijo Oscar—. Después de cuarenta años, está preparado para su momento de gloria.

Me quedé en el rincón más alejado del tocador sin apartar los ojos de la cabeza empapada en sangre del hombre que se había convertido en mi señor. A pesar de que no podía afirmar conocerle bien, había disfrutado sobremanera del breve tiempo que había estado a su servicio. Él contaba con un gran nombre y yo tenía apenas veintiún años y no era inmune al glamur de la fama. Edmond La Grange era un «gran

hombre» —un hombre «nacido para encamar a reyes», como dicen los franceses—, un hombre que había provocado el aplauso, una noche tras otra, durante más de cuarenta años. Aunque no había llegado a quererle, sí había disfrutado de su compañía —me sentía honrado por ella— y reconocía su particular genio. Tendí la mano hacia él y, durante un instante, le toqué el hombro.

Me volví hacia Oscar, que en ese momento se paseaba despacio por la habitación, inspeccionando las paredes, el suelo y el techo.

—¿Por qué iba Carlos Branco a matar a Edmond La Grange? —pregunté.

—Existen toda suerte de motivos posibles —murmuró distraídamente—. Por envidia, celos, dolor, traición...

Protesté:

—¡Pero si eran amigos!

—Son muchos los hombres que mueren asesinados a manos de sus amigos —gruñó Oscar, arrodillándose detrás del espejo de cuerpo entero situado junto a la puerta—, del mismo modo que son muchas las mujeres que mueren a manos de sus amantes. —Guardó un instante de silencio—. Aunque, ¿realmente asesinó Branco a La Grange? —preguntó.

—Le hemos visto entrar al camerino apenas un instante antes de que se oyera el disparo.

—Así es —replicó Oscar, poniéndose en pie—. Y, mira, aquí están su capa y el yelmo..., escondidos detrás del espejo.

—Sólo puede haber sido Branco —insistí, tomando las dos piezas de vestuario de manos de Oscar y dejándolas encima de la tumbona—. Cuando he salido del camerino, no había nadie más en la habitación. La Grange estaba aquí solo cuando ha cerrado la puerta a mi espalda. Lo juro.

Oscar estaba junto al tocador, recorriéndolo con los ojos y examinando los cepillos manchados de sangre y el Colt que seguía a pocos centímetros de la mano abierta de La Grange.

—Qué extraño —murmuró—. Muy extraño.

—Aquí no hay ningún misterio, Oscar —dije enérgicamente—. Branco ha llegado a la puerta y ha llamado. Le hemos visto. La Grange le ha abierto... y le ha recibido con una sonrisa. Lo hemos visto con nuestros propios ojos, Oscar.

—Cierto.

—Le hemos visto entrar al camerino y hemos visto cerrarse la puerta tras él.

—Cierto.

—Y, un instante después, hemos oído el disparo.

—Así es.

Oscar se incorporó y se volvió hacia mí, buscando sus cigarrillos en el bolsillo.

—Si bien es cierto que un altercado habría resultado del todo inadecuado,

entiendo que un cigarrillo sí es permisible, ¿no estás de acuerdo? —Mientras encendía nuestros cigarrillos, preguntó—: Desde el momento en que hemos oído el disparo, ¿cuánto hemos tardado en salir de detrás del decorado y empezar a cruzar el escenario? ¿El tiempo suficiente para que Branco se quitara la capa y saliera apresuradamente del camerino?

—Sí —fue mi respuesta—, sin duda tiempo suficiente. —Hablé sin ocultar mi entusiasmo. Estaba tan acostumbrado a formar parte del séquito de admiradores de Oscar que me sentía especialmente halagado cuando acudía a mí buscando mi opinión—. Recuerda que se quitó el yelmo al entrar al camerino —dije—. Tan sólo necesitó arrojarlo al suelo, hacer lo mismo con la capa, dejar el revólver junto al cuerpo y regresar corriendo entre bastidores. Mientras nosotros cruzábamos el escenario, él volvió sobre sus pasos hacia el camerino como si llegara por primera vez.

—¿Y mató a La Grange con el revólver del propio La Grange? —musitó Oscar, examinando una vez más el largo cañón gris del Colt de seis balas.

—Sí, estaba en el cajón, y cargado. Todos sabíamos que La Grange lo guardaba allí.

Oscar acarició con las yemas de los dedos el cañón del arma.

—¿Sabías que se le conoce como El Pacificador? Sarah Bernhardt se lo regaló a La Grange. Había pertenecido a su representante norteamericano..., el terrible señor Jarrett.

—Lo recuerdo, sí —respondí—. Sarah se quedará destrozada cuando se entere de la noticia.

Mi amigo sonrió y aspiró despacio el humo de su cigarrillo.

—Sí y no —murmuró—. Ya conoces el proverbio chino: «No hay mayor placer que ver caer del tejado a un viejo amigo». —Se desplazó tranquilamente desde el tocador al aparador y estudió con atención el pequeño carillón. Eran casi las siete y media—. Me pregunto cuánto tardará en llegar la policía —dijo en voz alta—. Me gustó el brigadier Malthus, ¿a ti no? Me parece un hombre de fiar.

La policía llegó justo en el preciso instante en que el reloj daba las ocho y Carlos Branco se disponía a dirigirse a la compañía congregada en el escenario. Instantes antes, entre bastidores, le habíamos visto ofrecer sus condolencias a Liselotte La Grange. Se inclinó hacia la anciana señora y bajó la cabeza. Acto seguido, intentó abrazarla en un gesto de visible torpeza. *Maman*, que acababa de perder a su único hijo y a sus dos nietos en apenas unos días, se limitó a mirarle sin expresión alguna en los ojos. Su rostro arrugado no transmitía la menor emoción. A su espalda estaba Richard Marais, pálido como un cadáver, y a su lado, tomándola de la mano, estaba Gabrielle con los ojos hinchados por el llanto y las mejillas manchadas por las lágrimas.

Cuando llegó, Malthus se dirigió con paso decidido al escenario dando muestras de una silenciosa autoridad que no permitía discusión alguna. Mandó callar a Carlos Branco cuando éste a punto estaba de hablar y él mismo se dirigió a los miembros de la compañía allí congregados. Tras disculparse por la intrusión, lamentó su necesidad y ofreció su más sincero pésame y la completa seguridad de que las investigaciones se llevarían a cabo tan expeditamente como lo permitiera el adecuado cumplimiento de la justicia. De pie en las murallas, donde La Grange había estado antes que él, el brigadier explicó que nadie —«nadie sin excepción»— podía abandonar el edificio sin su permiso, y añadió con una gentil sonrisa que había apostado a sus hombres en todas y cada una de las entradas del teatro. Invitó entonces a los actores a que regresaran a sus camerinos y a los técnicos a volver a sus puestos hasta nuevo aviso. Tras echar una mirada a su reloj de bolsillo, expresó la esperanza de que su misión hubiera concluido en un plazo de dos o tres horas, «como muy tarde, a medianoche».

Cumplió con creces su palabra.

A las ocho y media de la tarde, los hombres de Malthus habían retirado el cuerpo de Edmond La Grange del teatro que llevaba su nombre. También se llevaron su tocador y todo su contenido, incluido el Colt del terrible señor Jarrett y la alfombra turca manchada de sangre junto con el taburete giratorio en el que La Grange estaba sentado cuando le habían disparado. Entre las ocho y media y las diez y media, el brigadier interrogó a todos aquellos a los que calificó de «testigos esenciales». En el intervalo de dos horas, y con la única asistencia de un joven oficial que tomaba notas taquigráficas, Malthus llevó a cabo una docena de interrogatorios. Para ello mostró en todo momento una actitud cortés y educada; interrogante, naturalmente, aunque en ningún caso agresiva. Oscar dijo más tarde que Malthus le recordaba a un benevolente director de escuela intentando sacar lo mejor de sus niños y no a un experto oficial de policía que estaba a cargo de la investigación de un atroz asesinato. El oficial dio inicio a sus interrogatorios con Oscar y conmigo y siguió con Carlos Branco, Richard Marais, Eddie Garstrang y los dos jóvenes tramoyistas. Interrogó también al regidor del teatro, al portero de la entrada de artistas, al médico de la compañía (su viejo amigo Pierre Ferrand), y, por fin, a la madre y a la amante del difunto. Poco después de las diez y media, arrestó a Carlos Branco como sospechoso de asesinato.

No presenciamos su arresto, pero sí oímos cómo le sacaban a rastras de su camerino del primer piso mientras él no dejaba de defender airadamente su inocencia. Los suyos eran los gritos de un hombre desesperado y, proyectados por la voz de un actor, reverberaron por todo el edificio. Cuando bajaban las escaleras que llevaban a la entrada de artistas —según el portero, fueron necesarios cuatro agentes para reducirle—, Branco maldijo el apellido La Grange, culpó al «falso testimonio» de Oscar de su injusto arresto y repetía una y otra vez:

—¡Marais lo oyó todo!

En cuanto Branco estuvo encerrado en el furgón de la policía e iba de camino hacia su primera noche en el calabozo, el brigadier Malthus recorrió el teatro convocando al que él llamó «el círculo de íntimos de mi viejo amigo La Grange» e invitándonos a reunimos con él en el camerino del actor para brindar por la memoria del gran hombre.

El camerino de La Grange era sin duda un lugar distinto sin La Grange. Malthus estaba en el centro de la habitación, allí donde había estado hasta entonces el tocador del actor. Nos colocamos todos a su alrededor: él era el nuevo jefe.

—Esto es Dinamarca bajo Fortimbrás —murmuró Oscar. Mi amigo y yo estábamos juntos, de espaldas a la pared y en un extremo del grupo, al lado de la puerta del camerino y semiocultos tras el espejo de cuerpo entero.

Cuando los ánimos de la habitación empezaron a calmarse, Malthus me miró a los ojos.

—¿Le importaría ayudar al doctor Ferrand a servir el vino? —preguntó. El médico de tez sonrosada de la compañía estaba en ese momento en el cubículo destinado al asistente de vestuario, abriendo el champán. Le temblaban ligeramente las manos y lagrimeaba. Le ayudé tal y como se me había pedido. (Después pregunté a Oscar qué era lo que, a su juicio, tenía Malthus que le llevaba a resultar tan naturalmente imperativo).

—¿Es su altura? ¿Su edad? ¿Su integridad?

Él se rió.

—Todos sabemos que es policía. A todos nos asusta la policía. Y es además un policía extremadamente cortés, lo cual resulta muy desconcertante.

Cuando el médico y yo estuvimos seguros de que todos los presentes tenían su copa, Malthus bajó los ojos hacia Liselotte La Grange, que estaba sentada en la tumbona de Molière, desde donde le miraba, y dijo:

—Brindemos por el apellido La Grange. No hay en el teatro otro de grandeza semejante.

La anciana estaba calmada y tenía los ojos secos. Estaba sentada muy tiesa y con la cabeza erecta. Aunque habían pasado menos de cinco horas desde la muerte de su hijo, lucía luto integral. De hecho, se la veía mucho más reposada y segura de sí de lo que yo la había visto hasta entonces. Cerrando ambas manos alrededor de su copa, la alzó para formular un brindis.

—Gracias, Félix —dijo, asintiendo con la cabeza hacia Malthus—. Siempre fue usted un buen chico. —Recorrió la estancia con los ojos, buscando al médico—. Y usted también, Pierre. —Se volvió entonces hacia el inspector de policía—. Nunca confié en Branco —declaró con un jadeo—. Nunca. —Pronunció la palabra con tal vehemencia que vertió el champán de su copa.

Malthus le cogió la copa de las manos y Gabrielle de la Tourbillon —que, como pude ver en ese momento, vestía también de negro— se arrodilló a su lado y limpió el champán con un pequeño pañuelo de encaje. (El pañuelo era un regalo mío y me avergonzó verlo. Cuando el amor joven se evapora, nuestras prendas de amor quedan ahí para mofarse de nosotros).

—Ese hombre ha matado a mi hijo —sollozó Liselotte La Grange—. Ha matado a mis nietos. Mató también a mi perra, mi querida *María Antonieta*. Y mató también al negro. Lo sé.

—¿Lo sabe? —preguntó el brigadier Malthus, devolviéndole la copa.

—¡Lo sé! —repitió ella, tendiendo su copa al doctor para que se la volviera a llenar—. Una madre sabe esas cosas.

—Tan sólo le hemos acusado del asesinato de Edmond La Grange —declaró suavemente Malthus.

—Es culpable de todas las otras muertes —sollozó la madre del difunto.

—En cualquier caso, con una acusación basta —dijo el oficial—. Un asesinato es suficiente. Sólo puede enfrentarse a la guillotina una vez. Una vida a cambio de otra. Eso bastará.

—¿Está usted seguro de que es el culpable? —preguntó Eddie Garstrang—. ¿No hay la menor duda?

—Tiene que haber sido él —intervine—. Le hemos visto entrar a la habitación. Aquí no había nadie más.

—Ha sido él, sí —chilló la anciana—. Durante toda su vida ha estado celoso de Edmond. Ha estado celoso de todos nosotros. —Bebió ávidamente de su copa y volvió a acercársela al doctor Ferrand—. Nunca confié en Branco. Es español.

—Portugués —la corrigió Gabrielle de la Tourbillon.

—Los mató a todos —gruñó Liselotte La Grange, recorriendo con ojos desafiantes el camerino. Aunque tenía más de ochenta años, sus ojos ardían bajo los efectos de la rabia y del alcohol.

—¿Es posible? —preguntó Eddie Garstrang—. ¿También al perro?

—Sin duda es posible —respondió Oscar desde el rincón que ocupaba en la habitación—. Carlos Branco bien pudo haber matado al perro en un acto de despecho, simplemente movido por el deseo de hacer daño a *Maman*. Pudo haber matado a Traquair porque, durante cuarenta años, el gran La Grange disfrutó del lujo de contar con un asistente personal de vestuario y él nunca pudo hacerlo. Quizá mató también al anterior asistente de vestuario de La Grange, el que murió en Estados Unidos. Es posible...

—Está usted en lo cierto, señor —le interrumpió Liselotte La Grange, volviéndose hacia Oscar y alzando su copa en dirección a él—. Branco nos odiaba porque sin nosotros no era nada..., tan sólo un actor más que explicaba divertidas

historias.

—Era un gran actor —murmuró el doctor Ferrand.

—Hay cientos como él —replicó *Maman*. Levantó los ojos hacia el médico de blancos cabellos y su mirada se suavizó—. Era un buen actor, Pierre, debo reconocerlo. Sus actuaciones eran más que correctas en el papel adecuado. —Aceptó un poco más de champán y volvió a recorrer la habitación con los ojos. Estaba rodeada de su corte exactamente como solía hacerlo su hijo—. Concedamos pues que Branco era un buen actor. Estaba perfecto en el papel de Polonio. Pero no era un gran actor. Hay una diferencia. No era un La Grange..., y él lo sabía. Durante toda su vida nos odió por ello.

—Estaba celoso de la gloria de los La Grange —añadió con suavidad Gabrielle.

—¿Y decidió entonces ponerle fin? —preguntó Eddie Garstrang—. ¿Es ésa la idea? Harto de toda una vida oyendo hablar de la gran y gloriosa familia que había dominado el teatro francés durante un siglo y medio, les asesinó: al padre, al hijo y también a la hija. Puso fin «a la gloria de los La Grange» de una vez por todas. ¿Es eso?

—Eso creo —respondió el brigadier Malthus, entrecerrando los ojos—. Quizás el señor Marais pueda decirnos más. —El policía bajó la mirada hacia la cabeza calva y salpicada de manchas del gestor de la *Compagnie La Grange*—. Cuando hemos arrestado a Branco, éste ha dicho que usted «lo había oído todo», señor Marais. ¿Qué es lo que ha oído?

—Nada —respondió él, alzando sus ojos acuosos para mirar al policía—. No he oído nada.

—Discúlpeme —dijo Oscar, inclinándose alrededor del espejo de cuerpo entero para mirar a Marais a los ojos—, pero esta misma tarde, en esta misma habitación, si mal no recuerdo, ha oído usted hablar a Branco.

—No he oído nada —repitió el administrador, dedicando a Oscar una mirada preñada de desprecio—. He leído sus labios... en ese espejo, como ya le he dicho.

—Pero en un espejo la imagen está invertida —dijo Oscar en voz baja—. ¿Puede usted leer los labios cuando hablan al revés?

Marais soltó un bufido visiblemente desdeñoso y se volvió hacia Malthus.

—Está bien. Oigo un poco... cuando quien habla levanta la voz. Esta tarde he oído discutir a Branco y al señor La Grange.

—¿Aquí? —preguntó Malthus.

—Sí.

—¿Y estaba usted con ellos?

—Estaba fuera, entre bastidores.

—Pero ¿Branco sabía que estaba usted allí?

—Me ha visto al salir.

—¿Y Branco sabe que usted oye?

—Sólo oigo un poco, pero él lo sabe, sí. Conoce mi secreto. Y yo conozco el suyo.

—¿Y cuál es el secreto de Branco? —preguntó el brigadier.

—Durante veinte años me he reservado un pequeño porcentaje de la taquilla del teatro... para complementar mis ingresos. Hace quince años, por casualidad, el señor Branco descubrió lo que estaba haciendo. Amenazó con contárselo al señor La Grange, a menos que yo accediera a compartir mis ganancias con él.

—Le chantajeó —dijo Malthus con un hilo de voz.

—Sí —admitió Marais.

—¡Eso no es ningún secreto, hombrecillo! —replicó Liselotte La Grange. Se volvió a mirar a la pequeña y desgarbada figura que estaba de pie a su lado—. Edmond estuvo al corriente de su pequeño hurto prácticamente desde un principio. Y sabía también que Branco era parte de su pequeño subterfugio..., esto es, que Branco compartía las ganancias con usted. Hace años que sabía lo que ustedes dos se traían entre manos. Y le tenía sin cuidado. Lo que le robaban era una nadería. El asesinato de mi hijo nada tiene que ver con el dinero, hombrecillo.

Marais no dijo nada. El brigadier Malthus tendió una mano y le tocó con ella el brazo. Fue un gesto afectuoso.

—Le agradezco su confesión, señor, pero creo que la señora La Grange tiene razón —dijo.

—Por supuesto que tengo razón —chilló la anciana—. Sé lo que ha ocurrido. Está claro. Esta tarde, cuando Carlos Branco quería cancelar la función de esta noche, se ha sentido rechazado... y humillado. Mi hijo le ha llamado «viejo idiota» a la cara y delante de toda la compañía. Ha sido la humillación que ha colmado el vaso y Branco no lo ha soportado. Cuando Edmond ha concluido su discurso, ha regresado al camerino y, poco después, Branco, que ya estaba vestido para la función, le ha seguido hasta allí y le ha disparado a sangre fría. Eso ha sido lo que ha ocurrido. Ésa es la verdad.

—Sí —dijo el inspector Malthus, mirando a Liselotte La Grange sin ocultar su admiración—, ésa es la verdad.

## 26.

### La verdad última

—Pero Carlos Branco no mató a Edmond La Grange.

—Eso dice usted, señor Wilde —respondió Malthus—. Gracias por su telegrama. Gracias por venir a verme. Ha llegado usted mucho antes de lo que esperaba.

—Le pido disculpas —dijo Oscar—. No podía dormir. Perdóneme.

El inspector juntó las solapas de su batín con una mano al tiempo que nos invitaba a pasar con la otra.

—No hay nada que perdonar, salvo mi aspecto, el caos que reina aquí y el hecho de que no tenga nada que ofrecerles para desayunar, aparte de café y cigarrillos.

—Cuesta imaginar un comienzo de día más civilizado —respondió Oscar con una sonrisa.

—En ese caso, sírvanse ustedes mismos, caballeros —dijo el policía acompañando sus palabras con un encogimiento de hombros de disculpa y señalando una cómoda cubierta de libros y de papeles coronados por una bandeja de madera que contenía toda suerte de tazas, una cafetera de porcelana y una pitillera con cigarrillos argelinos—. Si me disculpan, terminaré de afeitarme.

Todavía no eran las ocho de la mañana que siguió a la muerte de Edmond La Grange. Oscar y yo apenas habíamos dormido. Era ya medianoche cuando habíamos salido del teatro. Al llegar al hotel del paseo Voltaire en el que Oscar se alojaba, y sin preámbulo ni explicación alguna, mi amigo declaró que lo que estaba a punto de ocurrir era una «terrible injusticia» y dijo que debíamos mandar sin tardanza un telegrama a Malthus.

—Y tenemos que verle de inmediato o será demasiado tarde. —Le miré, sin comprender, pero él se limitó a añadir—: Puede morir un hombre, Robert..., y de nosotros depende que eso ocurra. Si es así, ni tú ni yo merecemos volver a conciliar el sueño.

El brigadier Malthus recibió el telegrama de Oscar en la prefectura de Policía de la Île de la Cité poco después de las dos de la mañana, justo en el momento en que el oficial estaba concluyendo un segundo y breve interrogatorio a Carlos Branco en la celda de éste. Al leer el mensaje, Malthus había mandado una inmediata respuesta, invitando a Oscar a visitarle en su apartamento por la mañana.

El apartamento del brigadier era una magnífica buhardilla situada en la calle de Arcole, con vistas a la catedral de Notre Dame: un inmenso y único espacio, amplio y

alargado, con las paredes revestidas de roble y altos techos con molduras. El lugar estaba lleno de muebles y de flores y bañado por la luz del sol. Obviamente, Malthus era un hombre culto y de buen gusto. Alrededor de la habitación había grabados y cuadros sobre sus respectivos caballetes. Todas y cada una de las superficies estaban cubiertas de papeles, libros y manuscritos. En un rincón de la habitación, un biombo japonés ocultaba ligeramente una cama deshecha. En otro, había un perchero labrado en forma de un oso bailarín ruso y un esqueleto humano completo, ambos ataviados con distintas prendas procedentes del vestuario del policía. Todo parecía indicar que el inspector vivía solo.

Yo serví el café mientras Oscar encendía un cigarrillo y Malthus regresó a sus abluciones. El lavamanos estaba colocado debajo de una ventana abierta. La luz del sol de la mañana, blanca como la escarcha, entraba a raudales a la habitación: soplaba una brisa fresca que hacía ondular las cortinas de encaje blanco. Con una docena de limpios y raudos pases con su navaja, Malthus completó su afeitado y se agachó sobre el lavamanos para enjuagarse la cara. Aunque tenía el cabello plateado y las cejas grises y pobladas, su piel estaba notablemente desprovista de arrugas, un dato hartamente curioso en un hombre de su edad. Se secó su suave rostro con la toalla de lino blanca y se quitó el batín. Poseía unos brazos largos, pálidos y musculosos, y unas poderosas piernas, y un manto de pelo blanco y suave le cubría el pecho y el estómago. Mientras se ponía los pantalones y la camisa, nos gritó que apartáramos los papeles de las sillas y nos pusiéramos cómodos.

—Es usted un erudito —dijo Oscar, levantando un montón de papeles de una elegante silla de estilo Luis XV y dejándolos con cuidado en una de las diversas mesas repartidas por la sala.

—Soy un policía... que cultiva sus entusiasmos —respondió Malthus, reuniéndose por fin con nosotros y despejando de baratijas y libros una tumbona. Tomó entonces asiento en el diván y se inclinó hacia delante con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas bajo la barbilla. Su sonrisa era realmente cautivadora.

—¿Puedo servirle un café? —pregunté.

—No, gracias —respondió.

—No parece usted policía —dijo Oscar, apartando con un gesto de la mano una pequeña nube de humo de cigarrillo para poder así observar mejor a nuestro anfitrión. Malthus se rió.

—Y usted no parece un detective, señor Wilde.

—Por desgracia, no lo soy —dijo Oscar con un suspiro fingidamente heroico. Sus ojos recorrieron presurosos la habitación—. Si lo fuera, podría detectar cuál es exactamente su campo de interés. Aunque estoy rodeado de pistas, no alcanzo a descubrir si se trata de la Francia napoleónica, de la antigua Atenas o de la

Inquisición española lo que despierta su fascinación.

Malthus se incorporó en la silla, visiblemente divertido, y recorrió con los ojos los volúmenes que se amontonaban en altas pilas sobre todas las superficies posibles.

—Es usted muy observador, señor Wilde. Ha acertado en dos de sus afirmaciones. No tengo el menor interés en la Inquisición española, pero la Francia de Bonaparte y la Grecia del siglo tercero antes de Cristo son sin lugar a dudas los lugares donde paso el tiempo libre que me permite la prefectura. Napoleón es mi héroe particular. —Se volvió y asintió con la cabeza hacia una silueta enmarcada del gran corso—. Como usted sabe, fue él quien fundó la prefectura. Cuando yo era niño, quería ser cura. Entonces descubrí a Napoleón y decidí convertirme en policía.

—*Ne pas oser, c'est ne rien a faire qui vaille*<sup>[5]</sup> —declaró alegremente Oscar.

Malthus sonrió.

—De hecho, estoy recopilando una antología de los aforismos de Napoleón. Podría haber rivalizado incluso con usted en cuanto a la formulación de juegos de palabras, señor Wilde.

—¿Y Epicuro? —preguntó Oscar, volviendo los ojos hacia la abigarrada repisa que dominaba la sala desde encima de la chimenea y señalando un pequeño busto de mármol colocado en uno de sus extremos cuya cabeza mostraba su perfil a la habitación. Yo no había reparado en él hasta ese momento: era la cabeza del gran filósofo, una escultura idéntica a la que Edmond La Grange tenía en su habitación de la calle de la Pierre Levée.

—Me lo dio Edmond La Grange. También le dio uno a Pierre Ferrand. Edmond decía a menudo que, a juzgar por su gran parecido, el doctor Ferrand debió ser descendiente de Epicuro. Animado por Edmond, he estado intentando escribir una biografía de Epicuro, cosa que no se ha hecho hasta ahora, al menos no en francés. Si algún día llego a completar el libro, lo dedicaré a la memoria de Edmond, mi amigo. Era un auténtico epicúreo... y un gran hombre.

—Y sin duda un magnífico actor —intervino Oscar, extinguiendo su cigarrillo en el pequeño cenicero de bronce del que le hizo entrega el anfitrión.

—Un meteoro cuyo fulgor cegador iluminó su siglo.

—Y no fue Carlos Branco quien le mató —dijo enérgicamente Oscar.

—¡Ah! —exclamó Malthus—. *Revenons à nos moutons*<sup>[6]</sup>. —El oficial de policía se levantó y fue a buscar su lata de cigarrillos argelinos. Ofreció primero la lata a Oscar y después a mí antes de prender una cerilla que sostuvo en alto mientras nosotros encendíamos nuestros cigarrillos. Acto seguido volvió a ocupar su sitio, inclinándose hacia delante con los codos sobre las rodillas, los dedos entrelazados bajo la barbilla y la atención totalmente concentrada en mi amigo—. Hable, señor Wilde. Le escucho.

—¿Ha acusado a Branco del asesinato de La Grange? —preguntó Oscar hablando

con calma.

—Así es.

—¿Y cuándo se presentará ante el juez?

—La vista preliminar se celebrará mañana a las diez. Naturalmente, se trata de una simple formalidad. El juicio propiamente dicho tendrá lugar dentro de dos o tres semanas, un mes como mucho. Es un caso claro. No hay mucho que deliberar.

—¿Han entregado ya los informes al tribunal?

Malthus se rió.

—No, señor Wilde. ¡Pero si fue anoche cuando arrestamos al hombre! Si bien es cierto que Napoleón tenía la capacidad de trabajar hasta el amanecer sin ver disminuida su energía ni menguado su buen juicio, yo no soy Napoleón... ¡desgraciadamente! Me ocuparé del papeleo esta mañana en cuanto llegue a la oficina.

—En ese caso, no es demasiado tarde —murmuró Oscar, aspirando el humo de su cigarrillo—. Gracias a Dios. —Se inclinó muy serio hacia el inspector—. Señor —prosiguió—, se lo imploro: retire los cargos.

Malthus abrió los brazos.

—Pero ¿por qué, señor Wilde? Carlos Branco es culpable —declaró, volviéndose hacia la ventana—. Está claro como la luz del día. —Nos miró entonces y tensó la espalda al tiempo que reafirmaba su autoridad—. Branco tiene el motivo, los medios y la oportunidad; y ustedes le vieron con sus propios ojos entrar al camerino de La Grange instantes antes de que sonara el fatal disparo. Usted mismo me lo dijo. —Malthus ladeó la cabeza en dirección a mí y sonrió—. Y el señor Sherard también. Tengo sus declaraciones.

—¡Rómpalas! —exclamó Oscar, poniéndose bruscamente en pie y empezando a pasearse por la habitación. Oscar Wilde tenía a abogados entre sus amigos y sus parientes cercanos. De hecho, él mismo era un instintivo letrado. Durante los minutos siguientes se dirigió a Malthus como podría haberlo hecho ante un juez y un jurado en el Old Bailey de Londres. Habló rápido y, mientras lo hacía, me pareció percibir en su voz una sombra del acento irlandés de sus años de infancia—. No me cabe duda de que Carlos Branco tenía un motivo: el resentimiento. Branco era un buen actor que vio relegada su vida a la sombra de un actor magnífico. La señora La Grange tenía a su caniche; Edmond La Grange tenía a su Polonio. Durante cuarenta años, Branco fue el segundo violín del gran virtuoso, humillado y aleccionado por él. Qué duda cabe que el resentimiento que Carlos Branco albergaba hacia Edmond La Grange burbujeó y supuró en su interior durante años. Aun así, podemos sentir resentimiento hacia un hombre y odiarle sin asesinarle. —Oscar guardó silencio y miró al brigadier Malthus a los ojos—. Branco niega haber cometido el asesinato, ¿no es así?

—Cierto —respondió el brigadier, levantando hacia él los ojos y acompañando su

mirada con una ceja ligeramente arqueada. Parecía divertido y fascinado por la actuación de Oscar—. Branco niega por completo ser autor del asesinato.

—Pero ¿reconoce el latrocinio? —preguntó Oscar—. Evidentemente, fue cómplice en el fraude cometido por Marais. De eso estamos seguros. Y eso sí lo reconoce, ¿no es así?

—Correcto —respondió Malthus—. Reconoce que ha estado robando dinero a Richard Marais de forma continuada durante quince años. Afirma que La Grange recuperó ese dinero (y más) ganandoselo a las cartas.

Oscar se rió.

—Creo que Carlos Branco le dice la verdad, brigadier Malthus. Carlos Branco no mató a Edmond La Grange.

—Eso se empeña usted en afirmar, señor Wilde. ¡Le escucho! Pero si Carlos Branco no mató a Edmond La Grange, ¿quién lo hizo?

—Edmond la Grange se quitó la vida.

Malthus frunció el ceño y yo contuve el aliento. Oscar se dirigió en silencio hacia la ventana y se quedó allí de pie, contemplando los contrafuertes de Notre Dame.

El policía se levantó y se sirvió otro cigarrillo.

—¿Por qué, señor Wilde? ¿Por qué iba Edmond La Grange a quitarse la vida?

Oscar se volvió y su silueta se dibujó contra la estructura de la ventana. La luz que entraba por ella a su espalda era tan intensa que no podíamos verle la cara.

—Porque el juego había terminado —se limitó a declarar—. La larga trayectoria había tocado a su fin. La edad dorada del Théâtre La Grange había terminado... y él era el único responsable de lo ocurrido. Como Sansón, había provocado que el templo se derrumbara sobre su cabeza.

—No le sigo —dijo Malthus, negando con la cabeza y aspirando lentamente el humo de su cigarrillo. Yo estaba igualmente desconcertado, pero no dije nada.

Oscar prosiguió:

—Edmond La Grange era un hombre al que lo único que le importaba era el teatro... y el lugar que ocupaba en él. ¿Está usted de acuerdo?

Malthus vaciló.

—Sí —dijo por fin—. Sí, supongo que eso es cierto.

—Era un gran actor y, cuando así lo elegía, un compañero genial.

—Era mi amigo —protestó Malthus—. Fuimos juntos al colegio.

—Y, como consecuencia de ello, es usted fiel a su memoria, lo cual le honra, señor. Pero ¿hasta qué punto conocemos a nuestros amigos de infancia? Quizá precisamente porque siempre han estado ahí dejamos de verlos como son realmente. Yo conocí a Edmond La Grange muy recientemente. Admiré su genio y disfruté de su compañía, pero reconocí en él al hombre que era.

—Era único.

—No. Como actor era muy especial..., encumbrado a lo más alto con Bernhardt y con Irving. Y como hombre era inusual..., un fenómeno de su clase, pero no único. Yo no llegué a conocerle como usted, como amigo de infancia cuya peculiar naturaleza usted aceptaba con normalidad. Yo le observaba como el desconocido al que se le ha concedido acceso privilegiado a su círculo más íntimo. Edmond La Grange me parecía un hombre sin moral alguna, sin escrúpulos y sin el menor código de conducta más allá del que él concebía. Los demás no significaban nada para él. Compartía a su amante con quien la quisiera. No tenía amigos: tan sólo compañeros de mesa con los que jugaba a las cartas en su territorio y siempre según sus propias condiciones. El dinero tenía para él muy poco valor. Durante años dejó que Marais y Carlos Branco le robaran. Lo único que le importaba a Edmond La Grange era el placer del momento y su lugar en el teatro: el legado de los La Grange. Mantenía a su madre bajo su mismo techo (toleraba su intolerable presencia) no porque la quisiera, sino porque era la esposa de su padre y llevaba su apellido. La Grange se mofaba de su madre y la despreciaba como mujer. Aun así, no se deshizo de ella porque era parte de su herencia.

El brigadier Malthus volvió a ocupar su lugar en la tumbona. Evidentemente estaba intrigado por la argumentación de Oscar.

—¿Cree entonces que pudo ser La Grange quien mató al perro de *Maman*... por puro rencor?

—¿Para divertirse y afligirla? —Oscar se encogió de hombros—. Es posible. De hecho, cualquiera podría ser perdonado por haber asfixiado a *María Antonieta*. Era una criatura horrible. —Siguió de pie junto a la ventana, mirando por encima del tejado de la catedral—. Quizá fue Carlos Branco quien mató al pobre perro —masculló—. Reconozco que Branco es capaz de algo así. Matar a un animal indefenso y tomar parte en un hurto menor: ése es el nivel de Branco.

—¿Y el asistente de vestuario? —preguntó Malthus, reclinándose en la tumbona para estudiar a Oscar—. ¿Quién mató a su amigo el asistente de vestuario, señor Wilde?

Oscar giró despacio sobre sus talones y miró directamente al policía.

—¿Acaso no soy yo el responsable de la muerte de Traquair? —preguntó dramáticamente—. Animé a La Grange a que le ofreciera el empleo. Y convencí a Traquair para que lo aceptara. Fue por mi culpa, y sólo por mi culpa, que el desafortunado muchacho (¡el hijo de un esclavo, Dios nos coja confesados!), fue inducido a viajar a una tierra extraña en la que no tenía amigos y cuya lengua desconocía.

Malthus sonrió.

—Pero usted no le mató.

—No, no directamente, pero si Traquair se quitó la vida, yo soy el responsable de

ello del mismo modo que La Grange fue en cierto modo el responsable de la muerte de Agnès y de Bernard.

Malthus alcanzó una vez más su lata de cigarrillos.

—¡Edmond La Grange no mató a sus propios hijos!

Oscar regresó al centro de la habitación y aceptó otro cigarrillo del policía.

—No con sus propias manos, naturalmente —dijo con suavidad al tiempo que encendía su cigarrillo con el de Malthus—, pero sí fue el autor de su destrucción. Y él lo sabía. Y cuando se dio cuenta de lo que había hecho, no le quedó más remedio que destruirse.

Felix Malthus se levantó y apoyó una mano en el hombro de Oscar.

—Ésas son alegaciones ciertamente extraordinarias, señor Wilde.

—Lo sé —respondió Oscar, clavando una firme mirada en los ojos del policía.

Malthus levantó entonces la mano de su hombro, cruzó la habitación hacia la repisa de la chimenea y se plantó junto al busto de Epicuro. Desde allí, lanzó a Oscar una mirada inquisidora.

—Dice que La Grange «destruyó» a sus propios hijos antes de «destruirse» a sí mismo. ¿Qué quiere decir exactamente con eso?

—Agnès La Grange estaba enamorada de su padre.

El policía sonrió.

—Son muchas las jóvenes que están enamoradas de sus padres. ¿Qué importancia tiene eso? Agnès no tenía madre y su padre era un hombre poderoso y muy carismático.

—No se trataba de un simple enamoramiento infantil —dijo Oscar—, sino de un amor obsesivo..., apasionado, romántico...

—Y entiendo que no correspondido.

—No sabría decirle —respondió alegremente Oscar, aspirando el humo de su cigarrillo.

El brigadier Malthus se volvió a mirarle.

—¿Sugiere usted, señor Wilde, que mi viejo amigo Edmond La Grange y su joven hija eran amantes? De ser así, debo decirle que simplemente no lo creo. Conocí a ese hombre durante más de medio siglo. Era un hombre imperfecto, sin duda, y tenía sus debilidades. Pero Edmond La Grange jamás habría compartido su lecho con su propia hija.

Decidí intervenir.

—El doctor Blanche insistió también en ese punto —dije.

Mi amigo miró en mi dirección.

—Por supuesto, Robert —murmuró. Acto seguido se volvió hacia Malthus, dispuesto a explicarse—. Visitamos al doctor Blanche en su clínica de Passy ayer por la mañana. El doctor se mostró enérgico en su afirmación. Agnès era paciente suya.

La Grange era su amigo. Él estaba convencido de que la relación entre ambos, aunque compleja, no era física.

—Me complace oírlo —dijo Malthus.

Oscar prosiguió:

—Sin embargo, el hijo del doctor cuenta una historia distinta. Ayer por la tarde, cuando Robert regresó al teatro, fui a Montmartre y me encontré en Le Chat Noir con Jacques-Émile Blanche y Maurice Rollinat. Jacques-Émile amaba a Agnès, pero ella le había expresado con absoluta claridad que no podía amarle porque amaba a otro hombre. Hace unos días, la joven habló a Jacques-Émile de su amante y le confesó que era un hombre mayor. El muchacho cree que podía tratarse de su padre.

—¿Hay alguna evidencia que así lo demuestre? —preguntó Malthus.

—No —respondió Oscar.

—En ese caso, olvídelo, señor Wilde. No es cierto.

Oscar se rió.

—¡Si usted lo dice, brigadier! A fin de cuentas, usted es el oficial de policía que está al frente del caso. Aceptemos pues que Edmond y Agnès no eran amantes. —Dio una palmada—. Fin de la cuestión. —Una vez más, clavó una firme mirada en los ojos de Malthus—. Pero lo que es innegable es que Agnès estaba enamorada de Edmond. La pasión que sentía hacia su padre era obsesiva y la destruyó. La llevó a la locura... y al suicidio.

—Eso sí puedo creerlo —dijo Malthus, asintiendo despacio con la cabeza—. Lo acepto, sí.

—Y su muerte provocó la de su hermano —dijo Oscar—. El suicidio, como hemos oído en incontables ocasiones, es una característica hereditaria. La muerte nunca estuvo lejos del pensamiento de Bernard La Grange. Fue, para ser más exactos, su peculiar obsesión. Robert y yo nos tropezamos con él en una ocasión en la Sala de los Muertos. No obstante, y a diferencia de nosotros, él no estaba allí movido por la curiosidad que distingue al ávido turista, sino que era un dedicado estudiante de la mortalidad. La muerte era para él la experiencia última de la vida. Bernard estaba fascinado por la autodestrucción. Hablaba de ello a menudo con Maurice Rollinat y con los demás nihilistas de su círculo de conocidos. E, inspirado por la muerte de Agnès, decidió experimentar la suya propia. Bernard La Grange se autoinmoló, sacrificándose a raíz del fallecimiento de su hermana como una joven viuda india que comete el *sati* al perder a su compañero. A fin de cuentas, tenía sangre india en las venas.

El brigadier Malthus no dijo nada. Había cogido una pequeña libreta de la estantería y escribía en ella con un lápiz.

Oscar siguió hablando. Aquella era su conclusión, su exposición ante los miembros del jurado:

—Y con Bernard muerto, ¿qué le quedaba a Edmond? Nada. De ahí que decidiera terminar con su vida... en su propio camerino, con su propio revólver, la misma noche en que provocó el fin del legado La Grange.

Malthus se metió en el bolsillo la libreta y el lápiz y arrojó el cigarrillo al hueco vacío de la chimenea bajo la estantería.

—Es usted muy convincente, señor Wilde. Puedo creer que Agnès La Grange se quitara la vida y que Bernard La Grange también lo hiciera. Puedo incluso llegar a aceptar que sus muertes pudieran llevar a que Edmond La Grange contemplara la posibilidad del suicidio. Pero hay una dificultad.

Levanté los ojos hacia mi amigo. Yo había anticipado ya esa dificultad.

—Vimos a Carlos Branco entrar al camerino apenas un instante antes de oír el disparo, Oscar.

—No, Robert. Vimos entrar al camerino a un hombre envuelto en una capa y con un yelmo y una visera que pertenecían al fantasma del padre de Hamlet. Podría haber sido cualquiera.

—¿Estás diciendo que no era Carlos Branco? —pregunté, perplejo.

Oscar sonrió.

—No era Carlos Branco, Robert.

—Entonces, ¿quién era? —preguntó el brigadier Malthus.

—Era Edmond La Grange —respondió Oscar.

—Pero, Oscar —protesté—, vimos cómo Edmond La Grange abría la puerta del camerino. Ambos le vimos. Estaba en el camerino, Oscar. Le vimos.

—Nos engañó, Robert.

—Pero ¿cómo?

—Te lo demostraré. —Se dirigió a la puerta del apartamento y tendió la mano como ofreciéndose a iniciar la marcha—. Se lo demostraré a los dos. Acompañenme, se lo ruego.

## 27.

### Fin de la historia

Subimos al coche que Oscar había tenido esperando en la calle de Arcole y partimos hacia el Théâtre La Grange para la que resultaría ser, a la postre, nuestra última visita. A pesar de la hora y de las circunstancias, Oscar se mostraba extraordinariamente animado.

—El agotamiento siempre me ha estimulado —dijo a modo de explicación.

—No creo que sea sólo eso, señor Wilde —comentó el brigadier Malthus, que iba sentado delante de Oscar en el coche y cuyas rodillas casi rozaban las de mi amigo—. Creo que disfruta usted de la excitación de la persecución. A pesar de que nadie diría que es usted aficionado a la caza...

Oscar sonrió de oreja a oreja. La suya era una sonrisa torcida y sus dientes habían empezado a mostrar signos de descuido. Completó la frase de Malthus:

—... todos tenemos nuestros secretos, ¿no lo cree usted, brigadier? —Sacó del bolsillo del gabán su pitillera de plata favorita—. ¿Les parece si nos trasladamos desde Argel a Estambul? —sugirió, ofreciéndonos uno de sus cigarrillos turcos. Lo encendió y, saboreando el aroma de la cerilla encendida, cerró los ojos y murmuró—: Aprendan a inspirar hondo, caballeros. Disfruten del momento... y del cigarrillo. Rían siempre que puedan, lloren cuando deban hacerlo y, mientras duerman, intenten dormir de verdad. Vivan la vida al máximo. La muerte no tardará en llegar. —Abrió los ojos y, volviéndose hacia mí, me tocó la manga—. Perdóname, Robert, por no haberte llevado siempre conmigo. Sé que lo entiendes. Aunque huelga decir que somos un equipo, en ocasiones se impone seguir una línea de investigación por cuenta propia. A veces, un hombre camina más deprisa cuando lo hace solo.

Malthus exhaló una nube de humo gris azulado.

—Reconozco la cita, señor Wilde —dijo—. Napoleón Bonaparte tiene algunas frases magníficas, ¿no cree?

—Oscar tiene muchas frases magníficas propias —adujo, saliendo en defensa de mi amigo—. Hablaba usted de la caza, señor. ¿Ha oído alguna vez la definición que hace Oscar del caballero inglés que galopa tras un zorro? «Lo abominable en persecución de lo incomedible».

Malthus se rió cortésmente entre dientes. Oscar sonrió y dio una calada a su cigarrillo.

—A decir verdad, la frase es de mi hermano Willie —dijo—, aunque no tengo la

menor intención de darle crédito. Dar crédito a Willie nunca ha sido aconsejable..., como le dirá su banquero.

Todos nos reímos. En ese momento miré por la ventanilla del coche y vi que cruzábamos la calle de Turbigo, pasando por delante de la panadería favorita de mi amigo. Aunque hacía apenas unas semanas que conocía a Oscar, me di cuenta de que yo estaba ya totalmente *oscarisé*, esto es, totalmente esclavizado por el embrujo de mi nuevo amigo. Oscar se inclinó hacia el brigadier Malthus y le golpeó con suavidad en la rodilla.

—Puede que la excitación de la caza sea parte de la historia, pero le ruego que entienda que en el caso que nos ocupa no anhelo matar a mi presa. Lo que busco es simplemente un indulto. Si Carlos Branco llega a ser juzgado, le declararán culpable.

—Y cuando la cuchilla ha caído sobre un hombre, es ya demasiado tarde para indultarle.

Oscar se reclinó contra el asiento y apoyó su gran cabeza contra la gastada piel del respaldo antes de mirar fijamente a Malthus y sonreír.

—Me pregunto si esa frase es suya o de Napoleón.

—Puede ser suya con el debido tiempo, señor Wilde —dijo el policía, dando una calada a su cigarrillo.

Todavía no habían dado las diez cuando llegamos a la entrada de artistas del Théâtre La Grange. Un solitario gendarme hacía guardia en el callejón, al pie de la escalera que llevaba al apartamento de La Grange. Cuando Malthus pasó junto a él con paso firme, el agente arrojó el cigarrillo y saludó. El portero estaba en su cabina, tomando un pestilente caldo preparado con carne de caballo.

—Mi desayuno —gruñó.

—Respiren hondo, caballeros —dijo irónicamente el inspector.

Cruzamos el vestíbulo al que daba acceso la entrada de artistas y nos adentramos en las bambalinas desiertas del teatro. Malthus, que iba delante, tropezó con la barra de la que colgaba el vestuario de la función, situada justo en la parte interior de la entrada.

—No hay prisa —murmuró Oscar—. Será mejor que dejemos que nuestros ojos se acostumbren a la penumbra.

Nos quedamos quietos durante un instante, mirando en derredor. A nuestra derecha, en el escenario, vislumbramos la silueta de las murallas de Elsinor. Delante de nosotros vimos (con mayor claridad, pues junto a ella ardía el tenue resplandor de una bujía) la puerta del camerino de Edmond La Grange.

—¿Ardía anoche esa bujía con mayor intensidad? —preguntó Oscar. Su voz fue poco más que un susurro.

—No me lo parece —respondí—. Esta semioscuridad es lo habitual entre funciones.

—Cierto —manifestó Oscar—. Cierto.

—¿Y bien? —inquirió enérgicamente el brigadier—. ¿Qué hacemos ahora?

Oscar giró la cabeza hacia el policía.

—Un pequeño espectáculo dedicado a usted, señor..., una *matinée* de las diez. — Oscar me tocó el brazo—. Robert, ten la amabilidad de acompañar al brigadier Malthus a la otra punta del escenario. Llévale al lugar exacto donde tú y yo estuvimos ayer hablando con Gabrielle. Al mismo sitio desde el que nos pareció ver entrar a Branco al camerino de La Grange. Espera allí..., detrás del decorado. Y no salgáis hasta que yo lo diga.

Asentí con la cabeza e invité al inspector a que me acompañara. Con cuidado, moviéndonos en la penumbra, cruzamos el escenario vacío. Cuando empezamos a alejarnos, Oscar rebuscaba ya entre las prendas que colgaban de la barra de vestuario. Al volvernos a mirar, le vimos bajar entre bastidores hacia el camerino de La Grange y acto seguido le oímos entrar. Instantes más tarde oímos abrirse y cerrarse la puerta del camerino.

La voz de Oscar gritó entonces desde el otro extremo del escenario:

—¿Están ustedes ocultos detrás del decorado, caballeros?

—¡Así es! —grité a mi vez.

Malthus me miró y arqueó una ceja curiosa.

Oscar volvió a gritar.

—Cuando yo lo diga, y no antes, quiero que salgan de detrás del decorado y miren desde allí al otro extremo del escenario... como lo hicimos ayer, Robert.

—Entendido —respondí.

Esperamos en silencio.

—Su amigo es extraordinario —susurró Malthus.

De pronto, Oscar gritó:

—¡Salgan! ¡Ahora!

Tomé al brigadier del codo y tiré de él desde detrás del decorado hasta que ambos ocupamos la posición exacta que Oscar y yo habíamos ocupado dieciséis horas antes. En aquel entonces habíamos visto en el otro extremo del escenario, en la zona opuesta de bastidores, a Carlos Branco dirigiéndose hacia la puerta del camerino de Edmond La Grange. En ese instante parecía estar allí de nuevo..., aunque no había duda alguna de que no podía tratarse de Branco. Branco estaba encerrado en una celda de la prefectura de la Île de la Cité. Oscar estaba recreando la escena: una figura envuelta en la capa y con el yelmo y la visera que Branco utilizaba en su papel de fantasma del padre de Hamlet caminaba con paso firme hacia la puerta del camerino de La Grange.

—Podría ser cualquiera —jadeó Malthus.

—Es Oscar —dije.

La figura llegó a la puerta del camerino, miró brevemente en nuestra dirección (exactamente como lo había hecho la figura la noche anterior) y llamó a la puerta del camerino.

—¿Quién es su cómplice? —murmuró Malthus entre dientes.

—Estoy seguro de que no hay nadie más.

La figura envuelta en la capa volvió a llamar a la puerta del camerino... y la puerta se abrió. Y, cuando eso ocurrió, la figura se quitó el yelmo y vimos de pronto aparecer en el marco de la puerta el sonriente rostro de Oscar, mirándonos...

—¡Santo Dios! —exclamó Malthus—. ¡Ahora lo veo!

—Sí —respondió Oscar, mirándonos—. Ahora lo ve. Y lo que ve no es más que una simple ilusión: el reflejo de mi rostro en un espejo. —La figura envuelta en la capa que estaba en la puerta se volvió despacio y, al hacerlo, el rostro de Oscar desapareció del marco de la puerta para ser reemplazado por el reflejo de la parte posterior de su cabeza.

Malthus cruzó el escenario a grandes zancadas con la mano tendida hacia mi sonriente amigo. Oscar se desabrochó la capa que llevaba sujeta al cuello. Yo la cogí mientras el policía estrechaba afectuosamente la mano de mi amigo. Al otro lado de la puerta, a la izquierda, ligeramente angulado, estaba el espejo de cuerpo entero de Edmond La Grange. Desde el lugar que ocupábamos en el otro extremo del escenario, por encima de la capa que envolvía el hombro de Oscar, habíamos visto su rostro reflejado en el espejo... tal y como el día anterior, y en el mismo espejo, habíamos visto el rostro reflejado de Edmond La Grange.

—Edmond La Grange era actor —dijo Oscar—, un hombre del teatro. No es de sorprender que creara un pequeño drama para presentarnos su propio suicidio. Estaba decidido a quitarse la vida. Tenía sus motivos. Sus hijos habían muerto; la tradición de los La Grange había tocado a su fin; el «*Hamlet* perfecto» era la producción perfecta con la que despedirse. Y, al marcharse, y a modo de venganza, le pareció que podía ser divertido verter ciertas sospechas sobre Carlos Branco, «Polonio, el viejo idiota», que, con Richard Marais, había conspirado para robarle durante todos estos años.

Mientras Oscar desvelaba la historia, ocupó el centro del camerino, situándose en el lugar donde había estado el tocador de La Grange, desde donde controló la pequeña estancia con esa curiosa mezcla de autoridad y encanto que utilizaba a ese mismo efecto sobre la tarima desde la que daba sus conferencias. Mientras hablaba, sus ojos recorrían la habitación y empleaba constantemente las manos para hacer hincapié en un punto en particular o para ilustrar su significado.

—Exactamente a las seis horas de la tarde de ayer —prosiguió—, cuando Edmond La Grange había terminado de dar su pequeña charla y su compañía había empezado a dispersarse, el gran actor regresó a esta habitación (a su camerino),

reparando quizás al hacerlo en mí, que en ese momento hablaba con su amante en la parte posterior del escenario. Para que su pantomima tuviera éxito, La Grange necesitaba público, aunque fuera un público reducido. —Oscar se volvió hacia mí y sonrió—. Te mandó a buscarme, Robert, ¿te acuerdas?

—Sí —respondí—, por supuesto. Y cerró la puerta del camerino cuando salí.

—E, instantes después, volvió a abrirla y miró fuera. Vio que no había nadie entre bastidores, aunque imagino que nos oiría conversar en la parte posterior del escenario, y decidió aprovechar el momento. La presteza era fundamental.

Cuando Oscar se llevó la mano al bolsillo para sacar de él su pitillera, el brigadier Malthus buscó en el suyo su libreta y el lápiz. Durante el resto de la narración de mi amigo, el oficial de policía tomó notas. Oscar le observaba con atención, y cuando veía que Malthus estaba ocupado garabateando sus notas, el narrador irlandés aspiraba despacio el humo de su cigarrillo para dar tiempo al policía francés y así impedir que se perdiera en sus anotaciones.

—La Grange aprovechó el momento —repitió Oscar—. Salió sin ser visto del camerino y subió entre bastidores hasta la barra de vestuario. Encontró allí la capa de Branco y se cubrió con ella los hombros. Después se puso el yelmo y bajó la visera. Vestido como Branco regresó hasta la puerta de su camerino, volviéndose al llegar para asegurarse de que contaba con la audiencia que había deseado tener. Y la tenía. —Hizo una pausa y apartó sus ojos de los de Malthus para fijarlos en los míos—. Allí estábamos, Robert, tú y yo. Y, sabiendo que estábamos allí y que le observábamos, llamó a su propia puerta... y volvió a llamar. Luego la abrió con una mano al tiempo que con la otra se quitaba el yelmo. En cuanto se desprendió de él, la puerta se abrió de par en par y en el espejo —Oscar señaló el espejo que estaba junto a la puerta del camerino— apareció de pronto su rostro. Le miramos al tiempo que él nos miraba. Y, cuando la figura envuelta en la capa, por encima de cuyo hombro podíamos ver a La Grange, entró al camerino, dimos por supuesto que lo que veían nuestros ojos era a Carlos Branco entrando al camerino y que La Grange había desaparecido porque se había retirado para dar la bienvenida a su amigo y colega.

Oscar guardó un instante de silencio mientras el lápiz del inspector se deslizaba raudo sobre la página de su libreta. Mi amigo sonrió y contempló la ceniza de la punta de su cigarrillo turco. Por fin, cuando el lápiz de Malthus se detuvo, prosiguió:

—En cuanto entró al camerino, La Grange cerró la puerta, se quitó la capa y la arrojó junto con el yelmo al suelo, se sentó de inmediato delante del tocador, se apuntó con el revólver a la cabeza y, sin dudarle un solo instante, se disparó.

Malthus no escribió nada. Mientras Oscar aspiraba despacio las últimas bocanadas de humo de su cigarrillo, el policía clavó en él la mirada. Oscar sonrió.

—¿Había en el revólver alguna huella que indicara que alguien más, aparte de La Grange, lo había empuñado? —preguntó al policía.

—Ninguna —respondió Malthus, que no apartaba los ojos de él—. Pero no tenía el revólver en la mano, sino encima del tocador.

—Lo soltó al disparar —sugirió Oscar.

El brigadier Malthus volvió a fijar la mirada en su libreta.

—De modo que fue La Grange y no Branco el autor del fatal disparo.

—Exacto —dijo Oscar, acercándose al aparador donde estaba el pequeño carillón de La Grange y apagando su cigarrillo en el cenicero que allí encontró—. Carlos Branco es quizá culpable de haber matado a un perro y sin duda culpable de hurto, pero no lo es de asesinato. Sería un error culparle de ello. Animado por la especial súplica de *Maman*, sin duda el tribunal le juzgaría culpable. Y sería un error ejecutar a un hombre por un crimen que no ha cometido.

Malthus cerró su libreta y la guardó en el bolsillo del abrigo. Acto seguido, cruzó el camerino hacia donde estaba mi amigo.

—Es usted un joven extraordinario —dijo. Cuando el carillón dio la media, el policía, sonriente y mirando a Oscar a los ojos, le estrechó la mano con toda formalidad—. Le he escuchado con atención, señor Wilde —dijo—. Y acepto su argumentación. De hecho, debo reconocer que me ha dejado usted abrumado con ella.

Una hora más tarde, Carlos Branco fue liberado, y lo fue sin cargo alguno. Él mismo reconoció que junto con Richard Marais había estafado al Théâtre La Grange durante muchos años, aunque ¿a quién habían perjudicado realmente? ¿Y qué pruebas existían de ello? Marais, el encargado de llevar la contabilidad de la compañía La Grange, había destruido todos los libros contables. Además, ¿a quién le importaba?

Las noticias de las muertes de Edmond, Bernard y Agnès La Grange aparecieron en los periódicos de toda Francia y en los de muchos otros países. Durante varias semanas, entre los medios franceses corrió el rumor que apuntaba a la misteriosa naturaleza de las muertes, aunque el rumor terminó por desvanecerse. Con el tiempo, antes del inicio de la temporada teatral de otoño, Richard Marais y Carlos Branco unieron sus fuerzas y llegaron a un acuerdo con Liselotte La Grange. *Maman* había heredado de su hijo todas las acciones de la Compagnie La Grange y Marais y Branco se asociaron con ella para fundar el Théâtre Branco-La Grange. Marais estaba convencido de que «debemos hacerlo. El *scandale macabre* va a ser fantástico para el negocio». *Maman*, que lloraba la muerte de su hijo, aunque lo hacía sin derramar una sola lágrima, sentía que se lo debía a la memoria de Edmond y a la tradición establecida por los antepasados de su último marido. Carlos Branco, roto por sus experiencias y debilitado y humillado por la tragedia, no conocía más vida que ésa.

El nuevo Théâtre Branco-La Grange conservó gran parte del repertorio de la vieja compañía, ligeramente ampliado para incluir el melodrama y la farsa junto con los clásicos habituales. Gabrielle de la Tourbillon (*née* Guillotin) se convirtió en la actriz principal de la compañía. Yo jamás volví a compartir su lecho. De vez en cuando, y

por mera coincidencia, nos encontrábamos en algún lugar público (en los restaurantes, en los vestíbulos de los teatros, en fiestas que se celebraban en casas de conocidos comunes), pero cuando eso ocurría, era como si fuéramos dos desconocidos, como si la intimidad que habíamos conocido jamás hubiera existido. Supongo que si alguno de ustedes se encontrara hoy con Gabrielle y le mencionara mi nombre no significaría nada para ella.

Si bien es cierto que jamás olvidaré a Gabrielle de la Tourbillon —¿cómo podría olvidarla?, fue mi primer *affaire*—, confesaré que no tardé mucho tiempo en dejar de lamentar su pérdida. Una semana después de la muerte de Edmond La Grange, conocí en los tribunales de primera instancia de la calle del Temple a una deliciosa dama llamada Odile. Ella acababa de cumplir treinta años y era una muchacha menuda y de esbelta figura con un pelo negro y lustroso, mejillas sonrosadas de muñeca y la sonrisa más dulce y la risa más suave que quepa imaginar. Era enfermera y estaba de guardia en el tribunal por si alguno de los testigos se sentía indispuerto. ¡Le dije que había enfermado de amor por ella en cuanto la había visto!

Asistí a los tribunales con Oscar. El brigadier Malthus, el doctor Pierre Ferrand y el doctor Émile Blanche fueron convocados para demostrar que el veredicto del forense sobre las muertes de Agnès, Bernard y Edmond La Grange era el mismo en cada uno de los casos: muerte por suicidio.

Esa noche (resultaría ser la última de Oscar en París durante un tiempo) mi amigo y yo subimos a Montmartre y cenamos en Le Chat Noir con Sarah Bernhardt, Maurice Rollinat y Jacques-Émile Blanche. Fue sin duda una noche para el recuerdo. Nos sentamos los cinco alrededor de una pequeña mesa situada al fondo del café con nuestras manos tocándose, las cabezas muy juntas y los ojos brillantes a la parpadeante luz de las velas. Comimos *moules marinières* y bebimos champán y, como dijo Oscar: «Contamos tristes historias sobre la muerte de los reyes».

—¡Era un rey! —exclamó la señora Bernhardt—. Un auténtico rey sol..., sin duda el mejor actor de su generación. Era simplemente glorioso.

—Pero destrozó a su hija —observó Jacques-Émile Blanche—. La sedujo.

—¿Es eso cierto? —preguntó Sarah, muy seria—. ¿De verdad? ¿Estamos plenamente seguros de ello? ¿Quién ha sido testigo? ¿Quién les vio juntos en la cama? ¡Nadie!

—¿Y qué importa eso? —preguntó Maurice Rollinat, frotándose los ojos con los nudillos—. ¿Por qué no iban a ser amantes?

—Porque no es natural —dije.

—¡Oh, claro que lo es! —exclamó Rollinat—. Los animales lo hacen constantemente. En la granja y en el bosque, el incesto es absolutamente *comme il faut*. —Se rió, tomó la botella de champán y volvió a llenar nuestras copas.

—Reserve su depravación para su poesía, Maurice —murmuró Sarah Bernhardt,

acariciando con dulzura la mejilla de Rollinat con el dorso de la mano—. Allí resulta realmente divertida.

Jacques-Émile Blanche fijó la mirada en la llama de la vela situada en el centro de nuestra mesa.

—Edmond La Grange sedujo a su hija y la vergüenza que eso provocó en ella la mató —dijo. Habló en voz tan baja que apenas pudimos oírle—. Yo la amaba y ahora la he perdido para siempre.

—No, para siempre no —dijo afectuosamente Oscar—. Queda el retrato que le hizo usted. Eso perdurará. En su cuadro, Agnès no envejecerá nunca. Gracias a usted, su belleza pervivirá.

La señora Bernhardt mojó un trozo de pan en la salsa *marinière*. (A pesar de ser una criatura delgada y menuda, la divina Sarah tenía un apetito extraordinario).

—Aun así, no tenemos ninguna prueba que demuestre que padre e hija eran amantes. Sus suicidios así lo sugieren, es cierto, pero no hay ninguna evidencia.

—Y el padre de Jacques-Émile está convencido de que ninguno de los dos se hubiera prestado a cometer tal acto —añadió Oscar—. Ambos eran buenos católicos, como se suele decir, y el incesto, como todos sabemos, es un pecado mortal.

—Eso es precisamente lo que lo hace tan atractivo —dijo Rollinat con una risilla al tiempo que se limpiaba las burbujas de champán de su negro bigote. Yo jamás había visto al melancólico poeta tan feliz.

—Dios sabe la verdad —sentenció Oscar—. Solo él es conocedor de todos nuestros secretos.

—Y todos tenemos secretos, ¿no es así, Oscar? —preguntó la diva con aire juguetón.

—Cierto —respondió él muy serio. Tomó un poco de champán y contempló la botella que seguía sobre la mesa. Estaba casi vacía. La levantó por encima de su cabeza hasta que vio aparecer a un camarero, pidió una segunda botella y, depositando una moneda de plata en la mano del joven muchacho, añadió—: ¿Por qué no nos trae la tercera de una vez? —Luego se volvió hacia la mesa con una sonrisa—. Sí, jóvenes o viejos, guapos o feos, ricos o pobres, todos tenemos secretos. Hasta ese camarero. Hasta el brigadier Malthus.

—¿Quién es el brigadier Malthus? —preguntó *madame* Bernhardt.

—Un policía intelectual —dijo—. Un hombre extremadamente culto. Ha estado a cargo del caso.

—Le conozco —intervino Maurice Rollinat—. Alto, delgado, guapo, de unos sesenta años. Bien afeitado. De pelo canoso.

—Ése es, sí —confirmé.

—¿Le conoce? —preguntó Oscar, inclinándose hacia Rollinat.

—Sí —respondió el poeta con una amplia sonrisa—. Le conozco muy bien. Es un

flagelador. Se autoflagela... por puro placer.

—¿Por placer? —repitió Sarah, que seguía mojando el pan en el plato.

—¡Por placer! —repitió Rollinat encantado, dejando que la palabra rodara lúbricamente alrededor de su boca—. Hay una capilla en desuso cerca de la Sala de los Muertos donde da clases maestras en el arte de la flagelación. He estado allí en un par de ocasiones. Tres o cuatro, para ser más exactos. Es un gran profesor.

Oscar se rió.

—Me complace saberlo.

—¡Oscar! —exclamó la Bernhardt, alzando los ojos para dedicar una mirada reprobadora a nuestro amigo—. No le dé usted alas.

—Lo que quiero decir, Sarah, es que me complace que mis sospechas queden confirmadas —dijo a modo de explicación, tomando la diminuta mano de la divina y besando sus dedos con suavidad—. Tenía la sensación de que había una ligera sombra de Tomás de Torquemada en Felix Malthus. —Se volvió a mirarme y sonrió de oreja a oreja—. ¿Te acuerdas, Robert, de que sugerí que la Inquisición española era uno de sus intereses?

—Él lo negó —dije.

—Cierto —respondió Oscar—. Pero vi un mayal en su perchero y vi también los cardenales que tenía en la espalda.

—¿Cuándo?

—Cuando se afeitaba. Cuando, durante un instante, se quedó desnudo delante de nosotros.

—Yo no le vi la espalda.

Oscar arqueó una ceja y declaró sardónicamente:

—Sin duda tú estabas concentrado en estudiar su parte delantera mientras yo contemplaba su parte trasera.

—En ningún momento nos dio la espalda —insistí.

—Cierto —dijo Oscar—. Pero se quedó desnudo delante del lavabo y, tras él, colgado de la pared encima de la palangana, había un espejo. Vi el reflejo de su espalda en el espejo. —Alzó su champán hacia mí, burlón—. Todos tenemos nuestros secretos, Robert, y algunos están ocultos en él.

—¿Dónde oculta los suyos, Oscar? —preguntó Maurice Rollinat.

—¡En las estrellas! —respondió alegremente mi amigo.

—Y junto a su corazón —dije, inclinándome sobre la mesa hacia Oscar e introduciendo la mano en el interior de su chaqueta de terciopelo azul.

—¡Robert! —me reprendió, pero ya era demasiado tarde. En mi mano tenía un pequeño sobre de color crema. Era mi turno de provocar a mi amigo.

—¿Puedo? —pregunté, empezando a abrir el sobre.

—Si no hay más remedio... —fue su respuesta.

Abrí el sobre y saqué una pequeña fotografía cuadrada que sostuve con cuidado entre el pulgar y el índice y que acerqué a la luz de la vela para que nuestros compañeros pudieran verla.

—¿Quién es? —preguntó Sarah Bernhardt.

—Es hermosa —dijo Jacques-Émile Blanche.

—Su nombre es Constance Lloyd —respondió Oscar—. Tiene los ojos de color violeta y un corazón puro.

—¿Y la ama? —preguntó Sarah.

—Creo que sí —declaró él con una sonrisa.

—¿Y quizá se case con ella? —preguntó Jacques-Émile, mirando a Oscar sin ocultar su excitación.

Él se rió.

—Mi querido amigo, creo firmemente que quizá lo haga.

Volviendo a llenar nuestras copas y derramando un poco de champán sobre sus dedos, Maurice Rollinat se volvió bruscamente hacia Oscar.

—¿Qué fue de su deseo de «comer de todos los frutos de todos los árboles del jardín del mundo», amigo mío? —preguntó.

—Sin duda entre «todos los frutos de todos los árboles» se incluye la morera del matrimonio, ¿no le parece, Maurice? —respondió afectuosamente Oscar—. El señor Henry James quizá me considere una sucia bestia y un sinvergüenza de cuarta categoría, pero la verdad es que yo me veo como un hombre de familia felizmente casado.

Mi amigo me quitó de la mano la fotografía y la colocó con cuidado contra la vela que estaba sobre la mesa delante de él. Miró entonces la imagen de la señorita Constance Lloyd y yo vi no sólo amor, sino también lágrimas y risa en sus ojos.

—¡Por el amor! —brindé, alzando mi copa.

Todos me imitaron y unimos nuestras copas sobre la mesa para brindar con ellas.

—¡Por el amor!

—¡Por el amor!

Con extrema suavidad, Oscar puso la mano sobre el brazo de Jacques-Émile Blanche.

—La muerte no es nada. El amor lo es todo. Usted la amaba. Ella lo sabía.

# Epílogo

*Londres, año nuevo de 1891.*

—¿Qué ocurrió con el norteamericano? —preguntó Arthur Conan Doyle—. ¿Qué fue de Eddie Garstrang, el jugador?

El día de Año Nuevo de 1891, como estaba planeado, volvimos a encontrarnos en el Baker Street Bazaar de Madame Tussaud con nuestro amigo, el médico y célebre creador de Sherlock Holmes, el doctor Arthur Conan Doyle.

Estaba de un humor bullicioso. La Navidad había sido una época de júbilo en casa de los Doyle. El matrimonio estaba rebosante de alegría (la mujer de Arthur acaba de tener un rechoncho bebé: una niña de nombre Mary a la que podía mecer sobre sus rodillas), y, gracias a Sherlock Holmes, Conan Doyle contaba con los recursos necesarios para celebrar unas «auténticas» Navidades, con todos sus aditamentos. Y, aunque ciertamente habían disfrutado de unos días felices en familia, había habido también tiempo para la silenciosa contemplación, para sentarse junto al fuego y partir nueces, hacer inventario de las bendiciones propias y también para la lectura.

Doyle había leído nuestra historia. Había leído con cariño («con *gran* cariño», dijo) mi humilde relato sobre el extraordinario año que Oscar había vivido, el mismo que le había llevado desde Leadville, en Colorado, al Théâtre La Grange, pasando por la cárcel de Reading. Sí, Arthur había leído mi relato (y había disfrutado con él «inmensamente»). Aun así, tenía preguntas que hacerme: mi estilo, sin ir más lejos.

—Es demasiado descarnado, Robert. Incluye detalles íntimos que no sé si me atrevería a compartir con mis lectores. Parte de su franqueza resulta muy chocante. Ya sé que la acción transcurre prácticamente en su totalidad en Francia. Aun así... Y además habla de Oscar como si estuviera muerto.

Oscar se rió.

—¡Necesitaré estarlo antes de que se publique! —exclamó inclinándose visiblemente entusiasmado hacia el joven médico escocés y, bajando la voz hasta reducirla a un mero susurro conspirador, inquirió—: Pero ¿qué le ha parecido la historia, Arthur?

—Ah —jadeó el médico, acariciando el manuscrito que estaba encima de la mesa a su lado—. La historia. —Nos miró a ambos alternativamente con ojos severos e inquisitivos—. Pero ¿es todo cierto? ¿Es realmente verídico? ¿No hay en ella ninguna invención?

—Todo es cierto, Arthur —respondió Oscar—. Hasta la última palabra. —Mi amigo miró hacia donde yo estaba y sonrió—. Aunque la historia no está completa del todo. Faltan por atar algunos cabos. Hay un par de preguntas que requieren todavía respuesta.

—Sin lugar a dudas —declaró enérgicamente Conan Doyle—. Para empezar, ¿qué ocurrió con el norteamericano? ¿Qué fue de Eddie Garstrang?

—Me alegro de que lo pregunte, Arthur —dijo Oscar, volviéndose hacia el doctor de ojos brillantes como un par de cuentas—. Y le daré la respuesta —añadió, abriendo aún más los suyos—. De hecho, puede que hasta se la muestre.

Conan Doyle tiró suavemente de su grueso bigote y dejó escapar una discreta risilla.

—Y ya que estamos, podría decirme también quién mató al perro, a la infortunada *María Antonieta*. No fue Carlos Branco, ¿verdad?

—No —respondió Oscar—. Carlos Branco no es la clase de hombre que haría algo así.

—Por eso dijo usted a la policía que Edmond La Grange se había quitado la vida. Necesitaba convencer al brigadier Malthus de que la muerte del actor había sido un suicidio, de lo contrario Malthus habría acusado a Branco. Y si hubieran juzgado a Branco, sin duda le habrían declarado culpable y habría perdido la vida en la guillotina.

—Exacto —dijo Oscar—. Si bien es cierto que tengo mis defectos, Arthur, también lo es que no me gusta ver a un hombre condenado a muerte por un crimen que no ha cometido.

—Me complace oírlo —respondió Doyle, asintiendo enérgicamente con la cabeza—. ¿Quién mató a Edmond La Grange?

—Se quitó la vida, sin duda —les interrumpí, confundido—. Oscar así lo demostró. Nos enseñó cómo había ocurrido.

Él se volvió y me miró con los ojos vidriosos. Aunque tan sólo tenía treinta y seis años, debido a su exceso de peso y a la acuosidad de sus ojos, a la decoloración que sufrían sus dientes y a las manchas que salpicaban su piel de color masilla, parecía mayor. En cuanto a mí, a pesar de que tenía veintinueve años, en momentos como ése, volvía a sentirme como un escolar, recibiendo una vez más la reprimenda del director a causa de una falta cuya naturaleza no llegaba a comprender del todo.

—Edmond La Grange bien pudo quitarse la vida, Robert —dijo Oscar deliberadamente—, pero lo cierto es que no lo hizo. Lo sé ahora. Y confieso que lo sabía también entonces. Animé a otros (entre los que te incluí a ti, amigo mío) a creer que La Grange se había quitado la vida porque en ese momento era preciso salvar la de Carlos Branco. La muerte de La Grange no fue un suicidio. Fue un asesinato.

—Me he perdido —dije, visiblemente entristecido.

Oscar se rió entre dientes.

—¡Y Arthur, en cambio, está en su elemento!

—Cierto —respondió feliz el médico—. Los «elementos» son un factor importante del caso, ¿no es así? La tierra, el aire, el agua y el fuego: los cuatro

forman parte del meollo de la cuestión, ¿verdad?

—Así es. Son el hilo que me guió por el laberinto.

—Llévenos con usted, Oscar —propuso Conan Doyle, chasqueando los labios y echando una mirada a las pastas de té que teníamos en la mesa delante de nuestros ojos—. ¿Le parece si comemos mientras usted nos guía por los recovecos de su laberinto?

Nos sentamos al fondo del Magnífico Salón de Té de Madame Tussaud, a la que se conocía como la «Mesa de los Directores», y tomamos el té de la tarde, disfrutando de un surtido de pasteles y de pastas (además de galletas Huntley & Palmer) mientras Oscar nos guiaba por el enmarañado relato de los asesinatos de los La Grange.

—¿Por dónde empezar? —preguntó en cuanto la camarera se retiró.

Conan Doyle recorrió el salón con los ojos. Las mesas situadas junto a la nuestra estaban desocupadas. Estábamos en la más absoluta privacidad.

—Empiece por el principio —sugirió—. Empiece por Agnès y Bernard La Grange, ese par de bellos y talentosos gemelos. —Se sirvió una rodaja de limón y una porción de bizcocho de jengibre y dedicó una mirada sardónica a nuestro amigo mutuo—. Entiendo que, a fin de cuentas, no eran hijos de La Grange, ¿me equivoco?

—¡Bravo, Arthur! Los gemelos no eran en realidad hijos de La Grange. —Oscar se sirvió dos terrones de azúcar que depositó en su taza de té con un pequeño floreo—. Su padre no era tal y su madre no era su madre. —Mientras revolvía su té, miró en mi dirección—. Bajas los ojos, Robert.

—Estoy confundido —dije.

—Y creo que un poco dolido. Te has tomado muchas molestias escribiendo la narración de mis aventuras en Norteamérica y en París. A petición mía, tomaste en aquel momento copiosas notas. Durante estos años, hemos hablado de los detalles in extenso. Pero ahora, de pronto, sientes que no siempre he confiado del todo en ti y te sientes traicionado.

—Traicionado no —me apresuré a responder—. Ésa es una palabra demasiado fuerte. —Alcé los ojos hacia él—. Decepcionado, quizá sí.

Puso su mano sobre la mía.

—Perdóname, mi buen amigo —prosiguió, hablando afectuosamente con esa delicada cantinela que le caracterizaba—. No he actuado como es debido. Aun así, te ruego que tengas en cuenta lo que soy, Robert, y que intentes comprender. Soy un contador de historias y también dramaturgo. Necesito que mis lectores pasen las páginas de mis obras hasta llegar al final. Quiero tener a mi público en vilo hasta que caiga el telón. Debo tener mi *dénouement*. No me escatimes mi factor sorpresa.

Me reí. Y le perdoné: Oscar era irresistible.

—No deseo escatimarte nada —dije, sirviéndome yo también una porción de bizcocho de jengibre—, aunque me siento confundido. Creía que la madre de los

gemelos había muerto poco después del parto.

—Alys Lenoir, la esposa de Edmond La Grange, murió en efecto poco después del nacimiento de los gemelos. Se quitó la vida..., como bien cuentas en tu exquisito relato. Pero los gemelos no eran hijos suyos y Alys Lenoir no pudo vivir con semejante mentira. No pudo vivir consigo misma, consciente de que no había sido capaz de dar un heredero al gran La Grange.

—¿Los gemelos no eran hijos de ella? —repetí—. Pero Alys era mitad india, de Pondicherry. Los gemelos se parecían a ella.

—No —dijo Oscar—. Los gemelos parecían dos hermosos jóvenes de sangre india porque eso es exactamente lo que eran, pero Alys Lenoir no era su madre. Su madre era una criada, una muchacha de Goa. De hecho, la he conocido.

—¿Qué? —jadeé.

—¿De Goa? —murmuró Conan Doyle—. Una muchacha india de Goa, la colonia portuguesa... —Estampó la cucharilla contra la mesa—. Carlos Branco era portugués, ¿no es así? ¿Acaso la muchacha trabajaba para la familia de Carlos Branco?

—Así es, Arthur. Bien dicho. —Oscar bañó con su sonrisa al creador de Sherlock Holmes, que a su vez le recompensó con una mirada de silenciosa satisfacción y con una porción de tarta de cerezas. Oscar prosiguió—: Branco estaba prendado de la muchacha y la sedujo. Los hombres, por ser lo que son, hacen esas cosas. Ella era una simple criada, y apenas una niña, y a Branco no le fue difícil seducirla. Y cuando Edmond La Grange, amigo y jefe de Branco, estaba desesperado por encontrar a una mujer que pudiera darle hijos, Branco propuso a su pequeña y simple muchacha de Goa para tal propósito. La Grange la tomó, obviamente agradecido. La pequeña era la respuesta a sus plegarias. ¿En qué otro lugar de París habría encontrado a una muchacha de sangre india que pudiera ser la madre de sus hijos? La joven se quedó encinta al acto y cuando nacieron los gemelos, La Grange se los presentó a su mujer como a los hijos de ambos..., los hijos de Alys Lenoir, los pequeños La Grange, listos para ser disfrutados. La criada de Goa proporcionó al gran La Grange sus herederos y Carlos Branco se aseguró su lugar como «el actor principal» de la compañía de por vida. Para La Grange, el legado de su familia lo era todo... y sabía que su secreto estaba a salvo con Carlos Branco. Branco era su criatura.

—¿Qué fue de la muchacha de Goa? —preguntó Arthur.

—La Grange dio instrucciones a Branco para que se deshiciera de ella y éste así lo hizo. El portugués siempre hacía lo que le decían, pues vivía maravillado por La Grange... y atemorizado por él. Y es que, a pesar de parecer un auténtico fanfarrón, Branco era un hombre débil. Ocurre a menudo con los actores fuertes.

Saqué la libreta del bolsillo del gabán y pasé las páginas en un intento por unir los hilos de la historia de Oscar.

—Nos estás diciendo que el padre de los gemelos no era Edmond La Grange, sino Carlos Branco, y que la muchacha de Goa estaba ya embarazada de Branco cuando fue tomada por La Grange.

—Exacto.

—¿Y el mundo desconocía todo eso, Oscar? ¿Nadie sospechó nada?

—¿Por qué iban a hacerlo? Alys Lenoir estaba muerta y Branco no dijo una palabra. ¿Por qué iba a hacerlo? Estaba avergonzado de lo que había hecho. Los gemelos habían heredado los rasgos de su supuesta madre semiindia porque también ellos tenían sangre india. Y al parecer habían heredado también parte del talento de su famoso padre, Edmond La Grange, porque eran hijos de otro gran actor: Carlos Branco.

Conan Doyle se expulsó unas migas de bizcocho de su poblado bigote.

—¿Cuándo descubrió La Grange la verdad?

—Tardó veinte años en hacerlo. Lo hizo el día del estreno de *Hamlet* a cargo de la Compagnie La Grange. Como recordaréis, fue, según palabras de la propia Sarah, «el *Hamlet* perfecto». Branco vio ensayar a Agnès y a Bernard La Grange. Estaban magníficos, ¡y eran hijos suyos! Tenían genio, ¡y ese genio le pertenecía a él y no a La Grange! No pudo soportar seguir en silencio y reveló su secreto... no al mundo, sino a La Grange y a sus propios hijos, Agnès y Bernard. No obró así con ánimo de herir, sino de reconducir una mentira. Lo hizo porque estaba orgulloso. Y se alegró de haberlo hecho. La primera noche de *Hamlet* le dijo a Robert: «Soy feliz como no lo he sido en toda mi vida».

Los dedos de Conan Doyle estaban extendidos sobre el manuscrito que tenía delante de él sobre la mesa.

—Carlos Branco reveló a los gemelos que era su verdadero padre. ¿Les habló también de la muchacha de Goa? ¿Les reveló quién era su verdadera madre?

—No lo sé con seguridad —respondió Oscar—, aunque no lo creo. —Se volvió a mirar los dedos que Doyle mantenía sobre el manuscrito—. Recordará que, en el espléndido relato de Robert (creo que es el capítulo veintidós), cuando Bernard se enteró del supuesto suicidio de Agnès, dijo: «Lo llevamos en la sangre». Bernard y su hermana creían que eran hijos de Alys Lenoir.

Oscar se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa y unió las yemas de los dedos delante de su barbilla.

—Carlos Branco quiso compartir el orgullo que provocaban en él sus hijos y ocultar a la vez su vergüenza en el asunto de la muchacha de Goa —dijo, volviéndose a mirarme—. Robert y yo llegamos a la escena en el momento mismo de la revelación... o justo después de que tuviera lugar. Nos acercamos al camerino de La Grange y oímos voces alzadas en el interior. Oímos también llorar a una mujer, aunque no supimos si las lágrimas eran de pesar o de risa. Y con toda seguridad

oímos también decir a Carlos Branco: «*Mais enfin!*».

—«*Mais enfin!*». «¡Por fin!» —traduje.

Arthur levantó la mano del manuscrito como lo habría hecho un escolar ansioso por dar una respuesta en clase.

—Branco era portugués —dijo—. ¿Cómo calificarían ustedes su acento francés? ¿Podría haber dicho «*Mes enfants!*», esto es: «¡Mis hijos!»?

—Podría, sí —respondió Oscar con una sonrisa—. Fue o lo uno o lo otro, sin duda alguna. —Tomó su taza de té dulce y la levantó en dirección al doctor Doyle antes de tomar un sorbo y proseguir—. Cuando llegamos a la puerta del camerino, La Grange parecía realmente turbado, deshecho..., aunque se recuperó al instante. «El viejo Polonio ha tenido algunas ideas novedosas», nos dijo. «Hemos estado practicándolas». —Oscar me miró—. ¿Recuerdas los cuatro rostros del camerino esa tarde, Robert? No fue fácil interpretarlos. Percibimos la presencia de sentimientos encontrados, aunque nos fue imposible dilucidar quién sentía qué... y por qué.

—Un secreto debería mantenerse siempre en secreto —murmuró Conan Doyle, recogiendo en ese momento algunas migas de su plato con el índice—. Cuando deja de ser un secreto, se convierte en una serpiente... y su destino es una incógnita.

—Eso parece, Arthur —respondió Oscar, sonriendo al oír la gnómica reflexión de nuestro amigo escocés—. La revelación de Branco no sólo conmocionó a La Grange, sino que le enojó y le confundió. La Grange borró el nombre de su amigo del libro de visitas de su escondrijo de la calle de la Pierre Levée. Lo que Branco le había dicho había vuelto su mundo del revés. Sin embargo, al menos en un aspecto, la sorprendente revelación de Branco dio a La Grange una libertad que no había tenido hasta entonces. Edmond y Agnès se atraían, no hay duda de ello..., pero el doctor Blanche estaba en lo cierto. Eran «buenos católicos»: para ellos, como para la mayoría de nosotros, el incesto habría sido una tentación demasiado osada. El viejo había deseado a la joven como les ocurre a los viejos, y la joven había amado al viejo, como ocurre en algunas ocasiones. Ambos sabían que se trataba de una atracción inútil. Pero si Edmond La Grange y Agnès no eran padre e hija...

Oscar bajó discretamente los ojos al tiempo que Conan Doyle abría los suyos y contenía un jadeo:

—Podían ser amantes, pues no había ya tabú que lo impidiera.

—Exacto —declaró Oscar, levantando de nuevo los ojos y sonriendo—. Y eso es lo que ocurrió.

Conan Doyle encontró una servilleta con la que limpiarse los labios.

—Vaya, vaya —murmuró.

—Aunque el éxtasis no duró mucho tiempo —continuó Oscar alegremente—. Por desgracia, así es como cursa el éxtasis. Agnès estaba entusiasmada con la idea de tener a Edmond como amante y estaba dispuesta a compartir su felicidad con el

mundo. «Por fin soy libre», dijo cuando cenábamos todos en Le Chat Noir. Pero La Grange no estaba tan seguro de ello. Desconfiaba de la inestabilidad emocional de la muchacha y le alarmaba su devoción, al tiempo que era plenamente consciente de que su deseo por ella no tenía visos de salir airoso de la prueba del tiempo. Si bien es cierto que el amor puede durar, el deseo raras veces lo hace. No había para ellos ningún futuro como padre e hija..., pero tampoco lo había como hombre y amante. Una amante necesita ser como Gabrielle de la Tourbillon: una mujer de mundo que conozca sus reglas. Agnès, joven y vulnerable, y apasionadamente enamorada de él, tan sólo podía aspirar a provocar en La Grange un breve encantamiento. Era una relación condenada de antemano. Si el amor que ella le profesaba llegaba a hacerse público, la noticia bien podía destruir la gran casa de los La Grange. El gran actor era plenamente consciente de la vulnerabilidad de su profesión ante la clase de escándalo equivocado y así nos lo hizo saber con un inesperado estallido en su camerino. En lo que se refería a su vocación, Edmond La Grange era un hombre apasionado. No obstante, como persona, era un «tipo frío». Sarah Bernhardt, que le conocía bien, así nos lo había dicho. Edmond La Grange no tardó en darse cuenta de que su niña enferma de amor le plantearía demasiados problemas. Tenía que deshacerse de ella. Y lo hizo.

La frente de Conan Doyle estaba tapizada de profundas arrugas mientras contemplaba una nueva rodaja de limón y otra porción de bizcocho de jengibre.

—¿Y Bernard? —pregunté.

—¿Qué ocurre con él? —respondió burlonamente Oscar—. No era hijo de La Grange. Se lo oímos decir en más de una ocasión. «¿Qué me importa a mí Edmond La Grange?». Y oímos cómo el anciano actor repudiaba en público a su supuesto hijo..., aunque no reparamos en ello. En el ensayo general, cuando La Grange dijo a Bernard que no importaba qué peluca se pusiera para su papel de Hamlet y *Maman* saltó en defensa de «la tradición de los La Grange», Edmond declaró: «La tradición ha muerto..., olvidémosla».

»A ojos de La Grange, Bernard era simplemente el bastardo de otro hombre, el bastardo del viejo y estúpido Polonio, y demasiado disoluto, demasiado aficionado al láudano. Tener a semejante criatura deseosa de convertirse en el próximo La Grange se le antojaba una posibilidad cuando menos insoportable. Y no podía correr ese riesgo. ¿Acaso no podía Bernard revelar la verdad sobre la paternidad de La Grange? El viejo actor decidió entonces deshacerse también de él. ¿Qué le importaban a él esos dos jovencitos? No eran hijos suyos, sino un par de impostores. Y, como actores, ¿de verdad eran tan extraordinarios? ¿Eran acaso mejor que sus suplentes? ¿No era el apellido La Grange el que les había otorgado ese *allure* especial?

Conan Doyle estaba cortando su porción de bizcocho en pequeños cuadrados del tamaño de un sello.

—Está diciéndonos entonces que Edmond La Grange mató a Agnès y Bernard — musitó.

—Aunque no con sus propias manos. Ordenó matarles. Era un hombre acostumbrado a dar órdenes... y a ser obedecido.

Conan Doyle alzó bruscamente los ojos.

—¿Quién les mató?

—La misma persona que mató al pobre perro y al pobre Traquair —respondió Oscar con un hilo de voz—. Una criatura que cumplía los deseos de La Grange... y que lo hizo mostrándose fiel a su estilo.

—Y eso nos lleva una vez más a los cuatro elementos —murmuró Conan Doyle—. Tierra, aire, agua y fuego.

—Sí —dijo Oscar, presa de una repentina descarga de energía—. El uso de los elementos marcó el diseño de los asesinatos. Fue una idea poética a la par que teatral: típica de La Grange. Cometer cuatro asesinatos y llevar a cabo cada uno de ellos implicando a un elemento distinto. Epicuro estaba fascinado por los cuatro elementos. Para La Grange, Epicuro era un héroe. Pero el gran actor no pudo haber cometido los asesinatos...

—¿Por qué dice eso? —le interrumpió Conan Doyle.

—Porque Robert y yo estábamos en la habitación con él en el instante en que el joven Bernard fue asesinado. Nosotros éramos la incidental coartada de La Grange. Él bien pudo ser el instigador del fuego que consumió al muchacho, pero no pudo encender la cerilla que lo causó. Tuvo que tener un cómplice. Pero ¿quién podía ser ese cómplice? ¿Su madre? Poco probable. Era una anciana (declaradamente loca, cierto, aunque incapaz de algo así). ¿Gabrielle de la Tourbillon? Posiblemente. Era la amante de La Grange (a su modo, su criatura), aunque nunca vi en ella a una asesina.

—Me complace saberlo, Oscar —mascullé. Me ardía la piel, aunque no creo que Conan Doyle se hubiera dado cuenta de ello.

—¿Y podía La Grange haber confiado en ella? —prosiguió Oscar—. ¿Lo habría hecho? No lo creo. —Buscó los cigarrillos en su bolsillo—. Además, estos asesinatos no me parecieron obra de una mujer. Obviamente, una mujer podría haber golpeado al perro y haberlo enterrado con vida; una mujer podría haber prendido la cerilla que encendió las llamas que devoraron a Bernard. Pero ¿pudo una mujer haber empujado a Agnès al tanque de agua y haberle hundido en él la cabeza hasta ahogarla? ¿Pudo una mujer haber asfixiado a Washington Traquair, sujetando la almohada sobre su rostro hasta causarle la muerte?

Interrumpí el discurso de Oscar.

—Pero ¿Traquair no murió víctima de una intoxicación de gas?

—Eso pareció —respondió, encendiendo su cigarrillo—. Cierto es que había un escape de gas en su habitación, aunque eso no fue suficiente para matar a un hombre.

Creo que alguien asfixió al pobre Traquair mientras dormía y que su asesino abrió después la llave del gas situada encima del diván para dar así la impresión de que se había quitado la vida.

—Eso fue sin duda obra de un hombre... —empecé, antes de interrumpirme.

—Y de un hombre que estaba presente cuando entramos al cubículo de Traquair —prosiguió Oscar—. Después de acabar con su vida, ese hombre había cerrado con llave desde fuera la puerta del pequeño cubículo. Devolvió luego la llave a la habitación, arrojándola al suelo junto al diván cuando logramos entrar al pequeño habitáculo y descubrimos allí el cuerpo del pobre Traquair.

—¿Richard Marais? —sugerí.

—Podría haber sido él. Sin duda fue Marais el autor de los desmañados atentados contra mi vida; él fue quien me arrojó un lastre desde el peine del teatro y quien intentó ahogarme en el abrevadero del bulevar del Temple. Creo que Marais pretendía asustarme, no matarme. Quería que me marchara. Le preocupaba que yo pudiera revelar su fraude a su señor..., pero su señor había estado al corriente del mismo desde un buen principio. Marais no era más que un pobre villano y no tan sordo como pretendía, pero poseía un rasgo que le redimía.

Conan Doyle, que en ese momento examinaba con atención un pequeño dado de tarta, se rió entre dientes.

—Le gustaban los perros. Estaba dedicado en cuerpo y alma a los desgraciados caniches de *Maman*. Es muy improbable que fuera el asesino de *María Antonieta*.

—¡Bravo una vez más, querido doctor! No, no fue Marais.

Conan Doyle dejó el cuchillo sobre su plato y empujó la tentación a un lado. Acto seguido, alzó los ojos hacia Oscar y sonrió.

—No hay más que eliminar otros factores y el único que resta tiene que ser la verdad —dijo—. Fue el norteamericano. Tuvo que ser él. Fue Eddie Garstrang, el jugador.

Oscar se reclinó en su silla y, durante un instante, dejó que sus ojos recorrieran el salón de té. Éramos los únicos clientes que quedaban. De pie al fondo de la sala, tras el expositor de tartas, cuchicheaban dos camareras. Oscar aspiró despacio el humo de su cigarrillo y observó cómo los finos penachos de pálido humo violeta se elevaban desde sus orificios nasales para filtrarse en el aire sobre nuestras cabezas.

—Bravo de nuevo, Arthur —dijo por fin—. Bravo, sí. —Y prosiguió, casi lánguidamente—. En ciertos aspectos, Garstrang era el hombre más fascinante de todos los hombres inusuales que conocí en el curso de ese año extraordinario. Aunque no estábamos destinados a ser amigos, desde nuestro primer encuentro percibí que teníamos muchas cosas en común. Garstrang observaba su vida incluso mientras la vivía. Como yo, también él era un extraño. Y un hombre al que le gustaba tomar sus riesgos, como espero hacer también yo. Él quería fama y fortuna, como es

mi caso. Él estaba dispuesto a apostar todo a una sola tirada de dados..., independientemente de cuáles fueran las consecuencias. Me gustaría pensar que yo tendría el valor para hacer lo mismo. —Se inclinó sobre la mesa y acercó su rostro al de Doyle—. En Colorado, Garstrang jugó a las cartas con Edmond La Grange y perdió, como bien recordará. Siguió jugando (y perdiendo) mucho después de que le quedara ya nada por perder. Jugó a las cartas con Edmond La Grange hasta que el actor se convirtió en su dueño... del todo. —Oscar sostuvo el cigarrillo en alto y lo contempló en toda su longitud—. La apropiación de Garstrang tenía un aditamento importante: La Grange, gran tirador, estaba encantado con la idea de tener a otro magnífico tirador formando parte de su corte.

Conan Doyle se rió entre dientes. Tenía su nueva pipa en la mano (regalo de Navidad de su pequeña) e iba aplastando en ella con una cerilla las hojas de tabaco apagadas. Miró a Oscar y sonrió.

—Es decir, que La Grange cerró un acuerdo con Eddie Garstrang, ¿no es así? Podía cancelar su deuda y comprar su libertad en fáciles plazos.

—Sí, Arthur, en cuatro plazos, para ser más exactos. Lo único que el norteamericano tenía que hacer era matar por encargo (cuatro veces) y después quedaría libre para abandonar el servicio de La Grange, su deuda habría sido saldada y habría recuperado su fortuna. A fin de hacer más divertido el juego (para ambos), La Grange introdujo la fatuidad de los «asesinatos elementales»: muerte por aire, tierra, agua y fuego.

—¿Por qué mataron primero al perro, Oscar? —pregunté—. ¿Qué daño hizo a nadie ese pobre perro?

—La muerte del perro de *Maman* no fue más que un *amuse-bouche*, Robert, un entretenimiento preliminar diseñado por La Grange para poner a prueba a Garstrang. La muerte de esa caniche no fue ni una cosa ni la otra. Como bien sabía La Grange, a nadie le importaría ese animal, excepto quizás a *Maman* y a Richard Marais..., y a Edmond La Grange ambos le traían sin cuidado.

Conan Doyle dejó la pipa sobre la mesa. Tenía el bigote ligeramente crispado.

—Pero ¿acaso La Grange no sentía devoción por su madre? —preguntó. Arthur sentía verdadera adoración por la suya.

—Creo que Edmond La Grange despreciaba a su madre —respondió Oscar, que también sentía auténtica devoción por la suya—. Se lo debía todo y eso no siempre saca lo mejor en un hombre. Aceptaba el lugar que *Maman* ocupaba en su vida, pero sus debilidades le irritaban y sus pretensiones le enfurecían. En más de una ocasión le oí decir: «*Maman*, eres realmente absurda».

—Un tipo sin sentimientos, ciertamente —murmuró Conan Doyle, dando una chupada a su pipa apagada—. Le atraía la idea de tener a un asesino personal a su disposición incluso antes de tener en mente a alguna víctima en particular.

—Así es —dijo Oscar, sonriendo a su amigo—. Y creyó haber encontrado en Garstrang a un hombre perfectamente adecuado para su propósito. El norteamericano mató a la espantosa *María Antonieta* con estilo: enterrándola en el baúl donde viajaban mis libros. Imagino que eso debió de hacer las delicias de La Grange. Y es que el actor tenía un gran sentido del humor. —Prendió una cerilla para encender otro cigarrillo—. Garstrang demostró que podía matar a un perro..., pero ¿podía matar a un hombre? —Arrojó la cerilla encendida en el poso de su taza de té—. Todo parece indicar que sí.

Miré a Conan Doyle. Un velo de pesadumbre le había teñido los ojos.

—Pobre Traquair —suspiró.

—Sí —dijo Oscar—. Pobre Traquair. ¿Dónde estaba el desafortunado camarero el aciago día en que Carlos Branco desveló su secreto a la familia La Grange en el camerino de La Grange del bulevar del Temple? ¿Dónde estaba Washington Traquair? El pobre desgraciado estaba, por supuesto, en el cubículo contiguo al camerino... triste y solo. ¿Habría oído la revelación de Branco? ¿Y la discusión que había seguido a continuación? Casi con toda probabilidad. Aunque ¿habría entendido lo que había oído? A buen seguro que no. Sin embargo, La Grange no podía estar seguro del todo y tampoco podía permitirse correr ese riesgo. Además, podía deshacerse muy fácilmente de Traquair. Contaba con el hombre ideal para ello..., y además el hombre en cuestión estaba en deuda con él. La Grange ordenó a Garstrang que matara a Traquair: «Es un criado y además es negro. Poco es lo que cuenta».

»Garstrang hizo lo que se le ordenaba y lo hizo bien. A su modo, era un artista. Y sirvió a la perfección a La Grange, que le tenía en muy alta estima. —Oscar me miró—. Creo, Robert, que apareció en tu duelo tanto para velar por la seguridad de Garstrang como por la tuya.

Bajé la cabeza sobre mi libreta y me cubrí los ojos. A pesar de que habían pasado ya muchos años, lo absurdo de ese duelo —y de mi enamoramiento de Gabrielle de la Tourbillon— era para mí fuente de vergüenza. Desde detrás de mi mano miré hacia el mostrador junto al que había visto de pie a las camareras. Habían desaparecido. Nos habíamos quedado solos en el salón de té.

—La Grange necesitaba a Garstrang —prosiguió Oscar—. Había trabajo que hacer. Tenía que deshacerse de los gemelos. Ordenó a su sicario que los matara. Lo cierto es que no fue difícil, incluso a pesar de las reglas del juego. Resultó tarea fácil ahogar a Agnès y Bernard fue pasto de las llamas también con pasmosa facilidad. Garstrang cogió una botella de éter del «nido de amor» de La Grange (le vimos salir del apartamento con una caja de esas botellas) y le vimos también utilizarla para rociar el asiento y el suelo del carruaje que La Grange había pedido para mandar a su supuesto hijo a Montmartre. Nos dijo que había pedido el coche para que nos llevara al Pharamond. No fue así. La Grange no tenía la menor intención de salir a cenar.

Sabía que si ofrecía a Bernard un carruaje a su cargo, el muchacho lo tomaría. Garstrang acompañó al joven al vehículo y, al cerrar tras él la portezuela, arrojó su cigarrillo encendido al interior del coche para encender el horno.

—Qué espanto —masculló Conan Doyle.

—Entonces fue Eddie Garstrang quien mató a Agnès y a Bernard La Grange —dije, subrayando el nombre de Garstrang en mi libreta.

—Sí, obedeciendo las instrucciones de Edmond La Grange.

—Pero ¿quién mató a La Grange? —preguntó Conan Doyle—. No era un hombre proclive a la autodestrucción.

—No —respondió Oscar—, aunque la muerte no le inspiraba ningún temor. Epicuro le había enseñado que «la muerte no es nada», «pues aquello que ha sido disuelto en sus elementos no experimenta sensación alguna, y lo que carece de sensación no es nada para nosotros».

Yo seguía con los ojos fijos en mi libreta.

—Con los gemelos muertos —dije por fin—, Garstrang estaba libre una vez más.

—Cierto —declaró Oscar—. Cuando lo viste la tarde de la muerte de La Grange, él te dijo que era un hombre libre desde la medianoche. Según te dijo, el actor le había «contratado» por un plazo de seis meses y el plazo acababa de expirar. Pero lo que dijo no tenía sentido: habían pasado más de seis meses desde que la Compagnie La Grange había visitado Leadville y menos desde que Garstrang había embarcado rumbo a Francia a bordo del *SS Bothnia*. No, Garstrang estaba libre porque había cumplido con su parte del trato.

De pronto, y muy discretamente, Arthur Conan Doyle empezó a gruñir. Fue tan sólo un sordo rugido, el sonido propio de un terrier que hubiera estado olisqueando una ratonera. Entrecerró los ojos y miró expectante a Oscar.

—Pero ¿Edmond La Grange decidió que no tenía intención de liberar a su asesino?

Oscar dedicó al médico una sonrisa de oreja a oreja.

—Debería estar usted escribiendo historias de detectives, Arthur. La Grange dijo a Garstrang que necesitaba un asesinato más: el quinto elemento, lo que Epicuro llamaba «la quintaesencia». Un asesinato más y La Grange le devolvería todo el dinero que Garstrang había perdido a las cartas... y le daría también la libertad.

—El norteamericano protestó, diciendo que ya había cumplido con su obligación.

—Naturalmente, pero el viejo actor sabía que tenía una mano ganadora. Puesto que Garstrang había cometido ya cuatro asesinatos, estaba metido hasta el fondo... y su situación era de absoluta vulnerabilidad. «Sólo uno más, es todo lo que pido. Mate a Carlos Branco y le dejaré libre. Pégueme un tiro; utilice mi revólver. Aquí lo tiene. Un disparo combina los elementos de tierra y aire, fuego y agua. Mate a Branco y todo habrá terminado».

Oscar hizo una pausa y Arthur, que no se molestó en ocultar su entusiasmo, aprovechó para retomar la historia:

—¡Pero Eddie Garstrang sabía que nunca quedaría en libertad! Si accedía a matar a Branco, ¿quién sería el próximo? Había cumplido con su parte del trato. Era un jugador honorable y había pagado sus deudas. Si La Grange no estaba dispuesto a cumplir con su parte del acuerdo, era él quien debía morir. De ese modo, todo habría en efecto «terminado».

—Sabemos cómo lo hizo —dijo Oscar, arrojando el resto de su cigarrillo en su taza—. Se disfrazó del fantasma del padre de Hamlet. Se puso la capa y también el yelmo con su visor y fue hasta el camerino de La Grange. Éste abrió la puerta. Lo que vimos fue al propio La Grange de pie en la entrada, entre la puerta y el espejo. Garstrang entró al camerino. Supongo que explicó su curioso disfraz haciendo referencia a Carlos Branco e indicando que estaba dispuesto a matarlo si ése seguía siendo el deseo de La Grange. Le pidió entonces el revólver para su propósito. El viejo actor se lo dio y con ello firmó su condena. Garstrang tomó el arma y, al instante, y sin el menor titubeo, apuntó con ella a La Grange y disparó. En cuanto todo acabó, volvió a dejar el revólver encima del tocador, arrojó la capa y el yelmo al suelo y salió del camerino para regresar casi al instante, llegando en compañía de Carlos Branco.

—¿Por qué no contaste todo esto a la policía enseguida? —pregunté.

—Por la misma razón que Carlos Branco no contó al mundo que los gemelos eran hijos suyos. ¿Quién le habría creído? La Grange estaba muerto. ¿Qué prueba tenía? Branco tenía todos los visos de ser el culpable. Suyos eran el móvil, la oportunidad y los medios..., y tú mismo le viste entrar al camerino de La Grange momentos antes del asesinato, Robert. Le viste con tus propios ojos. Fuiste muy claro y muy firme al respecto.

Arthur Conan Doyle recorría el salón de té con los ojos.

—Estamos solos —dijo, consultando su reloj de bolsillo—. Son más de las cinco y media.

—Debemos ponernos en camino o nos quedaremos encerrados con las figuras de cera —dijo Oscar, empujando su silla para retirarla de la mesa y poniéndose de pie—. ¿Dónde está la cuenta?

—Me congratula decir que invita Tussaud.

—Ah. —Oscar sonrió al tiempo que se ponía los guantes—. Es a *María Antonieta* a quien debemos estos pasteles.

Cogí el paquete de papel marrón que contenía nuestro manuscrito.

—Tengo trabajo que hacer con esto —comenté.

—No te apresures —replicó alegremente Oscar—. Recuerda que debe ser una obra póstuma.

Cruzamos el desierto salón de té de regreso a las salas de exposición.

—Oscar —dije, presa de una idea repentina—, ¿cómo sabes con seguridad que Agnès y Bernard La Grange eran realmente hijos de Carlos Branco?

—Porque, como ocurre con el acto del suicidio, tener gemelos puede ser también un factor hereditario —respondió mi amigo.

—Pero ni Agnès ni Bernard se suicidaron —señaló Conan Doyle—. Alys Lenoir sí lo hizo, pero ella no era la madre de los gemelos.

—Exacto —respondió Oscar—. Alys Lenoir se suicidó, pero no era su madre. Sin embargo, Carlos Branco sí era su padre... y también él tenía un hermano gemelo.

—¿Cómo sabes que tenía un hermano gemelo? —pregunté.

—Porque le he conocido. He conocido al gemelo de Carlos Branco. Él fue otra de las extraordinarias personas que conocí en el curso de ese año memorable. Me lo presentó mi amigo George Palmer, el rey de las galletas. El hermano gemelo de Branco era clérigo: un converso, un fanático, un cura anglicano de origen portugués. Vino a Inglaterra cuando era apenas un muchacho para unirse a la Alianza Evangelista. Cuando le conocí, tuve la impresión de que su acento inglés era demasiado perfecto para ser genuino. Sus ojos, sus gestos, su forma de hablar...; todo me había resultado familiar, pero mientras que, a sus sesenta años, Carlos Branco era gordo y de rostro rubicundo, Paul White era delgado y pálido. Branco significa «blanco» en portugués. Y ése fue el apellido que Paul escogió en el momento de su conversión. Paul White era un hombre flaco y de tez pálida..., y avergonzado. Recordarás, Robert, que La Grange nos dijo que en Francia los actores forman parte de los condenados. Paul White se avergonzaba de su hermano y de la vocación de éste... y se avergonzaba también del favor que había hecho a su gemelo veinte años antes.

»Carlos le había enviado a una pobre muchacha originaria de Goa, una sencilla criada convertida en una mujer mancillada. Lo había hecho con la esperanza de que la mujer pudiera convertirse en la sirvienta de su hermano. Paul White, el evangélico, no la quiso en su casa, pero le encontró un lugar y la puso a trabajar en la cárcel de la que era capellán. La conocí el día que visité la prisión de Reading. La conocí en la capilla del centro: una criatura triste de rostro oscuro con un viejo vestido negro. Paul White le gritó en una lengua que reconocí a medias. Me pareció que era español. Más adelante caí en la cuenta de que era portugués.

Nos quedamos en silencio bajo la magnífica cúpula de cristal del vestíbulo de entrada del Madame Tussaud.

—¿Y el norteamericano? —preguntó Conan Doyle, chupando su pipa—. ¿Qué fue de Eddie Garstrang?

—Ah —respondió alegremente Oscar—. Vio satisfecha su ambición. A su modo, logró ser famoso. O al menos notorio. Era lo que quería.

—No he oído hablar de él —dijo Conan Doyle.

—No se hizo famoso por cómo vivió, sino por cómo murió.

—¿Regresó a Colorado?

—No, decidió quedarse en Francia y retomó su vida de jugador profesional.

Mandé una nota al brigadier Malthus, aconsejándole que no le quitara ojo, y así lo hizo. Y hace tres años, Eddie Garstrang fue arrestado. Había disparado a un hombre a sangre fría... a causa de una deuda de juego impagada. Garstrang murió ejecutado. Fue sin duda un noble acontecimiento, pues fue el último hombre que perdió la cabeza en la guillotina. Por eso Eddie Garstrang está aquí, en la Cámara de los Horrores. —Oscar alzó los ojos hacia el reloj que colgaba en la pared encima de la puerta principal—. Son las seis menos diez, caballeros. Salgamos a echarle una mirada antes de que cierre la exposición. Aunque Robert no es capaz de apreciar el parecido, yo sí lo soy. Tiene el aspecto de un asesino. Lo lleva escrito en la sonrisa. Nunca confíen en un hombre que muestra los dientes inferiores cuando sonrío.

# Agradecimientos

Los lectores de mi serie de novelas de misterio que tienen como protagonista a Oscar Wilde me plantean con frecuencia la misma pregunta: «¿Qué hay de verdad en todo lo que escribes?». Mi respuesta es: «Todo. O casi todo. Sin duda, mucho más de lo que imaginan». Es de todos conocida la amistad de Oscar con Robert Sherard, Arthur Conan Doyle, George W. Palmer y Sarah Bernhardt. Sus encuentros con Louise May Alcott y con P. T. Barnum, así como su interés por visitar las prisiones y por su reforma social están también perfectamente documentados, aunque quizá no sean tan conocidos. Las localizaciones a las que he llevado a Oscar en esta historia — Leadville, en Colorado, Nueva York, Londres, París y Reading— son todas ellas lugares en los que podemos encontrarle en las fechas en que le sitúo allí. W. M. Traquair fue ciertamente su camarero personal durante su gira norteamericana de 1882.

Como ocurre también con el resto de la serie, he intentado en este libro ser lo más fidedigno posible. (Si, como lector, ha reparado en algún error, le agradecería que me lo comunicara). Para ello he contado durante varios años con la ayuda de las conversaciones que he mantenido con una gran variedad de notables individuos, entre los cuales desearía mencionar a mi difunto padre, Charles Brandreth, que conoció a Robert Sherard en la década de 1930; a John Badley (fundador de la Bedales School, donde estudié en la década de 1960), amigo y contemporáneo de Oscar Wilde; a sir Donald Sinden, que conoció a lord Alfred Douglas en los años cuarenta; y a Merlin Holland, el único nieto de Oscar Wilde.

Para la preparación de *Oscar Wilde y la sonrisa del muerto* he contado con la especial ayuda de: Isobel Morrow, del Independent Monitoring Board, cárcel de HM, en Reading; Pauline Bryant, alcaide en activo de la prisión de HM y de la Young Offender Institution de Reading; Anthony Stokes, oficial mayor de Prisiones de la cárcel de HM de Reading y autor de *Pit of Shame: The Real Bailad of Reading Gaol* (2007); Pamela Pilbeam, autora de *Madame Tussaud and the History of Waxworks* (2003), que me dio a conocer *The Theatre Industry in Nineteenth Century Trance* de F. W. J. Hemmings (1993); y su excelencia Osman Korutürk, embajador turco en París, que amablemente nos mostró (a mi esposa y a mí) su residencia, en su día la antigua residencia de la princesa de Lamballe, donde el doctor Blanche tuvo su famosa clínica.

Entre las personas especiales a las que querría agradecer su contribución a la escritura del libro están: *madame* Gabrielle de la Tourbillon (quien, en 1965, me dio su ejemplar de *Réflexions sur le théâtre*, dedicado a ella por su autor, Jean-Louis

Barrault); el pintor Anthony Palliser; la autora Anne Perry; el escritor y conferenciante Paul Ibell; la compositora y poeta Susannah Pearce, y a Roger Johnson y a Jean Upton de la Sociedad Sherlock Holmes de Londres.

Como siempre, estoy en deuda con mi agente literario, el incomparable Ed Victor, y en particular con dos de los miembros de su equipo: Linda Van y Morag O'Brien. Por su constante entusiasmo y sus detalladas aportaciones, me siento igualmente en deuda con tres extraordinarios editores: Kate Parkin de Londres; Trish Grader de Nueva York, y Emmanuelle Heurtebize de París.

La otra pregunta que se me plantea muy a menudo por parte de los lectores es la siguiente: «¿Qué biografía de Oscar Wilde nos recomendaría?». Sin duda, recomiendo *Oscar Wilde* de Richard Ellmann (1987). Aunque magistral, el libro está salpicado de algunas imprecisiones y debería leerse en conjunción con *Additions and Corrections to Richard Ellman's Oscar Wilde* de Horts Schroeder (2002). Recomiendo también, y sin reservas, *The Wilde Album* de Merlin Holland (1997). Los dos libros que, a mi entender, acercan más al lector al «verdadero Oscar Wilde» son *The complete Letters of Oscar Wilde*, publicadas por Merlin Holland y Rupert Hart-Davis (2000) y *Son of Oscar Wilde* de Vyvyan Holland (1954).



GYLES BRANDRETH. Nació el 8 de marzo de 1948 en Alemania, país en el que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, su padre, Charles Brandreth, servía como oficial jurídico en la Comisión de Control Aliada y contaba entre sus colegas a H. Montgomery Hyde, quien, en 1948, publicó el primer informe completo de los juicios a Oscar Wilde. En 1974, en el Festival de Teatro de Oxford, Gyles Brandreth produjo la primera versión teatral de *Los juicios a Oscar Wilde*, con Tom Baker en el papel de Wilde, y en 2000 editó los expedientes de los juicios para una producción de audio contando con la actuación estelar de Martin Jarvis.

Gyles Brandreth cursó estudios en el Liceo Francés de Londres, en la Bettenshanger School de Kent y en la Bedales School de Hampshire. Como Robert Sherard, Gyles Brandreth estudió en el New College de Oxford, donde fue becario, presidente de la Unión y editor de la revista universitaria, y luego, también como Sherard, se embarcó en la carrera de escritor y periodista. Su primer libro, *Created in Captivity* [Creado en cautividad] (1972), fue un estudio de la reforma carcelaria; su primera biografía, *The Funniest Man on Earth* [El hombre más divertido del mundo] (1974), fue el retrato de un artista del music-hall Victoriano llamado Dan Leno. Más recientemente ha publicado una biografía del actor sir John Gielgud, así como un aclamado diario de sus años como miembro del Parlamento y látigo del gobierno (*Breaking the Code: Westminster Diaries 1990-97*) y dos biografías de la realeza que han alcanzado los primeros puestos en las listas de ventas: *Felipe e Isabel: retrato de un matrimonio* y *Carlos y Camila: retrato de un romance*.

Si los antepasados de Robert Sherard incluían a William Wordsworth, los de Gyles Brandreth incluyen a George R. Sims (1847-1922), poeta de menor renombre que escribió las baladas «Billy's dead and gone to glory» y «Christmas Day in the work-house». Sims fue además el primer periodista que afirmó conocer la verdadera identidad de Jack el Destripador. Pariente de la emperatriz Eugenia y conocido de Oscar Wilde y de Arthur Conan Doyle, Sims fue, probablemente, el primer «columnista del corazón». También fue muy conocido en su día por su apoyo a una «infalible cura para la calvicie: Tatcho. El Regenerador Capilar Geo. R. Sims».

Como locutor, Gyles Brandreth ha presentado numerosas series para la Radio 4 de la BBC, entre las que se incluyen *A Rhyme in Time*, *Sound Advice* y *Whispers* (casualmente, el título de la primera colección de poemas de Robert Sherard). Es invitado habitual de *Just a Minute* y de *Countdown*, y en sus apariciones en televisión ha sido desde el presentador de *Have I Got News for You* hasta el sujeto de *This is Your Life*. Sobre los escenarios, ha sido la estrella de una premiada revista teatral representada en el West End y encarnó al personaje de Malvolio en una versión musical de *Twelfth Night* en Edimburgo. Con Hinge y Bracket, se encargó del guión de la serie de televisión *Dear Ladies*; con Julian Slade, escribió una obra de teatro sobre A. A. Milne (con Aled Jones en el papel de Christopher Robin), y, con Susannah Pearce, ha escrito un nuevo musical sobre Lewis Carroll, *The Last Photograph*.

Gyles Brandreth está casado con la escritora y editora Michèle Brown. El matrimonio tiene tres hijos: un abogado, un escritor y un economista medioambiental.

# Notas

[1] Juego de palabras con white («blanco») y Wilde y black («negro») y Bland. (N. del T). <<

[2] La traducción al español de la famosa marca de cigarrillos es «Golpe de Suerte».  
(N. del T). <<

[3] «¡Largo!». (N. del T). <<

[4] En castellano en el texto original. (N. del T). <<

[5] «Sin osadía, nada se consigue». (N. del T). <<

[6] «Volvamos al asunto que nos ocupa». (N. del T). <<